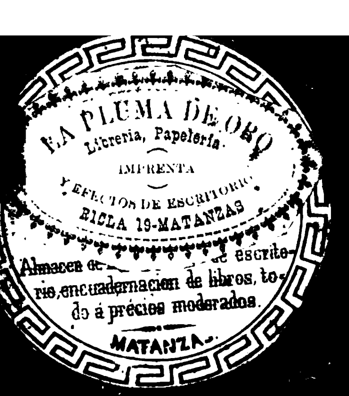
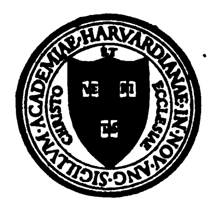
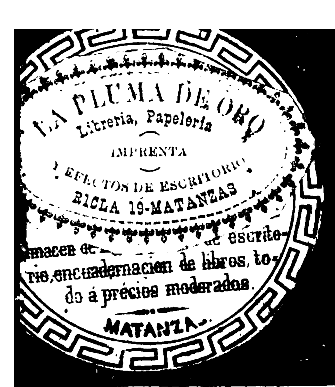
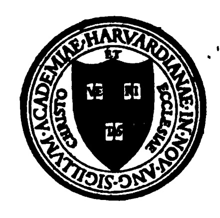
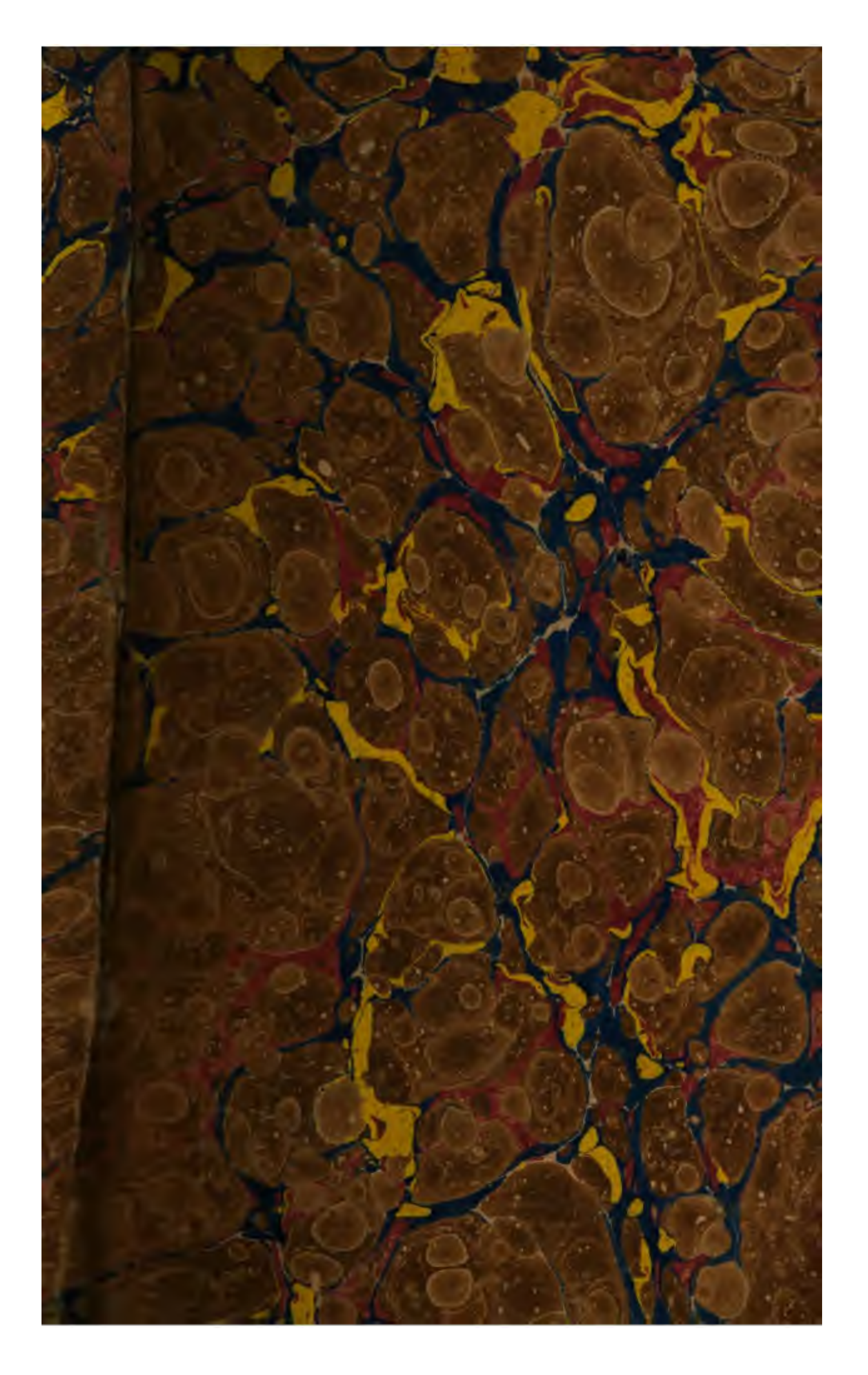

LA PLUMA DE ORO
Librería, Papelería
IMPRENTA
Y EFECTOS DE ESCRITORIO
RICLA 19-MATANZAS
escrito-
rio, encuadernacion de libros, to-
do á précios moderados.
MATANZA


ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·ANG·SIGILLVM
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS




LA PLUMA DE ORO
Librería, Papelería
IMPRENTA
Y EFECTOS DE ESCRITORIO
RICLA 19-MATANZAS
escrito-
rio, encuadernacion de libros, to-
do á précios moderados.
MATANZA


ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·ANG·SIGILLVM
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



COSTAS Y MONTAÑAS.

..... pulcherrima es, o sacra semperque felix
Principum gentiumque mater Spania.

SANCTI ISIDORI HISPAL.—DE LAUDE SPANIÆ.

COSTAS Y MONTAÑAS.

(LIBRO DE UN CAMINANTE),

POR

JUAN GARCÍA.

MADRID.
Imprenta de M. Tello, Isabel la Católica, 25.
1871.

Á MI PADRE.

Corona senum filii filiorum; et gloria filiorum patres eorum.

PROVERB.—CAP. XVII.—V. 6.



Sentir, pensar y saber, son los tres orígenes de un libro; ó brota del corazon, ó nace del entendimiento, ó se engendra en la memoria, lenta y sagaz ordenadora del caudal adquirido. Hijo de sentimiento, el libro habla á imaginaciones adolescentes ó femeninas; no les sugiere textos ni citas, pero las penetra, filtra en ellas, y tiñe, informa ó modela cuanto en ellas se elabora: hijo del discurso, habla á la razon madura y sosegada, la fortalece ó la enerva, la despierta ó la aletarga, excita la contradiccion, enciende la controversia, robustece ideas flojas, ó hace enflaquecer las más arraigadas: hijo de acendrada ciencia, alimenta el espíritu, aclara los ojos, despeja y dilata los horizontes antiguos, abre otros nuevos, afirma el paso para recorrerlos y registrarlos.

Facultades todas tres de un espíritu único y cabal, formas de una sola sustancia, manifestaciones de una misma esencia, sensibilidad, entendimiento y memoria no andan tan desviadas entre sí, ni obran

con tan perfecta exclusion é independencia, que en el ejercicio de cualquiera de ellas deje de clarearse y trascender la accion propicia y auxiliadora de las otras sus hermanas. Pero en casos nace el libro para hablar al ánimo de compleja y varia muchedumbre: necesita tentar las modulaciones diversas de la fibra humana, espiar sus momentos; dar á la vez pasto á la razon indagadora y fria; satisfacer el apetito, tan parecido á la avaricia, del curioso de toda erudicion; y no desengañar á ninguno de tantos corazones como buscan más ancha vida en la de otros corazones, no contentos con la porcion y medida que les cupo en suerte, y tiene ocasion la inteligencia de no dejar en huelga medio alguno más de concertar su empleo con la frecuencia, el pulso y la extension posibles.

De estos asuntos vastos que piden al escritor su alma entera, que así le toman sus largas meditaciones en horas de recogimiento ó en horas de hastío, como la cosecha mal cribada y hecha penosamente en los secos papeles de la biblioteca, como sus latidos íntimos y sus imaginarios vuelos por el libre y diáfano ambiente de la fantasía es la descripcion de una comarca.

No queda descrita una comarca cuando se han recopilado laboriosamente las efemérides y aspectos de su suelo, sus fastos y memorias, los acontecimien-

tos de su historia, sus apariciones y eclipses en las evoluciones famosas de la sociedad ó del mundo, los nombres de sus hijos claros, la série de sus padecimientos y sus triunfos; centon acumulado por la erudicion y la paciencia, filiacion á lo sumo, pero no retrato. El retrato, para serlo acabado, ha de hablar á quien lo mira, no con la excusada voz de su garganta muda; con la voz no ménos clara y expresiva, más sincera, por cierto, de sus facciones y su gesto; con la voz de sus canas que proclaman su edad, con la de su tez que denuncia la profesion ó la raza, con la de su frente despoblada que cuenta los estudios ó los extravíos, con la de sus ojos que declaran acaso lo que el alma calla, acaso lo que el alma dice, pero sin acaso, y con plena certidumbre, lo que el alma siente, lo que el alma busca, lo que el alma puede. Y retrato ha de ser la descripcion de una comarca para que ocurra á las curiosidades diversas, opuestas á veces y enemigas, que han de pedirle satisfaccion unas, y otras espuela.

El trozo de paisage más limitado y breve, páramo ó selva, desierto ó marina, ¡cuánto pide para ser descrito con limpieza y acierto, con el toque vigoroso y sóbrio que ha de reproducirlo á los ojos del leyente, tal cual lo recogió la impresion misma del observador, impresion de amenidad ó de terror, de frescura ó de aridez, de gracia ó de compasion! Y toda con-

dicion de ingénio es inútil, y toda habilidad ociosa, si la pintura no conserva el *quid* humano, misterioso, invisible é indescifrable, alma de la naturaleza, sin el cual la naturaleza no vive, no refleja en la mente, ni suena en el corazon. Porque el hechizo del paisage, mies ó breña, poblado ó ruina, está en la criatura humana ausente ó presente, la que lo vivió, lo vive ó lo vivirá, resucitada por el recuerdo, descrita por la observacion actual, evocada en los limbos del porvenir por la lógica de la comparacion ó los ardores del deseo. Vision que, imaginada ó positiva, ocupa el yermo y la industrial colmena, el claustro y la campiña labradora.

Tanto el asceta á quien la soledad conforta, como el peregrino á quien la soledad amedrenta, hallan á su semejante en ella, para perdonarle ó para temerle. No tuviera la soledad halago si no fuera espejo á la contemplacion del alma que en ella mira reflejarse, claros y distintos, virtudes y vicios, ajenos y propios; no tuviera medicina, si no fuera cálido ambiente que bebe y seca el vapor del llanto humano; no tuviera poder, si no fuera vasto océano donde el pensamiento se sumerge y halla, para bien ó para mal, jugos que lo nutren, lo esfuerzan y lo vigorizan. Sus misterios, horrores, armonías y grandezas, lo son ó dejan de serlo, cobran valor ó lo pierden en proporcion de la parte que el espíritu del observador toma

ó deja en el universal concierto de las gentes. Por eso la solicitan aquellos cuyo pecho tiene más estrecha y necesaria comunicacion con la humanidad, sea para amarla ó sea para maldecirla; para acecharla ó huir de ella; para acariciarla ó herirla; penitentes ó misántropos, filósofos ó poetas, enamorados ó bandoleros.

Cuando, por otra parte, el libro no tuvo precursor, ni halla el arrimo y sombra de ascendientes ni contemporáneos; cuando todo es materia primera y ruda, falta de rudimentaria preparacion y labra inicial en las manos que lo aderezan y componen; cuando la historia política yace entrañada y oscura en ciertas cartas de fuero, de donacion ó de privilegio, en tratados de paz y de alianza, de navegacion y comercio con aledaños ó extranjeros; pergaminos yertos, texto escueto y desnudo, aún vírgen de refinada crítica y maduro fallo; cuando la social se esconde en escrituras de fundaciones pías, en cláusulas de testamentos, en perdurables litigios que guardan los archivos de las familias, rico é inexplorado tesoro, auténtico padron de usos públicos y costumbres privadas; cuando la artística no pasa de alguna piedra funeral ó votiva, del monumento anónimo, del indicio evidente, pero no bastante y discutible de los apellidos; cuando la militar se pierde en las empresas colectivas de la bandera-madre, donde no es po-

sible seguir aquella vena generosa de sangre intrépida, que arrancando hinchada y llena del solar montañés, corre á verterse á borbollon ó gota á gota en mar y en tierra, por todos los campos de pelea, enflaquecida á intervalos, pero inexhausta, repuesta y constante, amasando el eterno pedestal de la gloria española y dejando su caudal precioso sumido, olvidado en la fábrica á cuya edificacion sirve y cuya firmeza asegura, entonces la suma de tiempo, de trabajo, de fatiga, de meditacion y de lectura, excede á cuanto, concentrando su tibieza y agotando su esfuerzo, puede emplear una inteligencia flaca, inconsistente y movediza.

Condiciones son estas que atañen esencialmente al fondo y sustancia de la obra; tiénelas además su forma, y no ménos tiranas, no ménos absolutas, no ménos difíciles de guardar y ser cumplidamente atendidas.

Es la literatura contemporánea esencialmente crítica, carácter de su índole decadente; su inspiracion adolece de parasitismo, nace de otra inspiracion predecesora y madre, de la cual toma sustancia é impulso; es una segunda generacion artística que no parte inmediata y originalmente de la naturaleza, sino que tiene cuna intermedia en otra creacion del arte, encarnacion, interpretacion primera de la causa inspiradora.

No por eso tiene límites su esfera ni deja de ofrecer ocasion y espacio á la accion sublime y desahogada del más generoso númen. Una de sus mejores palmas y coronas será siempre la de no envolverse en austeridades misteriosas, sino de comunicar con todo lo circumambiente; la de no aspirar á lo alto, vision augusta, concentrada, personal y esquiva, sino radiar á la vez en torno, expansiva, humana y fácil. Y como la eficacia del sentimiento es más certera y alcanza á mayor número que la de la razon, dá al sentimiento mayor lugar y hace de él más frecuente y absoluto empleo.

No fué todo expontaneidad en esta laudable alteracion del gusto y la manera. Trájola consigo el creciente imperio de la mujer en la sociedad contemporánea, imperio que, como toda dominacion nacida de causas legítimas y necesarias, hace surgir en torno suyo y se apropia cuanto conviene á su consolidacion y á su prestigio. La literatura contemporánea piensa contínuamente, y con fruto, puesto que cobra usurario precio de su cuidado, en la mujer y en el niño. Cuanto más se ocupe de la inteligencia de aquella, ménos habrá de trabajar para la del segundo; á través de la inteligencia materna, vivífico medio que funde todo hielo, quebranta toda roca é ilumina toda tiniebla se nutre más rica y provechosamente la inteligencia infantil; y sabido es que, si

algo no olvida el hombre en su vida, es lo que aprendió de una mujer, madre ó hermana; oraciones y cuentos.

En obsequio á la inteligencia femenina, viva pero inquieta, penetrante pero mudable, rápida pero ardorosa y vaga, la ciencia ruda viste galano estilo; escribe libros especiales; la trae á fijarse en las fórmulas abstractas de la gravitacion, envolviéndoselas en la exposicion sonora de la armonía universal, tan grata á su pecho, esencialmente resonante, ayudándose de tres agentes irresistibles, luz, distancia y misterio; la impone en las recónditas labores de la atraccion molecular, disfrazándoselas en el cuento de la formacion y génesis de la piedra preciosa, tan seductora á sus ojos, fácilmente pagados siempre de cuanto fulgura, escasea y vale. Y obediente á causa igual la elocuencia, hace sitio al período altisonante, melodioso y vago, cierta de que es hacedero y fácil llegar del oido al corazon, y extremecerle ó seducirle sin pasar por la alquitara escrupulosa del cerebro; y la ciencia histórica, corregida de su solemne y seco aparato, busca al héroe fuera de la ocasion excelsa de su gloria, y sin menguársela, lo humaniza y pone en punto de ser accesible al juicio y residencia de los demás humanos.

Este modo literario, feminizado, ameno y vario que procura ante todo el agrado de la forma, rige

hoy con ley absoluta, la cual no es posible eludir ó desobedecer pena de muerte; esto es, de completo desden y olvido. Ni fué de corto provecho á la porcion viril de nuestra raza esa ingerencia del feminismo en el arte; propendia á facilitar los estudios, á amansar sus asperezas y rigores, á compensar en tiempo la inconsistencia, á sustituir con amenidad, ligereza y gracia, la profundidad y la solidez; era camino que sonreia y llamaba, y por él siguieron y siguen, y seguirán con preferencia y deleite el número mayor de los varones leyentes, si con beneficio ó daño de la general sabiduría no es aquí lugar de establecerlo ni demostrarlo; baste apuntar que á no tener semejante camino muchos no siguieran el otro lijoso y áspero, accesible únicamente al duro pié y al ancho pecho de los fervorosos y tenaces.

Uno de los elementos más eficaces, el más poderoso acaso, y de uso más arriesgado con que la novedad cuenta, es la aparicion más ó ménos repetida, más ó ménos continuada de la persona del autor. La mujer, sér imaginativo y sensible, propende al drama, á la accion, á la manifestacion del carácter en presencia de los sucesos y circunstancias de la vida; gusta de mezclar el libro y el teatro; á la narracion impersonal, por viva y rápida, y pintoresca que sea, prefiere la narracion entrecortada por diálogos. Era el sistema que regia la primitiva escena; es el que

domina en la augusta cátedra de verdad, cuando el orador alterna su grave y solemne relato del Evangelio con el sagrado comento y aplicacion de su doctrina, á la práctica y á las inclinaciones del alma, con la melodía musical, impalpables alas del espíritu, sobre las que sube á mecerse en regiones soberanas y puras, cuya mística hermosura no cabe en palabras, ni en humana voz, ni en mortales conceptos.

Sea ahora la necesidad excusa de tan difuso é informe relato. Ya, quien me conozca y se aventure á seguir leyendo, sabe que no hallará satisfechas las justas exigencias de su gusto y su literatura.

Inútil fuera pretender á tanto, inútil esperar más completa sazon de tiempo y estudio; inútil imaginar que pudieran llegar mejores dias. Tiene límites la inteligencia que no se intenta exceder sin riesgo, y conviene aprovechar las horas, contadas acaso, acaso postreras, en que el corazon late apasionado y caliente todavía.

Hay dias en que la intensidad del cariño al suelo natal crece y se ensancha en punto que parece superior á todas las facultades sensibles del alma. Son dias claros, en sus horas de la mañana, cuando la ausencia sino os ha entibiado el alma, os ha gastado sus fuegos mejores en tantos y tan varios y tan desordenados afectos, que la imágen de la pátria os aparece ya trasfigurada y sublime como vision incorpó-

rea y celeste, á la cual ni llega, ni es de valor ni de servicio este amor terreno, eficaz, profundo, desasosegador, tirano, que se siente en la sangre, que se siente en el cerebro, que serpea en las venas, palpita en el corazon, arde en las entrañas, ciega los ojos, arma la mano, descamina el pié, borra el precio de la vida, pone en la lengua la injuria y espanta del ánimo la compasion. Amais á la pátria como á Dios, no como á vuestra madre.

En un dia de esos, en esas horas estivas, alto el sol, inundada de luz la ribera, poblado de sonidos el aire, risueña la campiña, más risueña la aldea, llegais á la tierra, que mana ambiente de vida, y en él os envuelve y con él os embriaga y os enajena; entonces al culto soberano sucede el soberano amor; entonces hallais de nuevo á vuestra madre, y la pasion terrible, brava, con que á la madre se adora.

Entonces os pesa, como jamás os hubo pesado, de su postracion y decadencia; entonces os duele verla desconocida y desdeñada; entonces antes con los ojos que con la voz, respondeis al extraño que os interroga, y en una mirada, en una frase, compendiais cuantos merecimientos, en humanos juicios, son causa de encomio ó nombradía para gentes y regiones. Entonces quisiérais ser el caudal que desempobrece los estados, la voluntad que los levanta y robustece, la inteligencia que los ilustra, el ingénio

que los glorifica, el poder que los hace señores y temidos, y hasta el rayo de sol que fecunda la tierra, sanea el aire y embellece el suelo.

En este sentimiento de la pátria no caben tibieza, moderacion ni templanza; es superior á toda superstticion, más intenso y permanente que todo egoismo; ingénita y primera religion del hombre, domina fé, supersticiones y creencias; no hay cristiano, el más ascético y humilde, que piense que esa virtud sublime de la humildad, del desprendimiento, obliga, con respecto á la pátria; y el pobre de espíritu, el místico, el apartado de toda grandeza humana, desea para la pátria, y lo desea vivamente, gloria, poder, fama, riqueza, y lo desea con mayor sinceridad y vehemencia que el mundano envuelto en las inquietudes de su tiempo, hecho á usar de ellas y trabajarlas en su propio medro, y al desearlo no cura de que al volver de la hoja donde quedan escritas las prosperidades y glorias del fuerte y del victorioso, escribe la mano justiciera, ruinas, lágrimas, dolóres, del flaco y del vencido.

En tales dias, en hora tal nacida la idea de este libro, no era posible abandonarla. Lo posible era renunciar al libro concebido en los desvanecimientos legítimos de la ilusion primera. Lo posible pensar que la Providencia mide el peso á las fuerzas, es próvida, nos manda aceptar con ánimo sereno la pro-

pia suerte, y que la codicia de ajenos bienes tanto empequeñece y daña en la esfera del pensamiento, como en la de los tesoros materiales. Lo posible apartarse con fortaleza de estériles ambiciones, y labrar el propio surco á medida del propio saber y de las propias fuerzas.

Correr la tierra como la corrieron tantas veces hidalgos y aventureros, aunque en son más pacífico y recatado; llamar con el cuento del bordon, como ellos con el cuento de la lanza, á la puerta del solar, de la ermita ó del monasterio; atento á la voz de la sangre, á la de la amistad, y de las obligaciones antiguas; seguro en la fé, dócil al ejemplo de mis padres: entretener el tiempo, distraer ó aliviar el cansancio de la jornada en coloquios internos con la pasion reina del albedrío; pasion en ellos amorosa ó vengativa, de enojo ó de soberbia, pasion en mí de entrañable afecto á la tierra que voy pisando, y cuyas bellezas y calidades apunto y celebro á medida que la propia tierra me las hace patentes y conocidas. *Echar mi apellido,*[1] no para homicidas empresas ni cruentas obras, sino para satisfacer la deuda sagrada que al nacer contrajo todo hombre con el suelo que le dió cuna, la de emplear en su servicio la mejor porcion de su inteligencia. *Echar mi apellido,* no por-

1 Significaba en los siglos medios lo mismo que convocar un bando.

que blasone de caudillo, que en el atropello de la espolonada no sigue la hueste al más gerárquico y digno, sino al más audaz y delantero, más para que alguno de cuantos en filas preferentes obedecen al estandarte generoso de las letras, oiga el grito, siga la voz, logre el laurel de la definitiva victoria. Eso hice, sustituyendo el trabajo lento, ordenado y grave de componer un libro.

Y al correr la tierra, el pueblo montañés abriéndome sus templos, nombrándome sus vegas y sus cumbres, trayéndome á memoria á cuantos de él escribieron, ó le favorecieron ó le maltrataron, dejándome oir su palabra estridente ó dulce, cautelosa ó franca, irá en pedazos contándome su historia.

Pueblo que enclava su nombre en la fúlgida historia del gigante pueblo romano, como se clava el tábano á la fosca melena y horada la piel del leon y lo desasosiega y postra su majestad, atarazando su gloria con aquel único epíteto de no vencido, trayendo perpétuamente sobre el sol de su perenne y universal victoria el pardo y trémulo celaje de su misteriosa destruccion y muerte.

Cuando luego retoña, como el heno segado, más vivaz y más espeso, ya se vislumbran apenas hácia oriente y mediodía los agonizantes destellos de la estrella latina y los ojos del universo son llamados

á la vasta, lóbrega, densa y desconocida nube que viene del Norte, y así puede traer en sus entrañas la lluvia que fecunda como la tempestad que asola; así la ráfaga que limpia y sanea, como la centella que abrasa y postra.

El mar le trae entonces nuevos enemigos; el mar, enemigo original suyo, que le ciñe y hostiga con su fragor y su espanto, con sus olas y su extension ignorada, sin límites, sin fondo, sin sosiego; el mar, que imprime su terror y su misterio á cuanto con él se compadece y relaciona, al ser que le habita, á la nave que le surca, al meteoro que le inflama. Contra aquellos enemigos defiende, no siempre con ventaja, hogar é hijos, tierras y mazorcas: lo desconocido de su orígen y su camino, lo extraordinario de su valor y de su audacia, lo nuevo de su rostro, de sus armas, de su arreo, hablan más récio á su generoso espíritu que las fogosas iras marciales ó la emulacion envidiosa de la venganza, y lo conserva en su memoria, lo trasforma, lo reproduce en su fantasía, lo pinta en sus narraciones, lo trasmite á su descendencia, en la cual será gloriosa porfia la de afirmar su estirpe tanto entre los patrios paladines como entre los invasores extranjeros. [1]

Porque el culto de los mayores, la devocion á lo

1 Véase el orígen de los Velascos.

premas de su desbaratada hueste; la resignacion no ha de ser flaqueza, sino virtud; no ha de consistir en desesperar, sino en resistir; no ha de dar paz á la mano, fiando en que sus brios son estériles; no ha de aflojar el corazon, porque sus alientos no serán premiados con palmas que ve y envidia en mano de más afortunados.

Si veis mi libro bien recibido, será razon que os pruebe cuán dispuesto está el ánimo de nuestros compatriotas á acoger lo que á nuestra pátria se refiere; si le veis desdeñado, séaos estímulo á pretender con más vivo afan lo que él no alcanzó.

COSTAS Y MONTAÑAS.

CASTRO-URDIALES.

I.

LA VILLA.—LA PLAYA.

> Armas, escudo y señal,
> Castillo, puente y Santa Ana,
> Nave, ballena y mar llana,
> Son de Castro la leal.

Por tan concisa manera, en cuatro versos puestos cabe un escudo en los estrados de su casa municipal, describe la villa su blason, pinta su retrato, y apunta varios indicios de su historia. Padeció guerras, erigió altares, armó galeras, adiestró harponeros; fué militar, devota, marinera, comerciante, y á los ojos de quien, llegándose por mar, descubre aquel extraño arco tendido entre dos peñas coronadas de adarves la una, de pórticos la otra, el heráldico bosquejo conserva su parecido.

Pusiéronla sus fundadores sobre las rocas

peladas que bate el mar: ¿era espía del agua, centinela de la tierra, fortaleza, puerto, amenaza ó refugio?

En su cóncavo seno ofrecia amparo á las naves la naturaleza contra las iras de la naturaleza misma; para ampararlas del hombre, hubo el hombre de fundar murallas. Castro las tiene desde muy antiguo, y al ser ahora derribadas, ofrecen testimonios del segundo siglo de la era cristiana en monedas de Marco Aurelio Antonino y su mujer Annia Faustina, halladas entre la argamasa de sus paredes.

Tomó la fortaleza nombre de la poblacion que habia de defender, situada en paraje más bajo y accesible, abierto al enemigo aventurero, á quien no podia detener de cerca con la robustez, ni amedrentar de lejos con la traza soberbia de torres y baluartes.

Tres edades humanas están allí representadas en el cantil de la costa, dentro de una distancia de media legua: Urdiales, la aldea primera, agrícola y pescadora, alimentada por la mar y el campo, tranquila, pobre y estacionaria; Castro, la villa, la sociedad armada, armada por necesidad para defender lo adquiri-

do, nutriendo su fuerza de la más pura sustancia de la aldea, y por la posesion de la fuerza conducida al abuso de ella, á su castigo, el recelo constante de los más fuertes, y el constante desvío de los más débiles; y en fin, la playa, la empresa de ayer, la industria nueva, que por encanto establece, mejora, modifica y crea; que á su vez mina la fortaleza, echa por tierra sus muros, y llama á sí y absorbe y emplea en provecho propio los elementos vitales que á duras penas existian dentro del angosto recinto de piedra.

La letra de sus armas es, sin embargo, á pesar de sus creces y mudanzas, la más excelente pintura que de su romántica fisonomía tendrá nunca la vieja Flaviobriga.

Tal la recordaba mi memoria, vista una y otra vez desde la cubierta de un buque en juveniles dias; ahora, llegando por tierra, y con ánimo de hacer posada en su recinto, ofrecíame Castro nueva fisonomía, en nada parecida á mi recuerdo: una torre gótica sin chapitel levantada al borde del agua; espeso caserío apretado como un enjambre en torno de ella, y la ancha cinta de una carretera que le añuda, y

corre á una y otra parte siguiendo hácia oriente y ocaso los quebrados contornos de la costa.

El fondo, sin embargo, del paisage no variaba: mar y cielo eran los mismos; azules, profundos; iguales colores tenia la tierra, verdes claros ó sombríos, manchados á trechos por las cenicientas peñas de la costa; iguales rumores volaban por el aire, el ronco y vago gemido de la rompiente, el son lejano del viento en las alturas, y sus trémulos susurros entre las hojas, con que remedaba su inquieto y agudo silbar entre la jarcia.

Nunca parecen monótonos los horizontes de la tierra nativa; nunca fatigan la mirada; sondéalos instintivamente el alma, y siempre halla en ellos algo que responde á su sentimiento actual, y segun la índole de este, le halaga, le templa ó le gobierna; para ella su luz no palidece ni se enturbia, sus términos se mudan con variedad infinita dentro del perfil que los dibuja, y blandamente arrastrada por el deleite contemplativo, olvídase á veces de la vida que los poblara, como paisagista, en cuyos lienzos no aparece, ó aparece con significacion escasa, la figura humana.

En cambio, al llegarse á donde quiera que permanecen vestigios de poblado, como al trabar diálogo con una persona por su nombre solo de antemano conocida, despiértase en el espíritu deseo ardiente de penetrar su vida entera, y este objeto único absorbe y ocupa las facultades todas del entendimiento.

Guerreras son las memorias más cercanas á nosotros que resucita Castro: sitiada, rendida y abrasada fué una de las heridas hechas á la pátria española por el hierro y la tea franceses, y durante la dolorosa guerra de siete años, como uno de tantos escollos de su marina, oia rodar alrededor suyo el fragor de las olas humanas que se chocaban enemigas, tocada muchas veces por los tiros del combate, sin ser poderosa á hacerle cesar, ó desembarazarse de los tenaces guerrilleros que infestaban sus cercanías.

Todavía conserva, como soldado viejo, reliquias del antiguo uniforme: mas ya desceñido su cíngulo militar, de recelosa y ceñuda plaza de guerra, háse tornado hospitalaria mansion abierta y franca á todo pasajero.

Iba declinando el sol cuando yo llegaba á hacer prueba personal de ello.

Sobre un ribazo á orillas de la carretera, ofrécese al viajero la *Quinta del Cármen*; blanca, luciente, de par en par abiertas sus verjas de hierro, síguense los curvos senderos enarenados de su jardin, súbese la escalinata del alto peristilo, y á pocas palabras cambiadas con un veterano comedido y seco que á leguas acusa marcial procedencia, se encuentra el peregrino en un cuartito de limpio y modesto adorno, donde suelta su mochila, y se apresta á descansar en consoladora compañía, abriendo sus ventanas á la fresca brisa del nordeste, que llama en ellas sacudiendo los cristales.

No hay sol canicular cuyo fuego no templen esas ráfagas consoladoras que orean la frente, arrullan el oido, y parece que convidan al espíritu á seguirlas en su fantástico vuelo, como siguen los ojos el de una mariposa, á examinar la region que habitan, donde toman los aromas y el rocío en que bañan y perfuman sus alas.

Cede el viajero al cariñoso impulso, y desde los balcones de su albergue descubre vasto paisage marino. Se abre la costa en seno anchuroso, cuyo centro ocupan la villa y su playa; corren al nordeste las quebrantadas tierras vizcai-

nas; en su oscura mole clarean la entrada de la ria de Somorrostro, las casas de Algorta que cuelgan esparcidas en la pendiente, ó se agrupan al pié del orgulloso faro de la Galea, y el arenal de Plencia somero del agua, dilatándose el promontorio hasta morir en cabo Villano, cuyo espolon de piedra caido al mar, asoma aislado encima de las olas. Hácia el ocaso, se escalonan escuetos peñascos hasta los montes de Laredo y de Santoña, perdidos á tales horas en la bruma de oro derramada en la atmósfera por la luz poniente del estío, y en frente duerme tendida la inmensidad del Océano cuyo horizonte azul se confunde con el azul purísimo del cielo.

De esta contemplacion distraen voces humanas. Los huéspedes se cruzan en las cercanías de la quinta, y sus diálogos y su pintoresco arreo recuerdan que la actual excelencia de la villa está en las olas que mojan sus términos.

Está la playa de baños en una entrada que hace la costa al saliente de la villa, gráficamente nombrada Brazo-mar, donde desagua un arroyo del mismo apellido, que baja del valle

de Sámano. Es un arenal estrecho, que limitan erizadas rocas, y donde vienen á morir blanda y acompasadamente las olas rechazadas por la punta llamada de Cotolino, que se levanta en la opuesta márgen.

Todo allí es miniatura, fuera de la mar y el monte; todo menudo, todo reducido, pero todo proporcionado y armonioso: á la villa corresponde la playa, á la playa las casetas, á las casetas la concurrencia que las usa y llena.

Las diversas escalas del universo femenino veíanse representadas en los diversos grupos, cuyas breves faldas, rojas y azules, blancas y negras, esmaltaban con crudos toques la descolorida arena. Largos rizos que despeinaba el viento, pupilas encendidas en el sol meridional, damas de blason y linage, y aventureras sin otras armas que las de su hermosura, con éxito lastimoso esgrimidas, en provecho del diablo. Las playas, grandes ó chicas, afamadas ó modestas, son tablas en que aparecen á declamar su parte de la comedia humana iguales tipos, idénticos caractéres: una es la luz que los ilumina, uno el salino ambiente que las orea, uno el son que acompaña al drama; en

todas se repiten decoracion y númen, en todas escenas y papeles. Salvos el número, el rostro, el habla y el vestido, las bañistas en Castro eran las que el viajero encuentra en el Lido de Venecia, y en el Biarritz de Gascuña, en la Caleta gaditana y en el Sardinero santanderino, en Brihgton y en Ostende. Allí estaba la que con el cabo de su quitasol canaliza la arena, y entre rectas y rasgos dibuja disimuladamente una cifra ó una fecha, tan pronto borrada como concluida; la que vaga solitaria y grave con un libro entre las manos, más hojeado que leido; la olvidada de sí misma en la contemplacion sublime del paísage; la olvidada de paisage y universo por un primor ó un vicio de su trage ó su peinado; la que marisca, saltando entre peñas y médanos, exponiendo el sin rival calzado al filo de las rocas, á la humedad de la resaca, y á la contemplacion y comento de émulas y apasionados; la que se embebece y suspira contemplando el vespertino centellear de Sirio, siendo á su vez estrella en que se miran otros ojos apartados y temerosos.

Cruzábanse en el arenal ó en las gradas del pabellon los que del agua salian con los que

bajaban al agua, cambiando saludos y las acostumbradas frases:

—¿Está buena?

—Deliciosa.

—¡Por largo lo ha tomado V. hoy!

—Dá pena dejarlo.

Quien oyese este diálogo sin nocion de la escena, un ciego por ejemplo, ignorante del lugar donde se hallaba, no adivinaria fácilmente que el objeto de tan tiernas palabras es el agua del mar.

Llegóse á la orilla un hombre de poblada barba y récio busto, y entrándose por medio de los que sentados ó en cuclillas estaban á mojo asidos á una maroma, ó á las manos callosas del marinero que los asistía, se arrojó sobre la espuma de una ola con el aire resuelto y tranquilo de los avezados á tales ejercicios. Sumergióse luego para salvar la rompiente, y salvada, nadó mar adentro con brazo vigoroso, levantándose sobre los anchos lomos de las olas que se sucedian. Unico nadador en aquella hora, rompía la monotonía de la escena, y, naturalmente, se llevaba la atencion de cuantos en la ribera estaban; y él de lleno entregado al

placer del varonil ejercicio, olvidado de la tierra, ocupado únicamente del agua que le sostenia, del cielo que le cobijaba, embebecido en las caricias y arrullos de las brisas que oreaban su frente, de la espuma que serpeaba trémula sobre sus hombros, en torno de su robusto cuello, trepaba á la cresta de las olas, ó se tendia inmóvil encima de ellas, ó giraba moviendo anchos remolinos; ó sacando con brío el brazo y alargándole delante de sí, hería con la palma abierta y tendida las aguas, y el ruido seco del azote venia hasta la orilla, alternando con el gemido de las aguas, como alternan, durante la pelea, con el fragor de las armas, las calientes injurias que inspira el enojo y el ay involuntario que arrancan las heridas.

Produce toda lucha cierta embriaguez, más ciega, más ardiente en el inferior cuando son desiguales los combatientes; embriaguez no de miedo al dolor, de miedo de ser vencido, embriaguez que se experimenta, aun cuando no sea mortal el empeño, en toda porfía, en los juegos más corteses de armas y de fuerza, y que sin duda llega á su extremo de energía, cuando contienden de una parte el hombre, su

espíritu y su denuedo, y de la otra una fiera de poder desmesurado, de instintos misteriosos, en cuya mansedumbre no cabe confianza, cuya cólera no puede preveerse y cuyo solo amago basta á destruir, exterminar, y hacer desaparecer al hombre en un soplo, en una chispa, en un átomo indivisible de tiempo.

Súbitamente oyóse retumbar una bocina, causando precipitado movimiento entre los familiares y servidores de las casetas. Dos marineros de edad provecta, descalzos, con sendas anclas bordadas en los anchos y desmayados cuellos de sus camisas azules, parecieron en la playa; dando grandes voces poco inteligibles, movian sus brazos á manera de aspas telegráficas. Eran los *salva-vidas*, hombres diputados por el municipio para vigilar imprudencias y prevenir desgracias. ¿Amagaba alguna? ¿A quién? No seguramente al nadador, que absorto en la inefable melancolía de la tarde, más y más embebecido en su ejercicio, bogaba ya blanda y sosegadamente hácia tierra. Mas apenas afirmaba el pié en la arena entró á él uno de los salva-vidas, señalado en el rostro con la misma falta que hicieron famosa Filipo

de Macedonia, Anibal de Cartago y Sertorio de España, y le denostó de temerario. Con igual calma que habia recibido los rociones del mar, recibió el bañista la reprension del veterano, y sin encogerse de hombros siquiera, salió del agua mudo y tranquilo como habia entrado.

Ibase diciendo sin duda que el cauto marinero entendia de singular manera las obligaciones de su profesion; las cuales, en su concepto, no consistian tanto en exponer la vida propia cuanto en evitar semejante contingencia, apartando con tiempo al prógimo del más remoto riesgo. No imaginaba que iba á ser pasto de noveleros y desocupados, que horas despues contarian las gentes que un *señor forastero* habia estado á punto de ahogarse, y que al amor de tan socorrida fábula, y en los ánimos crédulos de muchos, creceria por el momento la nombradía siniestra del mar, de sus abismos y perfidias.

II.

LA BARRERA.—SANTA CLARA.—EL TEATRO.

Desde la playa al paseo, al parage oficial donde las gentes en hora señalada se encuentran, se saludan, deletrean recíprocamente sus trages y su historia, se reunen, conversan, murmuran ó divagan.

Llámanle «La barrera,» tal vez por la que cerraba una puerta del cercano muro, y tiende sus anchas alamedas entre los escombros de este y el convento de monjas clarisas.

A un extremo se levanta el moderno teatro, en el otro funda la villa robustos muelles que haciendo retroceder al mar dan lugar á fundaciones que extienden su área y desahogan la poblacion; por eso el mar irritado azota la fábrica y escupe su espuma al curioso que se llega á contemplarla; sacude los sillares y los quebranta y mueve, más no detiene la obra de la perseverancia humana, que doblando lenta-

mente las hiladas, domina poco á poco el nivel de su contrario, y camina á concentrar tal peso, á levantar tal mole que nunca sobre ellos prevalezcan las más recias tempestades.

De la muralla solo queda una línea de escombros que señala el recinto. El convento, reedificado como todos los de su órden en el país, probablemente en el siglo XVII, muestra pobre y severa arquitectura, sin otra gala que su extension considerable. Le hace melancólica compañía una palma nacida junto á uno de los estribos de la iglesia; árbol de otros climas, lozano, sin embargo, como si el calor del santuario hubiese reemplazado en su existencia al sol ardiente de la region nativa.

No hay árbol que despierte con mayor viveza que una palma la memoria de los paisages á que dá expresiva y propia fisonomía. Mística imágen para el cristiano del misterioso Oriente, á cuyo pié brota el raudal purísimo de las tradiciones bíblicas, que ha apagado la sed ardorosa de tantos tristes y cansados, es para el español memoria viva de su árabe Andalucía; de esa tierra con tanta sangre española redimi-

da, arrancada á las manos del hijo del Agar, más no á su génio, ni á sus recuerdos, ni á su poesía, que laten y palpitan en su atmósfera abrasada, como laten las brisas del Guadalquivir en las hojas agudas del árbol que siente y ama, providencia, sustento y abrigo del peregrino en el desierto.

La palma de Castro parece una cautiva que en manos de sus enemigos dejó la hueste mora en su funesta acometida á la indomable tierra del Septentrion. El roble cántabro, su vencedor y dueño, la contempla absorto desde el vecino monte, suelo natal suyo, donde permanece recogido y pronto á nuevas batallas. Dejó compasivo á su gallarda y delicada prisionera el amparo y la libertad, suficiente á una doncella, del poblado, y ella, testigo acaso de sangrientos desmanes, acogióse de los brazos que pelean á los brazos que oran, solitaria vírgen, buscando el amor y la compañía de vírgenes solitarias. Y hoy permanece velando leal, símbolo de pureza y de constancia, sobre el que acaso fué campo de eterno descanso donde yacen sus compañeras, sus hermanas.

Las crónicas franciscanas cuentan con inte-

resantes pormenores la fundacion primera de este convento.

La profesion azarosa del comercio marítimo, ejercitada en costas procelosas y mal conocidas, juntaba en Castro porcion de huérfanas y viudas, que habian comprado con temprano luto un bienestar desahogado, ó quizás la riqueza. Uniéronse en piadosa idea con hijas y esposas que, expuestas á igual desgracia, temblaban cada hora por la vida de padres y maridos, con más algunas doncellas deseosas de consagrarse á Dios.

Querian unas orar por sus difuntos, otras encomendar á Dios sus vivos; buscaban aquellas consuelo en remotas esperanzas, alimentadas por la fé; estas pedian esperanzas que calmasen la angustia presente, que alejase el dolor supremo.

Juntas impetraron del papa Juan XXII licencia para establecer un monasterio. Fuéles concedida año de 1322, y mediaba ya la fábrica emprendida con religioso celo, cuando un incendio furioso que devoró gran parte de la villa, redujo la fábrica á cenizas. Seis años despues, en 1328, el mismo Pontífice renovaba su

concesion apostólica, y las piadosas hembras, auxiliadas ahora con dones públicos de la villa, y particulares de sus convecinos, llevaban á término la construccion y abrian su claustro á las clarisas venidas de Castilla á establecer la nueva comunidad é instruir á sus novicias,

¡Qué sagrado cenobio habrá tenido orígen de más copiosas y desconsoladas lágrimas! ¡Cuál habrá nacido de afectos más vivos, más sinceros, más ardientes y profundos! ¡De cuál otro podrá decirse con tanta verdad que tiene por cimiento pedazos de corazones amantes!

Las horas pasan ligeras cuando no está ocioso el ánimo. Ver un sitio, observar nuevas gentes, recordar la historia de una piedra, departir con amigos, entregarse un momento á la mística melancolía que la noche despierta, y es como la *oracion*, que resume y corona las faenas del dia, el *angelus* del alma solitaria, meditar en cosas pasadas y aspirar el ambiente de poesía, que en su palabra derrama una inteligencia femenina elevada y culta, tal habia sido el grato empleo de las mias.

Quedaba el lindo teatro henchido de espectadores; desdeñosas de la villa y huéspedas de

la playa envueltas en cendal blanco, coronadas de flores, guarnecian palcos y pátio, mientras en la cóncava altura del moderno paraiso se amontonaba el atezado pueblo del mar y de la brea; entretenidos todos con las peripecias de una zarzuela no mal representada y bien aplaudida, como si espectáculo tan caido en otras partes hallase allí espíritu que lo resucitara.

Tres autores de los más felices en este género popular, los poetas García Gutierrez y Ayala, y el músico Arrieta, han hecho diferentes veces largas estaciones en la villa, cuyo paisage y horizonte marino, no han sido acaso de todo punto extraños á la peculiar belleza de sus inspiraciones diversas.

Para cobrar horas adelante mi albergue seguia la luz de los faroles pintorescamente clavados en las ramas de los chopos del camino. Lucía el faro encendido sobre la torre del antiguo castillo, y lucía correspondiéndose con el de Algorta. El marino que corre la costa, va descubriendo á lo largo de ella un cordon de luminosos vigías, que le guian con mudo aviso copiado del que dá el cielo con el centelleo de sus estrellas, lazo que le ata á la tierra, mirada

que le acompaña y sigue, serena su ánimo y le preserva de mortales congojas, repitiendo con su variedad infinita de eclipses y destellos, de color y viveza, que á la vera del proceloso camino vela inquieta y constante la caridad de sus hermanos.

III.

EL MILLAR.

A la mañana, atraido por el rumor y la frescura de las arboledas hácia el cáuce de Brazomar, á pocos pasos de la quinta, encontraba un millar romano levantado sobre un pedestal moderno, en cuyo neto se lee restablecida la inscripcion del antiguo monumento.

Dice así:

NERO·CLAVDIVS·DIVI·
CLAVDI·F·CÆSAR·AVG·
GER·PONT·MAX·TRIB·
POTESTATE·VIII·
IMP·IX·COS·IIII·
A·PISORACA·M·
CLXXX

Fué, pues, erigido á distancia de ciento ochenta millas de Pisuerga, y en el año noveno de su imperio, por el César Augusto y Pontífice Máximo, Claudio Neron, Germánico, hijo del divino Claudio, despues de haber ejercido ocho veces la potestad tribunicia y cuatro la consular. [1]

Aquel fuste, de asperon rojo, surcado por las lluvias, roido por el tiempo, conserva un aspecto singular de solidez y fuerza que conserva cuanto salió de las manos del pueblo rey. Los años, aun cuando lamen y gastan la piedra, no pueden borrar completamente las letras tan hondamente grabadas en ella, como lo está la huella romana en las generaciones herederas y sucesoras suyas.

¿Dónde estuvo el millar cuando señalaba distancias á caminantes del siglo primero de la era cristiana? Medía un camino que los emperadores romanos tendieron sobre la raya cán-

[1] Segun Muratori (*Annali d'Ital.*), Neron Claudio entró á ejercer la autoridad imperial en el año 54 de J. C.; corresponde, pues, el noveno de su gobierno al 63 de nuestra era, durante el cual fué labrado y erigido el millar de Castro, que cuenta de edad mil ochocientos ocho años.

tabra, como cadena destinada á ceñir y sujetar los lomos de una fiera indomable, cuyo irritado resuello amedrenta á su opresor y dueño, y cuyos extremecimientos le sobresaltan. Por él cruzaban los soldados de las cohortes destinadas, no á ocupar la tierra de los cántabros, sino á impedir que, levantado por un nuevo arranque de independencia aquel pueblo terrible, invadiendo los comarcanos y despertándolos á la pelea, suscitasen nueva guerra al imperio, tan difícil y desastrosa como la terminada por Augusto. Asombrado su ánimo con las relaciones oidas en la ciudad ó en el campamento, el recluta romano tendia recelosas miradas á aquellas asperezas que al ocaso descubria, y del pié de ese cipo, la mano curtida del veterano le señalaba en los altos de una marcha las cumbres fuentes de rios, solares de pueblos, cuyos salvajes nombres no cabian dentro de las cultas inflexiones del habla latina, como no cupieron bajo el yugo Cesáreo los hombres que los usaron. [1]

Bajaba la vía desde las márgenes del Pisuer-

[1] .....quorum nomina nostro ore concipi nequeant. —Pomponius Mela. De Situ orbis: lib. III, cap. I.

ga á las del Océano, y cerraba por Oriente el anillo en que cogia la indomable tierra Roma, señora del mar, apostada sobre los páramos de Castilla, y segura de los asturianos, enervados por su codicia, despierta al golpe del legon minero.[1] Subsisten sus hitos terminales en Castro y en Herrera, mas desaparecieron los intermedios, los que pudieran ayudarnos al cabo de siglos á plantear de nuevo el curso y desarrollo de la estratégica vía.

Maestra en las artes de ocupacion y de conquista, la terrible invasora sabia que despues de quebrantada por el valor militar la vírgen energía del salvaje, su fiereza se amansa á vista de otro modo de vivir más concertado y con la experiencia de sus beneficios: aislado el cántabro, fiaba su reduccion completa á la accion de la corriente civilizadora establecida por tragineros, caminantes y soldados á lo largo de la nueva arteria.

Pocos años despues daban los Flavios nom-

[1] *Sic astures*, dice Floro al referir los medios empleados por Augusto para la completa pacificacion de los pueblos del norte de España, *et latentes in profundo opes suas atque divitias, dum aliis quærunt, nosse cœperunt;* lib. IV, cap. XII.

bre á una colonia establecida á inmediacion de aquella carretera, y un siglo más adelante restablecia sus murallas, ó las levantaba de raiz Castro, que acaso no es otra que la misma Flaviobriga.[1]

Los que esto creen, alegan en su apoyo otros datos fuera del millar de Neron. Con él se descubrieron y en un mismo parage, en Otañez, cerca de Castro, sobre el camino de Castilla, piedras é inscripciones; de ellas un millar labrado, en el cual no llegaron á esculpirse las acostumbradas letras, porque quizás las gentes que en la obra se ocupaban, hubieron de abandonar la tierra sin poner remate á su civilizador trabajo.

No lejos de aquellos sitios habia sido hallada una alhaja de labor singular, un plato argenti-

[1] Fué autorizada opinion de los insignes académicos de la Historia, P. la Canal y Cean Bermudez, que con su compañero Sr. Sabau, al ser comisionados para emitir dictámen sobre la Memoria remitida por los correspondientes Sres. Murga y la Presilla, en 1826, acerca de antigüedades romanas descubiertas en Castro, asintieron al parecer de estos.

Las medallas de que hicimos mencion en la pág. 26 y se guardan en el salon municipal, atestiguan la fábrica posterior, parcial ó general de los muros.

no de forma circular, esculpido en relieve, supuesto voto ó memoria de algun enfermo al manantial de aguas que le dieron medicina y remedio. Así lo describe en sus Memorias la Academia de la Historia: «en la parte superior se vé una ninfa que vierte de una urna el agua que cae por entre peñas. Un jóven coge de ella para llenar una vasija; otro la da con un vaso á un enfermo; otro está llenando una cuba colocada en un carro de cuatro ruedas, á que están uncidas dos mulas. A los dos lados de la fuente hay dos aras en que se ofrecen libaciones y sacrificios, y en el contorno la inscripcion SALVS VMERITANA.»

El hábil orfebre, queriendo acaso indicar la fisonomía y vegetacion del terreno donde el celebrado manantial brotaba, dibujó á uno y otro lado de la personificada fuente dos troncos con hojas de castaño. El indicio convendria á la comarca donde sucedió el hallazgo; pero ¿cuál de los varios lugares de ella donde corren salutíferas aguas, da cabida en su etimología á la raiz *umeritana*?

¿Y quién sabe si en el lugar donde fué el plato hallado le depositaron manos precavidas ó ma-

nos criminales? ¿Quién sabe si allí quedó enterrado en la confusion y sangre de militar sorpresa?

IV.

LA IGLESIA.

No sé de qué enemigos recelaban, qué acometidas de hereges ó paganos temian los fundadores de Santa María de Castro, para erigir su templo en el centro de una fortaleza, sobre un áspero escollo, cuya entrada cerraron con muro y cava. Sin duda eran en su tiempo frescas memorias las de aquellas correrías que la intrépida marina de los árabes andaluces habia dilatado por las costas lusitanas y gallegas, hasta los confines marítimos de Astúrias y tierra de Santillana, como la Historia compostelana refiere en el año 1115 de Jesucristo. [1]

Probablemente le dieron asiento en el de otro

[1] Iisdem temporibus Hispalenses..... ceterique Sarraceni..... maritima á Colimbria usque ad Pyrenaeos..... Naviam, ceterosque maritimos asturum fines, *terramque S. Julianæ* depopulando vastabant. (Historia compost.: lib. I, cap. CIII.)

santuario, en suelo ya santificado, y acaso en este uso antiguo de fortalecer la casa de Dios y almenar sus cercas no era todo desconfianza ó marciales exigencias, sino propósito de ensalzarla rodeándola de atributos de poder, majestad y soberanía.

Quiere la tradicion que dentro de este recinto murado y á par del rey del cielo, tuvieran palacio los reyes de la tierra. Autorízase de las reliquias viejas que aún subsisten; dice que Alfonso el Sábio le habitó en ocasiones, que en sus aposentos se ordenó el trabajo de alguna de las Siete Partidas, y hasta señala una angosta y misteriosa puerta, ya tapiada, por donde aquel príncipe glorioso, asombro de su era, afligido en medio de sus prosperidades y merecimientos por la aguda pena de la rebelion y desobediencia de su hijo D. Sancho, pasó alguna vez y se recogió á sagrado, fugitivo si no del hierro, de la insolencia de conjurados y descontentos.

¿Sería á vista de este mar proceloso de Cantabria, donde soltando el freno del cortesano disimulo, ahogada en llanto el alma del rey poeta de *Las Querellas*,

gritaba doliente con fabla mortal?

Pocos pasos necesitaba andar para poner su trémula mano en los cerrojos ungidos. Frente al dintel por donde salia, levanta los suyos la puerta principal del templo, la que los arquitectos de la Edad media solian llamar puerta del Perdon, y era ahora para el Monarca puerta del Refugio. Es al parecer de lo más añejo del edificio, pertenece al estilo de transicion con que el arte salia del siglo XII y de la tradicion románica, para entrar en el siglo XIII y en el brioso desenvolvimiento del gusto ogival. La ogiva apunta en su abocinado ingreso, cuyas arquivoltas concéntricas descansan en columnas de fuste corto, capitel historiado con figuras de animales y basas unidas sobre un pliuto igual, alto y corrido.

Pero la edificacion fué lenta, y años no pocos y generaciones pasaron desde que los fieles entraron á orar por estos primeros umbrales á Santa María, hasta que vieron cerrarse las bóvedas, y acudieron al clamor de las campanas volteadas dentro del alto cuerpo de su cuadrada torre. Porque el calado pretil que rodea la cornisa, la cresteria de los remates que recortan sobre el cielo la seca línea del tejado, la

airosa torre, acardenalada á ocaso por el azote permanente de la lluvia y el vendabal, enrojecida á Oriente por el vívido sol de cada mañana, maltratados frente y pecho por las balas que mellaron sus sillares, quebraron sus perfiles y borraron sus limpias aristas, pertenecen á tiempos más adelantados.

Bien andaría la cronología castellana entre los fines del siglo XIII y comienzos del XIV y por los reyes de la dinastía de Trastamara, cuando terminó la obra. No era rica la comarca, ni sus magnates y corporaciones poseyeron nunca caudal bastante para emprender suntuosas edificaciones. Opulentos eran los príncipes y prelados de Leon y de Castilla, y sus fundaciones atestiguan las largas treguas, que discordias y escaseces imponian al trabajo útil y pacífico, pero dispendioso, del escultor y el arquitecto; eran tiempos de grandes necesidades públicas; éranlo tambien de fé, y la fé inducia á menudo á comenzar empresas sin la cabal posesion de medios para terminarlas, y fiando siempre en lo eventual y probable.

Por eso se ayudaban y convenian para sus devotos fines todos los estados y gerarquías so-

ciales, el clérigo y el burgués, el mercader y el artesano; los populares pedian de sus rentas al obispo, el obispo sus limosnas al pueblo; quien no podia aprontar maravedises, prestaba su persona para el trabajo corporal, y esta limosna del bracero, la más alta y sublime que la caridad inspira, engrandeciéndole á los propios y ajenos ojos, era pagada en gracias èspirituales, indulgencias y sufragios que Roma á veces, á veces el diocesano, publicaba y concedia á la fábrica y á sus partícipes gratuitos.

Conciertos parecidos solian hacer reyes y concejos, y por tal camino participó quizás en la fundacion de la iglesia de Castro el santo rey Fernando, á quien la voz comun atribuye la restauracion y auge de las iglesias de Cantábria; y apoyan esa voz en algun modo ciertas partes de su arquitectura, la semejanza en traza y no pocos detalles, y la advocacion comun á Nuestra Señora del Tránsito, que liga á las tres iglesias de Castro, de Laredo y de Santander.

La que ahora visitamos tiene tres naves, sostenidas por columnas arrimadas á un pilaron poligonal; la planta de los sillares que forman

el fuste de la columna es esta: dos tercios forman el cilindro de la columna, el restante entra con talla diversa á hacer el macizo del pilaron central, cuya superficie asoma desahogadamente entre fuste y fuste; en los capiteles triunfa la hoja de yedra, colosal en proporcion, pero fielmente copiada de la naturaleza en los detalles; las ogivas son anchas, y su arco, formado por cuatro boceles, con filetes interpuestos y un ariston achaflanado que adelgaza el perfil de la ogiva, aumenta su luz y realza su elegancia. Una gala tiene que no tienen sus compañeras: galerías fingidas en los machones de la nave mayor, que la visten y aligeran con sus columnas empotradas y trilóbeas ogivas.

El arqueólogo, á luz de su criterio, examinando cada detalle, define su procedencia, señala la era de su advenimiento á la vida del arte, el por qué de su empleo en la construccion, el oficio que desempeña en el monumento; pero el arqueólogo lleva consigo el auxilio de su idioma y el archivo de su erudicion, que le ayudan á establecer su opinion y á comunicarla con recíproco deleite á sus lectores.

Careciendo de ambas armas el curioso al

pretender describir una construccion cualquiera, solo consigue amontonar inarmónicas y extrañas voces que, aparte de no realizar su fin, lastiman el oido y ahuyentan el interés. La forma ogival tiene, sin embargo, tan cumplida elegancia, se asocia tan manifiestamente á nuestros instintos y tradicionales inclinaciones, que pocos detalles bastan á la imaginacion para pintarse el edificio, comprender su armonía, la paz de sus ámbitos, y sentir la religiosa uncion del templo, el áspero ceño de la fortaleza.

En la nave de la derecha, donde arranca la vuelta del abside, se encuentra un arcosolio, adornado de tosca crestería; sobre la urna, en vez de estátua yacente, una plancha de bronce grabada, muestra una figura de hombre en edad madura, largos barba y cabello, unidas ambas manos sobre el pecho en acto de orar, vestido de túnica y manto ricamente orlados, calzado de borceguí puntiagudo, sobre una figura de leon y otra de hombre salvage, y velludo, que empuña un tronco.

Enciérrase la figura dentro de un gracioso cuerpo de arquitectura ogival, con varias figu-

ras de apóstoles, que alternan con un blason repetido y de atribucion confusa, dominadas por la de un anciano con un niño en el regazo, puesta en el tímpano de la ogiva; al rededor, en hermosas letras de la llamada gótica del siglo XIV, esta inscripcion: «✝ Aquí yace Martin Ferrandez de las Cortinas, que finó el primer dia de Marzo; era de 1409 años. ✝ Aquí yace Catalina Lopez, su muger; finó á ocho dias de Mayo: era de 1411 años. ✝ Aquí yacen sus fijos Lope Ferrandez, Johan Ferrandez, Diego Ferrandez, á quien Dios perdone.»

De la consideracion social del sugeto dan testimonio el lugar y la forma de su sepultura; de sus virtudes personales los símbolos agrupados á sus piés. Solía ser en memorias sepulcrales la figura del anciano con un niño en brazos representacion mística del tránsito del alma cristiana y de su acogida en la mansion pacífica, en el seno de Abraham: así como el leon representaba la vigilancia perenne, y el salvaje humillado bajo la planta humana, las pasiones carnales vencidas y sujetas; el dibujo es puro, la composicion armoniosa y rica, y la plancha pudiera ser obra de artista aleman

ó flamenco, en cuyos países se usaban y era mayor el progreso de las artes.[1]

Adoptaron los señores castellanos estas laudas metálicas para sus sepulturas; Haro trae en su Nobiliario las que poseia la familia de *Pacheco* (marqueses de Villena), en su célebre monasterio del Parral de Segovia, fundacion de Enrique IV, príncipe; describe alguno de sus dibujos y copia sus inscripciones, y debieron ser de uso frecuente en el siglo XVI, cuando Cervantes hace decir en una de sus comedias á Pedro de Urdemales, hablando de una alma en purgatorio:

Víla en una sepultura
Cubierta con una plancha
De bronce, que es cosa dura.

Poníanse sobre el pavimento de las iglesias, lo cual hace dudar que la plancha de Castro

[1] El docto P. Sigüenza, historiador de San Gerónimo, atribuia á mano italiana la lauda de bronce que el caballero Fernan Rodriguez Pecha, camarero del rey D. Alonso XI, muerto en 1345, tenia en la capilla de San Salvador, en la parroquia de Santiago de la ciudad de Guadalajara, segun refiere el jesuita Pecha en su historia de esta ciudad; pero el carácter de la plancha de Castro no parece de la misma escuela.

ocupe el lugar para que fué destinada, y que el enterramiento que cubre corresponda á la inscripcion.[1]

Podemos salir de la iglesia por otra puerta que mira al Este, puerta moderna, de fábrica lujosa, gusto dórico, columnas exentas y finos materiales; arco que dedica la misma iglesia á los evangélicos vencedores que, partiendo de su modesto coro, subieron á las más altas sillas de la eclesiástica gerarquía: entre los escudos y títulos de uno y otro reverendo prelado, deletrea allí el curioso los del insigne cardenal Lorenzana, que tan gloriosamente perpetuó en la metropolitana de Toledo, primada de las Españas, la tradicion de los magnánimos Tenorios y Taveras.

Por este lado los muros viejos, modernos y restaurados, se atropellan y amontonan como en fortaleza batida y desmantelada por enemiga batería; una rampa lleva al faro, otra guía al castillo, otra al fantástico puente que pinta Castro en sus armas, tendido de peñon á peñon, bajo del cual se revuelcan pavorosamente las

[1] Está hoy en el Museo nacional Arqueológico de Madrid.

Castro á la pesca de un dia, al resultado de una jornada, á la riqueza que la escuadrilla del gremio mareante arranca á los senos del Océano, entre su partida y su arribada, desde el oriente al ocaso de cada sol.

Pronto cubrió la rampa, apilado en montones, tantos como lanchas, el copioso botin de los marineros. Habia entre aquellos peces algunos tan corpulentos, que á duras penas los arrastraba un hombre membrudo. Traíanlos agarrados por el angosto engarce de la cola, barriendo las piedras con el agudo hocico, y pintando en ellas una estela roja.

Aparecian las hacinas de cadáveres erizadas de aletas curvas y afiladas como gumías árabes; en su base serpeaban hilos de agua y sangre que, siguiendo la inclinacion del suelo, corrian hácia el mar ó se perdian en las anchas juntas de los sillares; y los cuerpos, tendidos, despidiendo á la luz crepuscular acerados reflejos de su tersa piel, mostraban no sé qué apariencia de vida en el iris de topacio de sus ojos redondos y fijos, y en las abiertas agallas, prontas á recobrar el acompasado vaiven de su respiracion.

Nos dijeron que era interesante asistir á la subasta y distribucion de la marea, y tomamos camino para verlo.

Yo suponia que el *cabildo* habia de tener asiento en una casa vieja, semejante á las que en otras partes he visto, de las cuales aún no há muchos años Santander conservaba alguna, con puerta y ventanas ogivas, torres trasformadas en viviendas á favor de un tejado sobre el almenage, y una escalera exterior agarrada á la escabrosa mampostería, como tronco muerto de una yedra centenaria; mas cuando en la calle á donde nos habian encaminado preguntamos á las mujeres, nos indicaron un edificio de fachada reciente y buen aspecto, decorado con molduras de yeso.

En cambio, el aposento interior, cuando se hubieron reunido en él las gentes de la subasta y dado comienzo al acto, ofrecia un cuadro de Rembrandt. Sentáronse el alcalde y prohombres de la corporacion delante de una mesa, en una especie de tribunal levantado sobre gradas al extremo de la sala; cerca de ellos se agruparon algunos señores y curiosos de los estacionales visitadores de la villa; á lo largo de

las paredes ocuparon asientos numerados, parecidos á los de un coro de iglesia, cuantos pensaban participar de la contienda y hacer postura; y allá en el fondo, entre la puerta y una cancela que partia el sitio, con balaustres de madera, se encontraba el pueblo. Algunas bugías sobre la mesa del tribunal, ó colgadas del techo, alumbraban la escena; una tinta gris, opaca, bañaba el recinto, resultado del macilento color del revoque, del natural de la madera desnuda, y del humo ambiente de pipa y tabaco; más diáfana en las inmediaciones de la luz, más oscura en los extremos, donde brillaba á intervalos el ascua de un cigarro avivada por los labios que lo saboreaban.

Pocas palabras hablaron entre sí los que presidian el acto; el principal de ellos, el que se sentaba en medio, no pronunció una sola; era un hombre maduro, seco, de rostro curtido, apretada boca, nariz aguileña y ojos amparados de pobladas cejas; rapadas las barbas, conservaba los arranques de ellas entre ojo y oreja, suficientes para mostrar lo cerrado y negro del varonil adorno: busto de granito, semblante sereno, que si el fuego interno de las ideas

anima y dilata pocas veces, tampoco palidece y se contrae al amago de riesgos exteriores. ¡Cuántos vendabales han azotado su piel curtida! ¡Cuántos rociones del mar ha secado el sol sobre ella!

Leyéronse en voz alta los nombres de los buques y de sus patrones, y la cifra de la carga de cada uno de ellos; levantóse á la izquierda del presidente otro marinero de parecido tipo, más desaliñado en trage y persona; asemejábanse en los sombreros echados atrás, como para dejar frescura á la frente y al pensamiento ámplia libertad y desahogo, y en el rollo de tabaco, apurado casi, pero encendido todavía, que uno y otro revolvian entre dientes; se diferenciaban en las facciones acusadoras de mayor severidad y entereza en el alcalde; las de su subalterno, con una condicion mas blanda y flexible; anunciaban en la gerarquía moral una distancia entre ambos sugetos, equivalente á la que los distinguia en el órden social.

Delante de la mesa, en medio de la grada, se levantaba hasta la cinta de un hombre, una urna prismática, cuya base superior parecia partida en divisiones convergentes, é inclina-

das hácia su centro; el mecanismo de esta máquina extraña se reveló luego.

Cantó el alguacil con voz hueca y perezosa: «¡cuarenta!» y el ruido se apagó suavemente en un silencio general; gritó luego: «¡treinta y nueve!» y tuvo igual resultado; y así sustrayendo unidades, corrió la numeracion descendente hasta gritar: «¡treinta y seis!» á cuya voz respondió súbitamente un ruido extraño, y una bola blanca saltando sobre la base de la mesa rodó al centro.

Tomó la bola el centinela de la urna, y leyó un número impreso en ella; todos se volvieron hácia la silla señalada con el mismo número, y el que la ocupaba, cuyo nombre pronunciaron varias voces y él mismo, añadió: «¡veinticuatro!» Esta cifra indicaba los quintales de pescado que tomaba para sí el rematante, y la gritada por el alguacil el precio que á la marea ponia el tribunal. Cesó pronto el murmullo excitado por aquel primer lance, apuntáronse los números, y la subasta continuó por tan ordenada y sencilla manera, terminando en poco tiempo.

Sencilla es asímismo la explicacion de la

invisible máquina. Por bajo del entarimado que cubre el suelo, corren sistemas de palancas aislados, cada uno de los cuales remata por un extremo en una de las sillas arrimadas á la pared, por donde el que la ocupa dispone del movimiento del sistema; el otro extremo va á empujar dentro de la urna un tope vertical sobre que descansa la bola numerada.

Aquella Asamblea popular, ordenada y pacífica, aquel comicio donde con fecunda mesura se agitaban intereses del comun é intereses de los particulares, sin torcidos propósitos ni recíprocos recelos, sin violencias de lenguaje, indicio de personal sentimiento, sin destemplanzas de voz, señal de interno desórden del espíritu, contagioso desórden las más veces, recordaban otros tiempos, otras costumbres, otras necesidades, á cuya prevision y remedio acudian nuestros costeños, cuando emancipados de sus reyes castellanos ú olvidados por estos, organizados en potencia marítima, pequeña pero animosa, proveian por sí á la independencia de sus aguas, al libre rumbo de sus naves, al desahogo y extension de su tráfico.

Era Castro-Urdiales centro de la confedera-

cion que abarcaba los puertos y villas desde Santander hasta Fuenterrabía; en ella entraban Laredo, Bermeo, Guetaria, San Sebastian con Vitoria, que aunque internada y no marinera se asociaba á los que podian franquearla fronteras ménos cerradas que las que por todas partes la envolvian. En Castro se celebraban las juntas, se discutian los pactos, se custodiaba el archivo y se guardaba el sello de la hermandad,[1] signo de su poder, sancion de sus acuerdos, fé que legitimaba sus providencias y las hacia aceptables, obligatorias y cumplideras para todo vecino de cada uno de los ocho concejos asociados. Este emblema de autoridad y soberanía tenia diputados para su conservacion tres hombres buenos de la villa, que en 1236 eran los llamados D. Pascual Ochanarren, Don Bernalt, el jóven (hidalgos), y Lope Perez, el jóven.

En el citado año, y á 4 de Mayo, se pactó

[1] Representaba un castillo con andas debajo, segun consta de un pergamino original conservado en Guetaria, cuyo traslado inserta con el núm. 57 la Colecciòn diplomática qne acompaña á la Crónica de Fernando IV, ordenada por el Excmo. Sr. D. Antonio Benavides y publicada por la Real Academia de la Historia

la confederacion y alianza de los ocho concejos, extendiéndose su carta de hermandad, que aún se conserva.[1]

La férrea disciplina que establecia, condenando á pena capital á contraventores y desobedientes, á cuantos validos de extraño fuero pretendieran alzarse contra lo prescrito en la carta comun, á cuantos movidos de codicia personal no curasen de las limitaciones impuestas á la navegacion y al comercio, en beneficio de todos, negándoles á estos toda forma de proceso, todo derecho de asilo, salvo el del aposento real,[2] fué sin duda fundamento y principio de tan sólida constitucion, que robustecida la hermandad y creciendo en bríos, llegó á hombrearse con los soberanos. Así en el año de gracia de 1351, envia á Lóndres sus mensajeros y procuradores Juan Lopez de Salcedo, Diego Sanchez de Lupar y Martin Perez de Golindan,

[1] Documento citado. En él aparecen los agujeros correspondientes para nueve sellos de plomo: sin duda los ocho de los concejos y el de la hermandad ya descrito.

[2] ..... vala menos por ello, é toda la hermandat en uno, é cada uno de nos quel podamos correr, é matar sin calonna do quier que le fallemos, salvo en la casa do fuer el Rey..... doc. cit.

los cuales derechamente y de poder á poder conciertan con el rey Eduardo III de Inglaterra un tratado de paz y comercio valedero para veinte años, y lo firman y sellan á 1.° de Agosto monarca y diputados.[1]

Este es el acto culminante de soberanía ejercido por las gentes marítimas de Castilla y de Vizcaya. Antes y despues, celebran convenios, pactan treguas con sus eternos enemigos y rivales los de la costa de Gascuña, territorio entonces de los ingleses: unas veces, como en 1306 y 1309, se ven en Wetsminster los diputados de la hermandad y los de Bayona, para entender en el recíproco desagravio y restitucion de presas;[2] otras, en 1353,[3] se juntan en Fuenterrabía y acuerdan gobernarse segun el más humano derecho de gentes, poniendo término á la vida de invasiones piráticas y marítimos asaltos que unos y otros llevaban. Castellanos y gascones, cuantos por ambas partes negocian, tienen comision y título de sus respectivos sobera-

[1] Lo traduce é inserta el Sr. D. Manuel de Assas, en su Crónica de la provincia de Santander.

[2] Coleccion dip. cit., números 368-438.

[3] Rymer: tom. III, pág. I.

nos, y en su nombre y bajo su amparo discuten y resuelven; mas en el tratado de Lóndres, la hermandad aparece ejerciendo por sí propia uno de los atributos característicos, el más levantado acaso de la potestad suprema, el de pacificacion y tregua, el de sobreponerse á las iras y venganzas que arman el brazo del pueblo, de súbditos y gobernados, porque la suma considerable de fuerza que la comun acepcion concede al poder y le reconoce, más es para regir y enfrenar pasiones de sangre que para excitarlas y moverlas.

Esta independencia y soltura de los pueblos marítimos se explayaba y vivia merced á lo apocada y floja que andaba la autoridad de los reyes castellanos. Se afirma y establece durante la minoridad de Fernando IV (1296), y toca su apogeo y vigor sumo (1351) al inaugurar su reinado el tan desventurado como cruel Don Pedro. Alfonso XI, que sucedió entre ambos, hijo del Fernando, padre del Justiciero, necesitaba de todos sus vasallos grandes y pequeños, especialmente de los que supiesen armar una flota, regir un barco y marinear, para que le fuesen de auxilio en sus repetidas y

arriesgadas empresas navales sobre el Guadalquivir y la costa de Andalucía, y si hacia sentir su cetro á sus villas de la costa septentrional, era para ganar su adhesion con mercedes, franqueándoles la industria pescadora, ó, lo que más agradecen los pueblos, acudiendo en buena hora al remedio de sus calamidades. Pruébanlo con otros documentos tres cartas reales concedidas á Laredo, una para poder pescar y *salar* en todos los puertos de la marina de Castilla; [1] otra para remediar la desgracia de un incendio acaecido en 1346 que destruyó la villa, eximiéndola de tributos, *servicios pedidos é yantar*, [2] y la tercera para librar á sus vecinos del diezmo *del pescado que pescaran..... nin de las ballenas que matasen.* [3]

Curioso fuera saber la cifra de naves, marineros y soldados en que la hermandad apoyaba sus pretensiones y su arrogante derecho. Hácia aquellos tiempos, en los confines de los si-

[1] En Madrid á 22 de Diciembre del año de 1339, (era de mil é trescientos é setenta é siete annos.)

[2] En Avila á 13 de Agosto de 1346, (era de mil é trescientos é ochenta é quatro annos.)

[3] En Villareal á quatro de Diciembre de 1346, (era de mil é trescientos é ochenta é quatro annos.)

glos XIII y XIV, cada una de las villas de la costa servian al rey en guerra con una galera armada de sesenta remos, guarnecida de sesenta combatientes, y bien abastecida con espadas, dardos, lanzas y ballestas, armas todas que con el casco del buque, quedaban por el rey, terminado el servicio de los hombres, que duraba tres meses, al cabo de los cuales eran libres y quitas las villas que los alistaran.[1] De esta noticia sacarán los versados en estadística la proporcion de *naos*, *galeas*, *ballineres* y *leños* de vario tonelaje con que los marinos cántabros corrian las costas y mares del norte, desafiando temporales, riñendo sangrientas peleas con el inglés, su constante enemigo, acometiendo hazañas que ahogadas con sus perpetradores en los abismos misteriosos del Océano y de la noche, solo fueron visibles para aquel á cuya mirada no hay sombra densa ni confin inaccesible, y que los escribió y conserva en el inescrutable libro de sus justicias; acaso en el capítulo de las recompensas, acaso en el capítulo de los castigos.

[1] Becerro de las behetrías de Castilla, merindat de Castilla vieja. Laredo, Castro, Santander.

DE CASTRO Á LAREDO.

I.

UN ZAGAL.—LOS TEMPLARIOS.—PAISAGES.

Cruzando las huertas de Urdiales, pasando entre la mar y el monte de San Pelayo, que levanta sus labradas cimas y frondosas cañadas á la siniestra mano del viajero, sale de Castro el camino á Santander, llano, suave, limpio de polvo, porque parece que el rocío de la mar lo mata, y empapa el aire y mantiene la tierra jugosa y fresca. Brioso el tiro y descansado arrastraba el coche con vigoroso empuje; animábale con la voz y la tralla el zagal, vestido de fiesta, y deseoso de llegar á la parada de Oriñon.

¿Qué le esperaba allí? casi era de sospechar, considerando lo cuidadoso de su atavío, su aplanchada camisa, abotonada con tarines isa-

belinos al cuello, el pañuelo nuevo de seda carmesí toledana, ajustado al cráneo como una venda simbólica, y sobre todo la alegría con que hacia la jornada. Seguian la carretera, en una y otra direccion, numerosos aldeanos y aldeanas; de ellas algunas con las trenzas sueltas sobre la espalda, de ellos muchos cubierta la cabeza de boina azul ó roja, ó el castor negro de alas blandas, trage de sus vecinos vascongados. Las mujeres se guardaban del sol con su chal plegado en cuadro, puesto sobre la cabeza, á manera del *panno* de las campesinas romanas; á otras sombreaba un ancho cesto cargado de fruta ú hortaliza. El zagal requebraba á las que venian de frente, y restallaba la tralla á espaldas de las que seguian nuestro camino, haciéndolas vacilar bajo el peso de su carga.

Y al requiebro y al trallazo, requiebro tambien á su manera, contestaban las mozas con sonrisa, nunca con enojo, prueba de lo familiar que les era el diálogo.

Y tras dos juramentos, y cuatro chasquidos del cáñamo y media docena de epítetos injuriosos á las bestias, se encaramaba á lo más

alto del coche, y allí, serenado de su agitacion, se mondaba el pecho, y con más garganta que oido soltaba un cantar.

Viva el sol, viva la luna,
Viva quien sabe querer,
Viva quien pasa en el mundo
Penas por una mujer.

Muy lejos de allí, á deshora de cierta noche de invierno, heria mis ojos un mote grabado en la linterna de un coche: *padecer para vivir.* [1] Recordómelo la cancion del zagal en que su autor, como todo héroe de pueblo primitivo, hacia pomposo aparato de sus méritos, aclamando como virtud lo que tal vez habia sido necesidad ó flaqueza; y era que la copla encerraba una idea generosa, celebraba martirios del corazon, y podia servir, bajo su forma desataviada y sencilla, de elocuente comento al conciso y profundo mote. ¡Oh! sí; padecer es vivir, no vivió quien no ha padecido; padecer es sentir, y sentir es el uso más generoso y noble que se hace de la vida; padecimiento es la pasion

[1] Mote de los Saavedras.

temprana, mal pagada ó desconocida; padecimiento la ambicion madura, insaciable é inquieta; padecimiento es la vida toda del alma, la del alma justa perpétuamente descontenta de sí misma, desconfiada de su eterno paradero, la del alma réproba agitada constantemente, recelosa del bien que envidia y á la par desea y aborrece. ¡Qué cierto es que el sentimiento no reconoce gerarquías! á igual compás latian los corazones del caballero que orlaba con el sentido mote las fajas de su escudo, y del poeta oscuro, inerudito, que nos legó cifrada en cuatro versos la historia acaso de una vida entera, sin premio ni compensacion. Cantar y divisa corren pareja suerte, nacieron de dolor, contentaron una aspiracion del alma, pasan por lábios indiferentes, y van á arrullar algun pensamiento solitario, tristemente recogido en lo más oscuro de la conciencia.

Tierra de caballería es esta que visitamos, tierra de blason, donde todavía las armas esculpidas del solar dicen algo á los ojos del campesino, que torna del monte con la antigua partesana al hombro trocada en dalle segador.

Sobre un peñasco de la montaña se cubren de follaje los muros de una gallarda torre, por cuyas dislocàdas piedras trepa la cabra golosa á morder los renuevos de la parietaria; cuéntanse en los contornos y en voz baja misterios de su cárcel subterránea, cerrada ya por los escombros de las bóvedas derrumbadas sobre su boca. ¡Qué de tesoros dice que encerraba! y los encierra todavía, porque si algun codicioso tentó la prueba de llegarse á ellos, tuvo lastimoso é inmediato castigo. No podia tocarlos mano de hombre, porque habian sido precio de sangre como los treinta dineros de Judas; y vedándolos á la avaricia humana, el cielo parecia ponerse de parte de los perseguidos contra sus perseguidores; no reconocia la razon del castigo, y lo que habia sonado en la tierra como justicia, era á sus ojos imposibles de ofuscar, ódio y venganza. Pendon partido de blanco y negro, símbolo de paz al hermano, de muerte al infiel, ondeaba plantado en su almenage; bandera del templario, del pobre *conmiliton de Cristo*, que salia á la batalla vestido de tosco hierro, «más cuidadoso,» dice San Bernardo, «de poner miedo, que avaricia

en el ánimo de su enemigo.» La pelea con ellos era cruel y sangrienta, ensañado el sarraceno con no esperar botin de ricas armas y preseas.

Y, sin embargo, eran opulentos, opulentos hasta cegar de envidia á príncipes y reyes, que hicieron su despojo condicion de la paz y vida de sus estados cristianos; y como el despojo no era fácil por fuerza, uniéronle mañosamente á una sentencia capital; así tambien se quitaban de delante los testigos y víctimas de su rapacidad y celos; así tambien se curaban del miedo de sus latentes iras y meditadas venganzàs. Pero acaso en más de un parage, como en Castro, las piedras se derribaron sobre el oro é hicieron estéril la matanza, ocultándoselo á los envidiosos y verdugos.

Ayudaron nuestros templarios gallardamente á la reconquista, y es gloria de su órden en Castilla haber salido limpia de toda abominacion del proceso que la condenó á exterminio en todos los reinos cristianos; si tenian pecados de orgullo y prepotencia que expiar, la expiacion fué dura y completa. Su historiador español Garibay los pinta, y es tristísima pintura, ar-

rojados de sus conventos y encomiendas, expuestos á la insolencia de pecheros y villaños, acosados por campos y aldeas, mendigando asilo, escondiendo sus gloriosas divisas, despedidos de la hueste, negado á su desesperacion el campo de batalla y la gloriosa tumba del soldado muerto por armas, necesitados de solicitar amparo del rey Fernando IV, para salvar su inerme y desconsolada vida. Al morir oscurecidos, pobres y odiados, purificados por el martirio, podian ofrecerse á Dios, repitiendo la letra escrita en sus estandartes, letra de los humildes y resignados: «*Non nobis, domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*»

A una vuelta del camino desaparece la torre de los Templarios: álzanse á un lado las verdes lomas de la montaña, encima de las cuales asoma su calva mole Picocerredo, gigante de piedra que presenta al mar su flanco tajado, erguido, quebrantado y rudo, mientras desciende ondeando muellemente hácia las sierras interiores, cubriendo su áspera dureza con risueñas capas de céspedes floridos. Al otro tiende su llanura azul, su horizonte infinito el Océano. Manso y sereno parecia dormir, y el

vago rumor de la vecina rompiente ahogado casi entre los murmullos de la tierra y de la vida, semejaba el lento resuello de su respiracion tranquila. Las gaviotas silenciosas se cernian en el aire, moviendo á un lado y otro su cabeza inquieta, cuyos vivaces ojos negreaban sobre el blanco plumon.

Parte la carretera el pueblecito de Islares, deja á su derecha un verde islote, y torciendo rápidamente á la opuesta mano, penetra en la ria de Oriñon. La marejada escupe sobre el camino, el zagal moja en el agua la punta de su tralla, y cobra nuevo brío para castigar al ganado, nuevo aliento para correr, y nueva voz para cantar; pero la cancion de ahora suena, sin duda, al alcance de quien la inspira; acaso hay recelos de tibieza ó temores de merecidos desdenes, acaso flota en el aire la nubecilla de alguna sospecha; para espantarla nada tan eficaz como querellarse de mala correspondencia, y la letra del cantar dice:

Debajo de un limon verde
donde nace el agua fria,
le dí yo mi corazon ¡ay!
á quien no le merecia.

Oriñon es un grupo de árboles y casas á lengua del agua y á faldas de un cerro. Báñale el sol cuando se acerca al meridiano; mañana y tarde yace en fresca sombra, derramada por los montes que hacen cauce á la ria, delicioso asilo de poesía y descanso, semejante á tantos otros esparcidos por el suelo de Cantábria; porque allí donde la vida es más penosa, más duro el trabajo, allí con su ley constante de justicia ofrece la Providencia mayor halago á los ojos, paz al alma y diversion al espíritu. El mar sin límite, la peña desnuda, el árbol frondoso, la vena de agua que salta y fluye limpia y sonora por donde quiera, la sierra fragosa, el monte cano, la breña cerrada, la hoz angosta, el valle abierto, la mies y la playa, el bosque y la pradería, otros tantos accidentes, que aislados ó juntos, imprimen á la montaña su fisonomía, y la hacen tan amada de sus hijos, tan dulce á su recuerdo, tan luminosa su imágen, norte de tantas aspiraciones, consuelo de esperanzas perdidas, última ilusion de ternura que persevera en el alma cansada y envejecida.

A pocos pasos de la casa de parada, cruza el camino el rio de Agüera sobre un puente de

madera, trepa en zig-zags por la montaña, salva una cumbre, y vuelve á encontrarse en horizonte abierto.

II.

EL VALLE DE LIENDO.—Á LAS INDIAS.

Faldeando la cuesta llega el viajero á dominar el valle de Liendo, separado del mar por el alto Candina. Liendo es un nido, nido de flores, abrigado y fresco, abierto al cielo como alma sencilla, sin doblez ni amaño. La torre de la iglesia en el centro, dos ó tres grandes cipreses cerca de ella, algunas manchas de roble, algunos lugarcillos empenachados de humo, símbolo expresivo y perenne del hogar y de la familia, algunas casas blancas, solas, esparcidas entre prados y huertas, componen la fisonomía primera, en bosquejo, del valle.

Estas casas blancas, traen siempre á boca del extraño la misma curiosa pregunta: «¿quién es su dueño?»—«Un indiano,»—contesta invariablemente el indígena.

Si el indígena es un niño, ó un adolescente, tenga por cierto el preguntador, en la mayor parte de los casos, que una de esas quintas enjalbegadas, ceñidas por verja de fierro, y jardin de dalias y hortensias, es la cifra de sus aspiraciones y deseos, se le aparece en sueños, le causa las indecibles melancolías de la aspiracion vaga á lo remoto y difícil, le distrae del Caton y el Fleury si es apocado y tibio, ó le empeña en su estudio si tiene ánimo y altos pensamientos; asoma en sus juegos infantiles, y le conforta al ser despertado por la lluvia que cae dentro de su casa á través de las rajas del techo; le hace morder con diente intrépido en la borona seca y fria, y no sentir en sus piés descalzos los guijarros de que está sembrado el camino de la escuela.

Un dia su padre, noticioso por uno ú otro medio, por confidencia ó adivinacion, del gusano que urga la mente del muchacho, le propondrá que marche á Cuba, y esta indicacion primera, tan somera y vaga, abrirá á la imaginacion infantil de par en par las puertas por donde se aparecen ya definidas y posibles, tangibles y realizables las misteriosas y proféticas

rarlo de mano ajena, que es pan de dolor, pan de sangre, aunque te lo dé tu padre,» como desgarradamente dice Guzman de Alfarache.

No sospecha lo penoso y largo de la jornada desde el deseo al goce. No imagina lo que hay de tristeza, miseria y padecer, apostado aguardándole en aquella tierra que él juzga de bienaventuranza, y es, al decir de Cervantes, «engaño comun de muchos y remedio particular de pocos.» No hay quien murmure á su oido el melancólico vaticinio de Cacciaguida á Dante:

Tu proverai si come sádi sale
Lo pane altrui, e com'é duro calle
Lo scendere é l'salir per l'altrui scale,

y si lo hubiera, ¡qué pan puede parecer amargo, á quien ni amargo ni dulce lo tiene!

Y es voz comun entre los versados en cosas de Indias que cuanto de más abajo trae sus principios, tanto mayor facilidad de medro encuentra el aventurero desembarcado en sus playas.

Hay sin duda que tomarse con la fortuna como con potro cerril y bravo, al cual se doma sin el regalo y ayuda de freno y estribo, de bri-

da y espuela: en semejante escuela se crian los ginetes duros y desbravadores, no en la que halaga la humana flaqueza y cobardía con blanda silla y seguro rendaje. Sale de esta el caballero gallardo, lucido á la vista, diestro en primores de paseo y aparato, pero no enseñado á sujetar y rendir la fiera desconocida que el azar le entrega, sin noticia de sus fuegos y su sangre, ni á vencer las duras é imprevistas ocasiones de la guerra y la cabalgada. Anda el uno expuesto á caidas y mortales lances, mientras el otro, superior al riesgo, lo desconoce ó lo domina: en cambio trae á todos los usos y relaciones del vivir, no siempre con cristiana sazon y templanza, aquellas calidades ganadas en tal educacion, y de las cuales no sabe despojarse ni puede embotarlas, vista serenada y fria, ánimo impasible, mano dura y sorda.

El ambiente moral de los pueblos se forma de efluvios exhalados por sus instituciones y costumbres, como la atmósfera física de elementos resultantes de la accion compleja é incesante de la naturaleza. La fuente que brota en la marina no tiene la frialdad y ligereza del manantial nacido en la montaña; el aire que en

las vegas nutre la madera deleznable y blanca del chopo y del sauce, engendra en las alturas la incorruptible y roja del tejo y el alerce, y sino en la esencia varía en los accidentes el fruto de una misma planta cuando nació en parages donde bastaron á su sed las lluvias del cielo, y cuando necesitó ser regada por mano del labrador. Vano es pedir al hombre nacido ó criado en regiones pantanosas é insalubres sangre pura y pulmon robusto, y es error notorio exigir austeridades cenobíticas y socráticas rigideces, de espíritus formados entre el rudo batallar de sueltas pasiones y deslumbrados propósitos. La cultura europea, atraida por la prosperidad y la riqueza, y las vastas relaciones mercantiles, no bastan á limpiar el aire social de los nocivos fermentos que hacen germinar la esclavitud, la separacion de razas, la consuetudinaria soberbia, el ódio latente que una y otra causa engendran.

El cuchillo de la realidad inexorable hinca su punta en el pecho del pobre muchacho, y comienza á hacerse sentir cuando sobre el hervor gozoso que experimenta, cae y se lo apaga de pronto, el llanto de su madre á la pri-

mera nueva de la resolucion tomada; porque la pobre mujer recuerda por sus nombres y con personales pormenores, á cada uno de tantos como partieron á embarcarse, y que de ellos solo han vuelto á ver á aquel á quien su hijo mira como insuperable modelo de prosperidad y dicha; recuerda que, cuando volvió no halló ya viva á su madre, y repara en que de las diarias visitas que hacen oscilar la campana colgada en el arco de la quinta, son las más numerosas las del médico; y si su hijo solo vé al indiano el dia templado y suave en que se solaza y esponja al aire libre, ella cuenta los infinitos en que no se abren las vidrieras, y en que los criados dicen que su señor yace en cama ó porque llueve, ó porque pica el sol, ó porque la estacion es cruda, ó porque amaga cambio de tiempo.

Y el cuchillo va penetrando poco á poco hácia el corazon, cuando oye que se habla de vender la vaca, ó de enajenar una prenda, la de más valor que haya en casa, ó de tomar dinero sobre la tierra escasa de suyo, y ya esquilmada quizás por el usurero, para *mercarle* su arca, su equipo, de modo que no se presente de traza que parezca que va á pordiosear, y le quede al-

gun peso para el bolsillo, peso que en ocasiones, conservado como recuerdo y talisman y principio del trabajo bendito por las lágrimas y privaciones de la familia, ha sido orígen y núcleo de la fortuna lenta y laboriosamente acumulada.

Luego se hace un voto á Nuestra Señora de la Bien-Aparecida, y aquel dia es todavía dia de fiesta para el muchacho, que corre por las veredas con sus hermanos y camaradas, se revuelca en los prados y trepa á los robles de las cercanías del devoto santuario.

Luego viene el dia de la marcha al puerto y las despedidas, que no hay para qué pintar, pues son harto sabidos sus detalles. Luego llega el de esperar el embarque en el muelle de Santander, al caer de una tarde de otoño, quizás lluviosa, de fijo triste, sentado sobre el arca roja y el colchon para á bordo que suman su fortuna y buena parte de la fortuna paterna, metidas las manos en los bolsillos, encorvado, silencioso, sintiendo más frio ahora que está calzado, y trae gorra, y vestido completo y la estacion es templada, que cuando con los piés y el cabello al aire, mal cubierto con una ca-

misa haraposa y un calzon deforme, en lo riguroso del invierno y en lo áspero del *sel*, silbaba á las cabras del pueblo y las reunia á pedradas y garrotazos para traerlas á recoger.

No se ha descuidado en preguntar á su padre hácia donde *cae* el pueblo, y busca entre las cimas diversas más apartadas ó más próximas, cuál por su forma y perfil le parece el *monte*, y desde la cumbre, donde tiene fijos los ojos, baja su pensamiento el monte abajo, y asiste á cuanto pasa á semejante hora en el lugar; vé rezar á su madre, salir de la escuela á sus amigos, retozar al rebaño en los argomales, y los ojos se le arrasan; oye llorar á sus hermanos pequeñuelos, ladrar al perro favorito, tocar la oracion; mira pasearse por el camino real al cura y al indiano, y vuelve á sentir confianza y fortaleza, imaginando de nuevo que todo está hecho: pasadas las amarguras, vencidos los obstáculos, y que el indiano á quien el cura no tutea y el maestro acata, es él mismo, señor ya de casa y de caudal. Y torna á aparecérsele la vision tentadora é irresistible, colmada de atractivos, limpia de las tristes compensaciones que su madre veia, y de otras que á su

madre se le ocultaban; no vé, imposible que lo viera, no vé que llegado á tan excelso apogeo de fortuna, ha de echar ménos los pocos años, la robusta fibra y cálida y pura sangre de que ahora goza; no vé una sola de las inquietudes que á la fortuna acompañan, ni oye el triste é importuno son de los pedigüeños y quejosos que han de rodearle. Porque es de ley que el indiano, si sudó, si padeció solo y sin amparo de nadie para juntar su fortuna, esta pertenece á su familia; y familia de indiano, y de indiano rico, crece y se dilata fuera de toda proporcion; los vecinos resultan parientes, los afines consanguíneos, y no hay en el lugar voto, calamidad, vocacion religiosa ó precocidad notable, á cuyo gasto, remedio, dote y estudios, no haya de contribuir forzosamente el indiano. Conviene en ello al principio, por ostentacion y porque no le hace mal esto de parecer á guisa de señor antiguo, patriarca y sombra de la aldea; mas luego se cansa, y entonces oye zumbar en el aire, ó se los traen lenguas oficiosas, los vengativos epítetos: «lacerioso, descastado, mala sangre, cicatero y sin entrañas.»

III.

AGUA Y SOL.—LA LEYENDA.—LOS VELASCOS.

En tanto seguimos nuestra jornada, el coche pasa junto á una ermita de la vírgen, y desemboca en la cumbre de un cerro que domina la bahía de Santoña. ¡Espléndido panorama! ¡Qué contraste de luces y colores!

¡Qué riqueza de vida y de carácter imprimen al paisage esas entradas que el mar hace en las tierras, rodeándose de sus verdores, dando limpio espejo á sus montes y á sus edificios, ensanchándose á tenderse en sus honduras y esteros, alargando un brazo á tomar el caudal que fluye de las montañas, y enviándoselo con el otro al ancho Océano, como sér pródigo que guardar no sabe, y para quien no fuera deleite recibir, si consigo no trajera el deleite mayor de dar!

El sol reverberaba sobre la inmensa sábana de agua, esmaltando su azul sombrío, hiriendo los ojos con el vivo centelleo de la marejada. Al N. O. se alzaba el monte de Santoña, gigan-

tesca ciudadela, cuyos verdes terraplenes y escarpes de roca viva erizan faros, garitas, reductos, almacenes y baterías: en frente, y al pié de un cueto cónico coronado de ruinas, destacaba sus tostadas paredes el convento de San Sebastian de Anó, fundacion de los Guevaras, sepultura de la madre de D. Juan de Austria; mírase en las aguas, por cima de una valla de espinos y laureles, y detras de sí tiene un vasto paisage, manchado de colores, los pueblos derramados de Adal, Cicero, Bárcena. Marcando sus términos la curva ria de Marron, ondea subiendo hácia Mediodía á regar las muertas cepas del viñedo en Colindres y Limpias. Los montes, soberana corona del paisage, rodean la escena; los montes de cumbres sin número y sin nombre, inmobles, insensibles á los halagos de la noche que los acaricia con el beso y frescura de las nieblas, como á la gentileza del sol que los liberta de la molesta caricia.

Arrimados á los muelles de Santoña negreaban los cascos humildes de algunos caboteros, y alguna vela menuda como pluma caida del pecho de una gaviota herida, corria la bahía empujada por el viento.

Huérfano parecia aquel mar sin escuadras, plaza de ciudad sin gente, monasterio sin monjes, taller sin obreros, colmena sin enjambres.

Mas si no á los ojos del rostro, ¿por qué no hacerlas desfilar á los de la imaginacion? ¿Por qué no pedir á la leyenda lo que la realidad niega? La leyenda es de invencion humana, creacion de poesía con que la poesía sirve á intereses y pasiones; mas como participante de la poética esencia y sus virtudes, adóptanla los hombres, y por su poética hermosura la guardan, cuando ya la ocasion de su nacimiento es remota, y de ella ni vive raiz ni quedó recuerdo. La leyenda, como el agua, ha de tomarse cuanto más cercana al manantial, no cuando al cabo de largo y bullicioso curso han sido alteradas su limpieza y claridad pristinas.

Trabajada del mar y de los vientos entraba una flota en la bahía. Más quebrantado por las olas el bajel que hacía cabeza, enarbolando el *haron* ó fanal, guia de sus compañeros, íbase á pique, cuando venturosamente llegó á tocar las arenas de la playa: ¡*salve*! exclamaron sus tripulantes en la lengua en que habian apren-

dido á orar y dirigirse al cielo,[1] y para encontrar luego el paraje de su salvamento les sirvió el grito de su ansia y de su alegría. Y Salve se llama al cabo de largas edades el arenal todavía.

En tanto en la opuesta orilla tomaban tierra marineros y soldados: fatigados de larga navegacion, en cuyos azares habian temido perecer, perdida toda esperanza de éxito y de fortuna, sintiéronse movidos del religioso fervor que en todo corazon enciende un riesgo desvanecido, una esperanza nueva, y saludaron la costa hospitalaria con devota invocacion á la Vírgen, y á los bienaventurados cuya tutela reconocian, y á cuantas sagradas memorias ¡*sancta omnia*! eran base y alimento de su fé reciente, juvenil y robusta.[2]

Eran los navegantes de la gente goda esta-

[1] Eran cristianos los godos desde el siglo IV; habia contribuido á extender y afirmar entre ellos la doctrina redentora, el célebre obispo Ulfilas, traduciendo á su lengua original las Santas Escrituras.

[2] Yepes cita una escritura de Santa María la Real de Naxera del siglo IX (año 863), segun la cual ya era antigua en dicha fecha la advocacion de Santa María de Puerto en un monasterio de Santoña.

blecida en las distantes costas de Escandinavia; venian en auxilio de su raza, cuya raiz á duras penas agarraba en el suelo español, sacudida por guerras y discordias, y remontando el rio, mientras lo consentian la altura de las aguas, desembarcaron dispuestos á subir los valles de Ruesga, Mena y de Carranza, para llegar á Castilla. El alto de *Seña*, encima de Colindres, conserva memoria del primer campamento de la hueste, y sitio donde plantó su tienda y su bandera el caudillo que la guiaba, así como muy lejos ya, en los confines castellanos, el paso de *Lanzas agudas* recuerda la cercanía de países enemigos ó sospechosos, y la necesaria cautela de prevenir armas y acicalar su filo mellado en los primeros combates.

En tanto el jefe del bagel piloto, se detenia en la orilla izquierda del Ason, para fundar un solar, estirpe de linage destinado á ser uno de los primeros y más ilustres de la monarquía castellana.[1] Cerca del pueblo de Carasa permanece aún la casa de Velasco, con el nombre del oficio que su fundador tenia á bordo de

[1] Lope García de Salazar.—Libro de las bienandanzas y fortunas: lib. XIII.

la flota goda (*velasco*, hombre del haron ó faro); de aquel orígen primero, trocado el nombre comun en apellido, salieron vástagos distintos á poblar la aldea que se llamó Vijueces, de los famosos que rigieron á Búrgos (Lain Calvo y Nuño Rasura), y las villas de Medina y de Briviesca, donde debia empezar su elevacion, singularizándose más por artes políticas que militares, ciñéndose la corona condal de Haro, rival de régias diademas, esmaltada de feudos y señoríos, vinculando en sí la más alta dignidad palatina, la Condestablía de Castilla.

No degeneraba de tan soberbio espíritu la semilla que dejaron en la humilde orilla del rio cántabro. Allí nació y dominaba aquella descendiente suya, Doña Velasquita, qùe rodeaba su escudo con franca y ostentosa divisa: *Cuanto ves de rio á rio, todo es mio.*

Así el misterio de los orígenes ha sido siempre incentivo y acicate de la insaciable curiosidad del hombre. Hoy se emplea en investigar el suyo propio; hablarle de orígenes de apellidos, fabulosos ó históricos, es suscitar su impaciencia, provocar su desden, despertar su sarcasmo. ¿Quién sabe si años andando no aguarda

la misma acogida de parte de los espíritus investigadores de entonces, á los sistemas é hipótesis en que apura su ingénio para explicar su progreso y aparicion primera sobre el globo?

IV.

UNA ENTRADA DE ENEMIGOS.

Lejana de sus épicos orígenes, quebrantada en su poder, y harto menguada en glorias y en fortuna, andaba la nacion española, cuando con más certidumbre suena en su historia el nombre de la bahía de Santoña.

A su boca amanecia el dia 13 de Agosto de 1639 una escuadra de setenta velas, en cuyos topes flameaba el pabellon blanco y las lises de oro de la casa real de Francia, trayendo por general al célebre arzobispo de Burdeos Henry d'Escoubleau de Sourdis.[1] Venia esta fuerza contra dos galeones fondeados en la ria

[1] Véanse su correspondencia y despachos.—Documents inèdits sur l'histoire de France.

de Colindres, al amparo de algunos cañones asestados en tierra, y cuya presa no podia estorbar la plaza de Laredo á pesar de sus baterías altas y bajas y su guarnicion de dos mil hombres.

Seis mil puso en tierra al siguiente dia el francés, y los hizo marchar al asalto de la villa. La defensa fué floja; retiráronse los españoles á las alturas vecinas, más aterrados, sin duda, del aparato y fuerza del enemigo, que lastimados por sus armas. D. Juan Rejon de Silva que los gobernaba, se prometia, al decir de los prisioneros, haber hecho más firme y honrada resistencia; prevenido á ménos desigual batalla, ó distante de temer tan grueso golpe de enemigos. Pero á bordo de las naves francesas navegaban ayudando al valor y al ansia de combate, órdenes precisas del omnipotente Richelieu, para intentar un golpe sobre la armada ó las costas españolas; nadie de cuantos le servian acostumbraba soñar en torcer ó resistir su voluntad, y el prelado encargado de ejecutarla tenia además, para ser ciego y ejecutivo instrumento, el deseo de recobrar un favor que le desamparaba, restableciendo su nombre mili-

tar comprometido por esquiveces de la fortuna.

El año anterior habian salido con escasa gloria del asedio de Fuenterrabía, los franceses, obligados por un socorro de españoles á levantarle y descercar la plaza; mas durante aquella faccion famosa, el arzobispo encargado del bloqueo marítimo de la embocadura del Vidasoa, habia tenido ocasion de acorralar sobre la costa de Guetaria una division española, y abrasarla con brulotes sin recibir daño alguno.

En esta carnicería perecieron, segun los partes del vencedor, tres mil soldados de los tercios viejos de Flandes, sin dejarle más trofeo que los tizones del incendio de sus buques apagándose en las olas, pues los más valerosos de aquella milicia sin par, perecian, dice el Padre Fournier capellan de la armada y testigo de vista, envolviéndose á guisa de mortaja en sus banderas.

Ni este triunfo ni el recuerdo de otros anteriores estorbaron que surgiesen causas de tibieza entre el cardenal y el arzobispo, quejoso aquel de la condicion dificultosa de este, y respondió á sus exigencias con instrucciones terminantes sobre su proceder ulterior.

Así puesta á punto la armada, corrió á retar los buques refugiados en la Coruña, que no salieron á la mar; [1] pasó frente á Santander, sin amagarla, temeroso de inútiles sacrificios ó de un descalabro, y vino despechado á caer con todo el poder de sus navíos sobre Laredo.

Saqueada la villa, desmantelada su fortificacion, y embarcada la artillería, organizó una division ligera de fragatas, brulotes y embarcaciones menores, que, auxiliada de la marea, embistió á rendir los galeones; defendiéronse estos matando dos capitanes de brulotes enemigos, hiriendo de un mosquetazo en la mandíbula al valeroso Duquesne, mozo entonces, mas ya señalado y destinado á gloriosa nombradía; mas acosadas de cerca sus tripulaciones, los desampararon despues de darles fuego: lograron los franceses apagarle en el más cercano; el otro fué consumido por las llamas.

En tanto la infantería desembarcada se hacia dueña de la península de Santoña, cuya poblacion y fortaleza sufrian suerte igual que las de Laredo.

[1] Véase el apéndice núm. 7 sobre el desafío de ambos generales, francés y español.

De pingüe califican autores franceses el botin ganado en aquella empresa. Su trofeo militar fueron la bandera del galeon preso y ciento cincuenta cañones de calibres diversos: haciendo alarde de humildad, el arzobispo pidió al rey uno de ellos, maltratado y roto, para emplearle en refundir y robustecer una de las campanas de su metropolitana, y tan exigua merced otorgada única y sin dilacion, parece sangriento epígrama de las hazañas que premiaba. [1]

En poco estuvo que el prelado hallase en nuestras costas enemigo de su mismo estado y gerarquía. Algunos años antes habia gobernado en ellas las armas de Castilla, entendiendo en aprestos y otras funciones militares, el arzobispo de Búrgos, D. Fernando de Acevedo. [2] Hay cartas del arzobispo español que atestiguan su celo en servicio del rey y de la pátria; mas no consta que tomase parte en ocasiones de sangre, como lo hizo el impetuoso francés. Aman-

[1] Véase en el apéndice núm. 8 la Memoria sobre la toma y saco de Laredo por los franceses en 1639.

[2] Hijo de Oznayo, cuya iglesia fundó y dotó, y en la que tuvo sepultura.—Gil Gonzalez Dávila: Teatro Eclesiástico.

sada la fiereza de los siglos medios, ya cada iglesia reclamaba y absorbia la presencia y cuidados de su pastor; usurpábaselos á menudo todavia la córte, mas no ya el campamento; y cuando el rey de Francia, Luis XIII, ó más bien su poderoso é incontrastable ministro, solicitaban de Urbano VIII licencias para otra cosa en favor del general-arzobispo, concediósela el ilustrado y piadoso pontífice para ausentarse de su metrópoli; mas se excusaba de extender la dispensa *à sævis*, de que tan forzosamente habia de necesitar en el ejercicio sangriento de su nueva profesion. [1]

Más adelante, la ciudad de Burdeos tuvo licencia de recibir con pompa y conducir á su catedral las banderas enemigas que le regalaba el arzobispo, quien vió consumarse su desgracia en Julio de 1641, batido por los españoles delante de Tarragona, cuyo puerto bloqueaba; despues de cuyo desastre, y á pesar de la muerte de Richelieu, ocurrida en 1642, ya no tuvo mando militar alguno. Vivió hasta 1645 este pertinaz lidiador, que habia constantemente empleado su marcial vocacion desde tempra-

[1] Véanse las Memorias de Richelieu.

no en hacer daño á los españoles, como si previese que de los españoles habia de resultar la ruina de sus ambiciones belicosas.

V.

EL CHACOLÍ.—LA BIEN-APARECIDA.—GILES Y NEGRETES.

Si ahora subiéramos rio arriba, ó por el rio ó por la carretera, desde el frente de este barrio de la Angustina, donde está el primer solar de los Velascos, llegaríamos á Limpias, famosa un tiempo por sus vinos, que, á semejanza de los de Sicilia y Chipre, nacen á inmediacion del agua salada, pero que, faltos al germinar del ardoroso sol cipriota que dora y sazona la uva, del suelo volcánico de Trinacria, que inflama y purifica la sávia vital de los sarmientos, no se parecen á los vinos meridionales, ni en calificado sabor, ni en áureo matiz, ni en balsámico aroma. Aún, sin embargo, contienen el gérmen jovial y bullicioso propio del

fruto de la vid; aún sirven para ahuyentar cuidados y olvidar penas. No hace muchos años que en toda la comarca montañesa daban su nombre *chacolí*, no solo á la tienda y lugar donde se vendia, sino á todo parage de huelga, baile y bureo. *Ir al chacolí* valía tanto como ir de fiesta y banquete rústico, aunque el chacolí nò asistiera ni hiciese acto de presencia, destronado por licor ménos castizo, pero más suculento. La peste yermó los viñedos de Limpias, y es fama que no se han recobrado de su ruina.

A la otra parte del rio iergue su cumbre el monte Candiano, á sus piés Marron sobre un recodo violento del cauce. Las anclas que Marron fundia para los gloriosos y soberbios navios de Trafalgar, se enmohecen hoy en el pasivo y oscuro empleo de bolisar la costa.

Luego se engarganta el paso, sobreviene la hoz y sus fraguras, entre las cuales tiene su santuario Nuestra Señora de la Bien-Aparecida.

Aquí reside la fé de toda Trasmiera y no poca parte de los territorios encartados: no con mayor devocion invocan á su Madre del Pilar los

fuertes aragoneses, ni con más vivo afecto del ánimo la ofrecen culto y preces. Y cuando llega su fiesta en los hermosos dias de Setiembre, los contornos se pueblan de peregrinos y romeros, que vienen á implorar favores ó á agradecer los recibidos.

Una ermita de San Márcos existia en el mismo lugar cuando apareció la imágen de la Vírgen que hoy se venera. En los primeros años del siglo XVII (1605), ocurrió el suceso: á fines del mismo un rayo desbarató el santuario erigido por la devocion; en la inmediata centuria se pusieron manos á su reedificacion, completada en 1739. En los principios y fundamentos de esta, como en los de toda fábrica piadosa, hace señalado papel un hombre de rara constancia y singular desprendimiento; un hombre que sufre pacientemente proceso y cárcel, porque sus bienes no alcanzaban á suplir la garantía de los caudales tomados en anticipo para la obra; que pasa una y otra vez la mar, y acepta en tierra de Indias el penoso oficio de mendigar, de estrellarse contra la comun indiferencia, contra el desvío y la desconfianza; de sufrir probablemente escarnios y palabras duras, nun-

ca escasas para quien se da á grangear dineros destinados á fábricas devotas. [1]

Más apartado y breñoso está el barrio de Bosquemado. En él ó en sus cercanías hubo una fortaleza (San Mateo) donde, segun la vieja crónica de su nombre, vino á criarse uno de los mayores héroes de Castilla, el valeroso conde Fernan Gonzalez. Entregáronselo sus padres á don Martin Gonzalez, caballero anciano, solariego probablemente de esta tierra, por más que la crónica le nombre únicamente con su patronímico y sin el apellido del solar. Cuidóle con celo y con fortuna, si á tan tempranos principios debió el fortísimo soldado algo de las virtudes que ennoblecieron su gloriosa vida; y ya criado, vinieron á Marron los caballeros y ricos-hombres de Castilla á recogerlo y llevárselo á sus padres, que residian en Búrgos.

«Ovieron su consejo—dice la crónica de Ar-

[1] Era de Laredo, de familia hidalga; llamóse don José del Palacio, y murió en el Perú, mientras proseguia su tenaz y victoriosa empresa.—Historia de la sagrada imágen de Nuestra Señora Bien-Aparecida, escrita por el M. R. P. Josef de Leon, Lector jubilado en Sagrada Teología y Calificador del Santo Oficio, etc., etc.—En Madrid por D. Antonio de Sancha, 1777.

»lanza en el tercer capitulo de su libro terce-»ro,—los ricos hómbres y cavalleros de casti-»lla de alçar por conde y su señor á don fernan »gonçales | fijo tercero del muy illustre cavalle-»ro conde don gonçalo nuñes et de doña xime-»na fernandes munia donna fija de nuño fer-»nandez | fijo del rey don hordoño el primero y »hermano del rey don alfonso el magno et de »don vermudo y de don fruela infantes. Des-»pues de haber sido su padre don gonçalo nu-»ñes e sus fijos y hermanos de este conde ma-»yores fallescidos et con acuerdo de otro su »hermano deste conde fernan gonçales llama-»do don g.º telis y su muger doña flamula et »su fijo don ramyro fueron todos los condes y »cavalleros de castilla por este conde fernan »gonçales á la montaña | el qual asi por las »grandes guerras y conquystas que los cristia-»nos con los moros avian como porque la gen-»te era muy esforçada y leal y de muy alta »sangre | et comunmente dada mas a virtud y »preciarse mas del vien que nynguna otra gen-»te de españa | el conde don gonçalo nuñes »dioles y entergoles a este su fijo fernan gon-»çales para que le creasen y guardasen y ser-

»biesen como á su persona mesma | Et los »montañeses mucho mejor lo fasian cada dia »ca mucho les agradava el donayre y gesto y »fermosura de este nyño ferran gonçales | et »parescia en todo un espejo lleno de honesti- »dad | E todos los cavalleros unanymes fueron »cerca del lugar de s. mateo en la montaña a »do fuera criado y dado a criar a un cavallero »ya anciano bueno y de muy esclarecido linaje »por nombre don martin gonçales muy sesudo »que ya por la gran antiguydad no podia usar »de pleyto de armas | de cuyo linaje venieron »unos que despues fueron nombrados los serra- »nos | por ellos aver ganado un castillo muy »fuerte halla cabo la tierra de viscaya puesto »en una alta sierra | do fueron dichos serra- »nos | y despues fue mudado su nombre mu- »dando ellos su avitacion desamparando el tal »castillo que de los infieles avian ganado | y »fueron renombrados los salasares que hoy en »dia son en españa | et como este martin gon- »çales era de muy buenas mañas ensenaba al »conde todas las buenas costumbres | et aquello »que le complia facer para tal hombre como el »era y el estado en que avia de ser | et el nyño

»como venia de buena semyente hasia y ala-
»bança de Dios acrescentaba fruto ciento al
»doble | tanto que muchas veces desia aql.
»cavallero martin gonçales a los otros cavalle-
»ros y condes de castilla | que si aqueste nyño
»visquya | que avia de ser lus y espejo de es-
»paña | segun lo que avnque pequeño en él
»parescia | e venieron todos ally a marron [1] y
»traxieronle a vurgos |.y enviaron sus cartas
»a toda castilla | que asi condes como cavalle-
»ros y ricos hombres y los procuradores y re-
»tores de qualquier lugar veniesen todos a vur-
»gos dentro de ocho dias por prober en aquello
»que era de necesidad. [2]»

[1] Está enmendado de letra posterior y escrito *San Matheo,* pero se percibe el texto primitivo, y es fácil restablecerle como queda hecho.

[2] En la citada Historia de Nuestra Señora de la Bien-Aparecida, se inserta, testimoniado por tres notarios, un texto tomado de esta crónica Arlancina, dirigido á probar la crianza y residencia del conde castellano en estos parages.—Escribió esta crónica el reverendo Fr. Gonzalo de Arredondo y Alvarado, último de los abades perpétuos de aquel monasterio. De este procede el manuscrito existente en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, segun manifiestan ciertas acotaciones y notas añadidas en su portada, fechas en Arlanza. Fáltanle las últimas hojas, está suplido y

Por tardos y lentos que los ojos y el pensamiento sean, son harto más veloces que el más ligero pié. Mientras aquellos cruzaban el rio metiéndose por sierras y boscages, este, forzado á seguir la carretera, no pasó de Ampuero.

¡Qué de tiempo hace que yo pasé por Ampuero al caer de una tarde de verano! Me acuerdo del sosegado ambiente que se respiraba, de la luz mortecina del cielo, de los diáfanos vellones que se agarraban á los montes circunvecinos, de la fisonomía callada y pacífica del lugar, donde no sobresalia otro ruido desapacible y ágrio, más que el repetido martillar de un mozo de herrador, que caballero en su banco enderezaba clavos encima de la vigornia. Los vecinos se agrupaban para la tertulia del anochecer, y las mozas salian á la fuente por el agua del chocolate algunas, por el agua de la cena las más.

añadido por manos diferentes; mas el capítulo pertinente á nuestro objeto es de la letra primitiva (fines del siglo XV y principios del XVI). Su texto difiere bastante del reproducido por la Historia de la Bien-Aparecida, como pueden ver, haciendo la confrontacion, los lectores.

Sin embargo, este lugar tranquilo, esta villa mansa y silenciosa, dió cuna y principio en tiempos desconocidos á los dos terribles bandos que por espacio de siglos ensangrentaron y mantuvieron dividida y en armas la tierra de Peñas-al-mar, entre el Pas y el Agüera. Origináronse de ódios entre dos familias poderosas por el número y la energía de sus parientes, cuyos apellidos sirvieron para designarlos, llamándose Giles y Negretes. Cuando aparecen sus proezas en los anales escritos, ambos apellidos han desaparecido y no suenan entre los resueltos mantenedores y capitanes de los bandos, que se llaman entonces Agüeros y Alvarados; pero la bandería conserva su título, y lo conserva, como adelante veremos, hasta los tiempos de la dominacion austriaca, hasta más de mediado el siglo XVI, época en que no consintiendo la mejor policía del Estado y el progreso de las costumbres campañas particulares á campo raso y por armas, continuaban su rivalidad ambas facciones, disputándose en las villas y lugares el prestigio de la autoridad moral y las varas del regimiento.

La dureza de alma de aquellas generaciones

asombra. Convierte la historia de la comarca en una série de violencias sin cuento, celadas, asaltos, desafíos y batallas campales en que lo más florido y brioso de su juventud perece. Los linajes se arman haciendo leva de vasallos, se arriman á un bando ó se apartan de él á impulso de la ciega pasion de un momento; hoy acompañan á los Giles, mañana riñen contra ellos en la hueste de los Negretes; sin prévia declaracion de guerra se encuentran en un camino dos cabalgadas de bandera contraria, y traban batalla para satisfaccion insana de su ódio, por hambre de reñir, y riñen hasta retirarse cansados «fartos de pelea,» que dice Lope García, sin haber vencedores ni vencidos.

Y en esta pavorosa guerra de vecino á vecino, despliegan asombrosas cualidades de astucia y de valor. El ofensor de un hidalgo no tiene en semejantes tiempos lugar seguro; la ira no se cansa de espiar, aguarda la ocasion, y usa de ella sin duelo y con presteza; el hogar es á veces campo de batalla, el tálamo patíbulo de afrentosas mutilaciones; el ofendido, acompañado ó solo, segun cuadra mejor á la seguri-

dad de su venganza, acecha en todas partes, en el camino de una romería, en las puertas de un monasterio, al pasar del vado, en la espesura del monte, á sombra de una tapia, en las tinieblas, al medio dia, al yantar, al dormir, al armarse, al cabalgar, al pararse arredrado por un rumor extraño, al arremeter para salvar la trocha ó el desfiladero.

La tierra les ayuda: sombría, quebrada, rica en hoces y angosturas propicias á la emboscada, rica en saltos de agua cuyo estruendo ahoga y sume el grito de la víctima, en remansos profundos que guardan irrevocablemente su cadáver, en alturas donde apostar un centinela, en troncos donde poner una señal, en grutas donde esconder un aviso.

Y si antes de la ocasion, la suerte pone al alcance de su brazo un deudo, padre, hijo ó hermano de su enemigo, no vacila en herir. Y segun le cuadra mejor usa de sus armas, de la lanza con que pelea á caballo, de la espada que esgrime á pié, del puñal con que se autoriza en estrados y ceremonias, del cañivete con que desuella el gamo en el monte, y parte el pernil del jabalí sobre su mesa. De esta manera

se perpetúa y eterniza la deuda de sangre entre las familias; el duelo constante entre razas que las cercena y extermina á veces; duelo no exento de cierta altiva generosidad, porque en él se disputa la vida, la vida sola, no los bienes, no el caudal, no la autoridad ni el puesto.

Mal sueño dormirian las damas montañesas; mal reposo tendrian cuando ausente del solar su esposo ó hijo, padre ó hermano, no podian fiar la seguridad de su regreso ni en el valor personal, ni en la compañía armada, ni aun en la circunstancia rara de permanecer extraño á discordias y bandos; por que ¿quién estaba exento de asechanza y golpe, por pariente, ó amigo, ó allegado de cualquiera de los metidos en aquel permanente batallar?

El claro de luna que puestas en el alfeizar de su ventana les sonreia, tal vez alumbraba el tiro certero de una ballesta asestada al pecho del caballero; el silencio aromoso de la noche tal vez ayudaba á seguirle los pasos hasta el parage seguro y cómodo para el homicidio; el rumor que el viento levantaba en las hojas espesas de los castaños, tal vez encubria un grito

lejano, que oido de la casa-fuerte le hubiera llevado oportuno y salvador auxilio.

Habríalas, sin duda, entre ellas de varonil corazon, templado al calor de los duros tiempos en que nacieron; pero en su mayor número vivian con la zozobra en el pecho, el llanto en los ojos y el nombre de Dios en los lábios; de otra suerte hubiéranse desnaturalizado y no fuera humana descendencia la perpetuada por hembras á quienes el rigor y destemplanza de las costumbres hubiesen robado las augustas calidades de la maternidad humana, piedad, compasion y ternura.

Fué historiador de aquellos lamentables dias y sucesos, un personaje abonadísimo para pintarlos con fiel colorido. No era de la tierra, pero sí vecino, y en la suya y con los apellidos de Oñez y Gamboa, andaban los bandos no ménos encarnizados y divididos. Diez y seis años tenia cuando ya entraba en campo con sus parientes á sostener un desafio enviado á su padre por los banderizos contrarios; luego peleaba contra infieles y en Castilla, en cuyas guerras veia perecer al segundo-génito de sus varones; al mayor se lo mataban despues en un encuentro de

partidarios, y el tercero, descaminado por la codicia de suceder en el mayorazgo con perjuicio de los hijos de sus hermanos primogénitos, encerraba á su padre ya septuagenario en la torre del propio solar, y con tal violencia consumaba la usurpacion. [1]

Habia probado, pues, de cuantos rigores y pesares traia consigo el estado febril y desasosegado de los pueblos; puesto mano en los negocios comunes; visto de cerca los hombres y las cosas, y podia maduramente juzgar á sus contemporáneos, entrando en las causas recónditas de sus hechos.

Los ócios de la larga prision que padecia «temeroso de mal vevedizo, e desafuciado de la esperanza de los que son cativos en tierra de moros, que esperan salir por redencion de sus bienes o por limosnas de buenas gentes,» como él mismo dice, aficiones añejas á leer y escribir de historia, que desde sus mocedades le acompañaron, [2] el caudal erudito que poseia, el interés de los sucesos en que fué actor ó testigo,

[1] Maestre.—Semanario pintoresco español, año de 1847.

[2] Ya en 1454 habia escrito la Crónica de Vizcaya.

el amor al suelo, la ley al linage, el espíritu de perpetuidad y conservacion de todo lo ganado y poseido, que caracteriza las razas montañesas, moviéronle á componer una obra, extraño conjunto de verdad y fábula, y cuyo «nombre derecho,» segun sus propias palabras, debe ser: «Libro de las buenas andanças e for»tunas, que fiço Lope García de Salazar, en XXV »libros con sus capítulos é sus tablas en cada »uno sobre si de letra colorada.»

Tal fué Lope Garcia de Salazar, señor de las casas de Salazar, de San Martin de Somorrostro, Muñatones, Nograro, la Sierra y otras, merino mayor de Castro-Urdiales, que habia nacido en 1399, en aquella torre de Somorrostro, donde padeció cárcel; en aquel lugar al cual tanto amaba que legó á su iglesia el libro curioso resúmen de su vida, y que venia de varon en varon de aquel ilustre Prestamero mayor de Vizcaya, Lope García de Salazar el viejo, muerto en la cerca de Algeciras (año de 1344) despues de vivir más de cien años, dejando la prodigiosa descendencia de ciento veintitantos hijos legítimos ó espúreos. Cierto que su rebiznieto contaba ochenta y cinco hijos y nietos

de ambos sexos y de una y otra procedencia, y que con tan extraordinaria extension de su ilustre apellido, habia dado lugar á que lo usasen hijos de padres desconocidos, y á un malicioso dicho popular en Vizcaya: *Quien nombre no tiene, el de Salazar se pone.*

De sus veinticinco libros, los veinte primeros forman una crónica dispuesta á imitacion de la general de España, ordenada por el rey sábio, y en ellos se comprende el Génesis, con los anales más ó ménos fabulosos de los pueblos antiguos de Oriente y Occidente, y la historia de los reinos castellanos hasta los dias del autor. Ya en el vigésimo se limita á Vizcaya, su tierra nativa, y en los siguientes describe los títulos, linages, entronques y descendencias de las familias hidalgas de Bayona á Bayona, y cuenta minuciosamente sus divisiones y discordias, sus batallas y atropellos. Esta es su parte más interesante, la que anda copiada en archivos y manos de particulares, porque el libro de Lope García, aunque sea mengua y descrédito de cuantos le deben obligaciones, aún no ha visto la luz de la prensa.

Más ancho teatro, trascendencia mayor, otra

raiz, otros elementos, más numerosas huestes, y más numerosos analistas por consecuencia, han tenido otras luchas internas, nefandas, entre hijos del mismo suelo, de la misma lengua, de la misma estirpe, que vinieron á reñir en estos parajes sus postreras lides.

Carretera adelante, rio arriba, más allá de Gibaja, donde parte á la izquierda el camino á los baños de Molinar de Carranza, está Ramales.

Todos os acordais de Ramales, ¿no es cierto? Digo todos los nacidos en la triste era de la civil discordia que dentro de esta provincia de Cantábria marcó en dos parages diversos su siniestra aurora y su sangriento ocaso, en Vargas y en Ramales.

En 1839, en los primeros dias de Mayo, dias de ordinario claros, gracias á los aires que soplan de Oriente, las gentes subian á los altos de las cercanías de Santander á oir el cañon que tronaba en Ramales. A despecho de la distancia y á favor de la sonora concavidad de los montes, el ronco estampido llegaba, más claro ó más débil, prolongado ó seco, segun la hora, el calibre de la pieza y el punto donde dispara-

ba. En aquellas asperezas se daba una batalla de dias, complicada y difícil, batalla y asedio á la vez; combates de artillería y combates de arma blanca; batalla reñida, reñidísima, como que la sostenian por una y otra parte soldados curtidos y amaestrados en largas campañas sostenidas durante seis dolorosos años, al rigor de todas las penalidades del suelo, de todas las inclemencias del cielo; habíanse buscado y batido en todas las comarcas españolas, llanas y fragosas; las aguas del Arga y del Cinca, del Turia y del Duero habíanles refrescado las gargantas, secas con el polvo de las batallas; habian caminado, sufrido, acampado, vivido en hambre y en miseria, en desnudez y en peste, con la mano puesta siempre en la garganta del fusil y la vista en la posicion enemiga; la victoria indecisa habia vacilado entre ambas huestes; unos habian escrito en sus pechos y en sus banderas los nombres de Mendigorría, Gra, Chiva y Luchana, otros los de Alsasua, Oriamendi, Barbastro y Maella. Flor de valientes que sobrevive á las dilatadas contiendas, respetada por la muerte, superior á toda flaqueza, extraña á todo temor,. cuyo ambiente propio parece el

ambiente cálido de la pelea, y que es vanidad y legítimo orgullo de la nacion que en sus armas fia y reposa.

¡Qué proporciones épicas toma la guerra en la mente del niño, en la mente del pueblo! ¡Cuán fácilmente nace en ella la leyenda y da forma sublime á las manifestaciones del esfuerzo, de la generosidad, de la virtud humana! Lo que oimos contar entonces no se nos ha olvidado; los nombres de los lugares, la peña del Moro, las sierras de Ubal; los episodios de la lucha, una cueva defendida por un cañon, á cuya boca van cayendo cuantos bravos se atreven á probar el paso; un coronel que toma de manos de un oficial muerto la bandera de su regimiento, que ha costado la vida á otros oficiales; los nombres de los cuerpos, la Guardia, Luchana, los Húsares, los Guías... y así en una mezcla confusa de paisage, fuego, matanza, uniformes, hombres y caballos, se nos pintaba entonces la célebre jornada; así la veia yo años más tarde visitando su teatro.

Dos antiguas casas solariegas, la de los Alvarados y la de los Orenses, á uno y otro lado del camino, no paralelas, sino edificadas en

ángulo recto, habian sido el centro de la fortaleza carlista. Y á pesar de los trece ó catorce años trascurridos, diríase que sitiados y sitiadores acababan de ausentarse despues de enterrar sus muertos y recoger sus heridos. El asperon de los muros ennegrecido y quebrantado, el recinto de ambos edificios á cielo abierto, colmado el suelo de escombros, un sillar movido de su asiento por el golpe diagonal de una bala, astillas y cascos, rastros de incendio y de matanza, y en el contorno marcada la huella del foso, la cresta de la empalizada que ensangrentó el asalto.

Al Nordeste y un poco apartado del camino, el cerro de Guardamino, la ciudadela de las posiciones, la última escena del combate, la capitulacion y victoria definitiva; mas aquí las cañas hojosas y frescas del maiz, el heno crecido, setos vivos de zarzas y saucos por donde trepaban lúpulos y yedras, habian disfrazado el suelo y hecho desaparecer toda señal, si alguna habia, de las obras del zapador y del artillero. Y en las eercanías, ni un pastor, ni un aldeano que recordase la batalla y quisiera narrarla, ni un soldado viejo que hubiera asistido

á ella. El hombre rudo, cuya vida corre en solitaria y constante presencia de la vasta naturaleza, en continuada porfía con ella, campesino ó marinero, olvida fácilmente esas glorias, que son para el hombre culto, criado en holgada vida urbana, objeto preferente de estudio y perenne recuerdo.

LAREDO.

I.

ANTAÑO.—MEMORIAS IMPERIALES.—LA REINA LOCA.

«Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, no le osare yo poner con el del Toboso de la Mancha,» dice Vivaldo á D. Quijote, encareciendo su propio linage, y encareciendo más el de Dulcinea con no atreverse á establecer comparacion entre ambos. Sin duda Vivaldo, que era agudo, participaba de la doctrina del caballero sobre la odiosidad de toda comparacion de linage á linage, ó de ingénio á ingénio; pero sobre agudo era cortés, y se complacia en lisonjear la manía de su interlocutor, cuya dolencia de meollo habia penetrado.

Fuera cierto el dicho, fuera supuesto con propósito de halagar á D. Quijote, prueba la opinion de que esta tierra gozaba en punto á

cosas de alcuña y abolengo. Y no cabe pensar que el caminante hablase en son de burla, pues si lego en letras humanas el sencillo y valeroso hidalgo, podia tomar como lumbreras y pozos de sabiduría á doctores graduados por Osuna ó por Sigüenza, no era fácil engañarle tratándose de genealogías y prosapias, en cuyo conocimiento era consumado y habia gastado inocentemente su tiempo, su caudal y su razon.

Es que en los dias en que D. Quijote extendia el glorioso ruido de sus aventuras por los cuatro rumbos del horizonte español, Laredo era cabeza de este territorio de la montaña, como lo fué hasta siglos despues mientras se llamó el territorio *Baston de Laredo*, porque en la villa residia la autoridad superior que lo gobernaba, como lo ha sido parcialmente hasta nuestros dias, dando su nombre al regimiento de milicias con que la provincia servia al rey.

Además en el siglo XVI era Laredo, como lo habia sido en el siglo anterior, puerto militar de Castilla, y puerto de embarque de sus reyes y príncipes, y eran familiares á la córte y á los cortesanos, á jefes y oficiales de los ejércitos de

mar y tierra, tanto como la situacion y medios de la villa, el génio y condicion social de sus moradores.

Caida está Laredo desde los dias en que los españoles insignes de nuestra grande era, probaban embarcándose en sus aguas si su robusta cabeza resistia los vaivenes y tumbos de la mar, como habia resistido los embates de la vida, la política y la guerra, capitanes de la vega de Granada, legisladores de Toro y de Segovia, primero, y más adelante soldados de Italia y Flandes, procuradores y magistrados de Valladolid y Búrgos, prelados de Toledo y Sevilla, doctores de Alcalá y Salamanca, la gloria y el saber, el esfuerzo y la inteligencia, la gala y cortejo de sus monarcas poderosos.

Caida está Laredo porque su antiguo auxiliar y amigo, el que la traia naves y viajeros, mercancías y caudales, el mar, la desdeña y la abandona y se convierte en su enemigo; porque no solamente no quiere ya arrimar á sus desmoronados muelles flotas de Indias ó de Levante, sino que amaga estrellar contra sus escombros la pobre y atrevida lancha con que Laredo persigue al mar y le arranca precaria

fortuna en vez de la fortuna desahogada que él pudiera traerle.

Desde la cumbre donde llegábamos, y desde la cual ha corrido la imaginacion aventurera hasta los frescos valles de Soba y Ruesga, se domina la villa. Sus hondas calles, que trepan el cerro del Rastrillar arriba, parecen surcos abiertos en un pedregal por yunta torpemente guiada; otras, á manera de cauces agotados, bajan retorciéndose hácia la marina.

Como reliquias de buque derrotado y náufrago, yacen mal sepultados en las arenas, los muelles hollados por el gran Cárlos V, y el sol enjuga y deja en playazo los fondos en que aferró sus áncoras la animosa escuadra de las Cuatro Villas.[1]

[1] Esta denominacion especial tomaron las fuerzas con que las cuatro villas de la costa, San Vicente, Santander, Laredo y Castro, sirvieron al rey por cinco años en los de 1619 á 1624 Era capitana el galeon *Nuestra Señora del Buen-Suceso*, y lo mandaba el asturiano Juan Barbon, natural de Cudillero, de interesante historia. En 1597 servia de artillero á bordo de un galeoncete, y en 1636 moria en Cádiz al cabo de cuarenta años de servicio, de combates, heridas y navegaciones, recorridos noble y fatigosamente todos los cargos de la Armada hasta el de capitan de mar y guerra, con la alta reputacion de soldado y marinero, que prueban sus

En dos zig-zags se descuelga el camino desde la altura y penetra en la villa. Detiénese el coche no·lejos de la casa comunal, maciza fábrica levantada sobre toscos pilares; y mientras al otro lado de una empañada vidriera, dentro de un aposento ahumado y bajo, sus compañeros se sientan á una mesa fementida y mal compuesta y peor condimentada, tiene lugar el curioso para visitar y correr la poblacion y el puerto.

La iglesia de Santa María de la Asuncion, donde subió á orar el emperador, desembarca-

títulos y patentes, y la estimacion que se echa de ver en su correspondencia con los ilustres marinos de la época, Oquendo, Toledo, Faxardo, Ibarra, etc. Vivió en Santander, donde era hacendada su esposa Doña Teresa de Cossio y Mogrovejo, y donde cumplidamente desempeñó varias comisiones reales de armamento y apresto de navíos. De «valiente y onrado soldado, tenido y estimado por muy grande marinero,» le califica el general D. Cárlos de Ibarra en una certificacion expedida en Cádiz á 28 de Junio de 1618..... «Conviene nombrar persona que vaya haciendo oficio de Almirante que sea del valor y experiencia que se requiere en las cosas de la mar, concurriendo estas y otras buenas partes en vos.....» dice el nombramiento que le expide el general D. Fadrique de Toledo en Cádiz á 5 de Julio de 1620, y pone á su cargo con aquel título cuatro navíos de la escuadra de D. José de Mena.—«Yo

do de su navegacion postrera, guarece su ingreso lateral bajo un pórtico del renacimiento, levantado en aquellos mismos dias como pálio de piedra desplegado al umbral del templo, sobre la áurea diadema, tan grave en peso, tan subida en ley, tan briosamente llevada y tan noblemente depuesta.

Fué la primera iglesia española que pisaba despues de apercibido su ánimo al sacrificio de las grandezas humanas; afinojado bajo aquellas anchas ojivas del siglo XIII, meditaba en el acto de desprendimiento, no imitado todavía por alguno de los dominadores de la tierra, y

»creo que V. m. acertará en todo, porque los que se »excusan de gobernar, suelen ser los que gobiernan »mejor,» le escribe desde el mismo puerto á los 20 de Julio de 1626, el citado jefe, recomendándole la instruccion y disciplina de sus tropas y marinería.

Habíase señalado y sido herido en un combate con los holandeses, en Gibraltar en 1606; en 1609 en el ataque dado á los piratas berberiscos dentro de la bahía de Túnez, por el almirante D. Luis Faxardo, con la escuadra española del Océano, arrimándose á la Goleta con una canoa, *San Juan Bautista*, que mandaba, y maltratando á los artilleros africanos con su mosquetería. En 1615, en la empresa de la Mamora; en 1625, en el sitio y restauracion de la ciudad de San Salvador en el Brasil.—Consta todo de documentos originales que tengo á la vista.

que le sublimaba sobre cuantos le antecedieron en el gobierno de pueblos; «pues quien llegó al superior grado entre los hombres,» dice Saavedra Faxardo, «solamente humillándose puede crecer.»

Limpias y aseadas las usadas losas del piso, bruñida del roce y del tiempo la madera de sus bancos, y abiertas de par en par las anchas hojas de su puerta, parecian aguardar el cortejo de alguna solemnidad piadosa ó régia entrada; mas nadie penetró en el recinto; el sol únicamente entraba á pintar sobre el pavimento sus círculos luminosos, que ganaban lentamente altura y se colgaban del paño de los altares ó subian por las labores del retablo.

Los templos henchidos de gente, inspiran tierna devocion acaso, sacan las lágrimas á los ojos; en el templo desierto, es la devocion más austera, más honda; y si la ola del llanto se agita dentro de sus manantiales, no es para desbordar y salir fuera, mas para caer sobre el corazon.

El Dios misericordioso que venís á buscar está allí, sobre el ara, pero temeis despertar y traer con el ruido de vuestros pasos al Dios

justiciero, de quien os recelais; lo mismo sentís fijos en vuestras entrañas los ojos de los bienaventurados, que pueblan nichos y altares, y os sondean el alma, que los de la yerta estátua sepulcral, á la cual la muerte ha dado algo de la adivinacion suprema, y de la cual, como semejante vuestro, no esperais compasion ni indulgencia. ¿Quién puede con ánimo sereno, y sin que su rostro palidezca ó se ruborice, franquear á humanos ojos todos, sin excepcion, los íntimos rincones de su cráneo y su pecho? La grave y temerosa impresion de la soledad en el templo, prevalece sobre la intensa y limpia luz meridiana, y la luz inundaba los ámbitos de Santa María de Laredo.....

Cuentan que el emperador le dió los facistoles en que se cantan el Evangelio y la Epístola de la misa mayor. ¡Quién sabe si más de un jóven levita vé surgir la augusta figura del donador entre las cláusulas del santo libro!

No la hay más completa acaso en la vasta galería de la historia entre los dominadores y caudillos de pueblos, y para los españoles su-

pone una época de grandeza tal, que su contemplacion abisma y su estudio dilata el corazon y lo conmueve con la agitacion de las causas presentes y vivas.

Ya le encontraremos más adelante cuando pise tierra de España, con todas las esperanzas nacientes de los pocos años; ahora fuera ocasion de tristeza recordar la juventud pasada, los bríos perdidos, la vida que huyó; porque el emperador viene quebrantado, viejo, presa de la gota la mano de la lanza, presos de la gota los duros jarretes con que se agarraba á los lomos del más vicioso bruto y le rendia, marchito y seco el noble rostro, turbia la mirada, doblado el enhiesto cuello, enferma y empobrecida la naturaleza; pero entera y cabal el alma, abrigando todavía dentro de ella el mundo que ha regido, no extraño á ninguno de los grandes cuidados, de los altos pensamientos del imperio, y conservando harto calor en la sangre para no negarse absolutamente, llegada una ocasion de guerra, y tratado de reunir un ejército en el pirineo de Navarra, á volver á saludar de nuevo, á inflamar con su presencia á sus veteranos del Elba y del Danubio.

La nave que le traia, *Espíritu Santo,* [1] mandada por Antonio de Bertendona, apellido de marineros, notorio y repetido en nuestras crónicas navales, fondeó en Laredo el 28 de Setiembre: en una nave flamenca *Faucon*, venian sus hermanas doña Leonor, reina de Francia, y doña María, reina de Hungría, las cuales no desembarcaron hasta el siguiente dia.

Salíanle al encuentro memorias de su desventurada madre, embarcada en Laredo para ser esposa del borgoñon Felipe. Hasta la lengua del agua vino la gloriosa Reina católica [2] y despidió á su hija, á quien no habia de tornar á ver sino llagada el alma, oscurecida la razon, inhábil ya para estimar y convertir en consuelo propio la antigua ternura de familia, y aquellos halagos dulcísimos á cuyo calor se habia formado su con-

[1] Era un buque de 565 toneladas, elegido por el emperador mismo; en él habia ido su hijo Felipe á Inglaterra en 1554.—Véase la correspondencia publicada por M. Gachard, con el título de *Retraite et mort de Charles Quint au monastere de Yuste*, tomada de los originales de Simancas.

[2] ..... la Reina nuestra señora se fué á Búrgos y á Laredo á enviar la señora archiduquesa para Flandes.—Galindez de Carvajal: Historia y anales de los Reyes Católicos.

dicion amorosa y leal, causa de su desventura. Criada doña Juana en la córte de sus padres, crisol de virtudes domésticas, escuela de honestidad y de hidalga cortesía, sentia florecer dentro de su pecho risueñas y puras ilusiones, destinadas á morir marchitas por la experiencia inexorable de la vida. Creia en la constancia y duracion del afecto, en su perfecto desinterés, acostumbrada á ver cómo los caballeros castellanos, entre las belicosas fatigas de la campaña y los rendidos obsequios de palacio, practicaban el culto de las damas, poética tradicion de los dias de Juan II, purificada y ennoblecida por la autoridad y alto espíritu de su generosa soberana.

Para su imaginacion apasionada y viva, la razon de estado no excluia del techo conyugal la paz, la armonía y la ventura originadas de recíproco y sincero cariño, ni era el sacramento obstáculo á la vehemencia entrañable de un sentimiento arraigado y absoluto.

El príncipe, su dueño, traia harto diversa educacion y principios; la casa de Borgoña, que ofrecia notables testimonios de valor, de ambicion y de cultura, no se realzaba por su devo-

cion ni por su austeridad de costumbres; dentro del mismo siglo (año de 1430) su jefe Felipe el Bueno, erigia y perpetuaba en símbolo de honor y de gloria,[1] el recuerdo de uno de sus carnales extravíos, caballería singular cuya insignia apetecen y buscan altezas y majestades, y que puesta en ciertos hombros acaso no se aparta de la dorada vergüenza de su orígen.

El marido de la princesa española, mancebo sensual y veleidoso, estimaba y tenià por su mejor blason una extremada belleza corporal, que particularizando su nombre en la gerarquía monárquica, habia de ser fácil alimento del vicio, y presa temprana de la muerte.

Mientras vivió pudo Doña Juana sentir, como intervalos de su fiebre abrasadora, cierta esperanza de alivio á su pena, alguna vaga vislumbre de mejores horas traidas por el remordimiento ó el desengaño; mas ya extinguida la luz en las pupilas, cuya mirada sola pudiera hacerla olvidar su anterior desvío, apagada la voz en la garganta de donde debieran brotar las amantes frases tan largo tiempo soñadas, y nunca antes oidas, todo albor desapareció de

[1] Orden del Toison de Oro.

aquella alma entenebrecida, cerrándose á toda claridad su mente. Los ayes secos, lúgubres de la insensata, penetraron las régias paredes, y salieron á la calle donde fueron oidos por el pueblo; la realidad lamentable subió por encima de las cautelas cortesanas, y desvanecidas dudas y respetos, pudieron aragoneses y castellanos con justicia apellidar á su reina «la Loca.»

Triste destino, que recordado á vista del suntuoso mausoleo de Granada, hace pensar que en ninguna parte tendria expresiva significacion como sobre el cuerpo de la heredera de los reyes católicos la sencilla fórmula sepulcral de los primeros cristianos: In pace.

Desde 1496 y su mes de Setiembre, en que dió la vela de esta bahía para Flandes, infanta, doncella, fiada en el porvenir, anhelosa de domésticas venturas, hasta la primavera de 1504, en que de la misma playa partió de nuevo ya madre, sin que las maternas alegrias endulzasen su amargura, apellidada princesa heredera sin que el brillo cercano de la primera corona del orbe distrajera su doliente y constante pensamiento, habian corrido los años más bellos, los únicos felices, harto breves ¡ay! de su edad.

II.

UN AMIGO.—EL LUTO DE LAS ARMAS.—EL PUERTO DE REFUGIO.—SANTOÑA.

Sobre la melancolía causada por padecimientos y memorias, pesaba en el ánimo imperial la melancolía del cielo opaco y lluvioso, pues al siguiente dia de la llegada, cambió el tiempo y alborotóse la mar, tanto, que de las setenta velas que, segun Sandoval, componian la escuadra, no pocas hubieron de refugiarse al puerto de Santander, imposibilitadas de tomar el de Laredo. [1]

Pero sabido es que el cielo aprieta y no ahoga, y luego trajo remedio á la pesadumbre que el emperador sentía, á la inquietud que le apuraba por no haber hallado, al saltar en tierra, prontas á recibirle, las gentes que debieran estar oportunamente prevenidas.

Luis Quixada vino á encontrar á su amo y

[1] Carta del contador Julian de Oreytia al Consejo de Guerra.—Correspondencia citada.

señor á Laredo; Luis Quixada, el amigo del alma, ese amigo único que tienen todos los buenos y nadie más que los buenos; el amigo de todos los momentos, de todas las ocasiones, de ánimo igual, de serena conciencia, de corazon ancho, capaz de toda indulgencia como de todo sacrificio; el amigo que compadece y no lisonjea, que censura y no lastima, que oye sin impaciencia, ruega sin halagos, aconseja sin hiel y sirve sin altanería. Pocas veces los poderosos logran esa merced insigne, esa lealtad ciega de un pecho noble, esa adhesion invariable de un carácter entero, dueño de su albedrío, dotado de luz é independencia suficientes para ver y juzgar; porque el ejercicio del poder, ¡miseria grande de la humanidad! ó bien enflaquece y mata en el corazon humano la sinceridad y la confianza, ó bien hace nacer en él la suspicacia y el desvío. Cárlos V merecia favor de tanto precio, puesto que la Providencia se lo habia concedido.

Quixada era ese amigo suyo, lengua franca, pensamientos honrados, mano leal, reserva impenetrable. En él habia depositado el mayor secreto, el único de su vida, el nacimiento de

D. Juan de Austria; en él habia fiado la educacion del glorioso bastardo, cuyo orígen habia de bendecir, y legitimar el cielo, haciendo un dia del príncipe el campeon victorioso de la religion y de la pátria. [1]

Así le vió llegar con alegría, así hubieron ambos larga y sazonada plática, que despejó el semblante cesáreo y ahuyentó sus nubes, y ya el emperador no se quejó de las molestias del mal y del camino. Quixada estaba cerca, oía las quejas y las consolaba, ó ya ofreciendo y procurando el remedio, ó ya encareciéndolas, que es uno de los medios humanos de aliviar el padecer donde no alcanza otro.

[1] Quixada, soldado antiguo y duro, le enseñó á regir el caballo y correr la lanza, y no sin cierto orgullo de maestro complacido, escribia á Felipe II ponderándole la mayor disposicion y gusto que para las armas mostraba su pupilo, sobre las letras, de que se cuidaba poco. Cuando fué hora de practicar en el campo de batalla las lecciones aprendidas en la tela, no abandonó el preceptor al alumno; y viéndole hacer muestra de valeroso y esperto, de soldado y de caudillo, y crecer en gloria, y en la voluntad y en el ánimo de los soldados, siguiendo su bandera novel, moria el leal Quixada en 1570, mal herido en el asalto de Seron contra los moriscos. ¡Oh si el cielo le hubiera dado vivir hasta el año siguiente y la victoria de D. Juan en Lepanto!

Martes 6 de Octubre, despues de comer, que esto no lo descuidaba el augusto monarca, con frecuente dolor de su fiel amigo, á quien no se ocultaba que el buen apetito del emperador favorecia su dolencia, pusiéronse en camino para Castilla, siguiendo el valle del Ason, subiendo los puertos por Agüera y dirigiéndose desde Medina de Pomar á Búrgos.

Otra princesa española, hija tambien de los Reyes Católicos, y no ménos desgraciada que su hermana y madre de Cárlos V, se hallaba en Laredo por el mes de Setiembre de 1501; la infanta Catalina, llamada Catalina de Aragon por los ingleses, de cuyo célebre rey Enrique VIII, fué esposa.

Habíase embarcado en la Coruña, en estacion tan poco sospechosa como el mes de Agosto para rendir su viage; y el mar, como un lebrel fiel é inteligente que adivinando instintivamente la cercanía de un riesgo, sale al encuentro de su dueño, y con halagos primero y con violencias despues, le defiende el paso, el mar, hinchando sus olas y llamando de sus abismos boreales á los contrarios vientos, atajó el rumbo de la escuadra. Anclaron en Laredo,

de donde hicieron rumbo de nuevo á 27 de Setiembre.[1]

Nadie evita su destino, y era el de la infortunada princesa partir el lecho de aquel redomado herege é insaciable sátiro, sufrir la afrenta del repudio, verse sucedida por una de sus damas, la no ménos infortunada Ana de Boleyn ó Ana Bolena, que dicen nuestros historiadores, y dar asunto á que el gran Shakespeare pusiera con justicia en sus lábios estas palabras: *Thinking that we are a queen* (*or long have dreamed so*), «Pensaba ser reina, al ménos largo tiempo lo he soñado.»

Y el año de 1559, y en el mismo mes de Setiembre, que parece el señalado para las régias navegaciones, estaba en Laredo Felipe II, y desde allí escribia al cardenal Mendoza, obispo de Búrgos, agradeciéndole su voluntad en ir á esperar á la raya de Francia para acompañar en su viage á Doña Isabel de Valois, destinada á esposa del monarca.[2] Y tambien hubo tor-

[1] Galindez de Carvajal, año 1501.

[2] Documentos inéditos para la Historia de España: tom. III, pág. 422.—Por causas diversas se dilató la venida de la Princesa, que no entró en España hasta principios de 1560, en que se verificaron las bodas.

menta y perecieron gentes y naves y objetos preciosos de arte que la escuadra traía.

Tan desiertas como debieron quedar á la salida del imperial cortejo, encontraba yo tres siglos despues las calles de Laredo. En una de ellas, de San Martin creo que se llama, hay un palacio de parda sillería, ancho alero y esculpidos canecillos: el escudo puesto entre sus dos balcones estaba cubierto de estameña negra,— y como nadie pasaba tuve espacio largo de meditar sobre lo que la estameña significaba,—é imaginé toda especie de historias antes de dar con la verdadera; porque á pesar de haber oido una y otra vez que las armas vestian luto, como lo viste la bandera, este uso antiguo, esta reliquia de remoto simbolismo y fé remota, juraba tan de récio con las costumbres presentes, parecíame tan ocasionada al olvido de nuestra edad tibia, al sarcasmo de nuestro siglo iconoclasta, que dudaba de su subsistencia como no fuera allá lejos de poblado, al amparo de la soledad, y del desierto, donde se acoge toda religion y todo culto, cuando nace y no tiene todavía fuerza bastante para resistir el ambiente duro de la vida comun, y cuando va á morir y le

faltan ya las fuerzas para soportar la energía de ese mismo ambiente.

Pero el luto, puesto en armas ó en personas, en criatura viva ó en piedra yerta, es aviso de la muerte, es testimonio de padecimiento y llanto, de vacío en el alma, de ruina y dispersion, de cuantas aflicciones pueden invadir el mísero sér humano y someterle al martirio del dolor inconsolable; por eso humaniza todo cuanto viste, y al humanizarlo, lo hace objeto de interés antes no sospechado. Si antes esas piedras esculpidas inspiraban desden, al hallarlas en lo sucesivo ese desden será templado por la idea de que alguna vez pueden encontrarse esas alegorías mudas, oscuras é indescifrables, cubiertas por la fúnebre alegoría del sepulcro, tan clara, tan permanente, tan fácil de comprender, tan difícil de desdeñar.

Yo no recuerdo qué fiesta celebraba Laredo; su orquesta popular, el tamborilero, batía el parche y soplaba el pito con bruscas y marcadas transiciones de lo fuerte á lo suave, de lo vivo á lo lento; y sin hacerle caso al parecer, pero atraidos indudablemente por su música, llenaban la plaza consistorial sus pobladores,

Las lanchas dormian; dormian en la bajamar de su cegada dársena.

El alto peñon que defiende de las mares del Norte el menguado fondeadero, ha sido taladrado, y bajo las baterías que le coronan pasa un doble carril á desembocar en la bravía costa: allí ha necesitado Laredo salir á edificar un puerto de refugio, para sus lanchas acosadas por el Noroeste, el tirano y el verdugo de estos mares. El Noroeste, de siniestro alarido, desigual y alevoso, toma la vela, en cuanto terminada su faena pescadora, ó advertida por las amenazas del sombrío horizonte, la lancha vira y se pone en demanda de la costa; y abatiéndola constantemente, ayudado por la mar que se encrespa y rompe y sacude la navecilla, y no la consiente ceñir su orza, ni enmendar su rumbo, la niega el puerto y su gola barreada por la creciente arena, y la trae á perecer sobre las erizadas rocas. Ya sin tentar el seguro riesgo de la difícil entrada, los pescadores laredanos hallarán donde guarecerse del temporal, y tendrán un muro que poner entre el pavoroso furor de los mares y el trabajado casco de sus lanchas.

Desde aquel peñon se espaciaba la vista, arrullada por ese crudo y áspero quejido del agua entre las piedras, cuando sopla la brisa veraniega de Nordeste.

En frente, y cortando la línea azul del mar, como uno de esos colosos pintorescos con que el capricho de la naturaleza anima y acentúa el paisage, surge el monte de Santoña, inmensa roca desigual y gibada, verde promontorio levantado sobre cimiento de rocas, rocas negras donde las roe el mar, rocas blancas donde las hace ceniza el sol. En uno de aquellos escollos siniestros convirtió la fábula á Eritrea, sibila ó profetisa, deidad del mundo pagano, ó más bien encarnacion del númen, gerarquía intermedia entre el olimpo y la tierra, mente de Jove, frase de Apolo, voz febril y trémula de mujer enervada por la abstinencia, el incienso y los ritos.

Ya se habian diseminado por el orbe aquellas creaciones del Oriente religioso, buscando acaso más propicia atmósfera, más fecundo suelo, porque ya el suelo y el aire nativos los desconocian y arrojaban de sí, cuando de pronto, y en medio del Oriente descreido y gastado, sonó

la palabra regeneradora y nueva, el grito de la humanidad despierta de su letargo, levantada de su postracion, resucitada de su tibieza, dueña de una revelacion inesperada, consoladora, que establecia la eterna vida del espíritu, el premio inmortal de las virtudes, la santidad del sacrificio, la ley del amor universal.

A esa voz que oyeron y cuyo poder inmenso penetraron las más altas inteligencias de la sociedad antigua, la vieja teogonía quedó dislacerada y yerta; apagóse la falsa voz que animaba sus mitos; y abismáronse en las aguas, trocáronse en piedras, deshiciéronse en fluido impalpable, resolviéronse en vaga alegoría, en indeciso recuerdo, en sombra, en rumor. Quedó de ellos la forma insensible, el nombre armonioso. Andando siglos, esa forma sola con su belleza singular, ese nombre solo con su música dulcísima han de cobrar de nuevo figurada vida, la que baste á seducir el oido, á prendar el pensamiento humano; pero ya el corazon de la humanidad, el centro sensible, nido y fuente de la pasion, ara del fuego inextinguible les está irrevocablemente cerrado.

Lentamente va Santoña completando el sis-

tema de fortificacion que la da nombradía; cada dia añade una piedra á su corona mural, y es voz comun que se camina á hacerla inexpugnable. Lo expugnable ó inexpugnable de una plaza son los pechos de sus defensores.

Hablan eruditos escritores [1] de una lápida romana hallada en Santoña, piedra votiva erigida á Septimio Severo por los navieros ó mareantes Juliobrigenses; mas ninguno de ellos la vió y todos la describen y examinan bajo la fé de referencias anteriores. Á ser auténtica y auténtico su hallazgo, ayudaría á exclarecer el punto geográfico de la verdadera situacion del Puerto de la Victoria de los Juliobrigenses.

Las memorias más antiguas y positivas que poseemos de Santoña, son puramente religiosas. Y ciertamente que los sitios se prestaban á una de aquellas fundaciones primitivas que, comenzadas en la oscuridad y apartamiento del yermo, dilataban poco á poco su nombre, ensanchaban sus pertenencias, y á favor del tiempo y de su perseverancia llegaban á ser establecimientos mitad feudales, mitad devotos, centros de cultura y estu-

[1] Henao, Masdeu, Florez.

dio, cuya autoridad manaba á la vez de su rígida disciplina, de su fortuna y de su independencia. Los primeros monásticos en las partes de Occidente mostraron señalada predileccion por las costas. En terreno peninsular ó aislado nacieron aquellos célebres monasterios de Lerins en el Mediterráneo y de Iona y de Bangor en el mar de Irlanda, que en dias de dolorosas tinieblas para el mundo conservaron ó encendieron luz de benéfica civilizacion en Francia, en la brumosa Hibernia, y en la agreste Caledonia.

Poco le falta á Santoña para ser isla, y fácilmente cierra su término con foso ó con cerca. La falda meridional del monte abriga de toda inclemencia un rellano, á la vera del agua, cuyo suelo forma la tierra lentamente desmoronada del peñasco, sustancioso y rico mantillo purificado por el sol y cernido por el viento al caer desde la cumbre á la hondonada; suelo hortelano y fértil donde florece el azahar y madura el limon aromático y jugoso, como en las tibias márgenes del Guadalquivir y el Júcar. A la sombra de sus limoneros se agrupa la poblacion. En la cima del monte se apre-

taban las carrascas, plegadas y abatidas por el viento marino, y entre sus manchas crece la grama espesa, corta y sazonada por el salobre ambiente que con lengua codiciosa siega el ganado y nutre las carnes del cebon é hinche la generosa ubre de las vacas.

Cerrado, pues, en este gigantesco castro, vivia ya en el siglo IX, y en el año de 863, Montano, abad de Santa María de Puerto, advocacion del monasterio erigido en Santoña y que conserva la iglesia parroquial de esta villa. Tenia en su compañía á un cierto obispo Antonio, muy nombrado en escrituras del tiempo, quizás ahuyentado de su diócesis por persecuciones, quizás espontáneamente retirado de ella á la vida penitente y oscura del cenobio. Grandes males debieron sobrevenir cuando antes de dos siglos la comunidad habia sido dispersa, el monasterio desierto, y sus bienes andaban usurpados y repartidos en manos de los naturales. Un peregrino, que decia venir de Oriente, Paterno, llegó á estos parages, entróse en la abandonada casa, convidó á hacer con él vida conventual á otros fervorosos y desengañados, y se dieron á labrar la tierra y á plantar viñas y

pomares, predicando con el ejemplo y con la palabra. Luego se despertó naturalmente en ellos la idea de los derechos antiguos del monasterio; buscaron y hallaron los títulos é instrumentos, y pretendieron hacerlos valer. Los poseedores de las heredades resistieron lo que les parecia despojo, y siendo más numerosos y más fuertes, arrojaron á Paterno y sus compañeros de Santa María. Fuéles preciso acudir al entonces soberano de esta tierra, que era aquel D. García IV de Navarra, llamado de Nájera, el cual, en la era de 1080 (año de J. C. de 1042) ordenó la restitucion, poniendo de abad al Paterno y otorgándole los derechos señoriales de jurisdiccion y asilo dentro de los términos de la posesion antigua. [1]

Todavía en la era de 1292 (año de 1254) cita Yepes al abad D. Fortuño ó Fortun de Santa María; luego el monasterio, como tantos otros, queda anejo á Santa María la Real de Nájera, que percibe sus diezmos; y así van fundiéndose en otras más favorecidas ó más considerables, y desaparecen dejando su advocacion á las par-

[1] Yepes.—Crónica general de la órden de San Benito: tomo IV. Apéndice núm. 21.

roquiales de los pueblos, las innumerables fundaciones, exíguas y precarias que la órden de San Benito, en el celo invasor de sus orígenes, derramó por las tierras de Occidente.

Si hubiéramos de juzgar de la humanidad por estas mudanzas de atribuciones y oficio de sus mismas obras, por estos cambios de monasterio en fortaleza, de casa de oracion y trabajo, en casa de mortales intentos y enemigo recelo, diríamos que la humanidad retrocedia, y de mansos y pacíficos instintos habia degenerado en propósitos feroces y de exterminio; más evidente signo de su mejora y progreso seria ver trocada la fábrica de guerra en fábrica de obras piadosas, el hierro del cañon en rueda industriosa, y el acero del sable en artísticos buriles.

DE LAREDO Á SANTANDER.

I.

UNA ATALAYA.—LOS GUEVARAS.
BÁRBARA BLOMBERG.

Por una llanada de maiz y heno corre el camino de Laredo á Colindres, de Colindres á la marisma y barca de Treto donde se cruza la ria de Marron.

Guarda el paso una torre erigida en la orilla opuesta, atalaya del siglo XIV, semejante á tantas otras como vigilaban los cauces de los rios desde su embocadura á sus fuentes, y los caminos desde la costa á Castilla. Porque cauces y caminos siguen una direccion misma, advertidos y enseñados los hombres al abrir sus salidas y senderos por las aguas que buscan los suyos con el menor trabajo y fatiga posibles, plegándose ante el obstáculo invencible, sor-

teando sus dificultades, cediendo en sazon, ganando tiempo y ahorrando esfuerzo.

Esas torres que hallaremos en todas las cuencas de la montaña, en las del Saja y el Besaya como en las del Ason y el Pas, eran la lengua que instantáneamente publicaba y extendia por la comarca la voz de los grandes sucesos, acometidas, invasiones, marchas de huestes, acampamentos y refriegas. La humareda que brotaba de su almenage de dia, la lumbrada que le coronaba de noche eran palabra elocuente y viva, claramente entendida por los infinitos ojos que de distancias diversas lo oteaban, el marinero desde su barca, el labrador desde su mies, el soldado desde su tronera, el leñador desde el monte, el traginero desde su camino, el pastor desde la sierra, el bandolero desde su guarida, el monje desde su celda, y para cada uno segun su oficio y segun la ocasion, tenia significado y acento distinto.

A unos atraia, á otros espantaba; ya esparcia terror, ya lo disipaba. Unas veces era señal para que los habitantes cerrasen sus puertas, los más cercanos se acogieran á la torre con mujeres, hijos y lo posible de su hacienda;

otras señal de que el peligro estaba desvanecido, y los campesinos podian salir de su refugio y esparcir su ánimo y volver á sus faenas; era bandera de paz y bandera de guerra, convidaba á armarse ó á soltar las armas, á pelear ó á huir, era como la manifestacion de una voluntad invisible que presidia al gobierno del valle, á su salud y á su custodia.

Libro de interesante lectura compondria el escritor que corriendo las atalayas describiese su situacion pintoresca siempre, recordando los sucesos que han visto, el turbion de pasiones humanas que se han agitado y vivido dentro de sus muros ó en torno, ó á vista de ellos.

Pero desde que asomó el caminante á los altos de Laredo, están llamándole los ojos y la curiosidad las doradas paredes de un edificio de aspecto monacal, que sobre un cinto sombrío de verdura se levanta en la orilla del agua, y parece recostado en un cerro.

Ahora que aunque á distancia el camino le rodea y envuelve pasando á Mediodía y torciendo al Noroeste, el monasterio se destaca primero sobre los lejanos términos del monte de Santoña, despues sobre la línea azul de la ba-

hía y el Océano, y al otro lado del montecillo surgen las torres de la villa de Escalante, rojas como las paredes del monasterio, unas y otras del color maravilloso de las torres granadinas, y como ellas dando vívido y caliente tono al paisage.

De la villa procede el convento. Habíala poblado, en 1246, García Gutierrez de Ceballos, caballero de antiquísimo solar montañés y de raza de pobladores, porque un ascendiente suyo habia hecho en Valdáliga, de donde al parecer su estirpe procedia, otro tanto como García Gutierrez en Escalante. Los derechos de ahí originados y reconocidos se acumularon en cabeza de una nieta del referido García, doña Elvira Alvarez de Ceballos, sucesora y heredera de sus estados.

Casó esta con Fernan Perez de Ayala, ilustre caballero alavés, y en su tiempo les fué reconocida la jurisdiccion señorial por privilegio del rey D. Enrique IV, despachado en 1370, y posteriormente confirmado por don Juan I en 1379 y por D. Enrique III en 1393.

De nuevo recayó en hembra la sucesion, recogiéndola Doña Mencía de Ayala, hija de Fer-

nan y de Doña Elvira, los cuales concertaron casarla con un poderoso vecino, D. Beltran de Guevara, señor de las Casas de Guevara y de Oñate, los cuales habiendo dos hijos y estados bastantes para dejar en pos de sí dos casas igualmente honradas en caudal y en alcurnia, capitularon dividir su hacienda entre ambos.

El uno, que se llamó D. Pedro, llevó la casa de Oñate y de Guevara; el otro, que se llamó D. Beltran, la de Escalante y de Ceballos. El resúmen de los estados de esta era el siguiente: la villa de Escalante en la merindad de Trasmiera, el condado de Tahalu, el marquesado de Rucandio, la villa de Pontejos, la de San Salvador, la de Gajano, y los barrios de Anero. Y en Asturias de Santillana, el valle de Valdáliga, la villa de Treceño, Roiz, Labarces, Lamadrid, la Revilla, el Tejo, Caviedes, y en Polaciones la villa de Santa-Olalla, y en la Puente de Arce la Torre-fuerte con sus heredades y pozos de salmones. [1]

[1] Memorial de la casa de Escalante y servicios de ella.—Al rey nuestro señor por Doña María de Guevara, Manrique, condesa de Escalante y de Tahalu, vizcondesa de Treceño, etc., etc.—En Valladolid, año de 1656.

Este D. Beltran de Guevara fundó en el islote de Anó, hácia 1421, el convento de franciscanos de San Sebastian, donde tiene sepultura, con otros de su raza. Los reyes Católicos otorgaron á los doce frailes que lo habitaban exencion de tributos reales, y la libertad de poseer un barco para comunicarse con el continente.[1] Allí vinieron á sepultarse el hijo del fundador y su heredero D. Ladron, general en la guerra de la Axarquía de Málaga, caballero del Toison y mayordomo de la princesa doña Juana, muerto en 1503; y D. Pedro de Guevara, comendador de Santiago, embajador del César en Polonia; y D. José de Guevara, capitan general en el Rosellon y virey de Navarra, que murió en 1568.[2]

Aquí vino tambien á yacer Bárbara Blomberg, la madre del ínclito D. Juan de Austria, hijo de Cárlos V. Era hija de un burgués de Ratisbona, hermosa y habilísima en el canto,

[1] Gonzaga.—De origine seraphiçae religionis franciscanæ.—Roma 1587.

[2] Un nieto de este, llamado D. Luis de Guevara, que sirvió en Flandes fué el primer conde de Escalante, titulado tal en 1627.—Murió en Espinosa de los Monteros, año 1643.

aficion tenaz del emperador. La honda melancolía que á intervalos le asaltaba desde la muerte de la emperatriz, acaecida en 1539, siete años habia, se desvaneció al halago de la voz melodiosa, y la voz plantó su eco tirano, indeleble y profundo, en el lugar de donde habia ahuyentado el pesar.

Casóse más adelante con un aleman, Kegell, comisario en los ejércitos reales; tuvo de él dos hijos y quedó viuda. Mas en su viudez no vivió con el recato y modestia á que parecia obligada por las memorias unidas á su nombre.

Tanto fué, que de acuerdo con su propio hijo D. Juan, el rey Felipe II dispuso su venida á España.

Establecióse en San Cebrian de Mazote, en tierra de Valladolid; trasladóse luego á Colindres segun los instrumentos históricos, á Ambrosero segun la tradicion confirmada por las memorias que en Ambrosero quedan y allí encontraremos. En Colindres ó Ambrosero murió hácia 1598, y en su testamento dejó ordenado se celebrase su entierro en el convento de Laredo, y se enterrase su cuerpo en San Sebastian de Anó,

Y consta que esta última parte de su voluntad quedó cumplida, en el Memorial que uno de sus testamentarios, Agustin de Alvarado, dirigió al rey en 1599, rogándole que de la pension de 3,000 escudos que la muerta percibia y queda vacante, mande hacer el gasto de su sepultura, la fundacion de una misa perpétua por su alma, y la satisfaccion de algunas deudas por «haber muerto tan pobre como murió.» [1]

II.

AMBROSERO.—AGUA AL SEDIENTO.—LOS ARQUITECTOS MONTAÑESES.

Dejemos á la villa de Escalante bañándose como una salamandra en el espléndido sol que inunda su campiña, aunque el trozo de carretera recto y llano que la liga á la carretera que

[1] Está en el archivo de Simancas y lo publicó el señor D. Modesto de Lafuente en el tomo I de la Revista española de ambos mundos, año de 1853, para ilustracion de un interesante artículo titulado *La madre de D. Juan de Austria.*

seguimos, convida á visitarla más de cerca.—Mas ahora no tenemos vagar para ello.

¡Oh! si en cada paraje que un recuerdo, un lazo, una aficion cualquiera, naciente ó añeja, meditada ó súbita, nos convida á hacer posada, cediendo al placer de un momento detuviese mi jornada, nunca llegaríamos al término de ella. ¡Y qué seria de tu paciencia, lector, que amigo ó curioso me acompañas! Y sin embargo, qué de veces y en horas señaladas y en señalados lugares de esta peregrinacion que se llama vida, te habrás dicho, ¿por qué pasar de aquí? ¿A qué caminar más, si el sitio es apacible y el alma encuentra atmósfera apropiada á su anhelar constante é infinito? ¿Por qué no alzar aquí nuestras tiendas como los apóstoles de Tabor, y hacer tranquila y final morada?

¡Qué vida sueña el alma en semejantes ocasiones! Y quizás el solo encanto de esta soñada dicha, consiste en la imposibilidad de lograrla. Vano seria intentar torcer el curso de la vida, cediendo al impensado hechizo; allí encontraríamos las amarguras y el hastío de que anhelábamos huir.

Llegaba yo á Ambrosero con aquella cándida

ignorancia con que por punto general visitamos nuestra tierra, y que es una de las razones que dieron sér á estas hojas.

A la izquierda del camino, en suelo pendiente y bajo, asoman entre robles y nogales los tejados de un barrio.

—Barrio Madama, me dijo un compañero de camino.

—¿Y por qué se llama barrio Madama?

—Porque en él vivió una extranjera, á quien las gentes del país llamaban así; la madre de D. Juan de Austria.

—Es verdad que no solo las gentes, sino la correspondencia oficial del tiempo llamó á aquella señora Madama Bárbara Blomberg. Y por cierto que la tradicion, afirmada por el título del barrio, me parece prueba evidente, si no harta, de su residencia en Ambrosero.

—Hay otras, dijo mi ilustrador; hay la casa en que habitó y conserva su nombre; hay tapices en la Iglesia que fueron regalo suyo; hay papeles en el archivo del ayuntamiento, segun me han asegurado, aunque no los he visto.

—Yo los veré, pensaba yo entonces en mis adentros, porque en ellos á no dudar está el

completo esclarecimiento de ese punto de historia.

¡Yo los veré! ¡Cuántos propósitos parecidos, instantáneos, sinceros, vehementes, y que no viven más del instante de su generacion! En aquel instante parecen fáciles, hacederos; los medios de ponerlos por obra, la ocasion y el tiempo de realizarlos están á mano suficientes y oportunos. Luego se entreveran otros afanes, otros deseos, otras necesidades, otros propósitos quizás en que se emplea y gasta el alma que, aunque inmortal, no es infinita ni universal, ni ménos omnipotente.

Aquel dia hacia extremado calor; declinaba el verano, y eran las dos de la tarde. A la sombra de unos árboles, acurrucada en el suelo, cruzadas las manos sobre el regazo, caida atras la blanca bengala que dejaba ver su cano cabello y que lo orease la perezosa brisa, estaba una mujer anciana con un cesto delante en tierra, cubierto con una tohalla de inmaculada blancura. Sabido es que esta máquina y aparato, en nuestra tierra, contiene siempre fruta, y fruta riquísima las más veces. Efectivamente, alzó el velo, y asomaron su fresca y vellosa

piel hasta docena y media de *pavías*, de esas pavías llamadas *nateras*, redondas, gruesas, blancas, con su mancha colorada en medio, parecida á las que al volver de la romería traen en una y otra mejilla las muchachas que las recogen y las venden.

Grato es al mediar una jornada en las abrasadas llanuras de Castilla el racimo de uva que el guarda de los viñedos ofrece sin regatear al pasajero, y no es ménos sabrosa la naranja que os espera al término de una cabalgada en los hospitalarios cortijos andaluces; pero nada tan refrigerante y sabroso como la pavía montañesa, que para mejor llamar la sedienta boca, muestra una limpia y cristalina lágrima, cayendo de la herida abierta al desgajarla de su ramo nativo.

Y no es la sola fruta que os brinda al paso su fragancia y su frescura; á par de ella os invitan purpúreos briñones ó griñones, que aún no sé cuál sea su nombre verdadero; peras de variedad infinita, y la ciruela claudia de ambarina pulpa y terso hollejo; esto cuando ya desaparecieron las rojas cerezas, consumidas por la estacion y los golosos, y cuando aún no

negrean entre sus anchas hojas los higós de miel, ni ha caido del árbol la paradisiaca manzana, ópima cosecha del otoño.

Pero no nos distraiga la gula del arte, aun cuando no sea gula aplacar la sed.

Los aficionados á caminar, artistas, cazadores ó curiosos, cuantos corren el riesgo de un dilatado ayuno, de un sol inclemente, de un súbito aguacero, saben por demás el profundo agradecimiento que conservan al manjar primero que satisfizo su hambre, á la primera sombra, al primer techo que les dió cobija y amparo. Así es como lugares, al parecer indiferentes ó acaso repulsivos, cobran interés y valor singulares para determinados sugetos; así el viandante sorprende á su lector con detalles de paisage en que éste, más familiarizado con el terreno, nunca hubo reparado, ó despierta su acerba censura parándose donde el lector estimaria prueba de gusto y de mejor crítica el pasar volando y como sobre ascuas.

La iglesia de Beranga, gallarda y espaciosa, domina una vasta vega, tan amena y florida como lo son todas las de la comarca. Luego subimos una cuesta, desde la cual, volviéndo-

nos á mirar, descubrimos y saludamos el mar y las románticas peñas de las cercanías de Santoña. Luego, en un sombrío recodo del camino, saludamos la devota ermita de Jesus del Monte; salimos de los árboles, volvemos á bajar, y cruzamos la mies donde está Anero, donde está Oznayo, á cuyo mercado tambien nos prometemos venir como á Ambrosero, y á visitar en su iglesia los enterramientos de los Acevedos.

Despues se hunde el camino en una quiebra frondosa, donde pasamos el Miera, que limita el territorio y le da nombre, y que vá á caer en la bahía de Santander, á cegársela poco á poco, castigando sus humos de capital, á vengar, matando lentamente su mercantil soberbia, las zumbas y motes con que de tiempo inmemorial da vaya á los valles que riega y á los en ellos nacidos.

Pero al recorrer esta amenísima comarca de Trasmiera, una circunstancia herirá la atencion de todo el que se haya ocupado de arquitectura española. Preguntando y oyendo los nombres de lugares esparcidos entre el Ason y el Miera, creerá asistir á una lectura del libro

en que el erudito Llaguno reunió los nombres y noticias de vidas y obras de los arquitectos españoles. En el vigoroso impulso que la edificacion civil y religiosa recibió en los siglos XV y XVI, salian de la montaña aquellos diestros oficiales de cantería y aparejadores, que sometiéndose á la enseñanza de los grandes maestros, los Siloes, los Machucas y Covarubias, llegaban á sucederles con no poca gloria suya y esplendor del arte.

No diré del célebre Juan de Herrera aunque pronto volveré á mencionar su nombre, porque hemos de ver el lugar de su nacimiento, y entonces será ocasion conveniente de recordar su historia.

En Rasines hemos visto la cuna de la dinastía de los Hontañones, tan famosos en la catedral nueva de Salamanca; de Ojebar salieron los Ezquerras, y de Galizano los Huertas, que se hicieron notables ya entrado el siglo XVII en Astúrias y en Alava.

¿Y de dónde seria aquel Garci-Fernandez de Matienzo, que trabajaba de 1442 á 1446 en la Cartuja de Miraflores? ¿De dónde el Francisco de Limpias, arquitecto de la catedral de Sevi-

lla, y Juan Miguel de Agüero, que trazó alguna de las primeras catedrales americanas, y Juan de Albear, que dejó interesantes memorias en la catedral asturicense, y Francisco de Campo Agüero, que en la de Segovia, donde fué maestro mayor, mereció y obtuvo piadosa sepultura?

De Hazas era Martin de Solorzano, tan notable arquitecto como lo muestran sus trabajos en la catedral de Palencia. De Secadura, Juan de Morlote, ilustrado en trabajos diversos del último tercio del siglo XVI. De Güemes, Gonzalo de la Bárcena, célebre fontanero en Valladolid y Simancas. De Voto, Diego de Sisniega, Juan de Ballesteros y García de Alvarado, que participaron en la gigantesca fábrica del Escorial.

Trasmerano era Rodrigo de la Cantera, que proyectó y edificó el grán palacio de los duques de Lerma en la villa de su título, en cuyas abrasadas paredes hemos podido estimar su magnificencia original; y montañeses eran el monge gerónimo Escobedo, á quien la Reina Católica fiaba nada ménos que las reparaciones del acueducto segoviano, y aquel Juan Campero, arquitecto del insigne cardenal Cisneros, de

quien hablan tan honradamente la iglesia y convento de los franciscanos de Torrelaguna.

Salian de sus valles nativos sin otra habilidad que la de labrar la piedra; llevaban consigo su natural ingénio, la humildad de su confesada rudeza y el propósito íntimo de observar y aprender; la enseñanza entonces tomaba forma especial, y de la que hoy difícilmente nos damos cuenta; maestro y discípulo se escogian recíprocamente y por aficion espontánea, y sus relaciones tenian desde luego mucho de patriarcal y desinteresado. Así fructificaban las lecciones, semilla cuidadosamente arrojada en terreno fértil, á la cual no faltaba el suave y fecundo calor del buen cariño. Así echaban los preceptos hondas raices y se perpetuaban en su integridad austera mientras la decadencia invadia los dominios del arte y lo arruinaba.

La tradicion artística no ha perecido en Trasmiera; de allí salen todavía canteros excelentes que hallareis trabajando bajo el toldo de estera con que esa industria se guarece en la cortesana Madrid del sol y del agua. Y de esta tierra salen en gran número imagineros, tallistas, escultores de retablos, estofadores, orga-

neros y fundidores de campanas. Y si recorriéseis sus iglesias y estudiáseis sus obras anónimas con juicio sereno; quizás hallaríais en alguna de ellas vestigios de buena escuela, señales que os recordarian los grandes dias de la imaginería castellana y andaluza.

III.

SOLARES.—ASTILLERO DE GUARNIZO.—MALIAÑO.—MURIEDAS.

Estamos en Solares; de aquí parte un camino que os lleva á salvar el agreste paso de las Alisas, de donde dominais la tierra hasta el mar, tal vez por encima de las nieblas que llenan la hondonada; y más allá al valle de Arredondo, de donde podreis ir á estudiar el Guadiana cántabro, el rio de Matienzo, que se esconde y parece luego á la otra parte de la montaña, y la caida del Ason que se despeña por un tajo vertical, de cuyo filo se desprende en grueso chorro para llegar en menuda niebla al fondo de un pedregal sembrado de jigantescas hayas.

Y en el camino encontrareis quien os muestre el antiguo real sitio de la Cabada, la que fué primera fábrica de fundicion de artillería y municiones de hierro colado en España, fundada por flamencos en el siglo XVII, adquirida por el Estado en la inmediata centuria, y que despues de haber abastecido naves y plazas, y acudido tambien á necesidades del arte y de la industria, fué abandonada por la varia fortuna de los tiempos, por mudanzas en sus condiciones de situacion, por esas causas infinitas qne traen la muerte á toda obra, á toda especulacion humana, por grandes que hayan sido su prosperidad y utilidades.

Estamos en Solares, donde hallaremos afligidos de dolencias varias que vienen á buscar medicina en sus aguas termales. Y á fé que si hay males á cuya curacion baste la suavidad del ambiente, la frondosidad del suelo, la amenidad y hermosura del paisage, han de hallar aquí eficacísimo remedio.

Le dá sombra de poniente, y manantial para sus fuentes, y argoma para sus hornos el monte Cabarga, á cuya raiz pasa la carretera faldeando. El monte Cabarga, al cual aplicó el

ilustre P. Florez un pasage de Plinio apoyando la sólida crítica de su irrefutable libro «La Cantabria.» *Cantabriæ maritimæ parte, quam oceanus alluit, mons prærupte altus, incredibile dictu, totus ex ea materia est*, dice el célebre naturalista insubrio, pintando el suelo cántabro y su riqueza en vena de hierro: en la falda meridional del monte están patentes los socabones de la explotacion antigua; el cárdeno color de la tierra movida denuncia la metálica esencia que encierran sus entrañas, y el nombre de un sitio, Veneras de Cabarceno, parece convidar á sondearle de nuevo. [1]

En su falda septentrional prevalece el viejo arbolado; á media altura, sobre un escampe, el santuario de Nuestra Señora de Socabarga, bajo la noble cima de Llen, donde se asoma la nieve á anunciar su próxima bajada á Santander y á la marina. Despues la cresta del monte sigue ondulando hácia el S. O.; irguiéndose en un pico escueto, Castil-negro, y por última vez en otra cumbre, la Peñota, desde la cual se derriba á morir en el risueño valle de Villaescusa.

[1] Es comun el nombre en las inmediaciones Veneras de Viznaya, Veneras de Montecillo, etc.

En tanto á nuestra izquierda culebrea la ria de Tijero, mansa y silenciosa, escondiéndose entre junqueras, como sucede al mar, cuando metido tierras adentro y lejano del lecho natural de su soberbia y su pujanza, háse domesticado y perdido sus fueros y su altanería. Pronto llegamos á donde estas aguas salen de la ria de Santander, que al pié del Cabarga y bajo el pueblo llamado San Salvador, parte las suyas y las sube hasta Tijero por la parte por donde venimos, hasta Solía y Movardo por la parte opuesta entrándose hácia el ocaso.

Y en el curvo vértice de ambas rias de Santander y de Solía, sale á encontrarnos el astillero de Guarnizo. Su suelo parece de propósito inclinado por la naturaleza para que las naves caigan blandamente desde la grada al mar; sus marismas ofrecen vasto espacio para parques de esas maderas singulares que el cieno marino preserva y cura; Cabarga le daba carbon y hierro, y para armamento de sus buques le fundia cañones la Cabada, y anclas Marron.

No habia de faltar quien utilizando tantas ventajas las completase estableciendo en las

cercanías modo de hilar la jarcia, cortar la lona y coser las velas para que del astillero saliese el buque dispuesto á luchar con los hombres y con los elementos, á vivir su vida de navegacion y combates, á explorar costas, correr tiempos y dar y recibir andanadas y abordages.

D. Juan de Isla, caballero trasmerano del solar de su apellido, lo realizó entrando con ánimo activo, récia voluntad y espíritu hábil en el renacimiento de la marina española, iniciado por Felipe V, continuado por sus sucesores Fernando VI y Cárlos III. En la ciudad de Santander hallaremos los edificios que levantó, destinados á aquellas marítimas industrias.

En un tercio de siglo, en el espacio de treinta ó treinta y cinco años que alcanzaron á los reinados de los tres monarcas, botó al agua el astillero de Guarnizo veintiseis navíos de línea, diez y seis fragatas y otros buques menóres. De sus gradas salió el *Real Felipe*, de ciento cuarenta y cuatro cañones, para señalarse en el combate frente á Tolon contra ingleses, donde el año de 1744 ganó el almirante es-

pañol Navarro el título de marqués de la Victoria; de ellos el *San Juan Nepomuceno*, cuya cubierta en 1805 y en el cabo de Trafalgar regó la sangre del heróico Churruca.

Ya solo de tarde en tarde recuerda su antiguo destino, viendo poner la quilla de un buque mercante. Así se sorprende el forastero al entrar en su iglesia y verla pintada de banderas y trofeos militares. La vida del sitio es vida de ocioso, y ha trocado la viva agitacion y el ronco ruido de la construccion naval por el silencio y el sosiego. Le van repoblando quintas y posesiones de recreo: cada una se distingue por una condicion particular que la caracteriza y dá fisonomía: esta por su frondosa calle de plátanos, aquella por su sombría alameda de pinos, otra por su esbelto bosquecillo de castaños á raiz del agua, y no falta cual se haga notar por las piedras de su portada ó la claraboya de un tejado.

Para recibir al último soberano de la dinastía que le habia hecho vivir y florecer, engalanóse el astillero un dia, y como hidalgo de casa venida á ménos, á quien la pobreza alejó de alcázares y ejércitos, y vive de memorias y de

referir la vida espléndida y fecunda de sus antepasados, y, recordando la magnificencia de su estirpe quiere hacer sufrida y tolerada su actual pobreza entre los magníficos y pródigos de la hora presente, ya que no podia mostrarle quillas en grada, cascos en carena, la poderosa escuadra de los tiempos pasados acicalándose y vistiendo el arnés para salir á la mar y ondear altivo su pabellon, pintó en fingidos obeliscos los nombres de los barcos que allí tuvieron cuna. Y los ojos de Isabel II veian desfilar como las sombras de un ejército levantado de su campo de batalla, donde yacía muerto, los fantasmas de aquellas armadas, cuyo sepulcro fueron los anchos mares desde el seno balear al Océano Pacífico. [1] Fantasmas que cruzan, no entre la niebla luminosa de antiguas glorias, sino entre los siniestros celages de la ingratitud y la venganza, izada al tope una insignia que no es la suya, parecerán hoy á su afanosa mirada otros buques á cuyo bordo oyó resonar tan ardientes aclamaciones y recibió tantos y tan rendidos homenages.

Aquel dia el astillero parecia resucitado en

[1] Era el 4 de Agosto de 1861.

toda su actividad guerrera. Músicas militares, soldados, uniformes, galas de toda clase, afluencia de curiosos y tropel de embarcaciones en su ribera, y el cañon que con solemne voz retumbaba, aquella voz solemne que aún en regocijadas ocasiones conserva un eco de la muerte, que es su oficio anunciar y esparcir.

Ya vemos el término de nuestro rápido y lento caminar: rápido, cuando adelantándose al andar el pensamiento, salva leguas, sin contemplacion á la física fátiga del cuerpo; lento cuando pródigo de sus horas se detiene y detiene á quien le acompaña en sus digresiones y comentarios sin contemplacion al cansancio moral del espíritu.

Ya en el fondo del paisage se dibujan la ciudad y sus colinas, el puerto y su boca, las aguas y los árboles, las rocas y los faros, y apenas perceptibles los secos mástiles de los buques, inmóviles en su fondeadero, y movibles y vivos la vela y el penacho de humo de los que navegan. Ya se dibuja enfrente de nosotros la calva roca de Peña Castillo, tan semejante á la siniestra sierra Elvira, que allá en Granada parece como una blasfemia satánica

entre las celestes bendiciones de su incomparable vega.

En Bóo cruzamos el ferro-carril, y apartándonos hácia la izquierda, dejamos á nuestra derecha la península de Maliaño y su iglesia de San Juan. Aquí quiso Juan de Herrera que descansara su cadáver; explícitamente lo dijo en su testamento, [1] porque de Maliaño traia su descendencia; allí poseian tierras sus padres, y á esta iglesia dejó parte de su caudal para ser invertido en obras pías.

Más adelante llegamos al pueblo de Muriedas. A su entrada, sobre la izquierda del camino, veis una casa de buena apariencia, pintada de pajizo color con sus puertas rojas. Aquí nació Velarde el 19 de Octubre de 1779, ese Velarde de quien no hay para qué decir el nombre, porque su apellido lo dice todo.

[1] .....«Mando que mi cuerpo sea trasladado de la dicha iglesia de San Nicolás y su bóveda donde se ha de depositar, al lugar de Maliaño, que es en el valle de Camargo, y sea enterrado en la dicha iglesia del Señor San Juan de Maliaño del dicho lugar, donde está enterrado Ruy Gutierrez de Maliaño y de Herrera, mi abuelo, y de mis antepasados.»—Llaguno.—Noticias de los arquitectos y arquitectura de España, tomo II. —Documentos: N. XXII; 16.

Aquel pino cuyo tronco se divide en dos para llevar mejor el peso del ancho quitasol de sus hojas, fué plantado por el jóven cadete de artillería. De aquí salió, primogénito de una casa hidalga, para inmortalizar su casa y apellido en una epopeya de un momento, pero de un momento en cuya sublimidad se contienen las mayores grandezas del alma humana.

¡Quién sintió nunca la herida de la pátria como aquel oficial, que siendo modelo de sumision y disciplina, desobedece las órdenes de sus superiores y va resueltamente á empeñarse en el combate sin esperanza alguna!

Esos mueren por la pátria, que no entran en pelea fiados en el dudoso trance de las batallas; los que van á morir, porque es necesario que la humillacion de la madre no vaya adelante sin que el mundo vea que sus hijos la rechazan; los que quebrantan la ley sagrada del militar, porque están ciertos de redimirse con la muerte; los que aceptan el sacrificio absoluto, entero, irrevocable, sin más estímulo que el santo amor al suelo nativo, infinito, profundo, anterior á toda ley, á todo principio, á todo juramento.

Su breve vida es la vida de un soldado. Pelea haciendo arma de cuanto tiene á mano para suplir la ventaja del enemigo; hace metralla de las piedras de chispa, y cuando llega la hora de acudir á la espada, á la arma suprema del valiente, una bala lo tiende muerto, y el lienzo de una tienda de campaña le sirve de mortaja.

Pero ¡qué muerte, aquella muerte de la cual resucita un pueblo, una nacion regenerada en todas las virtudes de la constancia y del esfuerzo!

Al borde del agua, Estaños, nombre singular, sino viene del latino *stagnum*. Presas y balsas hay en él que todavía lo justifiquen. Aquí suponen las falsas crónicas el palacio y asiento [1] del último señor de Cantábria. La existencia del palacio es falsa, pero la del señor es cierta y merece que contemos su historia.

[1] Sota.—Crónica de los príncipes de Astúrias y Cantábria.

IV.

EL ÚLTIMO SEÑOR DE CANTÁBRIA.

En los primeros años del siglo XII, gobernaba esta tierra un hombre cuyo valer atestiguan á la par historia y leyenda, letras doctas y poesía popular. Conde Rodrigo Gonzalez de las Astúrias llaman escrituras y crónicas coetáneas al prócer, tipo de la caballería de aquella edad ruda y turbulenta. Nacido de la estirpe clarísima de Lara, esposo de una infanta de Castilla, señor de vasallos y con soberano imperio en cuanto la costa cántabra abarca entre las bocas del Ason y Deva, desde la marina á las vertientes septentrionales de las sierras castellanas; más cierto de su poder, acaso más seguro de su dominio que el monarca mismo de Leon y Búrgos, habia de ser soberbio, independiente, mal avenido á tutelas ó consejos, y pronto á reñir y resolver por armas todo litigio, toda diferencia.

Era el espíritu que animaba entonces á toda la nobleza española, heredada pingüemente en guerra de moros por esfuerzo propio ó por merced de los reyes, necesitados de su ayuda en la fatigosa empresa de la reconquista.

Gonzalo Pelaez, conde vecino de Rodrigo y señor de las Astúrias de Oviedo, mantenia guerra con su rey por espacio de siete años, y vencido, preso y desterrado al reino de Portugal, que entonces nacia entre los brazos vigorosos de Alfonso Enriquez de Borgoña, meditaba nuevas empresas de armas y la restauracion de sus estados, en cuyos aprestos le atajaba la muerte.

Porque la inquietud de los tiempos era grande. Doña Urraca, reina de Castilla y de Leon, y su segundo marido el aragonés y batallador Alfónso, desavenidos y apartados, se disputaban el gobierno y posesion de aquellos estados; fué remedio de esta primera discordia el reconocimiento por rey del hijo de doña Urraca y su heredero, habido en primera union con Raimundo de Borgoña; los nobles castellanos habian seguido el pendon de su soberana; pero surgiendo luego desavenencias entre madre é

hijo, dividiéronse aquellos, agrupándose unos al rededor del conde D. Pedro Gonzalez de Lara, privado de la reina y hermano de Rodrigo, y apoyando otros al arzobispo de Santiago, Diego Gelmirez y al noble caballero Pedro de Trava, quienes, encargados de la tutela y cuidado del príncipe niño, eran los más celosos favorecedores del rey mancebo.

Este no tardó en mostrar prendas notables de carácter; castigó las mal regidas inclinaciones de doña Urraca, manteniendo alejados de su favor y régias aulas al privado y sus parciales, cuyo orgullo herido no tardó en solicitar contra su señor natural la alianza y socorro del de Aragon, su antiguo enemigo; y Alfonso VII, resuelto á asentar sólidamente su autoridad y su trono, acudió á la necesidad imperiosa de sujetar los rebeldes.

Dudosos del éxito, se habian refugiado muchos de ellos en tierras del conde Rodrigo, desde cuyas asperezas tentaba su mañero hermano D. Pedro medios de conciliacion, si bien con tan mala fé, que en los breves intérvalos que la sumision duró, anduvo siempre receloso del rey, á distancia de su córte, y guareciéndo-

se de muros, á falta de las inexpugnables montañas que habia abandonado.

La guerra entre castellanos y aragoneses pasó en alternativas de encuentros y negociaciones; terminóse por mediacion de prelados, y la alta razon del leonés, á quien se hacia patente que para sosegar su casa, érale necesario conservar y unir todas sus fuerzas, y no distraerlas empleadas contra sus vecinos. Pocos años más tarde, en una postrera desavenencia, el conde D. Pedro, sitiado en Bayona, terminaba su aventurera vida á impulso de mortal golpe recibido en desafío. Hombre de suerte varia, como fundada en femenil flaqueza.

¿Qué era en tanto del señor de Cantábria? La crónica latina del emperador Alfonso, [1] escrita en sus dias, por autor notoriamente favorable al monarca, y que calló su nombre, no es asaz esplícita en las causas de la constante porfia entre magnate y soberano, ni explica satisfactoriamente la série de reconciliaciones y desvíos que forma las relaciones de ambos.

Vino el rey, dice en el año de 1131, á Castilla y á las Astúrias de Santillana, contra el

[1] **Florez.—España sagrada: tomo XXI.**

conde Rodrigo y demás rebeldes; rindió sus fortalezas, abrasó sus mieses, bosques y viñedos, acosándolos hasta las últimas asperezas de la tierra.

Próximo á ser vencido, no quiso el conde apurar la resistencia, y solicitó por embajadores una entrevista con el rey. Le fué otorgada, y conforme á las condiciones estipuladas, encontráronse ambos contrarios en la márgen del rio Pisuerga, cerca de Aguilar, acompañados cada cual de seis hombres de su bando.

Era Alfonso poco sufrido: cuidadoso del respeto debido á su gerarquía, y acaso, acaso, impaciente de asegurar en ventaja suya el desenlace, no quiso malograr la ocasion que le tentaba. La crónica dice que oyendo de boca del conde palabras que ofendian su decoro, le asió vigorosamente del cuello, y ambos cayeron del caballo al suelo. Espantados de tal violencia, huyeron los que acompañaban á D. Rodrigo, el cual fué puesto y mantenido en prisiones, hasta que hubo restituido á la corona cuanto de ella poseia. Justicia espeditiva, poco ajustada á códigos, pero de uso comun entre los que gobiernan á los pueblos, llámense le-

gion ó individuo, cuando impacientados por la resistencia hallan razon de ejercitarla.

Despojado de bienes y honores, hubo de resignarse y prestó homenage al soberano, confesándose culpado, y este, por bondad de alma, y sin duda por cálculo político, le dió la tenencia de Toledo con vastos territorios en Castilla y Extremadura.

Así arrancaba al conde de sus temidas breñas, excusándole nuevas veleidades de insurreccion con apartarle de los lugares que obedecian á su voz; utilizaba en la frontera de los moros la experiencia militar de un caudillo valeroso, y guardaba para sí aquellas marinas con tanto empeño deseadas.

Este empeño era propio de su ánimo levantado, de su espíritu claro, de sus propósitos evidentes de continuar la obra de su abuelo el conquistador de Toledo, quien habia sentado sólidamente la piedra angular de la restaurada monarquía, arrancándola á los cimientos del imperio mahometano, que vacilaba con su falta, y no habia de poder restablecerla jamás.

En sus campañas continuadas el rey cristiano llegaba hasta Almería y las costas del reino

granadino, donde sus propios ojos, si ya la razon antes no se lo dictaba, le persuadian de que el mar traia á sus tenaces enemigos nueva robustez y nueva vida, que hacia inútiles las heridas dadas por los castellanos. El auxilio reciente de los cruzados ingleses y normandos en la conquista de Lisboa al Alfonso portugués, probaba la eficacia de la organizacion y fuerza de las armadas, y que sin ellas no cabia esperar decisivas victorias.

La necesidad de poder marítimo para su reino hizo sin duda al emperador conservar en su mano activa y enérgica la montaña. Castilla necesitaba costas, ya las tenia. Alfonso VII tomaba las tierras, su nieto Alfonso VIII las poblaba, dos generaciones despues el rey Santo les pedia naves y marineros que apresuraban y acaso decidian la rendicion de Sevilla, y, por último, un siglo más tarde el rey Justiciero sacaba de aquellos puertos y riberas una escuadra capaz de medirse ventajosamente con la más famosa de Aragon, cuyas quillas entorpecian añejas algas nacidas en las olas de Levante y de Africa.

Es notable que, aun despues de recibido en

gracia el antiguo rebelde, á quien se fiaban las plazas más importantes del reino y ejércitos para entrar en campaña, ni ahora, ni luego que climas lejanos y guerras habian quebrantado sus primeros brios, se le consintiera recobrar la herencia de sus mayores.

Esta esperanza ilusoria le animaba acaso, cuando en su recia acometida á los moros andaluces, los vencia y desbarataba, llegaba á las puertas de Sevilla, y tornaba á su rey cargado de presa y de trofeos. Tampoco dice la crónica qué causa hubo para que despues de tales pruebas de lealtad y valor continuase mostrando desapacible y ceñudo semblante al alcaide de Toledo; pero se comprende que viéndose este tan mal pagado, hiciese entrega del mando que tenia, y besándole las manos, despedido de sus parientes y amigos, tomase la vía de Jerusalen.

Para el leal entonces el rey representaba la pátria: habíale servido con lealtad y arrojo en sus guerras de Andalucía, de Rioja y de Navarra, y recogia en premio ingratitudes; á la melancolía del desengaño se juntaba en su ofendido pecho la tristeza del destierro. Vedábansele los

montes que fueron su cuna, donde habia vivido feliz, amado de sus vasallos, poderoso en medio de los hidalgos que le servian y acompañaban, siendo el nérvio de su fuerza en la guerra, y para hacerle más oscuro el cielo de la pátria, acaso una amargura suprema apretaba el corazon del desventurado.

El linaje de su primera esposa, la época en que el matrimonio fué contraido, hacen sospechar que en él tuviera la razon de estado, la codicia de grandezas más parte que el afecto; sus segundas bodas con Doña Estefanía de Armengol, hija del conde de Urgel, celebradas por aquel tiempo (1135), parecen, por el contrario, haber sido premio de un afecto profundo y sincero, á juzgar por la extraña expresion de la carta de Arras del D. Rodrigo á su esposa, otorgada en 1135 [1], y en términos no comunes en semejantes tiempos, poco dados á enamoradas ternezas.

La corta memoria que de Doña Estefanía se halla en diplomas del tiempo, no pasa del año de sus esponsales, y acaso esta razon, insuficiente como prueba definitiva, es bastante á

[1] Sota.—Escritura, núm. 35.

hacer sospechar que fué la vida de la jóven condesa corta, y su muerte ocasion que esforzó en el ánimo de su esposo la voluntad de peregrinar á Palestina. En la tierra sagrada de Siria peleó como habia peleado en España; ganó á los infieles una fortaleza cerca de Ascalon, que ensanchada y bien guarnecida de soldados, armas y vituallas, entregó á los caballeros del Temple, cuyas hazañas habia tenido ocasion de admirar y quizás de compartir.

El amor de la pátria, y una esperanza vaga acaso de volver á sus hogares montañeses, le hizo atravesar de nuevo el Mediterráneo; quiso ver al rey y no le fué concedido: ódio singular el de este príncipe á quien sus contemporáneos llaman magnánimo, cuyas hazañas ilustran su reinado glorioso; ódio tenaz, cuya persistencia no se alcanza, por más que su orígen se explique.

Vagó desesperanzado algun tiempo el proscrito en las cercanías de Castilla, en Navarra y Cataluña, como si quisiera entretener sus dolores contemplando de lejos los horizontes en que habia pasado su vida activa, inquieta y trabajosa; pero este lenitivo convenia mal á su ca-

rácter entero, el emperador exigia de sus feudatarios que no asilasen al que tenia por enemigo, quien hubo de refugiarse entre los que lo eran de su ley.

Acogióse á Valencia, donde vivió algun tiempo, hasta que dándole los árabes, por causa que se ignora, en bebida preparada el gérmen de una enfermedad incurable, se halló cubierto de lepra, miserable, abandonado de todos, y tornó á embarcarse para Palestina; no ya paladin aventurero, dispuesto á ahogar sus tristezas y sus pasiones en el furor desesperado de las batallas, sino peregrino humilde, arrimado á un bordon, tendida la mano á la compasion ajena, puesto el espíritu en Dios, mientras venia la muerte, que esperaba, y le tomó junto al sepulcro del Redentor Soberano.

La leyenda se apoderó de esta figura, cautivada por el relieve y color con que domina una época histórica. La Crónica general le supone uno de los jueces del campo en el célebre reto del Cid á sus yernos los condes de Carrion; el infante D. Juan Manuel, en su célebre libro del conde Lucanor [1] cuenta su peregrinacion á

[1] Cap. 46.

Palestina, y el comun rumor de que la lepra le habia sido impuesta por el cielo en castigo de haber calumniado con el pensamiento á su esposa. Finalmente, Sota asegura que en su tiempo las gentes del campo cantaban en la montaña romances cuyo argumento eran las aventuras del célebre caballero, uno de los cuales comenzaba:

> Preso le llevan al conde,
> preso y mal encadenado.

Tambien en las frias asperezas de Liébana hallareis su memoria, si venís á visitar el viejo templo de Piasca, que fué monasterio y fundacion suya, donde quiso que sus trabajados huesos reposaran, y donde acaso reposan.

SANTANDER.

Hic patria, amor, fides.

I.

INGRESO.

Ahora, lector amigo, has de consentir que á guisa de huesped honrado por inesperada visita, te acompañe á ver y registrar los rincones de esta amada casa mia, sin olvidar sus menores aposentos. Yo llevaré una mano sobre el corazon para impedirle que en este ó el otro lugar salte á impulso de un recuerdo, ó del habitual cariño, y canse tus oidos de indiferente con divagaciones sutiles, ó ardientes encarecimientos: no pondré á prueba tu paciencia, si quieres gastar conmigo la que baste á seguir escuetas descripciones, á tolerar juicios que involuntariamente se escapan á quien describe, y tienen en su abono ser sinceros; y por

punto general dejaré á tu imaginacion el cuidado de nutrir de color los enjutos contornos de mi dibujo, de repartir luces y sombras sobre la opaca y monótona narracion mia.

Dejando caminos carreteros y peoniles, retrocedamos á tomar el de hierro para entrar de golpe y sin rodeos en el corazon de la ciudad.

Las agüas del mar le arrullan meciéndose á uno y otro lado de la vía. Luego, si has sido aficionado á vivir en compañía de poetas, el paisage te va á recordar á Dante, á Byron, á Lamartine, á todos cuantos amaron al pino y cantaron su sombra, su tristeza, ó el melodioso susurro con que le acarician las auras marinas.

Por sus troncos serpean los vástagos invasores de la yedra y la vid salvaje. ¿Has oido alguna vez el apólogo de Kerner?—Vanagloriosa la vid, derramando sus pámpanos, agarrándose con sus zarcillos y anegando al tronco en la pompa espléndida de sus sarmientos, motejaba al pino y le decia:—«¿De qué sirve tu vivir erguido y yerto, siempre aspirando como insensato al cielo? Héme á mí esparciéndome sobre la

tierra, aligerando con mi zumo divino el cansado pié del hombre, regocijando su hogar en el melancólico otoño, ahogando su tédio, encendiendo á sus ojos un nuevo sol, cuando el sol del cielo agoniza y se apaga.»—Y el pino, grave y erguido, respondia: «Triunfa y envanécete en buen hora con las alegrías que das al hombre; ¿mas cuál de esos bienes vale lo que la paz que yo le doy entre seis tablas?»

Allí está sobre la colina el lugar de paz y descanso que el pino ofrece. ¡Paz á los muertos! Allí están los que respiraron ese aire que nosotros vamos respirando, los que vieron este cielo, contemplaron este paisage con sonrisa en los lábios ó con llanto en los ojos, latiéndoles el pecho con los varios impulsos de la vida. Allí están los que poblaron los lugares que vamos á visitar, y los animaron con sus pasiones. A tí, viajero, que hallarás los lugares poblados y bulliciosos ¿qué importa el semblante de los que los llenan? Pero yo echaré ménos á los muertos, y en más de un paraje no me los han de hacer olvidar los que los sucedieron. Y buscaré la voz del uno, la mano del otro, y hallaré vacío en el templo, vacío en la plaza y

vacío ¡ay Dios! en el hogar. ¡Paz á los muertos! Ellos descansan bajo cielo amigo, y junto á la tapia que cierra sus restos, no pasan indiferentes. ¡Donde descansaremos los peregrinos y eternos caminantes de la vida!

Mira, ó no mires, á esa larga sucesion de casas andrajosas, altas y hendidas, ladeadas y ruinosas, que parecen subsistir de milagro. No pensaban ellas que el viajero las iba á coger por la espalda; miraban á su calle, la *calle alta*, y para el vecino siempre murmurador y chismoso tenian la mejor cara y el mejor vestido; para el mar, que á fuer de grande es generoso é indulgente, y aunque *se pica* no se ofende, y aunque *murmura* no chismea ni muerde; para el mar dejaron lo que no quieren mostrar á la calle, y ahora que el curioso carril se metió entre ellas y el mar, casi no han tenido espacio de componerse y asearse para resistir ventajosamente su inquisicion: verdad que, como él anda tan de prisa, cuentan con que no tiene tiempo de curiosear.

Al llegar á Santander, los trenes sueltan su carga y sus viajeros sobre un vasto terraplen á la vera del agua. Así truecan sus mercaderías

mano á mano, mar y tierra, el wagon y el buque, barbeando sobre la escollera.

Rodean la estacion almacenes y talleres; la vida de la industria esparce allí sus ruidos diversos y multiplicados, y se oye batir el martillo sobre la bigornia, y la sierra en las entrañas de la madera, y gemir la polea ahogada por el cáñamo; y á par que silba la locomotora ó vibra la campana, vocea el carretero aguijando su yunta, y se oye la monótona canturía con que los marineros dan compás y union á sus esfuerzos y mayor fruto á su faena.

Apenas puesto el pié en tierra, como quiera que nos hallamos en aquella jurisdiccion que la gente de mar tiene por suya, sin que ordenanzas ni preceptos consigan desheredarla, nos salen al encuentro mujeres de zagalejo corto y pierna desnuda; traen en las manos gigantescas langostas, y las ofrecen con voz empañada por la intemperie ó la intemperancia. Ya en el siglo XIV, el arcipreste de Hita al ponderar la riqueza y aparato de un banquete copioso y escogido, decia: «De Sanctander vinieron las bermejas langostas.»

Tostado y bermejo el caparazon como en dias

del regocijado arcipreste, largas y trémulas las antenas, saltones y negros como endrinas los esféricos ojos, plegadas las convexas planchuelas de la articulada cola, el tipo del crustáceo conserva inmutable al cabo de quinientos años su apariencia: tampoco ha padecido modificacion sensible el de sus vendedoras: como en toda raza trabajadora por necesidad, y empleada en faenas duras y violentas, desconócense en ella la frescura y belleza juveniles, ó son tan pasajeras, que apenas dan tiempo al observador de percibirlas; en cambio su energía de temperamento alcanza el más subido punto que pudo tener en remotos dias, cuando el Estado, curándose poco del individuo, este habia de bastarse á sí mismo en todos los casos y apuros de la vida. Articulaciones nerviosas y fornidas, teñidas del color ardiente de la vena del hierro las desnudeces que curten el agua y el aire, estridente voz y ronca de terciar dominadora en toda clase de ruidos, tumultos de la plaza, querellas de vecindad ó tempestades del cielo; mirada inflexible, ademanes prontos, aire retador, son los indicios de su energía física; la moral se manifiesta principalmente

por su elocuencia fogosa, rica en calor y color, esmaltada de apóstrofes, hipérboles y prosopopeyas, iluminada por el gesto ardiente de la fisonomía, sostenida por las plásticas actitudes y arqueo de los brazos; su facundia no se agota, sus fauces no se secan, su garganta no descansa.

Y sus peleas, como las peleas homéricas, tienen dos períodos ó fases, la fase elocuente y la fase activa; provócanse primero en dilatadas pláticas, en que tanto entra el propio elogio como la invectiva y el sarcasmo, la blasfemia y el apodo; enumeran prolijamente las propias cualidades y los vicios de su enemiga, y enardecidas por la inspiracion ambas contendientes, dan al diálogo sabor de más positivo choque; las eses silban como saetas rehilando durante una refriega; el epíteto injurioso se repite sin cuento y con la misma ceguedad con que la mano encarnizada repite sin tino los golpes en el combate; luego llegan á las manos, período breve, pero terrible; se embisten á la cabeza y al arma blanca y natural, las uñas; pronto rojean largos chirlos en el rostro, paralelos y ondulantes y comienzan á

volar madejas de pelo; hasta que vencida una, su castigo suele ser el mismo que manos follonas, ayudadas de una chinela, impusieron á la dueña doña Rodriguez en el castillo de los duques, por deslenguada y bachillera.

Allí próximas están las pescadoras sedentarias, acurrucadas detrás del banco, mal cubiertas de un toldo ó un paraguas; delante tienen su apetitosa mercancía, chatas rayas y lenguados, jibias deformes, merluzas y cóngrios, brecas, barbos y lubinas, peces varios en matices y en formas, abiertos, partidos ó enteros, engalanados de calocas y algas marinas, y los fantásticos mariscos, cámbaros, muergos, mejillones (ó mocejones) y percebes.

A la mano tienen un airoso pabellon de cristal y hierro donde ejercitar su comercio amparadas de la inclemencia estacional; pero semejantes á ciertos ánimos que toman por agüero de muerte estrenar vivienda, repugnan y resisten verse encerradas dentro de tan linda jaula. Instinto vigoroso de independencia y libertad las mantiene fuera; acaso la inusitada apariencia frágil y aérea de la reciente fábrica, les dice que no resistiria al duro aliento de sus

pulmones, embravecidos en una quimera, y temen que á la primer disputa entre dos vecinas, alaridos y voces hagan estallar los vidrios y derrumbarse la férrea armadura.

Entre tanto preside su aduar un pedestal rodeado de cadenas, haces y cañones, dentro de un cuadrilátero plantado de catalpas. Es la memoria consagrada por sus compatricios al generoso Velarde. Carece todavía de inscripcion y estátua, ¿las tendrá algun dia? Al bronce de los inútiles cañones que marcados con la imperial cifra del primer Bonaparte conserva el Museo militar de Madrid, no pudiera caberle mejor empleo. ¡Digna ofrenda consagrar á la apoteosis del glorioso artillero, la artillería ganada al enemigo!

II.

LA ABADÍA.

Por cima de vulgares edificios, y á Mediodía, se levanta una torre cuadrangular, maciza, destinada en su orígen á recibir peso más gra-

ve que el de las campanas y relój que ocupan su ático. Estribando en ella corre al Este una nave desmochada, de bastardo estilo, que apoya sus muros en una masa de hastiales, ogivas y murallones, viejos, mohosos, empenachados de hortigas y malvas. Decoracion ruda, pero acentuada; iman del viajero que en las ciudades busca mejor que galas de su riqueza contemporánea, las marchitas facciones de su añeja fisonomía.

Tomando una subida, parte rampa, parte escalinata, que arrastra pegada al paredon más bajo, torciendo luego á la izquierda, nos hallamos en parage donde puede el espíritu cerrar ojos y oidos á la vida actual, á su lengua, trages y usos, para vivir en lejanos tiempos. Era el terreno un cerro escarpado á lengua del agua, cuyas asperezas domaron á golpe de machones y graderías, quien quiera que fuesen los que lo eligieron para fundacion militar ó cenobítica. Estamos al pié de la récia torre abierta en ogiva, dentro de cuyo hueco se espacian anchos escalones de piedra, trepando á una calle más alta, y al ingreso principal del claustro y del templo. A nuestra izquierda comienzan

otros que suben á la puerta meridional; á raiz de estos y bajo el vuelo de su tramo postrero, se alza sombría bóveda; al extremo del lóbrego cañon se mira con deleite lucir el sol, y se adivina el halago del aire ambiente; en una de sus crugías está el portal abocinado del Cristo de Abajo.

La fábrica de la catedral descansa sobre cuatro pilares cortos y robustos que parten esta bóveda en tres naves. Altos zócalos poligonales, fustes cortos, arcos achaflanados, arquitectura del duodécimo siglo. Dobles hiladas de nichos en un lienzo de pared, muestran que tuvo un tiempo fúnebre destino; más antigua es su consagracion al culto. Debió suplir á la iglesia en tanto se erigia; y datos ciertos prueban que á principios del siglo XIV se celebraban los misterios divinos en ella y en honra de los mártires Emeterio y Celedonio. [1]

Recibe luz la cripta por dos ventanas que la

[1] En el libro de privilegios y escrituras de esta iglesia, una donacion del abad D. Nuño Perez, entre otras prevenciones, ordena que «todos los racioneros digan misa cantada de los mártires cada miércoles en el su altar que está *só la bóveda*,» confirmado por el rey D. Fernando VI á 8 de Julio de la era de 1348. (A. C.—1310.)

toman á flor de tierra á Norte y Mediodía de la tórre; la del Norte, abierta en el vano de la que fué puerta, tiene en los tímpanos dos cabezas esculpidas dentro de dos medallones, modelados segun estilo del renacimiento. Era tradicion en el siglo pasado, que estos bustos, difíciles ya de conocer, eran imágenes imperiales de Santa Elena y su hijo Constantino,[1] y esta atribucion se acomoda con la advocacion del Santo Cristo, que acaso fué primitivamente de la Santa Cruz.

Un caracol abierto en el espeso muro, lleva del interior del Cristo al de la catedral; desemboca junto al altar votivo de San Matías, dentro de la nave izquierda.

Enhiesto y firme permanece el esqueleto del templo del siglo XIII: fábricas sucesivas de tiempos posteriores le envuelven y bastardean sus costados, como vegetaciones parásitas que hienden la corteza de un tronco caido en espesura impenetrable, y al cabo de siglos le la-

[1] Relacion de la fundacion de la iglesia de Santander, remitida á la Real Academia de la Historia por el obispo D. Rafael Menendez de Luarca en 8 de Julio de 1789.

ceran y roen sus entrañas. Unicamente preservado por su fibra incorruptible se conserva ileso el corazon, testimonio de la edad del vegetal centenario: así la nave central conserva su crucería ogiva de labor tosca y perfil airoso, cerrada en las claves con leones y castillos, emblema de los reinos, y el escudo de Búrgos, *cabeza de Castilla*, cuyo puerto era Santander. Y en las fajas de capiteles de donde arrancan los tallados nervios de las naves laterales, corren todavía aquella série misteriosa de séres fantásticos, quimeras ó esfinges, busto de hombre y cuerpo de fiera, postrera reliquia bizantina de la ornamentacion del arte, rastro acaso de las encarnaciones mitológicas, y aquellas figuras rasuradas, de larga cabellera y ropas talares, que brotan del anillo del fuste como de una sima sepulcral, y se dirigen al pueblo con ademanes y gestos expresivos, pero que ya ni el pueblo ni los doctos comprenden.

Durante el período dentro del cual cabe suponer erigida la iglesia, por indicaciones de su estilo y traza, gobernaron á Castilla reyes poderosos y magnánimos. Alfonso VIII, que hizo de la Sierra-Morena muro fronterizo é incon-

trastable contra el agareno. Doña Berenguela, ínclita madre del rey Santo. Fernando III, que hizo pastar tranquilos los caballos de sus mesnadas en las floridas márgenes del Guadaira.

Alfonso VIII, sin embargo, no hubiera esculpido el blason de un reino que no le pertenecia, y Leon era dominio de su primo Alfonso tambien, que fué luego el noveno en Castilla. En tiempos de San Fernando el arte comenzaba á pulirse; engrandecia sus trazas, afinaba sus líneas, solicitaba del escultor mayor riqueza y variedad; parece, pues, que debió ser en dias de Doña Berenguela, casada con el citado Alfonso de Leon, cuando se alzaron y cerraron las bóvedas de la Abadía (1214 á 1230 de J. C.). La escogida matrona á quien cupo el destino augusto de criar en su hijo, á la par cumplido rey para la pátria y glorioso bienaventurado para el cielo, tenia con Santander lazos de estos, lisonjeros siempre al pecho femenino, y que este nunca afloja voluntariamente. Tratada de casar en su infancia (A. C. 1188) con el infante Conrado, hijo del emperador Federico de Alemania, Santander con otras villas y ciudades castellanas formaba parte del dote seña-

lado á la princesa por su padre Alfonso VIII. [1]

De cualquier modo, dentro del centenar que componen unidas la mitad del siglo duodécimo y la primera del inmediato siguiente, comienzan á señalarse en la historia general la villa y su abadía, como favorecidas por los reyes castellanos. Alfonso VII arranca, segun vimos, la comarca montañesa de manos del último señor de Cantábria. Alfonso VIII amuralla y fortalece á Santander, legisla el tráfico de su puerto, provee á la administracion y regimiento de sus pobladores, y la da en señorío al abad. [2]

Este era en tiempos tan azarosos el medio más seguro de conservar á merced suya tierras tan inquietas y belicosas, apartadas, más que por la distancia, por la aspereza de sus fraguras, de aquellas en que entretenia á los monarcas su eterno empeño de adelantar la frontera cristiana hácia el Mediodía. Doña Berenguela fomenta y continúa las obras de la

[1] Escritura de capitulaciones matrimoniales, tomada del Becerro de Búrgos, y publicada por Sota con el núm. 47 de Escrituras.

[2] Fuero de Santander.—Apéndice núm. 3.

abadía; y San Fernando, que acaso las termina, consagra en un monumento breve, expresivo y duradero, á la manera heróica de aquellos tiempos, la participacion de aquel su nuevo estado en empresas militares, el agradecimiento del soberano, el valor de sus súbditos, y la memoria gloriosa de la hazaña más alta de su reinado: este monumento es el escudo de armas de Santander.

No es el momento de hallarnos bajo los ogivales ámbitos de la catedral, impropio de semejante recuerdo; dentro de ellos oraron los tripulantes de la nave de Bonifaz; sobre esos roidos sillares que nosotros vemos y tocamos, recostaron su frente contrita, vagaron sus ojos entristecidos, que no hay quien, próximo á abandonar su pátria, los conserve serenos, por más que á la jornada le arrastren entusiastas afectos, y sueñe encontrar al cabo de ella gloria, poder, honores ó riqueza: ¡cuántos habian de cerrarlos para siempre en las marismas del Guadalquivir! Los afortunados volvieron y posaron su mirada encendida por la ardiente luz de la victoria en las piedras donde la habian posado opaca y dolorida; antes y despues, pesa-

rosos ó regocijados, no apacentaban su imaginacion ruda con delirios y poéticas divagaciones; pero bajo la burda estameña de sus jubones media los latidos de su sangre el vivo compás de los afectos entrañables y sinceros.

¿Quién de ellos traeria la piedra que fué pila de surtidor en algun ajarafe sevillano y desde entonces es pila de agua bendita á la entrada de la abadía?—Sus letras esculpidas para celebrar la limpieza y frescura del manantial, parecen hoy encarecer en muslímica frase la virtud del agua consagrada que purifica y lava el corazon.

Labrado en bronce amarillo sobre el respaldo de los bancos donde asisten los procuradores de la ciudad á ciertas solemnidades, habla al pueblo el glorioso blason, letra viva cuando la voz perpétua de la tradicion lo descifra con leal pureza. Y pintado con trasparente é ingénuo color se conserva para cuantos leen en el libro famoso de la Crónica general donde suenan los primeros vagidos de la prosa castellana.

Dice así la Crónica:

«..... los moros avien una buena puente con

que passavan de Sevilla á Triana sobre barcas recias e fuertes mucho travadas con cadenas de fierro gordas mucho ademas, e passavan por ella en todas essas partes do querien como por terrenos onde avien gran guarimiento al su cercamiento.—ca toda su mayor guarda por ally la avien e de alli les venia.—otrossi los que estavan en Triana la puente les era su mantenimiento todo a el su fecho: e sin acorro della non avien punto de vida. Bien assi entendio el rey Don Ferrando que si les él esta puente non tollese se podria el su fecho mas alongar de lo que non farie, e que por aventura a la cima que serie aventurado de se poder acabar. Desi ovo su consejo sobre este fecho: e mandó a Remon Bonifaz [1] e a otros que fueron llamados de aquesos que eran sabidores de la mar que fuessen ensayar algund arteficio como les quebrantassen por alguna arte la puente: e el acuerdo en que se fallaron fue: que tomaron dos naves las mayores e mas fuertes que y tenien—e guisados muy bien de quanto menester era para combatir—en dia de Sancta Cruz,

[1] De una escritura publicada por Berganza, consta que era vecino de Búrgos.

tercer dia de Mayo—en la Era de mill e dozientos e ochenta e seys años.[1] Remon Bonifaz entró en la una con buena compaña e muy abondada de armas—en la otra fueron aquellos que Remon Bonifaz escogió de omes buenos guerreros: e assi estovieron esperando fasta que a hora d' mediodia se levanto un viento fraco non de gran ayuda—e con esto desandieron una gran pieça ayuso onde estavan porque tomassen el derecho viage mejor e veniessen mas rezias—E la nave en que Remon Bonifaz veníe descendio ayuso mucho mas que la otra. E el rey Don Ferrando con creencia verdadera de la sancta fé que en el avie mando poner a los mastyles destas naves cruces.—Desi movieron de aquel logar do desçendieran—e ydas al medio el coso quedo el viento que non fazie punto del—e fueron los de las naves en gran coyta coydando que non acabarien lo encomençado—mas empero quiso Dios acorrer a la hora con buen viento—mas en rezio que començo. Desi las naves començaron yr muy reçias enderezadas. las velas—e yvan los de dentro a muy gran peligro de algaradas e de engaños que por todo logar del

[1] Corresponde al 1248 de la era cristiana.

arraval tenien posados los moros—que non quedavan de les tirar a muy grand priessa: e de la torre del oro esso mismo con trabuques que los aquexavan ademas—e con ballestas de torno e de otras maneras—e con fondas—e dardos enpeñalados—e con quantas cosas podien que non se davan punto de vagar. E los de Triana eso mismo fazien de su parte quanto podien. Mas quiso Dios que les non fizieron tal daño de que se mucho sintiesen. La nave que y primero llego yva de parte del arraval—e non pudo quebrar la puente por do acerto.... mas la otra en que Remon Bonifaz yva—desque llego—fue dar un golpe a tan fuerte que se passo crala de la otra parte de la puente—E el rey e el infante don Alfonso e los sus ricos omes quando esto vieron con todo el poder de la hueste començaron recudir en derredor de la villa por embargar los muros—e fazerlos arrancar por aver logar las naves de se salir en salvo—e asi lo fizieron.—Los moros se tovieron de todo en todo por quebrantados tanto que vieron la puente perdida.»

Y el escritor que años despues de acontecido, con tan sóbria y mesurada pluma, referia el

hecho, describia su teatro y sus menores accidentes, la fortaleza de trabes y cadenas que cerraba el rio, las armas y cruda defensa de los moros, el pecho alentado y animoso de marineros y soldados cántabros, la incertidumbre del viento, la religiosa piedad del rey, la solicitada intervencion del cielo, el rigor del choque, la rapidez del triunfo, y la decisiva importancia de la victoria, era, tal vez, uno de los canónigos (porque era colegiata ya) que regian la comunidad asilada en esta abadía. Ha sido parecer recibido entre analistas é historiógrafos, que el libro de la Crónica general fué compuesto por Jofre de Loaysa, abad de Santander por los años de 1272 [1]; y otros atribuyeron al insigne Nuño Perez de Monroy, que ocupaba la silla abacial entre 1309 y 1322, la docta y espinosa tarea de escoger y copilar las noticias y documentos destinados á servir para la ordenacion de aquella historia. [2]

[1] Véase el Apéndice núm. 1.º

[2] Segun el Excmo. Sr. D. Antonio Benavides en sus ilustraciones á la Crónica de D. Fernando IV, la opinion más probable en este particular, es la del célebre analista de Aragon, Zurita, que dá por autor de la Crónica á Fernan Sanchez de Tovar, llamado de Valladolid.

La divisa del señor completó el escudo de la villa. Figuraban en sus sellos el abad y capítulo de San Emeterio dos cabezas humanas [1], símbolo indudable de la tradicion inmemorial que acreditaba á su iglesia la posesion de los cráneos de sus patronos los santos hermanos mártires Celedonio y Emeterio, que puestas *en gefe*, conforme al uso y prescripciones heráldicas, coronan el blason y le distinguen del de las vecinas villas de la costa, que partícipes de la empresa de Sevilla, lo fueron tambien de su gloriosa y desinteresada recompensa. [2]

[1] .....« et los sellos eran fhos de esta guisa: O: et estaban en el uno dellos dos figuras de cabeças y una figura de mano por de suso que las santiguaba et en derredor de todo dicia: ✠ *S. Capituli Santi Anderi*, et en el otro sello estaba un tabnaclo., et de iusso del tabnaclo. estavan dos caveças figuradas y so las caveças una figura de ome qe tenia los inoyos fincados e las manos iuntadas como que faz orazion i tenia por delant vna figura de rossa y el tabnaclo tenia de la una parte una figura de castiello y de la otra parte una figura de leon i en derredor del sello dizia: ✠ *S. Magistri Gaufridi abbatis S.ti Emetherij*.....»—Diploma núm. 7 del libro de Escrituras.—Constituciones hechas por el maestro Jofre de Loaysa, abad de Santander en la era de 1323. (A. C. 1285.)

[2] San Vicente, Comillas, Laredo y aun Castro, traen con ligerísimas adiciones la divisa de su capital.

A Risco no le pareció suficiente prueba de la antiquísima posesion de estas reliquias, el nombre de San Emeterio, que en los siglos medios llevó la abadía de Santander; se ayuda de Morales que trae, sin prueba suficiente á tiempos coetános, el hallazgo de ellas.

Reducida y pobre la iglesia de Doña Berenguela, fué aumentada por uno de sus abades, elevado á la metropolitana de Búrgos. D. Manuel Francisco de Navarrete Ladron de Guevara, arzobispo de Búrgos en 1705, que habia regido aquella colegial desde 1695 hasta 1692, comenzó el ensanche y obra de la capilla mayor. Sus obreros acomodaron las formas dórico-latinas á la gallarda montea de la nave ogiva, al área estrecha del viejo abside, ensanchada á expensas de la vecina fortaleza; y el presbiterio, realzado sobre tres gradas de finos mármoles, quedó separado por dos récios arcos torales del resto del edificio. Para cubrir la mo-

Si el erudito Risco hubiese tenido noticia de estos documentos, acaso le hubieran servido para no admitir sin exámen el aserto de Morales, que supone en tiempos mucho más modernos el hallazgo de las reliquias, y su piadosa significacion en cosas de la abadía y de la villa.—Esp. sagr., t. 33.

nótona desnudez del muro plano del fondo, le aplicaron un retablo de viciosa arquitectura, pero de grandiosas proporciones y ricamente dorado.

Un elevado zócalo, dos cuerpos partidos por esbeltas columnas corintias, un remate aligerado por dos ventanas gemelas, un gran relieve central, un grupo encima, cuatro imágenes colaterales, constituyen su ordenacion sóbria y bien entendida. La reciente corrupcion del gusto hizo ondear las cornisas, cortar los remates ó rizarlos en cartelas y brotar ligeras vegetaciones parásitas entre el fuste y la basa de las columnas, entre los cuerpos varios del arquitrabe, decorando los entrepaños de nieles y ramajes abiertos en hueco con más gracia que majestad adecuada al sitio.

En el intercolumnio central campea de alto relieve la Anunciacion de la Vírgen, misterio titular de la Iglesia; siéntese esta escultura del gusto de la época, que fundaba el equilibrio de la composicion en la simetría de los grupos y figuras; pero es de mano diestra, dibujada con firmeza, estofada y pintada con delicadeza y suavidad. Más que obra de imaginero, parece

obra de estatuario, concebida para ser labrada en mármoles; ofrece reminiscencias de estudios clásicos, apartándose de la tradicion nacional tan viva y gloriosa en Castilla y Andalucía; manera mórbida y ligera, oportuna al asunto, como lo era la robusta y récia de Roldan y Montañés para las trágicas escenas de la Pasion.

Igual manera produjo las estátuas que en los intercolumnios laterales representan los gloriosos mártires patronos de la ciudad y su provincia, en traje militar romano, loriga de cuero, casco empenachado, coturno y clámide derribada á la espalda, permitiendo lucir la airosa proporcion del busto y el perfil general de la figura.

Conforme á la tradicion católica, rematan el retablo las tres figuras del Calvario; la escena en que se consuma la redencion, y en que la palabra decisiva de Cristo liga con lazo indisoluble de dolór y agradecimiento los humanos destinos, al herido amor de su madre.

¡Mísero de quien allí no respira auras de paz y de misericordia, de quien en el místico ambiente del templo empapado de los aromas del incienso y de la humedad de los sepulcros,

homenajes de los vivos y memorias de los muertos, alimentado del aire de los suspiros, del vaho de las lágrimas, no se siente movido á perdonar y arrepentirse, á sollozar y gemir dentro de sí mismo! ¡Más mísero aún quien de aquella atmósfera que desahoga el pecho, eleva el corazon é inflama el espíritu, toma para sus entrañas no se qué invisible gérmen de insaciables ódios y ciegos rencores!

Vosotros los que os recostais en esos plintos y columnas, y juzgais impacientes y cansados el recinto estrecho, el culto pobre, opaca y discorde la voz de los sagrados cánticos, porque estais en el abril de la vida, y el batir de alas de la imaginacion os ensordece y soñais con deslumbradoras esplendideces y pompa magnífica, pensad que nunca habeis de oir música que tan blandamente os hable al corazon, y le amanse en sus desvarios y altiveces y le levante de sus desfallecimientos.

La imágen de la augusta Señora, á cuyo tránsito glorioso está la Iglesia consagrada, prevalece en su recinto, titula sus capillas, realza sus retablos, santifica sus aras. Adórala allí el ánima devota del cielo y de la pátria,

bajo tres gloriosas advocaciones, veneracion honda y constante de los españoles; la de su Concepcion Purísima, que aclaman patrona de su tierra, guia de su estado, consolacion perpétua de aflicciones y miserias; la del pilar del Ebro, tutela y escudo de independencia y honra, rodeado de sus firmes y leales aragoneses, pechos de pedernal, roca y fuego; la del Rosario, festejada por el santísimo pontífice Pio V, en agradecimiento y memoria de aquella victoria de las galeras españolas sobre la armada del turco, en las aguas inmortales de Lepanto.

En otra parte tiende su simbólico escapulario, vestido del pardo buriel que abrigó el inflamado corazon de Santa Teresa; en otra muestra el yerto cadáver de su Hijo, asistida de ángeles, pero lacerada por aquel dolor sin igual que ofrece como ejemplo á quien afligido la contempla: *videte si est dolor sicut dolor meus*.

En los demás altares adora el pueblo á sus naturales patronos, al mártir del Calvario, al Salvador glorioso del mundo, al apóstol pescador, hijo de las olas, natural protector de la gente marinera; y adórale en la hora de lágri-

mas, de contricion, en que despierta á la voz del vigilante gallo su ruda conciencia le hiere con implacable dolor, dolor de su negacion, su apostasía, su miedo.

Tambien tiene allí altar el fervoroso mártir del sigilo confesional, y el glorioso paduano, objeto de ferviente culto femenino. Ninguna de estas capillas pertenece al primitivo plan de la obra; son construcciones greco-romanas de época decadente. Del altar de San Matías, por cuya inmediacion penetramos subiendo del Cristo de abajo, hay que hacer mencion más detenida. Porque el culto de ese apóstol, culto oficial en Santander, trae su orígen de dias en que la peste habia hecho asiento en la villa, y apenas desaparecia por breves intervalos y amenazaba despoblarla. Es antiguo esto de la peste en Santander, porque entre las tradiciones de su fundacion, hay una que asegura que la villa vino á ser fundada donde hoy se halla, porque de su asiento primitivo, más tierra adentro, fueron arrojados por la peste los habitantes.

Pero en 1503, agotados los auxilios y medios humanos, pensaron las corporaciones eclesiás-

ticas y populares en impetrar del cielo un intercesor especial entre los apóstoles, cuyo amparo alejase el azote que sobre el pueblo incesantemente caia.—«E luego tomaron doce candelas de cera, iguales por peso y medida, y encendida cada una de ellas en igual, é doctada é nombrada cada una á cada uno de los dichos doce apóstoles, é la que postrera quedase encendida que aquel apóstol á quien se habia nombrado la tal candela aquel querian tomar é tomaban por su patrono é amparador, é defensor é guardador del dicho pueblo é de sus alquerías é vecindad, para ahora é para siempre jamás, para que la guarde de todo mal y en especial de pestilencia.» [1] Y oida misa mayor por las autoridades y pueblo congregado, sucedió consumirse sucesivamente las velas y quedar postrera ardiendo la dedicada á San Matías; y conocida por tal camino la voluntad del cielo, se acordó tomar é invocar al apóstol por patrono de la ciudad y su término comunal, y hacer una efigie de talla del Santo, y celebrar fiesta en su dia, y llevarle procesionalmente por las calles de la poblacion encomen-

[1] Véase el apéndice núm. 5.

dada á su custodia, [1] con otras particularidades que se contienen en la curiosa acta de voto y capitulacion.

Salgamos al claustro por una puerta cuyos machones en su revestimiento llevan la fecha del siglo XV manifiesta en el estilo de las torres castellanas esculpidas en recuadros alternos, mientras sus jambas y dintel acusan más moderna edad. [2] El ancho pátio, antiguo cementerio, ha venido al cabo de tres siglos á recobrar la placentera y fresca fisonomía que tuvo en el XVI, cuando un viajero lo apellidaba «huerto amenísimo perpétuamente embalsamado por el fragante aroma de sus árboles florecidos. [3] Una cruz clavada en escabel de piedra abre sus brazos de hierro sobre la tierra bendita, un tiempo lecho de humanas reliquias, cercada de rosas y cipreses, de laureles y magnolias, á cuyo rico follage dan suave y

[1] Hoy se hace esta procesion dentro de la iglesia, y llevan las andas del Santo los guardias del ayuntamiento.

[2] Siglo XVII.

[3] ....«amoenissimum pomarium, gratissimo floridarum arborum perpetuo odore fragrans.» Jorge Brawn. —Civitates orbis terrarum: lib. II.

soñolienta voz las auras pasajeras, nunca dormidas en estos parajes marinos. Todos lo vimos desierto prado, cuando entre su yerba ociosa asomaban los escuetos ángulos de algunas piedras sepulcrales, desencajadas y ennegrecidas por las lluvias.

Rodéase el jardin de arquería ogiva, por donde entra copiosa luz á las cuatro crujías del claustro. Su disposicion es sencilla: pilares de planta romboidal, amortecidos vivos y aristas, un doble collarin por capitel, y otro por basa. El pavimento de los ánditos cubiertos más bajo que el piso del pátio, antes de ser renovado en 1782 [1] era un memorial de piedra donde la antigua sociedad, la villa de los siglos medios, con sus gremios, corporaciones, insignias, escudos, dignidades y apellidos, aparecia viva, entera en su organismo detallado y completo, como aparece la ciudad romana en Herculano y en Pompeya, desentrañada de lavas y cenizas volcánicas. Se habia formado con lápidas desalojadas de la iglesia del Cristo, probablemente por la idéntica razon que las desalojó luego del

[1] Relac. de la fund. de la Igl. de Santander ya citada.

claustro; muchas de ellas conservaban grabados los atributos ó emblemas de profesiones y artes, instrumentos y herramientas de oficios, costumbre heredada de los primitivos cristianos, seguida durante los siglos de fé, conservada en las comarcas y países pobres é incultos donde únicamente príncipes ó magnates podían magnificar sus sepulturas con grandiosos simulacros y prolijas inscripciones. Completaban el curioso museo lapidario epitafios esparcidos por el claustro, y sepulcros, estátuas y figuras de la nave meridional, que despues de haber sido entierro de canónigos, vino á servir para comun sepultura de pobres. [1] La ciencia epigráfica que hoy tan solícita y perseverante busca, reune y compara documentos, que no se

[1] Esta nave meridional que mira al mar, y abre sus agimeces trebolados sobre el muro bañado aun pocos años há por las olas, se llamó *de los cuerpos santos*, denominacion que trae la iglesia en documentos y noticias del siglo XVI, mientras en los anteriores es designada por el nombre de uno ó de los dos mártires sus patronos.—No aparece probada la causa de tal denominacion: el P. Sota apunta la creencia existente en su tiempo de que las sabandijas morian al penetrar en aquella parte del claustro, y autoriza la denominacion con un supuesto martirio y sepultura de cristianos en aquel sitio por piratas hereges.

ahorra de fatigas ni caudales para restituir, merced á sus esparcidos rasgos, la fisonomía social de señalados monumentos históricos, hubiera estimado en su valor singular tan rara y curiosa galería.

En la nave occidental se abre la puerta de una capilla arruinada, cuya advocacion del Espíritu Santo, es memoria y última reliquia del hospicio fundado para doce pobres por el abad más insigne que tuvo la Colegiata. [1]

Ilustre por su sangre, considerado por sus letras, eminente por sus prendas de consejero y estadista, Nuño Perez de Monroy, brilla con purísima gloria en tiempos harto difíciles para la monarquía castellana. Dos minoridades sucesivas pusieron á prueba la integridad de su carácter, que salió ilesa de tan prolijos y multiplicados riesgos, encarecido su buen nombre con el extraño ejemplo de conservar su dignidad modesta, sin pretender á mayores en la gerarquía eclesiástica.

[1] Véase el Apéndice núm. 1.° Existia aun en el siglo XVI. *Intus in circuitu xenodochium habet S. Spiritus, ubi pauperes quilibet, benigne excepti, humanissime pro necessitate, diligenti cura tractantur,* dice Brawn.

Cierto que su virtud no estaba sola: apoyábase en el corazon varonil y entero de la matrona regente Doña María de Molina, gobernadora de los reinos de Castilla durante la menor edad de su hijo Fernando IV, y posteriormente la de su nieto Alfonso XI. Honra singular y excelencia gloriosa de nuestras dinastías españolas, la de que sus hembras mostrasen en el trono cualidades suficientes para acreditar al más esforzado y prudente varon; estirpe rica, generosa y bendita por Dios, la que dando una Isabel santa á Portugal, una Blanca gloriosísima á Francia, cuenta dentro de nuestra tierra española una Berenguela en el siglo XIII, una María en el XIV, una Isabel por excelencia católica en el XV. Y de esta tradicion perpetuada y enaltecida, del hábito de obedecer y servir á una mujer generosa y digna, cuya autoridad y elevacion eran justificadas por el ejercicio constante de toda virtud doméstica y pública, nació acaso en la caballería castellana el respeto profundo á la mujer, y tomó nuestra cortesía su carácter austero y grave eximiéndose de la liviana jovialidad que empaña y desdora la celebrada galantería de otras naciones. La cotilla y el cha-

pin bordado, terciaban en la vida social con el arrebolado prestigio de haber hollado el escabel del sólio con no menor firmeza y gloria que el férreo zapato y el borceguí purpúreo, y fulgia sobre la frente altiva de la dama española, reina del estrado, la soberana aureola de sus semejantes las señoras del sólio.

Acechada por el bando de los Cerdas, jóven entonces esperanzado y resuelto, cercada de nobles tornadizos y ambiciosos, no muy segura de sus derechos la viuda de Sancho el Bravo, fuera acaso figura ménos eminente y ejemplar de nuestra historia sin la asistencia y constante celo del abad de Santander. Porque en el consejo de los príncipes pueden los privados hacerles servicio mayor que el de procurar su gloria y engrandecimiento; pueden preservar su fama del feo epíteto de codiciosos ó malrotadores, y su nombre de torpes manchas de sangre vertidas en traiciones y venganzas; y de favor tan inestimable es deudora Doña María á Nuño Perez, que despues de mantener y justificar la pureza de su administracion, supo impedir el homicidio consentido por el rey, en la persona de un príncipe D. Juan su tio, venido

á Búrgos á asistir á una fiesta de familia en fé de un seguro real. [1]

No anduvo escasa la reina en pagar la léal asistencia del abad, quien respondió con largueza de príncipe, gastando su hacienda y su crédito en servicio de pobres y de reyes; estos posaban en sus casas de Valladolid como en palacio propio, y en ellas, al decir de Alonso de Maldonado, cronista de los Monroyes, [2] casó

[1] Los capítulos VIII y XVI de la Crónica, tratan menudamente de estos sucesos. En una cosa, esencial á la verdad, *fallescieron*, como en su tiempo se decia, las virtudes de Doña María y el carácter de Nuño Perez; en la educàcion del príncipe, luego rey, D. Fernando VI. En hora temprana tomaron torcido camino sus inclinaciones; fué vicioso, débil, y los años de su reinado ayudaron poco á la emancipacion y gloria de Castilla. Uno de los mejores testimonios de la condicion torcida y flaca de este monarca, es la eleccion de sus favoritos, de los cuales el más célebre, Sancho Ruiz de Escalante, natural de Santander, aparece en la crónica, como un esbozo primero del tipo, legendario despues, de Tenorio. Disoluto, descreido, mofador de todo precepto divino y humano, murió asesinado en Medina del Campo yaciendo en su lecho, despues de ofender con el escándalo de una orgía la Sagrada Majestad del dia en el de Jueves Santo del año de 1305.

[2] Hechos de D. Alonso de Monroy, clavero y maestre de la órden de Alcántara, por Alonso de Maldonado.—Memorial histórico español: tomo VI.

aquel D. Pedro famoso por sus justicias. Para los pobres fundó asilos en Plasencia y Valladolid, y á su querida iglesia de Sant Medel y San Celedon la dotó con rentas y capellanías, proveyendo á su prestigio con ordenar y regularizar el aparato del culto y horas canónicas, y á su seguridad con lograr de los monarcas reinantes la confirmacion y ensanche de los privilegios otorgados por antecesores suyos, principalmente los del señorío de la Villa, y derechos de ancorage y puerto, mercedes de Alonso VIII.[1]

Antes de despedirnos de la vieja abadía, recorramos su historia, dejándonos guiar en las tinieblas de las eras remotas por la mano segura y experta del preclaro ilustrador de nuestra historia eclesiástica, P. Enrique Florez. Piensa el ilustre agustino que en el siglo XII, y por obra de Alfonso VII el emperador,[2] fué

[1] Ocho escrituras de concesiones reales contiene el libro de esta iglesia, hechas entre los años de 1310 á 1316, todas á nombre de este abad, á quien nunca omiten los reyes apellidar *mio digno*, haciendo puntual memoria de los servicios *muchos* y *señalados* que le debian.

[2] 1126-1157.

convertida en colegial la antigua fundacion monástica existente en Santander de tiempos inmemoriales. Otro tanto habia hecho en Santillana, y sin duda estos actos de aquel rey emprendedor respondian al pensamiento político de unir estrechamente á su corona y real servicio estos estados, arrancados al dominio feudal de sus señores naturales, como digimos al hablar del último de ellos, Rodrigo Gonzalez de Lara.

«No reconozcais otro señor más que al abad de San Emeterio,» decia casi un siglo despues (1187) á los santanderinos un nieto de aquel monarca, el glorioso vencedor de las Navas, Alfonso VIII, [1] «ó á quien hiciese sus veces en su ausencia; el os nombrará merino que oiga vuestras querellas y las decida, y al abad recurrireis de las decisiones del merino cuando lastimen vuestro derecho; al abad pagareis censo de la casa que habitáreis, de la tierra que adquiriéseis, del huerto que labráseis; sea juez en vuestros litigios, y si litigáseis con extraño, venga este á hacerse oir ó dar sus descargos ante el tribunal abadengo. No ireis á la hueste,

[1] Fuero de Santander.—Apéndice núm. 3.

sino cuando el rey cercado de enemigos lo necesite, ni pagarán entrada vuestras mercaderías por mar, ni tierra en la villa.»

Con estos privilegios y otras donaciones reales, la abadía crecia lo bastante para que, mediado el siglo siguiente, no pareciera pobre estado para un infante de Castilla, y la poseyese D. Sancho, cuarto hijo del rey Santo.

En su celda abacial de Santander se ocupaba el príncipe de ordenar las horas canónicas, de corregir á sus beneficiados estableciendo penas para los negligentes en el coro y prohibiéndoles la asistencia á romerías y otros parajes públicos. Y á 5 de Octubre de 1257 firmaba sus constituciones, donde se contienen curiosas cláusulas: «Otro sí mandamos, que cuando fuera el Preste »á comulgar [1] que vaia con sobrepelliz, y con »cruz, y con agua bendita y con lanterna, que »baia con candela ardendo y con campana ta»niendo ante sí, y llebe el Corpus Christi ante »sus pechos con gran reverencia, e que vaian »con el dos clerigos de la Iglesia de los que han »beneficios menores, et que no le desamparen »fasta que sea tornado á la Eglesia, y esto que lo

[1] Está usado como verbo activo.

»mande el sacristan á los clerigos de los benefi»cios menores..... y si fuera de la Eglesia dijere »palabra vedada á su compañero, y ge lo podian »probar, que sea pribado de la racion por ocho »dias. Demas mandamos que ninguno non beba »en taberna, ni juegue dado, ni faga juego atal »que sea contra la honestidad de la clerecia.» Y esta otra de oscura interpretacion: «Demás »mandamos que ningun clérigo non dé la mano »á ninguno en cimenterio ni en la Eglesia, si »no fuera ante el altar quando dijere misa, si »non fuese en placentería de todos los canó»nigos.» [1]

Los abades que suceden hasta D. Nuño Perez [2] proveen con igual celo á la prosperidad y prestigio de la colegiata, ya con prescripciones canónicas, ya mereciendo de los reyes la confirmacion de privilegios antiguos y donaciones nuevas. De D. Nuño ya hemos dicho el celo constante por su iglesia y repetidos favores que la procuró. El consiguió del rey D. Fernando IV la renta de la sal para aplicarla á obras pías,

[1] Libro de privil. y don. de la Iglesia de Santander. —Escritura núm. 3.

[2] 1304.

conforme á su mejor voluntad; él tomó de ella lo necesario para la diaria y contínua asistencia de doce pobres; él logró que se le confirmase y á su cabildo el derecho de ancorage en los puertos de las cuatro villas; obtuvo del rey Alfonso XI la mitad de los tributos reales (*servicios* y *pedidos*) de la villa para establecimiento de tres capellanes; él al fin logró la merced de que su iglesia fuese excluida de la general disposicion dada contra las franquezas y libertades de las iglesias en general, revocándose en cuanto á ella las cartas reales expedidas en nombre del mismo Alfonso por Doña María de Molina su abuela y los infantes sus tios y tutores, en Toro, á 22 de Junio de 1316. [1]

Sucédense luego otros abades que desempeñando cargos en córte, seguian más á menudo á esta que hacian asiento en la abadía. Así fueron sus derechos invadidos y menoscabados, tanto que á principios del siglo XV, D. Juan García, abad de Santander, hubo de recurrir al rey D. Juan II en querella y reclamacion de ciertos dominios usurpados por vecinos auda-

[1] Libro de priv. y don. de la iglesia de Santander. —Escrituras desde el núm. 8 al 16 inclusive.

ces, y el rey, en 16 de Diciembre de 1410 y en Medina del Campo, proveyó á la peticion, disponiendo que su adelantado mayor en Castilla, Diego Gomez Manrique, se encargase de obligar á la restitucion á los detentadores.

Muy entrado ya este siglo, la poderosa casa de Mendoza, aumentada con los señoríos de la Vega y el marquesado de Santillana, se apodera de la abadía cuyo báculo empuñan, entre los años de 1486 y 1538, tres prelados de aquel apellido.

Reinaba Felipe II, y era abad D. Juan Suarez Carvajal, cuando se promovió por vez primera el pensamiento de la ereccion en obispado de la colegial de Santander, uniéndole la de Santillana y otros territorios. Fué combatido el plan por unos y sustentado por otros. Santillana alegaba su supuesta mayor antigüedad y otras razones, solicitando la preferencia para la nueva sede. No tuvo efecto por entonces la concesion, ni tampoco en las diversas ocasiones en que se removió la instancia y se pidió su resolucion por el cabildo de Santander durante el siglo XVII.

Una bula de Benedicto XIV, despachada en

12 de Noviembre de 1754, erigió finalmente el obispado, cuyo primer titular fué el entonces abad D. Francisco Javier de Arriaza, y la colegial y la abadía perdieron sus anticuados nombres para mudarlos en el de Catedral.

III.

LAS DOS PUEBLAS.—GUERRAS CIVILES.—BECEDO EN EL SIGLO XV.

La puerta del claustro nos pone en la Rua mayor; años hace tenia esta calle fisonomía original y propi a; pegado á los restos que aún subsisten del edificio colegial, se mostraba un cason antiguo, obra de nobles líneas, apellidado palacio; su edad, dos siglos, años más ó ménos; mis coetáneos recuerdan sus pesados cornisones, las macizas repisas cónicas de sus balcones semicirculares, el verdin tornasolado que marcaba á lo largo de la fachada las filtraciones de la lluvia y los penachos de yerba apoderados de sus impostas, donde chillaban escondidos los gorriones voraces.

Los ancianos de primeros del siglo lo conocieron vivienda de un magnate, el conde de Villafuertes; y en sus narraciones, doradas por el tiempo y el sol risueño y mágico de los dias juveniles, es grato descubrir rastros de aquella vida de señor, monótona acaso, pero serena, y tan distinta de la vida presente. El palacio comunicaba con el claustro de la catedral, y cuentan los ancianos que durante el descanso establecido en las horas canónicas, los canónigos pasaban á la sala de billar del vecino y le acompañaban y se divertian con el taco, el tabaco y la taza de café, á que, á fuer de discreto, era aficionadísimo el conde.

«Fútil detalle y que hace poquísimo al caso,»—pensará alguno de mis lectores.

Sin contradecirle ni defenderme, diré por qué no he resistido á la memoria que me lo trajo á los puntos de la pluma. Háme sucedido tantas veces vagar cansado por los libros que pretenden conservar la fisonomía de las edades humanas, y no hallar en ellos sino el postizo arreo de un oficio, el trage con que el hombre se ofrece al público y lo solicita, que cuando por azar en ellos ó por descuido del autor aso-

maba un detalle doméstico, un pormenor de la vida comun, mi ánimo se recobraba de su fatiga, sintiéndose entonces y solo entonces en compañía de semejantes suyos.

El espíritu humano, considéresele individual ó colectivamente, tiene sus períodos de crecimiento sucesivo: es infantil primero, dado á admirar y á levantar con su admiracion todo aquello que ménos se le parece; luego siente que la admiracion sola tiene algo de inconsistente y huero, y se inclina á saber la verdad de las cosas, y la busca, por más inmediata ó por más interesante en lo que le concierne y es pertinente á su condicion y naturaleza.

Hubo un tiempo en que Aulo Gélio y Terencio Varron, Plinio y Petronio, domésticos pintores de Roma, dieron más curiosa luz y más clara al terrible pueblo, que sus épicos analistas. Estos gloriosos magnificadores de la pátria, refirieron cómo el romano organizaba sus ejércitos, imponia sus códigos, colonizaba y combatia; sus poetas menores y escritores de costumbres nos han contado cómo el romano vivia. Nos dejaron el conocimiento minucioso y perfecto del suelo en que el gérmen fructifica,

el análisis de la vena donde escondidamente se engendra y solidifica aquel metal raro que los historiadores nos ofrecen ya forjado y convertido en arma centellante, en prodigiosa herramienta, ó en joyel deslumbrador.

Tan ligeras como son y tan de poco momento estas y otras memorias parecidas, tienen el melancólico encanto de lo pasado, y acaso no es ocioso recordarlas.

La raza antigua mengua y se extingue en ciertas ciudades de provincia; sucédela otra vigorosa y nueva con el justo é indiscutible fuero de su actividad, de su energía, de su constancia y de su trabajo; pero imitando á los labradores que al preparar una tierra usada para nueva sementera, descepan, arrancan, queman y exterminan la añeja raigambre, pretende borrar con su desden lo pasado, negándolo ó escarneciéndolo; suponiendo que la virilidad social del pueblo que habita ha sido instantánea y exclusiva obra suya. Error grave y manifiesta injusticia. Cada edad humana ha puesto su contingente, dado de su sávia y de su vida para el crecimiento y sucesion de las futuras, y es vano pretender romper con ninguna

de ellas y suponerse desligado y libre de su ascendencia.

Cada estado social contribuye á la economía, órden y movimiento comun; cada uno de ellos tiene lugar esencial y funciones propias, sin que haya posibilidad de extirpar ó excluir á ninguno de ellos por razon de los excesos á que su propia índole los expone; al militar, porque suele ser prepotente y agresivo; al eclesiástico, porque puede dar en invasor y tenebroso; al político, porque se inclina á la falsía; al mercader, porque propende al embuste. Y tan injusto como seria negar á los vicios de cada estado la oposicion y equilibrio de virtudes contrarias, tanto seria y tan insensato, atribuir á determinado siglo todo cuanto es glorioso para nuestra raza, altitud de ingénio, amor de la justicia, heróicos impulsos, y á otro cuanto le envilece y desdora, cobardía de ánimo, flaqueza é ignorancia.

En las evoluciones y sucesivo movimiento del mundo moral, lo que parece más súbito é instantáneo á nuestros ojos, es obra de larga y lenta preparacion,—trabajo acumulado por la sucesion de los momentos de nuestra raza.—

Vicios y virtudes son herencia recibida de nuestros mayores, y que legaremos á los que nos sucedan. Si queremos estimar su verdadero valor, estudiémoslas con rectitud de propósito y sin pasion en las diversas épocas humanas.

A esta parte, pues, por donde vamos, parte alta y meridional de la villa llamaban *puebla vieja*, separada de la *puebla nueva* ó baja por un barranco donde entraba el mar, y cuyas márgenes servian de astillero y atarazanas. Uníalas un puente, donde en trances de discordia vinieron más de una vez á encontrarse y pelearon ambas pueblas. Porque la villa, aunque arrimada al bando de los *Giles*, tenia dentro de sí inagotable orígen de division y guerra en la rivalidad y ambiciones de linajes opuestos, codiciosos de gobernarla y dominar á sus contrarios. Hijos de un mismo apellido se disputaban perpétuamente la preeminencia y posesion de los cargos concejiles, y para rendir en su pró el oscilante fiel de las elecciones populares, empleaban tanto la violencia de las armas como en tiempos más cultos los sutiles enredos de la astucia. [1]

[1] Los inmemoriales y perennes alborotos y disgus-

«En la villa de Santander,» dice el buen Lope García,[1] «no se falla que oviese bandos sino que todo el mando de la villa avia seido e era en el linaje de Escalante fasta que Gonzalo Gutierrez de la Calleja que era criado e pariente de J.° (Juan) Gutierrez de Escalante se alçó con la Rua mayor e con la ayuda de los Giles fizo guerra á los Giles fijos de Juan Gutierrez de Escalante despues de él muerto, e peleando un dia con los fijos e sobrinos de Ruy Gutierrez de Escalante á la puente, feriéronse muchos de los de Escalante porque entraron en su barrio, e morió J.° (Juan) de Escalante fijo de Juan Gutierrez el ciego (el viejo?) de una saetada que le dieron por el pie de pasmo, é esta fué la primera sangre vertida entre ellos.»

Ominoso lugar parece la puente para los de tal apellido, porque siglos adelante, y en aquel

tos ocurridos en las elecciones municipales, dieron lugar á una carta de los reyes Católicos, en que prevenian la manera de hacerse dichas elecciones.—Existen curiosos procesos é informaciones que hacen constar el ardor é intrigas en épocas cercanas empleados por las parcialidades opuestas, á fin de triunfar: soborno, halagos, secuestro de personas, imposturas de toda especie, etc., etc.

[1] Libro XXI.

paraje, amagaban á quien lo llevaba, no virotes de ballesta, sino balas de fusil asestadas á su generoso pecho. Dios le guardó para ejemplo y amparo de sus hijos, y para darle ocasion de perdonar agravios y pagar ingratitudes con favores. Tambien andaba Santander partida en bandos, roida por la sedicion, alterado su reposo, interrumpidos sus honrados hábitos de trabajo, que á distancia de siglos y á pesar de la densa capa de experiencia, desengaños, escarmientos y castigos que el tiempo tiende sobre el mundo, la pasion humana retoña al advenimiento de cada generacion, con igual brio, irreflexion y empuje.

Otras plumas historiarán estas conmociones é inquietudes; la mia no quiere apartarse ahora de épocas ya serenadas por el tiempo, en cuyos recuerdos se entretiene; mas hay lugares donde no pasa el hombre sin levantar el corazon á Dios y bendecirle, como se descubre y santigua el caminante ante la cruz del humilladero, como el navegante se enternece y ora á vista del escollo donde naufragó su buque y conservó la vida; por eso es la tierra templo sembrado de incógnitos altares, de misteriosas

aras, cuya imágen está en el cielo, y cuyos cultos pasan invisibles entre un corazon agradecido y el Criador.

Allí en la Rua mayor tiene su solar el antiguo y revoltoso linaje: allí muestra todavía su puerta ogiva del siglo XIV, flanqueada por dos repisas esculpidas de incierto empleo, coronada del sencillo blason y el apellido, timbres que agobia el orgulloso escudo de los Guevaras, sobrepuesto más tarde en una reedificacion ó restauro, á causa de traslacion de dominio. Las hiladas de sillarejo, su color y labra distinguen en la fachada lo más añejo y lo más reciente. Esta casa, llamada por el pueblo *el Navío*, sea por su extraña disposicion interna, por su forma prolongada y angosta, ó por su situacion semejante á la del buque que encallada su proa en las algas y el cascajo atraca su popa al terraplen de la ribera, y su vecina señalada con las armas de Herrera, únicas en pié de tan remotos dias, son padron de lealtad y amor pátrio. Conservólas el pueblo cuando abatió los solares vecinos castigando á sus dueños de haber faltado á la causa comun de la villa, en cierta ocasion memorable.

Aquel triste rey Enrique IV, de lastimosa memoria, iba siendo despojado por armas ó por intriga de lo mejor de sus dominios, en provecho de los ensoberbecidos grandes de Castilla. Arrancábanle villas, ciudades y castillos, unos peleando contra su derecho, asistiendo al infante D. Alonso; otros pagándose á ley de generosos del servicio que prestaban, amparando su combatida causa. De estos, el marqués de Santillana, Diego Hurtado de Mendoza, segundo del título habia logrado en su favor donacion de la villa de Santander. [1]

Poco lisonjeada del favor y harto mejor avenida con la autoridad realenga, floja á veces, pero más benévola y ménos apurada que la de

[1] Esta merced tuvo lugar en 1466, en Segovia á 25 de Enero cuando todas parecian cortas al rey, abatido por el escándalo de Avila ocurrido el año anterior, para contentar á los grandes y mantenerlos fieles; tenia además que pagar á Diego Hurtado su asistencia en el sitio de Simancas, y enredos de Valladolid. Alonso de Palencia, cronista enemigo de D. Enrique, cuenta que en 1465 se habian dado á D. Alonso las cuatro villas San Vicente, Santander, Castro y Laredo, en cuyo caso la donacion hecha al marqués hubiera sido un expediente político para elegir el menor mal, poniendo en manos de un prócer amigo la villa que no podia quitar por fuerza á su contrario.

los señores, la villa rehusó entregarse al prócer; allegó éste fuerzas en sus estados de Santillana y occidente de la provincia; y puestas al mando de D. Ladron de Guevara, señor de Escalante, las dió por escolta á su merino de Santillana, Juan de Gauna, y al corregidor García Lopez de Búrgos, encargados de hacer cumplida la donacion régia.

Santander, amurallada y fuerte, determinó resistir; pero antes de probar la fortaleza de sus cercas habia el de Santillana probado, y probado con suerte, la de sus moradores. Corrompidos con dádivas y promesas de otras mayores tres hidalgos de buena sangre, Fernando Fernandez de Alvarado, Juan Gutierrez de Alvear y Gonzalo de Solorzano, diéronse al enemigo: tanta mano tenian en el gobierno de la villa, que pudieron abrirle franca entrada á la Rua Mayor, á la colegial y al castillo: aposentáronle en lo mejor de ella.

Sorprendidos, no desconcertados por la traicion, los leales se recogieron á la parte baja de la villa, mientras sus corredores y mensajeros estendian por la costa y valles comarcanos la fama del trance en que la villa estaba pues-

ta. Todos respondieron á la guerrera llamada; los pueblos, temerosos de que la tiranía feudal ahogase sus fueros y libertades; los señores, convencidos de que el rey no era competidor para ellos, y lo habia de ser, y temible y forzosamente aventajado el marqués.

Giles y Negretes acallaron sus quejas, vencieron su encono y enviaron sus huestes contra el más poderoso. Sucesivamente recibia auxilios la villa y sostenia récios y cuotidianos combates con los intrusados alevosamente en su seno. Corria la sangre por una y otra parte, morian hidalgos y burgueses; allí cayó de un ballestazo Fernando de Escalante junto al arroyo de Becedo y su desagüe en las atarazanas, entre los cuerpos que señalaban cada dia la frontera de ambos bandos y el sitio de la refriega; pero á medida que les crecia el ánimo á los santanderinos, menguábales á sus contrarios, cercados ya y desesperanzados de refuerzo. En tal punto pidieron trégua. Concertóse por sesenta dias, durante los cuales la villa de arriba estaria en manos de D. Ladron de Guevara; y si al cabo de ellos no llegaba socorro del marqués, seria entregada á los vecinos.

No descuidaron estos prevenir las contingencias; aprovecharon la tregua para enviar naves por la marina á solicitar aliados y recursos, y al cabo de dias gastados por los hombres del marqués en espiar inquietos dia y noche desde los altos muros y troneras que ocupaban, por ver ú oir señal que les avisara del suspirado socorro, solo tuvieron ojos para ver entrar por la ancha bahía las gruesas fustas que traian soldados á la villa, y oidos para oir el vocerío con que eran recibidos vizcainos y trasmeranos.

Guiaba la animosa flota Juan Alonso de Muxica y de Buytron, señor de Aramayona, poderoso y temido en Vizcaya, aliado antiguo de los montañeses, y á quien convenia tenerlos como avanzada y muro contra el de Santillana, más poderoso y no ménos que él arriscado; allí venia Gonzalo de Salazar, hijo de Lope García, acaudillando sus solariegos de Somorrostro, que dejaron huella de su marcial entrada en el nombre de la calle por donde embistieron y aún dura, y Juan de Agüero con sus parientes y allegados, con que la villa tuvo en torno de su pendon una lucida hues-

te de tres mil hombres escogidos y bien armados.

Y ya pudo, sin riesgo de enflaquecerse, rebosar del estrecho recinto y tomar los caminos por donde pudieran llegar los socorros del marqués y establecerse en lugar conveniente, apercibiéndose á recibirlos.

Vinieron estos al mando del conde de Saldaña, primogénito de aquel, trayendo gente enviada por su deudo D. Pedro Fernandez de Velasco, primer conde de Haro; mas llegados á la puente de Arce, se arredraron y detuviéron, y en tanto se aconsejaban y resolvian, espiraba la tregua. No aguardaron mayor plazo los de la villa; arremetieron con todas sus fuerzas, entraron iracundos la Puebla vieja, hirieron, asolaron, ocupáronla toda vencedores, y la iglesia y el castillo, y derribaron á raiz del suelo las casas de los torticieros.

No vió el débil rey con malos ojos esta resistencia de su villa; revocó la merced [1] y premió adelante su desobediencia y bríos titulándola *muy noble* y *leal*. Los hidalgos de la tierra vieron celebrada su victoria, y entre los cantares

[1] En Madrid á 8 de Mayo de 1467.

y decires con que el pueblo recuerda y perpetúa los sucesos históricos, anduvo buen tiempo esta copla:

A dos condes y un marqués
un caballero montañés,
lleva á todos de través. [1]

Seria interesante saber qué parte tomó el abad en estos acontecimientos. Parece cómplice de los amigos del de Santillana, puesto que su iglesia fué de los puestos abiertos al invasor por los conjurados; pero ¿quién era entonces el abad? ¿Cómo se llamaba? ¿Tenia aún jurisdiccion señorial? ¿Pertenecia á la familia de los Mendozas, cuyos apellidos encontramos por aquellos años en las sillas abaciales de Santander y Santillana? ¿Era ya abad D. García Lasso de Mendoza, nieto del primer marqués de Santillana, el cual años más tarde ocupó ambas

[1] Garibay. Grandezas de España: tomo II.—Segun dice la confirmacion hecha por D. Felipe II de la carta sobre elecciones municipales otorgada á Santander por los reyes Católicos, las diferencias entre la villa y el marqués de Santillana duraron hasta 1472, en que por escritura hecha en Guadalajara á 9 de Abril, concertaron canjear la merced original con el pago de costas.

dignidades? Curiosos habrá que, acotando las blancas márgenes de este libro, diluciden é ilustren este punto y tantos otros como van quedando al estudio y erudicion de mejores ingénios.

¿Cuál fué la puerta franqueada á los agresores en la querella? Siete tenia el muro un siglo despues; probablemente las mismas de entonces: los nombres de seis de ellas, conservados en los de las calles á que abrian salida, declaran paladinamente su situacion respectiva, Arcillero, Santa Clara, Sierra, San Francisco, Atarazanas y San Pedro; [1] queda por señalar la llamada de San Nicolás. Atendamos á que la Rua mayor, importante en aquel tiempo, habia de tener forzosa comunicacion con la campiña; á que en la obra contemporánea citada no se menciona cuál fuese; á que enfrente de ella y por las alturas de las actuales calzadas altas hácia donde hoy están Santa Cruz y el hospital, el antiguo panorama de la villa ofrece una iglesia con advocacion de San Nicolás, y colegiremos sin violencia, que la puerta de San Nicolás, situada hácia lo alto del *paredon* de hoy,

[1] Brawn.—Obra citada.

daba entrada á la Rua mayor, y por ella de rebato, amparados de la noche, conducidos por los tres hidalgos tornadizos, entraron los soldados del marqués.

Ayúdame, lector, á restablecer el antiguo paisage, á imaginar derribado el caserío de la actual ciudad á occidente de la cuesta del hospital; á fingir entero el muro, enhiesto su almenaje: su pardo lienzo arranca de la Rua mayor y baja la colina abajo, escalonado en trozos de igual altura y nivel distinto. En lo áspero y encumbrado del terreno el escarpe suple al foso que en la accesible hondonada se abre ancho y enjuto, tal como lo pintan las memorias contemporáneas. El terreno encañado entre esa colina de San Pedro ó San Nicolás y la de San Sebastian que corre al Norte de la villa, ondea subiendo hácia Occidente en valle desigual y mies abierta. Una cruz de piedra señala los límites rurales: á uno y otro lado de ella pasan el arroyo y el camino, y arrimado al muro de la ciudad y á la puerta de su nombre, levanta su antigua fábrica el convento de San Francisco. Supon la hora del mediodía en uno de los templados y serenos de invierno: el sol baña las

piedras y el matizado suelo, y la gente menuda acude á tomarlo resguardada del sutil Nordeste; el filo de la contraescarpa, el pié del muro están ocupados por jayanes que duermen, mendigos que se limpian de miseria, y hacendosas mujeres de braceros que guardan su pobre colada tendida y remiendan las calzas del chicuelo que en tanto se abriga con el calor del cielo. Alguna rodona de cercenado guardapiés cortejada por un soldado de la fuerza ó de las galeras de Castilla ancladas en el puerto, se aleja por el camino de Búrgos, por donde cruzan sollastres y garnijos, dándose groseras zumbas y soeces vayas; los primeros á abastecer su figon de comestibles, exentos de la tasa de la villa; los segundos á recibir al mulatero, cuya recua esperan cargar en la ribera al retorno de las lanchas pescadoras.

De tanto en tanto se detienen y agrupan con otros concurrentes en torno del truhan que recita, con gutural y compasado acento, los sabrosos romances del *Palmero* ó la *Infantina*; del aventurero que miente peregrinaciones, votos y penitencias, testimoniados con talcos, plomos y conchas, prendidos á su rota esclavina y

mugriento sombrero; y aunque mal confiados en su veracidad y en su honrada palabra, y dispuestos á zumbarle con epítetos raeces, todavía soldados y marineros, próximos á arriesgarse en navegaciones y aventuras, le buscan á hurtadillas y le pagan en sonantes novenes la peregrinacion á Santiago, las estaciones de hinojos ante el Pilar santo de Zaragoza, y acaso acaso un capitan enamorado le colma el oculto bolson, para que, llegado á Roma, hecha con ardiente contricion la visita de sus siete basílicas, eche el clavo á su fortuna y le consiga del cielo el favor de tornar venturoso y hallar fiel á su amada.

En tanto al umbral de la portería franciscana se atropa la muchedumbre hambrienta que aguarda la sopa. El hidalgo que vuelve de dar su cuotidiano paseo por la solitaria mies del valle, [1] en sabrosa plática con un racionero de la colegial, se vé acosado por los más aúdaces; recházalos con un ¡Dios los ampare! atufado por el penetrante hedor que expiden; pero á tiempo pasa la santera de San Bartolomé del

[1] Aún conservan este nombre los terrenos bajos á la derecha de la entrada de la segunda Alameda.

Monte, que sale de la villa de su semanal cuestacion; salúdale por su nombre, el hidalgo se detiene, mete mano á su escarcela y suelta una blanca en el taleguillo de la frera; á punto ya de entrar por el arco de San Francisco, cruza otro saludo con el padre procurador de Santa Catalina de Monte Corban, que pasa caballero en su mula, remangados los blancos hábitos, batiéndole las piernas los hijares de su bestia, y los hombros las alas del fieltro con que se guarda del sol ó de la lluvia.

La campana colegial que tañe el Ave María, á la cual responden las de los conventos, parece poner espuelas á la rucia, que repicando el paso toma la cuesta del Cubo y desaparece entre los setos de las huertas. El hidalgo se para y descubre, imítanle muchos de los transeuntes, el racionero reza, las mujeres en lo alto se santiguan, y aunque de mala gana, soldados y daifas bajan la voz y templan la risa. Y al cabo de breve pausa arrecia el vivo rumor del gentío, las voces diversas, gritos, carcajadas, apóstrofes y juramentos; recobran su accion y movimiento grupos é individuos, y destellan al vivo rayo del sol el jubon recamado del caba-

llero, la acerada gola dèl militar, el ceniciento hábito del mendicante, la abigarrada trapería de lisiados y truhanes, y los zagalejós de las mozas de servir que traen lleno el cántaro de la fuente de la Bóveda[1] ó de la más lejana, y por ende más concurrida, de Becedo.[2]

IV.

DOS CONVENTOS.

Esa portería donde tu imaginacion dócil á mi deseo, lector complaciente ó compatriota amigo, ha visto amontonarse el tropel hambriento y desarrapado, no era la que en tus dias dá paso á pretendientes é intrigantes, á paisanos y militares, extraños huéspedes del claustro;[3] ni tampoco ese pórtico donde los domingos aguardan mezclados la hora de su rosario hermanos de la órden tercera y acogidos

[1] Ahora del Peso.
[2] Ahora de la Alameda.
[3] Tienen allí sus oficinas la Diputacion provincial, gobierno militar y otras dependencias del Estado.

de la caridad, y los dias comunes al caer la oracion miden las losas y pasean sosegadamente dos ó tres padres comentando las nuevas de la ciudad ó los negocios de la corporacion, al sabor y al humo de un papelillo. [1]

El actual convento lleva la fecha de su reedificacion en la fachada: 1639. Gonzaga, general de la órden, que un siglo antes escribia su puntual historia y estadística, pone la fecha de su fundacion primera anterior al año 1270, á juzgar de las letras de un sepulcro situado á inmediacion del ingreso principal. «No existe,» dice, «tradicion, ni escritura de su edad ni fundador.» [2] Carezca en buen hora de diploma ó instrumento auténtico, mas no puede fallecerle

[1] Este pórtico estuvo adornado con estátuas de piedra puestas en las hornacinas que aún existen. En su fachada principal, debajo del escudo franciscano, se leen los siguientes versos:

Este divino Tuson
y sacrosantas señales,
entienda el mundo que son
armas desta religion
aunque son armas reales.

Porque el rey que las ganó
y pudo disponer dellas,
solo á Francisco las dió,
y él por honrarnos con ellas
á nosotros las dexó.

[2] Quo vere certo tempore, vel à quo constructus fuerit, nec scripto nec traditione constat.—Obra citada.—Prov. Cant., conn. XI.

la tradicion, nacida de la incertidumbre misma de su orígen, fastos del pueblo que á su modo hace la historia inspirado por su gratitud ó su rencor.

Tradicion tiene el convento, tradicion comun á las fundaciones seráficas de oscuros principios. Lo que es desdeñado por un cronista imparcial y austero, guardábanlo amorosamente bajo la caliente lana de su sayal los humildes y pequeños, y al desnudarse la monástica jerga, lo conservaron al calor de la seglar sotana, como parte que era, no del traje, sino del alma.

Yo se la oí contar, oscura en tiempo, dudosa en nombres, incierta y confusa como descolorido recuerdo, ó palabra de anciano balbuciente y tarda.

Venturoso en guerras, y pagado de esfuerzos y fatigas con el acrecentamiento pingüe de su mayorazgo, vivia la villa cierto hidalgo honrado y temeroso de Dios. Pertenecíanle estas tierras próximas al muro, solar del convento y huertas vecinas, erial entonces infecundo. Cavilaba buscando modo de hacerle fructífero el buen hidalgo, y contra la costumbre de su

ánimo resuelto, vacilaba indeciso: ya imaginaba enagenarle, ya resolvia romperle y labrarle, ó bien edificar vivienda para sí fuera de las lóbregas y estrechas calles de la villa, abierta al sol y al aire con el regalo y esparcimiento de árboles y jardines.

En tales meditaciones vivia: sus convecinos murmuraban sorprendidos del reposo con que parecia mirar aquella parte de su hacienda; censuraba en otro tiempo su actividad inoportuna á veces, á veces escusada; su constante afan de mejorar, cambiar, amojonar, partir y descuajar, y ahora le raian por perezoso é indiferente; y ahora y antes, lo mismo de su actividad que de su inercia, concluian idéntica afirmacion, á saber: que algun misterio envolvia el proceder del hidalgo, que bien sabido se tendria el por qué de ello, y algunos provechos ciertos aguardaba. ¡Quién acertó nunca con la opinion y gusto de sus convecinos!

Paseaba cierta tarde el hidalgo sus cavilaciones por el camino de Búrgos, cuando vió llegar dos frailes de hábito extraño para él, y facha venerable. Se encontraron, y el más enjuto y jóven de los forasteros saludó al hidalgo

por su nombre, deseándole el favor del cielo. Lisonjeado por la novedad, cortés á medias y á medias curioso, incorporóse á los viandantes para guiar su entrada en la villa. Caminaban despacio y entretenidos; la conversacion del fraile, persuasiva y fervorosa, inflamaba lentamente el sencillo corazon del hidalgo. Nacíanle gratas sospechas de que iba hablando con un siervo de Dios predilecto y bendito, y luego las trocó en certidumbre, cuando cercanos á las puertas de la villa, el varon apostólico le dijo: «Estas tierras que os turban el sueño y acucian el ánimo, tienen empleo señalado por los designios de la Providencia; Dios las quiere para mansion de los pobres hijos de Asís, y envia á su siervo Francisco á poner la primera piedra de su casa.»—Hincóse el hidalgo á besar el hábito del santo, y ufano de la eleccion divina cedió las tierras para fundacion de la órden.

Singular vacío ocupa en las historias franciscanas el lugar del viaje del gran patriarca á España. Todas convienen en que peregrinó á Santiago de Compostela, y el cómputo de los años de su vida y empleo de cada uno de ellos hace caer la jornada dentro de los de 1213 y

1214. No la mencionan aquellos tres compañeros, testigos perennes y leales de los dichos y hechos del santo, Leon de Viterbo, Rufino de Asis y Angel de Rieti, que dejaron escrita una memoria expresiva y breve de todos sus actos. [1] Sin embargo, la tradicion constante y repetida se afirma con datos y pormenores suficientes para que el grave analista Wadingo la admita como positiva y auténtica probanza.

El seráfico mendigo, el bienaventurado *caballero de la pobreza*, como se titulaba, cuando vuelto de sus vanidades hidalgas trocó martas y brocados por la áspera jerga, y el dorado cíngulo por la soga penitente, goza del prestigio comun á todos los héroes populares. Cada region pretende haber sido teatro de sus milagros, todas quieren haberle visto y albergado, haber sido honradas con su eleccion para asiento ó cuna de nueva comunidad, nueva familia. Testimonio, no tanto de piadosa vanidad, cuanto del concepto universalmente adquirido de la

[1] Legende de S. François d'Assise, par ses trois compagnons; manuscrit du XIII siècle publié par M. l'abbé Symon de Latreiche.

prodigiosa actividad, incansable celo y eficaz propaganda del héroe.

Como al valor y al brazo de los paladines legendarios se atribuye el vencimiento de todo mónstruo, la doma de toda fiera, el remedio de toda calamidad, á la insaciable caridad de Francisco se atribuye el establecimiento de su religion en toda region extrema, tempestuosa y fria, ágria y estéril, inhospitalaria y ruda. Ley eterna de la gratitud humana, que paga todo beneficio con la perpétua memoria de su bienhechor; legado que las generaciones heredan y extienden, acrecentándole siempre, renovándole á menudo, invocándole en horas supremas, en momentos de tribulacion; en los apuros de la pátria, si el héroe no fué más que héroe; en los aprietos del corazon, si fué santo.

Pátria y corazon han de vivir expuestos á dolores y miserias, y recaer en su yugo, por largas treguas que hayan de sosiego y de fortuna; por eso el nombre y culto de sus patronos en la historia y en el cielo, si á intervalos se entibia y decae, no perece ni se extingue nunca. Nadie se lo enseña á los niños, y estos lo apren-

den, y lo defienden, y lo aman, y lo invocan apenas su tierno pecho sufre la ponzoña del dolor primero, apenas siente lastimado ese amor áspero, violento al suelo nativo, que madruga en el alma harto más que la razon y el discurso.

Italia es tierra feraz, opulenta y jugosa, en que la planta hombre nace y crece más vigorosa y ruda, segun decia su famoso Alfierí; madre de hijos insignes en virtud y en maldad, en gloria y en infamia, que sobrepujan al tiempo y perpetúan su nombre, alzándole á la más alta gloria ó enlodeciéndole en criminal bajeza; preclaros ingénios, exclarecidos capitanes, sublimes santos, y torpes criminales ó hediondos réprobos.

Italiano y de Asís fué Juan Bernardone, á quien su padre, por amor que á lo francés tenia, y semejanza que entre el genial de aquellos naturales y el de su hijo creyó hallar, dió en apodar Francesco, apodo destinado á altísima fortuna y perenne nombradía.

Ya mozo, tentóle la vanidad un deseo loco de emular en gastos y rumbo á los hidalgos sus convecinos. Logrólo aina; la nobleza menuda

de Asis era ociosa y pobre, mientras en casa de Francisco, casa de mercader aplicado y hacendoso, habia caudales horros, nunca mejor empleados que en satisfacer sus veleidades de magnífico. Esto pensaba su madre, madre al fin, y que, nacida de estirpe noble, veia de buen grado las aficiones de su hijo, y no se hacia de rogar para sustentarlas.

Guerras y placeres eran la vida en aquella edad de la juventud hidalga en Italia; en guerras y placeres participó Francisco, obedeciendo siempre á las ansias infinitas de su pecho y sin verlas sácias nunca.

Así su imaginacion ardiente comenzó á volverse á las cosas del cielo, á sentir la atraccion de lo invisible y eterno, de lo inmaterial y permanente; la generosa grandeza de la redencion vino á labrar en su ánimo, la voz del mendigo cobró un eco extraño á sus oidos, y la efigie del Crucificado se animó á sus ojos con la vida dolorosa de una agonía sin remedio y sin fin; el pecador comenzó á sentir el dolor de las heridas del mártir, á oir sus quejas y sollozos: sincero y ferviente, habia cedido á las disipaciones mundanas: sincero y fer-

viente se dejaba envolver y arrastrar por la seduccion inefable del misterio.

Prendas de su alma habian sido la compasion y el desprendimiento, virtudes que llevan lejos, muy lejos, á la miseria y á la santidad. Por esto su primer paso en el nuevo camino por donde entraba, ciego de fervor y de esperanza, fué despojarse de sus bienes, con provecho de sus semejantes; por eso halló quien le siguiera, quien le acompañara, quien imitase su abnegacion.—Esas virtudes son el númen del fundador evangélico, su iniciativa, su fortaleza y su prestigio; llaman el favor del poderoso, la limosna del opulento, la personal consagracion del pobre y del entusiasta.

Menores llamó Francisco á sus compañeros, y menores se llamaron sus discípulos luego que Inocencio III desde su silla apostólica ratificó y bendijo la nueva comunidad y la nueva regla; menores, porque Jesucristo habia dicho á sus apóstoles: «lo que hiciéseis á los menores de vuestros hermanos, lo habreis hecho á mí.» Los benedictinos le dan una iglesia suya, arruinada casi, tan pequeña y pobre, que en su lengua italiana la llamaba el pueblo Santa Ma-

ría de la Porcíuncula, porque parcela ó porcioncilla escasa de tierra era la que la iglesia ocupaba y le pertenecia. Y de tan humilde principio y de seis fervorosos que le asisten y obedecen, parte la órden mendicante á ocupar el mundo.

Rico de amor como era el corazon del patriarca, encerraba íntimo gérmen de poesía. Educado anticipadamente su entendimiento en la música y en la poesía caballeresca de los trovadores, puesto, por su vivir errante y mendigo, en comunicacion constante con la naturaleza, y necesitado acaso de hablar otra lengua que la lengua de la razon y del discurso usada en sus predicaciones, de descansar de la lengua que persuade en la que exalta y conmueve, prorumpia en aquel himno sublime, *il cántico del Sole*, en que acordándose del comun orígen de todo lo criado, llama hermanas á todas las criaturas, convidándoles á alabar y engrandecer al Señor. Á su ejemplo riman y cantan sus compañeros y discípulos, el gran Buenaventura, su futuro historiador, Jacomino de Verona, uno de los precursores de Dante, y aquel Jacopone de Todi, autor de la elegía en

dola del mendigo que tiende la mano abierta á los fieles; cóbranla cuando salen, y subiéndola sobre la cabeza tornan á su faena; en el umbral bendito deja el alma sus tristezas humanas para entrar dentro de la iglesia como entraba antes de probarlas y conocerlas, alegre, desembarazada, señora de un horizonte breve pero sereno, tan limpio de penas, que para dar alimento á la sed de padecer, sello misterioso de nuestra raza, necesitaba afligirse con el padecer ajeno. No temais:—al umbral y á la salida hallareis de nuevo, y no menguado en peso, vuestro fardage.

En esta iglesia y en su capilla de San Luis, dice Jorge Brawn, se verificaban las elecciones anuales de los magistrados de la villa. Los mejores linajes de ella, abusando de su poder, intervenian y violentaban la voluntad popular, ó la menospreciaban y se sobreponian á ella cuando no iba conforme con la suya propia. Modos habia de preparar el sufragio, concertando su aparente espontaneidad con el provecho de los ambiciosos é intrigantes; pero no siempre alcanzaban, ó se torcian antes de dar el prometido resultado, y entonces los desespe-

rados no vacilaban en acudir á la violencia, violencia que alguna vez ensangrentó el átrio del templo y acaso los ámbitos sagrados.

Eran los antiguos bandos que, reducidos al recinto de poblado y ya despedidos de sus antiguas cabalgadas y rebatos, perpetuaban su division y ódios, buscando la satisfaccion de su vanidad en la humillacion y derrota de sus contrarios.

Parece que un rey, Juan II quizás, quiso remediar el escándalo, y dió ciertas ordenanzas á la villa para la provision de los cargos de su magistratura. Eran un modo de transaccion y avenencia entre los linages enemigos, para que de mútuo convenio alternasen en el regimiento y administracion municipal. Mas sucedió que alguno de los linages, bien avenido con la posesion de la autoridad, cuando fué cumplido su tiempo y llegó el de cederla al linage rival, desentendióse de las ordenanzas y rehusó cumplirlas. Constituyóse entonces un estado de permanente discordia, más grave aún y más escandaloso que aquel al cual habian puesto término las ordenanzas de D. Juan II.

Y los reyes Católicos se vieron en el caso de

proveer á su remedio, expidiendo en Madrid á 30 de Enero de 1498, una carta real en que ordenaron hasta en sus menores detalles el modo de hacer las elecciones. [1] ¿Fueron mejor obedecidos que su negligente padre? Es dudoso. En un proceso de mediados del siglo XVI hallo que en el primer tercio del siglo era cabeza del bando de los Giles Juan Ruiz de Escalante, el viejo, «el cual vivia en la Rua mayor, é proveia la vara de la Hermandat, cuando cabia á su linage en quien queria.» [2] Prueba de que caida en desuso la provision última se habia vuelto á las ordenanzas anteriores. Y á dos de Mayo de 1560, el rey Felipe II, en Toledo, aprobó y confirmó, para que se restituyera á su ejercicio, la carta de los reyes Católicos sus bisabuelos.

Otro solar antiguo tuvo la órden francisca en la villa. Diósele en 1323 Doña María de Guitarte, viuda de Gonzalo García de Santander, va-

[1] Véase el Apéndice núm. 4.

[2] Murió en la isla de Wight, volviendo de una espedicion á Flandes con mando de una escuadra de catorce naos, mixta de mercancía y guerra. Uno de los testigos del proceso, Gonzalo Gutierrez de Costarrío, dice que asistió á la exhumacion de sus huesos, y los trajo en su nao á Santander, y *las barbas en un pañizuelo.*

leroso capitan de las naves de Alfonso X y Sancho IV.[1] Huérfana de hijos y de esposo, y ricamente heredada, la piadosa hembra gastó su hacienda en labrar convento para las hijas del Seráfico padre, dentro de los muros, arrimado á su ángulo nordeste entre las puertas de la Sierra y la que de su vecindad se llamó de Santa Clara.[2]

Todavía cerca la clausura el ancho paredon sobre cuyos altos adarves arraigan laureles é hinojos; todavía subsiste el abside del siglo XIV, con su rasgado ventanaje, tapiado en dias de guerras civiles, sus rudos estribos y toscas gárgolas, y queda parte del cenobio construida en ménos remoto tiempo, en el siglo XVII, á juzgar por su arquitectura.

¡Pero cuál se asombráran sus pacíficas y an-

[1] Gonzaga.—Obra citada.

[2] En algun papel viejo recuerdo haber leido de una puerta que se llamaba del Cubo, por uno que flanqueaba su entrada: acaso era esta en tiempo anterior á la fundaciòn del convento, ó la de la Sierra.—El convento de Santa Clara es apellidado *real*, en varias provisiones reales de los últimos monarcas austriacos y de los primeros Borbones, disponiendo que en su iglesia reciban el hábito y sean armados caballeros los que entraban en las Ordenes militares.

tiguas moradoras, si restauradas por un momento en su retiro, oyeran el constante y bullicioso estrépito que hace retumbar sus ámbitos! ¡Y qué famosa ocasion para ejercitar su natural travieso y provocativo tendrian los estudiantes que dentro de ellos corren y vocean, si vieran parecer un dia á las venerables madres, y asomar las graves tocas y luengos mantos, poniendo coto á sus juegos y atajo á sus diálogos y palabrería pocas veces casta y ortodoxa!

Vacío el monasterio por la revolucion, destinóse á colegio de segunda enseñanza con el nombre de Instituto Cántabro. Tenia entonces Santander varones de ánimo robusto que pudieron con justicia aplicarse á sí propios la frase de un héroe de Lope de Vega:

En las guerras soy soldado
y en las paçes regidor.

Metidos en los azares de una guerra civil y desastrosa; dudosos los destinos de la pátria; sombrío el horizonte y preñado el cielo de siniestros presagios, pusiéronse en mientes llevar á cabo una fundacion esencialmente pacífica,

cimiento de más tranquilo vivir, centro de luminosa enseñanza, fuente de clara doctrina que ahorrando á las madres el dolor, á los padres el dispendio de alejar en tierna edad á sus hijos, les dejaba el dulce peso de educarles el corazon, atendiendo á la vez al indispensable cultivo de su inteligencia.

Salian aquellos honrados ciudadanos de guardar la improvisada aspillera y entraban en el salon municipal. Dejaban el marcial entretenimiento de la táctica y su ejercicio para discutir la administracion popular, y sin descalzar la militar espuela al regreso de aventuradas expediciones, preparaban y escogian los medios de realizar su intento, dando á su obra sólida trabazon y duradera vida.

Por uno y otro camino llegaron al término donde se compensan el desinterés y la perseverancia: la abnegacion y el esfuerzo en el campo, la prudencia y la integridad en la gestion de los intereses comunes, se vieron premiadas con igual felicísimo éxito, y un mismo dia celebraron los santanderinos la paz de Vergara y la inauguracion de su Instituto.

¡Hermosa coincidencia! soltar las armas y

abrir las aulas, envainar la bayoneta, retirar el cañon amenazador de la angosta tronera, y erigir la cátedra del magisterio; apagar la tea y encender la antorcha; tender la mano al enemigo, y llevar juntos sus hijos á los bancos del estudio, donde no han de oir predicaciones de odios que enciendan la sangre y armen el brazo, sino principios benéficos y creadòres; donde han de aprender las máximas de la moral para amarse, las leyes de la filosofía para conocerse, los misterios de la ciencia para penetrar la admirable máquina del mundo y comprender sus portentos, los ejemplos de la historia para honrar la pátria, los encantos de las letras y las artes para estimar la grandeza del ingénio humano, respetarle como á centella de divino orígen, como á consolacion suprema de ruinas y dolores, como á prenda exclusiva de duracion de los pueblos, pues la misericordia del cielo conserva y perpetúa sus obras cuando pasaron y se extinguieron sus leyes, sus armas, su poder, su gloria, y ya no pisa la tierra hombre que hable su lengua, y en ella rece, discurra, blasfeme ó gima.

Desde 1839, año de su inauguracion, ha sido

el instituto plantel donde las inteligencias cántabras, preparadas por una labor primera y rudimentaria, han sido nutridas de sustancia y modeladas para sus destinos ulteriores; allí se han iniciado y presentido las vocaciones de todos nuestros conterráneos de la generacion actual; allí los que ahora ciñen espada sintieron el primer hervor del militar entusiasmo exaltados por las glorias de la falanje, del tercio, de la guerrilla; allí los que guian naves por remotos y tempestuosos mares vieron la primera luz de los rumbos del cielo en sus fijos luminares; allí los que velan con provechosa constancia en persecucion de la fortuna, tuvieron la nocion elemental de la economía y del cálculo; allí los que predican al pueblo desde la sagrada cátedra, los que amparan la justicia en el foro, sintieron el misterioso atractivo de la palabra; allí los que manejan pluma comprendieron la áspera grandeza de esta obra excelente y viril, la cual exige de consuno idea, valor, inspiracion y trabajo, segun frase del más elegante de los modernos críticos franceses. [1]

Allí, en fin, ha sentido, ó siente, ó sentirá

[1] Jules Janin.

las primeras é inefables caricias de la musa pátria, el ingénio, que ha de hacer olvidar este libro mio (si alguna vez mi libro logra fama, siquiera en los estrechos horizontes de la tierra nativa), trazando en fiel y vigoroso retrato su imágen, inspirado por la voz íntima y constante que oye el buen hijo brotar doliente de las ruinas, de los recuerdos, del sepulcro sagrado de su madre olvidada ú ofendida:

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

V.

LOS MUELLES.—LA BAHIA.—ESCUADRAS Y FESTEJOS.

No abusemos de tu paciencia, lector, que andará ya muy al cabo, así como tu aliento aridecido del seco polvo, ó hastiado del vapor de moho que tantas piedras viejas despiden.

Vamos á lo que no envejece ni se muda, á lo que permanece y dura, aunque movible y fugitivo, segun la expresion de nuestro Quevedo. Vamos al mar, azul y profundo, sonoro y un-

dívago hoy, como lo era en los tiempos en que arrullaba aquí vastas soledades; al mar que vieron en el siglo V los Erulos ó Normandos de que nos habla el viejo Idacio, [1] igual que lo ven ahora los mareantes de los clippers que llevan pan á Cuba y de Cuba traen tabaco y dulce.

Aquí está la gala de Santander, aquí su opulencia: aquí suena la respiracion de sus anchos pulmones, su rumor sordo de colmena, su correr de tratos y negocios, su rechinar de cábrias, su zumbar de aventadores, su rodar de barriles, su golpear de empaques, su contar sin duelo y sin trégua de cueros, duelas, hierros, tablas, bacalao y fardería: aquí late la vida de su cerebro, aquí suena el oro de su bolsillo, y cruge sobre el papel la pluma de sus escritorios, y susurra en el aire el cuchicheo de sus transacciones y el aritmético y arcano frasear de cotizaciones, precios, cambios y descuentos.

Por aquí rebosó, haciendo estallar el férreo cinto de sus muros, cuando, crecida de villa á

[1] De Erulorum gente septem navibus in Lucensi iltore aliquanti advecti.... ad sedes propias redeuntes Cantabriarum, & Varduliarum loca maritime crudelissime deprædati sunt —Idatii Chronicon.—A. C. 456.

ciudad por merced del señor rey D. Fernando VI,[1] le pareció poco y estrecho aposento el de sus antiguas calles, y para edificarse vivienda suntuosa y vasto almacen echó cimientos en el agua, donde no tenia más coto que el de sus dineros y su voluntad.

La voluntad no ha enflaquecido nunca, los dineros han tenido períodos de fluir y prodigarse, y tiempos de escasear y retraerse. Y los muelles, sujetos á las fluctuaciones económicas, empujados en los momentos prósperos, paralizados en los adversos, han ido entrándose mar adelante con la pertinacia de todo lo fatal é incontrastable.

Su fábrica cuenta *á piedra en grito* y al mas sordo tres períodos sucesivos de construccion desde que, levantado el piso antiguo de la baja Ribera, al promediarse el pasado siglo, paulatinamente creció hasta el *Martillo*, en cuyas obras suena el nombre del D. Juan de Isla, que hallamos en el astillero de Guarnizo. Luego, en los dias de 1820 á 1823, se alarga desde el *Martillo* al *Merlon*, y se apellida *Nuevo* por su fecha, de *Calderon* por su diligente construc-

[1] 29 de Junio de 1755.

tor y empresario, y al cabo se dilata hasta el desagüe de Molnedo, anónimo, porque se edificó en tiempos en que la asociacion es único y necesario agente de la actividad humana, y en ella se anegan nombre é iniciativa individuales, por más que de la iniciativa individual tenga toda asociacion su espíritu, su energía, sus resultados y sus provechos, y más ligero y ménos suntuoso, porque ha nacido en tiempos en que hay muchos vestidos que hacer, y no se puede consumir el caudal en uno solo, suntuoso y de boato.

Pero este es muelle epiceno y mestizo; tiene de señor y de obrero, de comerciante y de vago, de taller y casino, de lonja y de paseo. Sin quitarse la honrada librea de su trabajo, el polvo de la harina que le mancha muros y losas, como mancha el polvo de la creta las barbas y manos del escultor, como mancha el polvo de la hulla la piel curtida del cerrajero, cesa, descansa, toma aires de ocioso y de galan, se deja visitar por damas, y se hace cómplice de amores y elegantes aventuras.

Otro es el muelle que no reposa ni tiene domingo, ni hora de urbanidad y sociales esparci-

mientos; el muelle obrero, de pipa y faja, incansable, rudo, polvoriento, escabroso, inhospitalario para todo el que no vá á pagar ó recibir jornal, á cargar ó descargar, á comprar ó vender. En este muelle hemos desembarcado. Arranca de la parte meridional de la ciudad, y se tiende al Sudoeste á buscar, avanzando por escalones, la distante península de Maliaño, y á pedirle su nombre.

Franceses vinieron á construirlo: y un dia de verano de 1853, entre músicas y aclamaciones de algunos entusiastas, y las preces que la Iglesia tiene para toda obra beneficiosa y útil de la inteligencia humana, sumergióse en las aguas de Santander, por cuatro ó seis brazas de fondo la primera piedra de la construccion. ¡Cuántos se reian y alzaban los hombros al oir hablar del porvenir y utilidades y ventajas de una empresa cuyo presente se reducia á un sillar sumergido en las aguas, hundido y desaparecido en el cieno de su fondo! La fé es prenda rara; faltábales á los mismos que partícipes del pensamiento inicial lo habian trasmitido á la actividad y mayores medios de los extranjeros: húbolos que como Esaú vendieron su derecho de

primogénitos, es decir, de propietarios primeros en la tierra arrancada al mar, levantada y establecida sobre su extensa ciénaga, por un plato de lentejas, y quizás el descorazonamiento cundia y se arraigaba porque los extranjeros, aparte de las ventajas que de la realizacion del plan habian de dimanar, legítima recompensa de sus afanes y perseverancia, pedian pocos dineros sonantes.

Pero al sillar inicial y simbólico, fueron siguiendo algunas barcadas de sillares. Un dia ya asomó el artificial escollo sobre la base de las aguas en su pleamar, y como hitos de una medicion fantástica, fueron asomando otros escollos parecidos en toda la extension de la obra proyectada.

Los escollos fueron creciendo y ensanchando, luego se unieron, luego el cieno de las mareas se espaldó en su base y rellenó sus huecos, y los barcos fueron descargando arena al abrigo de aquellos estribos, y el mar, despues de porfiar una vez y otra, de roerles los cimientos, de arrancarles las piedras de la base, de minar, arrastrar, hundir y quebrantar, sintióse á su vez quebrantado é impotente contra la tena-

cidad humana, y cedióle el paso, y se fué retirando, y reconoció, por último, que su destino no era pelear contra el naciente y ya vigoroso y erguido muelle, sino ayudar á su utilidad y empleo, arrimando los barcos y teniéndolos á flote, mientras vomitaban sobre la escollera los depósitos de sus anchas bodegas, ó las abarrotaban con las mercancías que la escollera acarreaba.

De tal manera, con uno y otro muelle, alargándose á Vendabal y Nordeste, va Santander abrazando su bahía, á modo de colosal crustáceo que abre la ancha tenaza de sus pinzas para coger la presa.

¿Hasta dónde llegará? ¿Cuál será el límite de su afanosa, lenta y tenaz porfía? ¿Cuántos siglos pondrá la eternidad desde el punto en que yo cuento hasta aquel en que un bibliófilo curtido y seco, empolvado y miope, manuscriba aquí entre renglones de lo impreso, con inefable y egoista gozo la contestacion definitiva á mis preguntas?

Pintoresca ribera contiene el espacioso lago desde la escollera extrema de uno y otro muelle. Allá al Este avanza el cabo de San Martin y

su inútil batería; un peñon, que parece desprendido de la costa, asoma en medio de las aguas; llámanle los marineros San Mamés, y con este nombre, y en aquel parage, pinta Brawn, en su Santander del siglo XVI, un islote, con una ermita y un puente que le une á San Martin. Si alguno duda de que en trescientos años la mano del hombre y los besos del mar pueden reducir á tan exíguo escollo una piedra capaz de fundaciones devotas, córranse hácia el puerto, y cerca de su boca hallarán la peña de la Torre, que en dias no lejanos mostraba señales de antiguos fosos y parapetos de tierra, que en otros más recientes, dió asiento á una ancha tienda de campaña, bajo la cual se guarecia la córte de Isabel II, [1] esparciéndose desahogadamente fuera de ella el numeroso pueblo que formaba el cortejo naval de su reina. Diez años han pasado y ya escaso asiento deja al pié de los curiosos la pólvora que hace estallar el peñon con repetidos barrenos.

Estos cabos y promontorios cierran la vista

[1] La tienda tenia forma de jigantesca corona, y desde entonces, y todavía por algunos, la peña se llama peña de la Corona.

de la boca del puerto; más allá de ellos se dibujan ya las tierras de la otra parte; el pálido arenal de las Quebrantas, cementerio de náufragos, envuelto siempre en la siniestra bruma de las rompientes; tras de sus dunas tumulares se esconde el santuario de Latas y su romería; luego el arenal del Puntal, que viene y se acerca á provocar á la ciudad frente á sus soberbios muelles; en su descolorida arena negrean las caravanas que bajan de Galizano y Somo á tomar el barco que, abrigado en el redondo seno del Miera, los aguarda. Aquí se derrama en la bahía el alevoso rio; ya la barra que levantó para cegar el puerto es muro que resiste á su corriente, la rechaza y la obliga á ondear y torcerse para buscar camino, á remansar para hacer caudal, recoger fuerzas y tentar con mayores ventajas el paso. Y se echa en un refuelle sobre la venta de Pedreña, que, como situada en alto y sobre firmísimo cimiento de rocas, le mira por encima de su tejado con la misma indiferencia con que en tiempos antiguos miraba de más cerca á los huéspedes que llegaban hambrientos y pedian de comer.

Tierra adentro, por cima de lomas y quie-

bras, blanquea el palacio de Setien, arrimado á unos árboles, señor del paisaje como lo era en la comarca la raza que le fundó y tuvo en él vivienda largo tiempo. Los nobiliarios cuentan con poéticos rasgos el orígen de los Setienes; ¿por qué no recordarlo? Precisamente en esta marina, siguiendo la vera del agua, pasando el melancólico Ambojo y su bosque á raiz de las mareas y su ciprés característico, obelisco perpétuo de los solares montañeses, plañidor que llora sobre su muerto espíritu y apagada gloria, único sér que llora perennemente sobre los muertos, que decia Byron; [1] pasando luego un promontorio que llaman del Acebo, aunque ni acebo ni otro árbol hojecen en su pelada loma, llegaremos á Helechas.

No tuvieron mucho que cavilar los etimologistas heráldicos para discurrir que Helechas se llamaba así de lo espeso y crecido del helechal que ocupaba el sitio. ¿Por qué no nos dicen de dónde trae su nombre cierto aquella roca cónica aislada en medio del agua, que unos dicen de Marnay, otros de la Garza, y otros de las Ánimas?

[1] Only constant mourner over the dead.—Byron.—The Giaour.

¡La peña de las Ánimas! Nadie dudaria del orígen de su dictado, si lo llevase un escollo en la procelosa costa, allí donde el terror y la creencia popular oyen el gemido de las almas cuyos cuerpos arrolla el agua, y los destroza y sumerge con su violencia airada la tormenta, donde el oido fascinado percibe entre el clamor de las olas y el alarido de los vientos el ¡ay! blasfemo del que desespera, y el gemido supremo del que se ahoga; pero aquí silenciosa, en medio de las plácidas ondas que roen calladamente la piedra ¿qué leyenda extraña, qué vision misteriosa aparecida en doble tiniebla de antiguos tiempos y densa noche engendró el fúnebre título?

En el seno que se forma á Levante de la peña, está, pues, Helechas: una iglesia torreada, ennegrecida por las lluvias de ocaso, vecina del agua, señala el pueblo. Normandos ó godos, hijos de tierras boreales, ó aventureros de la mar, llegaron y desembarcaron acaudillados por dos príncipes. Recibiéronles los naturales á saetazos y pedradas, armas de aquella edad remota; andaba la pelea reñida y el vencer dudoso, cuando de lo cerrado del helechal, y es-

pantadas por la grita y estruendo del combate, partieron siete raposas. «¡*Septem*! ¡*Septem*!» gritaron los príncipes, que por lo visto eran latinos, á sus soldados, «¡feliz agüero!» quiero decir, «¡*propitium omen*!» Con cuya vista y cuya voz, recobrados los vacilantes invasores, arrollaron á sus enemigos y lograron establecerse en la comarca. Los vencidos, prendados luego de la buena disposicion de los príncipes, á quienes apellidaban con el vocablo que les habian oido en la batalla, los toleraron, y se sometieron gustosos á la mayor autoridad de su valor y su prestigio, y los príncipes, gloriosos de su hazaña, aceptaron el mote para apellido, fundaron estirpe y se llamaron los de Setien.

Sale de nuevo la costa y se arrima á otra isla que tambien tiene dos nombres: se llama de la Astilla? ó se llama de Pedrosa? A gentes de este apellido pertenecia cuando el Estado la quiso y le fué cedida para lazareto. Triste como todo lazareto, que significa hospital y cárcel, cautiverio y peste, prision y contagio; un pino la corona, sangrando por las heridas abiertas en su corteza; un almacen vacío lo ocupa, y ya comienza á poblarse de sus edificios propios,

de tumbas. Detrás de la isla, en el continente, la risueña miés de Pontejos, y entre sus verdores, la piedra curtida de una torre con almenage y cubos en sus cuatro ángulos. Un rico escudo blasona su frente, puesto sobre la espada de Santiago, timbrado con yelmo y corona de marqués. ¿Es este el solar del apellido y cabeza del título que la coronada Madrid recuerda con filial respeto?

Aquí entra la ria á bañar las desiertas gradas del astillero, y los piés de Cabarga, lugares conocidos. Al otro lado encontramos de nuevo á Maliaño; luego, subiendo hacia el norte, la torcida canal de los Raos, que se entra hasta la mies de Camargo, pasando bajo el ferro-carril y una y otra carretera.

Como vinimos á Santander costeando la rada, ya estos lugares nos son familiares; vamos encontrando á Estaños y Muriedas; la Peña-Castillo con la iglesia de Loreto agarrada á su costado, santificando su siniestro aspecto; la verde isla del Óleo que produce yeso, los admirables pinos de Campogiro, y atajándonos el paso á las ricas huertas de Cajo, á sus sombríos boscages, la escollera de los muelles del Oeste, y los

vastos terrenos encerrados dentro de ellas, y sus múltiples aplicaciones, marismas, arenal, astillero, huerta, playa de baño y playa de pesca.

Y encerrado dentro de este marco espléndido tan á la ligera y de borron pintado, el lienzo inmenso de agua sobre cuyas espaldas flota esa escuadra de potentes cascos, gallarda cruz y valerosos marineros atentos al silbar de la locomotora, que desde las lejanas breñas y gargantas les viene avisando que abran las escotillas para recibir el trigo cosechado en las vegas del Carrion y del Arlanza.

Y es añejo este servicio que la bahía de Santander presta á los graneros castellanos, como que la naturaleza la ensanchó y ahondó para puerto de Castilla.

Cuando el último de los Alfonsos, llamando á sí caballeros y mesnadas, órdenes militares y peonage de villas y ciudades, juntaba hueste á vista y en daño de la morisca Algeciras, dispuso que el abastecimiento y provisiones de su numeroso ejército se hicieran en los puertos de Cantábria, «et apercebióse de mandar á sus tesoreros,» dice la Crónica, [1] «que enviasen

[1] Cap. CCCII.—A. D. 1343.

»por mucha farina et por mucha cebada á »Castiella;..... et que lo ficiesen levar á los »puertos de Castro, et de Laredo et de San»tander et de Bermeo..... et que lo troxiesen »al real por mar.» Tan ventajosa era la cercanía, y tanto más fácil el acarreo, á pesar de las asperezas y temerosas fraguras de la cordillera cantábrica.

Años más tarde, en el de 1370, rey de Castilla D. Enrique, segundo de su nombre, aprestaba en esta bahía una escuadra, poniendo á su frente á Pero Gonzalez de Agüero, caballero de Trasmiera y de aquel turbulento linage tan famoso en las peleas y bandos de la tierra.[1]

Sitiaba el rey á Carmona, donde fortalecidos se defendian los hijos y parciales de su desventurado hermano D. Pedro. Teníanle tomado el Guadalquivir los portugueses, que ayudaban á los sitiados amenazando las espaldas del ejército real é impidiéndole el bastimento. Agüero y sus naves entraron por la barra de Sanlúcar favorecidos del viento y de la marea, y trabando pelea con las portuguesas, rindiendo á unas, desbaratando otras, ó poniéndolas en fuga, lim-

[1] Crónica de D. Enrique II.

piaron el rio de enemigos hasta subir á Sevilla, asegurando la retaguardia y la victoria de don Enrique.

Por entonces comenzaba uno de sus períodos de calorosa lucha, aquella célebre contienda secular entre Inglaterra y Francia, originada de comunes y mal definidos derechos, que despues de poner en riesgo extremo la vida de la nacion francesa, terminó con gloria suya en la admirable y breve epopeya de Juana de Arco, *la doncella de Orleans*. Recientes estaban los beneficios del francés á D. Enrique, como los agravios del inglés, ayudador antiguo de D. Pedro, pretendiente á la corona de Castilla, á favor del enlace del duque de Lancaster con una hija del muerto rey y de la Padilla. Así, que recibió benévolamente la embajada que llegó á pedirle auxilio en nombre del prudente Cárlos V de Francia.

Traíala un cierto Ivan ó Juan de Gales, prócer inglés, desposeido de los estados de su apellido por los reyes de Inglaterra, que al tomárselos con muerte de sus antecesores, quisieron asegurarse la posesion, dando el feudo y título al primogénito de su casa real. Ofendido

y ansioso de venganza, servia y servia con celo al enemigo de su rey y de su pátria; error frecuente en todo tiempo, apostasía que oscurece las mayores prendas del alma, borron que empaña la más alta gloria.

Vino á Santander, donde se hallaba á la sazon el rey castellano, y le pidió y obtuvo su escuadra y sus almirantes. Naos y marinos gozaban de buen nombre, ganado en difíciles empresas de mar y guerra, ya en las costas de Levante, ya en las de Africa y Andalucía. Cuarenta naos gruesas, ocho galeras y trece barcos menores, armados y abastecidos, «ainsi que nefs d'Espaigne sont,» dice el viejo Froissart, [1] como término de ponderacion extrema, zarparon del puerto; regíanlas Rui Diaz de Rojas, merino que habia sido de Guipúzcoa; Ferran Sanchez de Tovar, famoso en las expediciones navales de dos reinados, y Ambrosio Bocanegra, el Genovés, continuando el memorable catálogo de sus compatriotas que habian de pedir ocasion de imperecedera gloria al brio y al arrojo de las banderas y los corazones españoles. [2]

1. Chroniques: lib. I. part. II.
2 Ya en el siglo XII, cuando el célebre Obispo Gel-

Tan eficaz fué el socorro, diestra y valerosamente conducido, que con un solo combate puso término á la campaña. Dióse frente á la Rochela, cuyo puerto bloqueaba la armada inglesa al mando del ilustre conde de Pembroke. Victoria decisiva y completa cuyos trofeos fueron para los castellanos doce galeras enemigas presas con su general, y el tesoro que conducia para sostener la guerra, mas sesenta caballeros de espuelas doradas. [1]

Víspera de San Juan, á 23 de Junio de 1371, [2] fué la batalla, y al siguiente dia, señalado entre españoles, las naves vencedoras, impacien-

mirez creaba la marina gallega, traia de Génova constructores y pilotos.—«Prædictus itaque Episcopus incircumscripta Dei providentia fultus, & Cristianorum captivitate compunctus, nuntios suos Pisam at que genuam direxit, ibi namque optimi navium artifices nautæque peritissimi..... habebantur..... Magno itaque admodum sumptu factis duabus biremibus, quas vulgus *galleas* vocat, Irienses accito sibi altero palinuro earumdem scilicet navium artifice, nomine Eugerio (seu Augerio) præcepto et admonitione Episcopi Sarracenis vias redditum eunt,» dice la Historia Compostelana en el año 1115: lib. I. cap. III.

[1] Lope García: lib. XVIII.

[2] 1372 dice la Crónica; 1374 Lope García; Llaguno, en nota á Ayala y Froissart, dán como segura la fecha que nosotros tomamos.

tes quizás por mostrarse gloriosas y ufanas en sus pátrias costas, daban la vela para Santander. «Gallarda vista hacian,» cuenta Froissart, «izadas al tope grandes banderas blasonadas con las armas de Castilla, tan grandes y cumplidas que á menudo tocaban sus puntas en el agua, oyéndose á bordo crecido estrépito de bocinas y trompetas, de dulzainas y tambores.»

Un cronista extranjero nos conserva esta animada y breve pintura de la escuadra castellana; mas no hubo en Castilla cronista que nos la pintase entrando por las aguas santanderinas, alegrando con salvas y músicas el puerto, esparciendo el marcial alarido de sus victoriosos cánticos por el solitario arenal de Latas, haciendo retumbar la honda embocadura del Miera, y el escueto islote de San Mamés, y convidando con el estampido de la pólvora y el cobre, la voz alegre de las campanas de *Los Cuerpos Santos*, que se alzaba fuerte, clamorosa y viva como la voz de la pátria regocijada y feliz á dar á sus nobles hijos el parabien y la bienvenida, mientras percibido apenas en el robusto estruendo, más delgado y oscuro vibraba el clamor argentino de las clarisas cerradas

entre los muros, de los franciscos apartados en lo bajo y externo de la villa.

Nadie escribió, ó el tiempo consumió lo escrito, la febril agitacion del pueblo al avistarse las velas desde el cerro de San Sebastian, al ser reconocidas como propias por el ojo experto de los ancianos prácticos, en el aparejo, en la boga, en el corte y campo del trapo, en el modo de tomar el viento y recelar de la costa ó arrimarse á ella; nadie el misterioso terror, el misterioso hechizo de lo desconocido, y el tropel en los muelles, y en el almenaje, y por las torres y ventanas de las casas, y el flamear de lienzos al acercarse los barcos, y el gritar, y el preguntarse de cuantos á bordo enviaron prendas de su cariño, y el arrojarse en lanchas y botes, haciéndolos zozobrar, y el bogar sin compás hácia los que llegan entre risas y suspiros, aclamaciones y recelos, y la desaforada impaciencia de la mocedad marinera que, despojándose del compendioso traje, se sumerge en las aguas, surge, sacude la mojada cabellera, y nada á porfia desafiando el afilado tajamar de la galera que avanza rasgando el agua, revolviendo espumas, henchidas é in-

móviles las anchas gávias, símbolo peregrino de fuerza, valor y audacia, ó la rodea esperando y recogiendo los tacos del disparado falconete, que caen encendidos y humeando á apagarse en el agua; ni el asomarse á la borda del rostro pálido del herido ó del inutilizado, ansioso de calmar ánsias supremas, ni el ánsia mayor de los que miran parecer uno en pos de otro rostros y rostros sanos ó padecidos, sin que ninguno de ellos sea el que esperan.

Nada de esto se escribió, ni era preciso, porque si los sucesos del hombre reunido en sociedad obedecen á causas variables segun las ocasiones, los tiempos y las usanzas; los sucesos de su alma, sus dolores, afectos y desengaños, son constantes y se renuevan con la raza en las edades y en el individuo, y no necesitamos que un autor contemporáneo nos lo cuente para saber cómo lloraron las madres del siglo XIV que perdieron á sus hijos en la guerra, ó los hijos cuyos padres quedaron en ella, ni cómo la gloria deslumbrante egoista de los afortunados, hizo olvidar la muerte, el sacrificio, los martirios y agonía de los ménos ven-

turosos, cuyas vidas nutrieron el espléndido y fascinador fantasma.

Cronistas tambien, y cronistas apretados por la muchedumbre de sucesos, por la austera ley de proporcion y ceñidos á límites de prolija y seca narrativa, indican los diferentes aprestos navales, las levas y arribos de escuadras que en son de paz ó guerra hacen figurar el nombre de Santander en los ricos anales de la pátria. Así le citan al referir Ayala los armamentos contra la Rochela en 1372; Gutierrez Diez de Games, los que en 1405 acaudilló Pero Niño para otra campaña de la misma contienda entre ingleses y franceses; Andrés Bernaldez, al desembarco de la princesa imperial Margarita, que venia de Alemania á ser esposa del príncipe D. Juan, hijo de los reyes Católicos, en Marzo de 1497 y á la cual hallaremos más adelante en otro lugar de estas montañas; y Sandoval el del magnífico César Cárlos V, á 16 de Julio de 1522, cuando venia, castigada la soberbia castellana, á tomar franca y duradera posesion de estos reinos, que habian de ser en su mano el arma más segura y mejor templada de su grandeza y del temor de los extraños.

Pero llegó uno de estos sucesos, llamados especialmente históricos, sin duda porque la historia los consigna y pone en luz, y llegó de improviso. Hubo entre los testigos del suceso, uno, curioso de escribir lo que veia, ó puesto en obligacion por amistad ó deferencia, de participarlo á ausentes; el tiempo salvó su carta, y con ella una relacion curiosa y menuda del caso, de estas que antes no cabian en la gravedad y extension de una crónica, y de las que á impulso de nuevos gustos, hoy se engendran y toman su más rica y sabrosa sustancia las crónicas. [1]

Una tarde de Octubre, cubierta y lluviosa, con mar del norte y vendabales duros, tarde de uno de estos dias atemporalados, que sobrevienen á las veces en nuestra costa, y plantan la huella y extrago de crudísimo invierno en medio de las dulzuras y halagos de tardío verano, que tapan el sol, alborotan el mar, desencadenan los vientos, y tren á deshora las noches largas, la desnudez del campo, el naufragio, la miseria y la enfermedad, pareció en aguas del puerto y en demanda de su boca, una lucida escuadra de

[1] Véase el Apéndice núm. 6.

hasta treinta naves gruesas y hermosamente pintadas. Acercóse á entrar la que hacia de capitana; llegáronsela, segun costumbre, lanchas ó botes que andaban por la bahía, y supieron que en ella y con su comitiva de próceres y su escolta de soldados embarcados en la escuadra, venia á ser reina de España la princesa Ana María de Austria, hija del emperador Maximiliano II, cuarta esposa de Felipe II, viudo dos años habia de la malograda Isabel de Valois. Ya en la villa sabrian, sin duda, que en su vecina Laredo aguardaban á la régia prometida emisarios de su esposo, el cardenal arzobispo de Sevilla D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, y el duque de Béjar D. Francisco de Zúñiga y Sotomayor. Por esto seria mayor la sorpresa de todos, grande el desconcierto de las autoridades, obligadas á atender inopinadamente al hospedage y agasajo de su augusta huéspeda y séquito, y extraordinaria la alegria del pueblo, ávido siempre de fiestas, ocasion de holganza, de espectáculos nuevos y de imprevista granjería á veces.

Desaviados la justicia y regidores acudieron á lo preciso: despojaron de su dosel á un Cristo

para hacer pálio á la viajera; señaláronla aposento en el de un vecino inmediato á la puerta de Arcellero, donde probablemente pisó tierra, y para vajilla y utensilio hicieron contribuir con la propia á los mejores de la villa. Estos pormenores, que andaban de boca en boca, recogia y apuntaba un Francisco Carreño, espectador andaluz, si podemos tomar su ortografía como retrato de su pronunciacion viciosa, y como indicio de naturaleza la entrañable preferencia con que se ocupa de los cuartagos alemanes, que en la escuadra venian; comisionado en Santander para embarcar trigo y enviarlo á Sevilla, donde correspondia con el colegio de Jesuitas, segun se infiere de ciertas cláusulas de su carta, y de haber sido esta hallada y constar entre papeles de la Compañía.

Desembarcó Doña Margarita; era jóven, hermosa, blanca de tez, viva de rostro, cualidades sobradas con la de extranjera para prendar á la muchedumbre; mas por si no bastaban á tanto, traia consigo dos de sus hermanillos, niños todavía, los cuales interesaron de manera que luego corrió la voz cierta ó forjada de la competencia habida entre ellos y otros herma-

nos suyos sobre que todos querian venir á España, competencia decidida en una suerte de dados, aconsejada por el emperador. [1]

Hospedada la reina, el regimiento de la villa agotó su imaginativa para entretenerla aquellos dias, haciendo salir las danzas del Corpus y ensayando otras nuevas que la dieron placer y risa. Perseveraban en tanto la mar récia y el tiempo duro que habian impedido á las naves tomar el puerto de Laredo; mas no seria esta sola causa la de que rindiesen en Santander su viaje, cuando noticiosos de ello los embajadores que la esperaban en Laredo, en tal de apresurarse á llegar y ofrecer su homenaje á la señora, la enviaron emisarios con ruego de que fuese servida de ir á Laredo, para que no fueran sin duda malogrados los preparativos dispuestos en su obsequio. Trajo la embajada el alcalde Or-

[1] De estos dos niños desembarcados con su hermana en Santander, el mayor, Alberto, fué luego cardenal, arzobispo de Toledo y gobernador de los Paises bajos: murió en 1621. El pequeño, Wenceslao, apénas gozó de las mercedes de su cuñado con el priorato de la Órden de San Juan en el reino de Leon y promesa de sucesion en el de Castilla, falleciendo en 1578; «mozo gallardo y de costumbres reales,» le llama el historiador de Felipe II, Cabrera.

tiz: no dice Carreño, qué especie de alcalde era, si de córte ó de la villa; mas no se probó de sutil montañés ni de diestro cortesano, cuando para decidir á la reina no halló mejor argumento que encarecerla los cuantiosos gastos hechos por el duque.

Con ánimo real, contestóle la princesa que el emperador su padre le habia dado con que poder hacer holgadamente su viaje sin ser costa de nadie, ni necesitar de hacienda ajena.

Y era que aquellos altivos españoles, tomando á pechos la autoridad y respetos de la majestad que representaban, se miraban en dar paso á la cortesía sobre el ceremonial prescrito por la régia etiqueta, creyendo que únicamente el rey puede hacerlo, como puede perdonar, y no lo puede el magistrado que representa, distribuye y ejercita su justicia.

En fin, al quinto dia, sábado 7 de Octubre, parecieron los embajadores al otro lado de la bahía en Somo y Galizano: habian venido por tierra desde Laredo, y para atravesar el agua fuéronles á buscar en lanchas tomadas á naves de comercio, con músicas y todo el aparato debido á su representacion soberana. La escuadra

les honraba con salvas de sus guarniciones, formadas en órden de batalla; los buques fondeados en el puerto con tiros de artillería, y ellos corrian majestuosamente la bahía, aguardando, dice Carreño, la marea, para atracar al muelle sin haber de empozarse en el fango ó necesitar ajenos piés para desembarcar cómoda y aseadamente, y quizás tambien aguardando á que pareciera sobre el muelle la comitiva enviada por la reina, segun el tenor de las ceremonias y aparato á que se creian deudores y de que no pensaban escatimarse un ápice.

Efectivamente, en el muelle los aguardaban y los recibieron los señores que desde los puertos de Flandes habian acompañado á la reina, el gran prior de Castilla en la órden de San Juan, D. Fernando de Toledo, de la ilustre casa de Alba, apellido entonces respetado y temido en el orbe á par del nombre de esta España, cuyas armas regia; D. Luis Venegas de Figueroa, aposentador mayor que habia sido de palacio, enviado del rey en la córte de Maximiliano desde tres años atrás al de 1567, y acaso el más hábil y activo negociador del matri-

monio de la princesa;[1] el almirante de la escuadra Maximiliano conde de Boussu, caballero flamenco, buen soldado, levantado á tan alto puesto por influjo y favor del gran duque de Alba,[2] y otros caballeros, entre los cuales aunque Carreño no lo cite, no faltaria aquel insigne coronel de tercios, Cristóbal de Mondragon, que venia mandando las ocho banderas de arcabuceros walones, embarcadas en la flota para guardia de la augusta persona.[3] Guiaron aquellos, y fueron los recien venidos á saludar á la reina y besarle la mano.

El dia siguiente, domingo, entretenido Carreño en seguir á cada uno de tantos ilustres próceres que se repartieron horas é iglesias para oir misa, asistiendo con entera pompa,

[1] Cabrera.—Felipe II, rey de España: lib. IX, cap. XV.

[2] Gachard.—Correspondance de Philippe II.

[3] Segun el Prior D. Juan Vitrian, tan erudito en cosas militares, en sus Comentarios á Comines, era notado Mondragon en los tercios españoles, tanto como por su valor y pericia, por la singular fortuna que le hizo pasar á través de innumerables combates y lances de guerra sin probar herida, mientras su amigo y camarada el no ménos insigne Julian Romero jamás entró en refriega de que no saliese señalado en su cuerpo de golpe enemigo.

seguidos de criados, pajes, libreas y monteros, sin mezclarse, ni empecerse con el recíproco esplendor, olvidó escribir si la reina oyó misa y dónde la oyó; pero acostumbrado á ver en Sevilla al cardenal salir en procesion con cruz alzada delante, sorprendióse (y lo nota) de verle caminar á la Colegial sin ella, olvidado de que la sagrada insignia, señal de dominio, no de gerarquía, solo podia ser enarbolada en el territorio de su iglesia y de sus sufragáneas. Es verdad que apremiado por la salida de un barco, listo para dar á la vela y llevar su carta, la terminaba apresuradamente el mismo dia, domingo 8 de Octubre, no sin añadir, malicioso como todos sus conterráneos, una posdata encaminada á poner de muestra el cómo los magnates se regalaban en su mesa.

Más en punto á marítimos banquetes, hubo de dejar perdurable rastro en las conversaciones y en la memoria de los santanderinos el celebrado en su bahía á bordo de un inglés *Royal Prince*, capitana de una escuadra de catorce poderosos navíos, el dia 24 de Setiembre (domingo) del año de gracia de 1623.

Reputados son los ingleses de pródigos y te-

naces en la mesa, y en este caso lo acreditaron. Mil seiscientos platos se sirvieron, sino yerra y vió claro un testigo de vista que lo cuenta, [1] y de ellos, cuatrocientos de dulces, ¡qué ocasion para golosos!—«Salióse bien tarde de él,» añade despues de descrito el festin, el ingénuo comensal, quien no estaba acostumbrado, sin duda, á las dilatadas sobremesas y ámplias compotaciones á que los hijos del leopardo, con exquisito pudor, conservan su nombre griego: *symposium*.

Es verdad que al brindar, para hacer eco majestuoso á la voz del orador, ó para desperezar al auditorio y hacerle volver en sí, y reconocerse entre el vapor cálido y vertiginoso de las copas, soltaba la escuadra su artillería, á cuyo estruendo vajilla y aparadores venian al suelo, con gran ruido de cristalería y búcaro rotos, y solaz y aplauso de los convidados: propia genialidad de bretones.

El que así festejaba su mansion en estos pa-

[1] Relacion impresa de lo acaecido en Santander durante la estancia de S. A. el príncipe de Gales.—Madrid 1623.—Citada por Assas en su Crónica de la provincia: cap. XXXVII.

rajes, era un pretendiente desairado, aquel Cárlos Estuardo, de poca ventura, cuya cabeza y cuya corona cayeron años adelante, en el de 1649, sobre el cadalso de Whitehall, derribadas por el hacha que afilaron la dureza y fanatismo puritanos, y esgrimieron los rencores de Cromwell. Era mozo de grandes prendas, benévolo, inteligente, erudito, mesurado en sus costumbres, pero obstinado y débil. Y segun probó su suerte futura, más inclinado á condescender con sus aficiones movedizas, que á buscar en la razon madurada y egoista, las causas de las necesidades implacables del Estado y su remedio.

Habia venido á España enamorado de una niña, cautivo de su retrato y de la fama que en las córtes publica gracias y desgracias, virtudes y vicios de las familias reales. Y habia venido guiado por su imaginacion de veintidos años, la cual le decia que su calidad augusta no le excusaba de las obligaciones de galan, que no era de caballeros fiar el premio de una pasion á negociaciones diplomáticas y políticos tratos, y que en tierra de España, afamada entonces por su amorosa bizarría, y á los ojos de

una princesa española, sus propios merecimientos habian de ser más elocuente abogado que la sutileza de un embajador.

Diez y siete años tenia la princesa María de Austria, [1] hija de Felipe III, hermana de Felipe IV y objeto de tan singular y acendrado afecto. ¿Lo merecia la española?

Hay quienes niegan al corazon su lógica, ó alegan que su lógica consiste en no tener ninguna, como si en cuanto es natural, espontáneo y no nacido de voluntad humana, sino á pesar de ella, ó sin cabal cuenta de ella, pudiese faltar la relacion necesaria y fatal del principio á la consecuencia, de la causa al efecto. Y es comun entre cuantos blasonan de observadores y versados en sondear misterios y cuidados del alma, asombrarse de inclinaciones ó desdenes, tacharlos de fingidos ó absurdos, olvidando ó aparentando ignorar que el alma humana es riquísima en secretos, y por mucho que la perspicacia ahonde y los penetre, todavía quedan en ella centros inaccesibles é inexplorados. En esos centros reside el gér-

[1] Habia nacido en el Escorial á 18 de Agosto de 1606.—Florez.—Reinas Católicas: tomo II, pág. 927.

men cuya inesperada erosion sorprende á cuantos la presencian, por su viveza, por su intensidad, por excesos á que no pocas veces guia ó arrastra.

Autores ingleses cuentan que la princesa no fué insensible. Seis meses de fiestas y galanteo, desde Marzo á Setiembre, ayudaron á la natural bizarría del príncipe á ganar su tierno corazon.

Velazquez nos la dejó retratada, ya de más años [1] con aquel sóbrio y armonioso colorido que su mano empleaba á veces como en alarde soberano de la riqueza que sabia encontrar en la paleta ménos próvista. [2] Los cabellos de la princesa, rubios, espesos y rizosos, dan su tono trasparente y ambarino al lienzo; en torno de aquella aúrea diadema vaporosa y crespa, más vaporosa y más leve que las pardas plumas con que se engalana, funden y conciertan sus tintas la blanca tez limpia y fresca, los ojos garzos, más cariñosos que apasionados, la boca sonrosada y carnosa, la rizada valona, trahér ominoso que emboza el cuello, esconde

1 En 1630, en Nápoles.
2 Núm. 135, en el Real Museo de Madrid.

su morbidez y mata la viveza juvenil del busto, el fondo oliváceo, y el paño aceitunî del vestido.

Todos se parecen estos rostros austriacos; todos tienen impreso el sello de la bondad, cualidad excelente en príncipes cuando se ampara de entereza y resolucion, funesta cuando domina el temperamento y lo envilece y enerva, sello tan persistente y hondo, que así pasa á través del austero gesto de Felipe II, como templa la atonía lastimosa del segundo Cárlos. En todos ellos baja invasora la raiz del cabello á hender en su medio la ancha y cuadrada frente, aguileño rasgo que imprime en la abierta y generosa fisonomía del emperador algo del fiero gesto de la reina poderosa de los aires.

La inflexible razon de Estado sobrevino y se interpuso entre ambos amantes. Regía la política española un hombre á quien no apartaban de su camino platónicas razones, dichas ó desdichas de enamorados, por más que él lo hubiera sido, y no recatado ni modesto en sus mocedades, D. Gaspar de Guzman, conde duque de Olivares. Acompañando al inglés venia

otro hombre, favorito tambien, que no cedia en habilidad ni en carácter al favorito español, Jorge Villiers, duque de Buckingham, tan célebre en el mundo por su hermosura, su audacia y sus aventuras; procaz libertino, corruptor de las costumbres inglesas y causante en no poca parte del ódio de clases que con las diferencias religiosas ahondaron la sima en que cayó el trono de Inglaterra.

No son sabidas las causas de la disension entre ambos personages; murmuradores hubo que las supusieron de toda especie, celos de marido y celos de estadista. Súbitamente y con sorpresa de la córte española, el príncipe inglés y su acompañamiento tomaron el camino de Santander, donde les esperaba ó vino á buscarlos la escuadra. Y aunque honrados oficialmente con la compañía de altos sugetos diputados por el rey, luego cundió que la separacion de los favoritos habia sido poco afectuosa.

Nada de esto se ignoraba en la villa. Sabíase tambien que á bordo estaban los magnates españoles, el cardenal de Búrgos, Zapata; el célebre conde de Gondomar, de tan alta reputacion en los negocios, que era universalmente llamado

el *Maquiavelo español*; los condes de Monterey y de Barajas, y buen número de cortesanos, en quienes siendo ley y hábito el disimulo, nadie echaria de ver si su alegre participacion en las fiestas nacia de sentimiento ó de mandato.

¿Quién no se figura, pues, los cuentos y dichos que andarian en los honrados hogares santanderinos, la curiosidad de las mujeres, las suposiciones de los hombres, las santiguadas de las viejas, los comentos de los hidalgos, el asombro y decires de los populares? ¿Cómo estarian de gente, sobre todo durante la noche y durante el banquete, y las salvas y el desusado estrépito los muelles de entonces, los muelles que arrancando de las Atarazanas, dejando paso al puente, corrian por la Ribera, torcíanse al norte, á sotavento de la Aduana, y doblando la plaza del Príncipe Alfonso, arrimados al muro, iban á morir delante de la puerta del Arcillero, en el arrabal extramuros de la marinería?

VI.

LA FORTALEZA.

Cuando la escuadra vencedora de la Rochela desembarcó sus prisioneros, lleváronlos á la fortaleza *de la Villa* «atados con cadenas de hierro,» dice Froissart,[1] «usanza de españoles, no más corteses que los alemanes.» Allí ocurrió una escena parecida á la que siglos despues ocurria en Lombardía, cuando el condestable de Borbon, traidor á su pátria francesa y vencedor de sus ejércitos, se encontraba al ilustre caballero Bayardo, herido y cercano á morir, acusadora imágen que el remordimiento presentaba á su apostasía. Pero en el castillo de Santander eran otros los tiempos y otros los personages, que lo habian sido en los campos de Romagnano.

Encontráronse, pues, el ilustre general inglés, conde de Pembroke, y el tornadizo Juan de Gales, el cual atrevidamente y sin respetar

[1] Chroniques: lib. I, parte II, cap. 343.

la desgracia de su compatriota, le dijo con acerba ironía:

—¿Venís acaso, conde de Pembroke, á hacerme pleito homenage de las tierras que llevais en el principado de Gales, cuyo heredero soy, y que me usurpa vuestro mal aconsejado rey?

—¿Quién sois vos, que tales palabras usais? contestó el de Pembroke, sorprendido y avergonzado, á su desconocido interlocutor.

—Soy Juan, hijo del príncipe Aymon de Gales, á quien vuestro rey de Inglaterra mató á tuerto y contra toda ley, quitándome mi herencia; halláraos yo en lugar y en ocasion en que reñir pudiéramos, y de igual á igual os probaria la felonía grande que conmigo usásteis vos y vuestros parciales; consejo de ellos fué la sentencia que quitó la vida á mi padre, cuya completa venganza espero tan pronto como la ocasion me la ofrezca.

Mèdiando entonces Tomás de Saint-Aubin, caballero del séquito de Pembroke, dijo:—Juan, si entendeis decir y sostener que mi señor el conde ó su padre cometieron infamia, ó que os deban pleito alguno, arrojad aquí la

prenda de vuestro reto, el guante ó el anillo, no faltará quien lo recoja.

—Cautivos sois, contestó desdeñosamente el provocador, y en vano os retaria, estando como estais á la merced de vuestros vencedores; ¿á qué hablar más ahora? Yo os buscaré cuando seais libres, y entonces tendrán otro alcance mis palabras.

Algunos españoles, «aucuns chevaliers et vaillants hommes d'Espaigne,» dice Froissart, que presenciaban la querella, se adelantaron á terminarla, y ya los almirantes no descansaron hasta conseguir que los prisioneros fuesen llevados á Búrgos.

Estos prisioneros sirvieron despues para el rescate que el rey D. Enrique quiso hacer de las villas y ciudades entregadas en pago de sus servicios á los capitanes extranjeros que le habian ayudado contra su hermano D. Pedro. En Santander se habia concertado el precio [1] y así recobró la corona la ciudad de Sória, [2] las villas de Atienza y Almazan, y los demás lugares en-

[1] Crónica de D. Enrique II.—A. C. 1372.

[2] Los sorianos se resistieron por armas á recibir y reconocer la autoridad del señor extranjero, como más tarde los de Santander la del marqués de Santillana.

tregados al célebre Beltran Claquin, el felon de Montiel; así las tierras de Agreda, que habian sido gaje de Oliveros de Mauny. [1]

Esa fortaleza *de la villa*, única sin duda en el recinto, llega con el mismo nombre hasta la edad moderna. Ni la titula de otro modo el anciano gobernador que la reedifica y pone encima de su ingreso principal esta inscripcion: GOBERNANDO LAS ARMAS DEL REY NUESTRO SEÑOR EN ESTAS CUATRO VILLAS DE LA COSTA Y EL PRINCIPADO DE ASTURIAS, POR SU GRACIA Y GRANDEZA, DON SEBASTIAN HURTADO DE CORCUERA, DEL ÓRDEN DE ALCÁNTARA Y DEL SU CONSEJO SUPREMO DE GUERRA, MANDÓ PONER Á LA PUERTA DE ESTE SU CASTILLO LAS ARMAS REALES EN 30 DIAS DEL MES DE AGOSTO DEL AÑO DE 1656. [2]

[1] El cange de Agreda tiene en las crónicas saber caballeresco. Mauny amaba á una noble doncella francesa, cuyo padre era prisionero de los ingleses, la cual ponia como precio á su correspondencia la libertad de su padre. Mauny entonces hizo preguntar al rey de Inglaterra, cuál de sus caballeros prisioneros en Castilla aceptaria en cambio del señor de Roye, padre de su amada. Designado por el inglés el caballero cuya pronta libertad deseaba, Mauny lo rescató del castellano, dejándole á este sus tierras de Agreda, y lo envió á Inglaterra á ser trocado por su suegro.

[2] Las dos cifras últimas del año están ilegibles. Las

Y sin embargo, era oportuno haberlo titulado de *San Felipe*, como se llama ahora; porque Felipe se llamaba el rey, y este ha sido en todo tiempo modo comun de lisonja de autoridades y pueblos á soberanos; y quizás entonces recibió el título, aunque la inscripcion lo calle.

De este castillo era alcaide en 1577 Juan de Escobedo, aquel célebre secretario de D. Juan de Austria, cuyo asesinato fué un misterio. Aun ignora la historia, que ignora tantas cosas, y lo ignorará siempre, si el hierro que lo mató en Madrid tras de Santa María de la Almudena, cortó la vida á un ambicioso temible, ó castigó á un enamorado audaz y venturoso. Mozo despierto, en situacion de conocer las altas calidades de su señor, la voluntad que los pueblos le tenian y el prestigio sin límites con que seguian unánimes su voz capitanes y soldados de los temibles tercios españoles, pudo muy bien dar cabida en su ardiente cerebro á desvanecidos pensamientos; faltábale, empero,

sustituyo fundado en documentos que prueban el tiempo en que Hurtado de Corcuera ejerció el mando de las cuatro villas.—Papeles pertenecientes á la defensa de la gente y puertos de Asturias.—Biblioteca Nacional.—M. S.—Q. 69.

una condicion capital en conspiradores y políticos, freno en la lengua.

Con juvenil petulancia se habia dejado decir, hablando de conspiraciones y descontentos, que teniendo amiga á Inglaterra, «se podrian »alçar con España, con tener la entrada de la »villa de Santander, y el castillo de dicha villa, »y con un fuerte en la peña de Mogro,» y cuando, lejos de haberse calmado los recelos del rey, naturalmente suspicaz y desconfiado, se enconaban y crecian de contínuo, poseido ya de la alcaldía del citado castillo, pretende en forma la fortificacion de la peña y la tenencia de ella.[1]

Causa habia para que, á espaldas de la pretension, escribiese Felipe II de su puño: «Menester será prevenirnos bien de todo, y dar»nos mucha prisa á despacharle, antes que nos »mate,» porque harto penetraba su experiencia de los hombres, cuán grandes daños pueden venir al Estado de sucesos no previstos, y que

[1] Fecha á 25 de Julio de 1577, en Santander.—Memorial que Antonio Perez presentó del hecho de su causa en el juicio del Tribunal del Justicia de Aragon. —II parte.—Obras y relaciones de Antonio Perez, impresas en Ginebra, año de 1640.

la historia absuelve mejor al poderoso del pecado de tiranía que del de negligencia.

Notable fortaleza debia ser la de un lugar que tan principal papel tenia en la honda política interior de España, en uno de sus momentos más agitados y oscuros. Y mal se da cuenta de ella quién ahora vé su flaco aspecto, y el sin rebozo con que el caserío urbano se apodera de sus escarpes, ciega sus fuegos, y domina sus hastiales.

Casi un siglo despues, en 1656, con temor de nuevas guerras navales, quiso el gobierno del rey Felipe IV proveer á la defensa de estas costas, y en 15 de Marzo comisionó á D. Sebastian Hurtado de Corcuera, gobernador á la sazon de la tierra de Astúrias y residente en Gijon, para que visitando las cuatro villas, y sus disposiciones defensivas, consultase al rey lo que estimara conveniente para su fortificacion y armamento. Vino á Santander en 14 de Abril, y hallóla bien preparada de gente, y no mal provista de artillería, pero desmontada y sin fustes.

«Ay en esta villa,» dice la consulta, «cuatro capitanes de infantería de la milicia de ella y

su jurisdiccion, que tienen sus soldados muy bien disciplinados, hay muchos mosquetes y los juegan muy bien, y arcabuces, y pocas picas, porque todos se inclinan al arcabuz, y verdaderamente hacen ventaja á todos los demás de la costa»..... «tiene tres castillos que son el de Henano, [1] San Martin y el que está dentro del lugar que llaman *de la Vlla*, dotados de castellanos y gente de guarnicion con sueldos; pero hoy se hallan estos castillos con necesidad de esplanadas, colgadiços, encabalgamentos, pólvora, municiones y pertrechos por cuia falta está con arto riesgo, y por el peligro de los desembarcaderos de la Magdalena, Sardinero, San Pedro y Nuestra Señora del Mar, puede ser la villa invadida de enemigos y necesita harto reponer la artillería y fortaleza, de modo que se pueda defender por los naturales.....» En vista de esto, creyóse conveniente que el D. Sebastian permaneciera en la villa para atender á lo necesario, y así se dispuso.

En esta época reparó el castillo y debió hacer colocar la inscripcion mencionada, porque

[1] Hano, fuera de la entrada del puerto.

á fines del mismo año, en 22 de Diciembre, escribe á Madrid al conde de Peñaranda, Presidente del Consejo de Indias, aceptando la régia merced que aquel le comunica, del gobierno y capitanía general de la provincia de Tierra-firme [1] y es de colegir, que abandonaria este gobierno de las cuatro villas que habia tenido, desde la primavera hasta terminar el año de 1656. [2]

Otra batería tenia Santander, no mencionada en la consulta de Corcuera, ó por olvido, ó más probablemente por su estado ruinoso, aunque no era vieja. Habíala alzado diez y siete años antes, en el de 1639, y con motivo de las famosas correrías y amagos del arzobispo Sourdis, el entonces gobernador D. Fernando de la Cerda. Era una plataforma para doce piezas, situada en la misma boca del puerto y en el lugar llamado Santa Cruz. De aquí el llamarse

[1] Papeles citados, existentes en la Biblioteca nacionan.—M. S.—Q, 69.

[2] Tenia sesenta y nueve años de edad, nacido en el de 1587 en Berguenda, provincia de Álava; sirvió segun sus propias palabras cuarenta y cinco años, de ellos los veintisiete en mandos de Ultramar, en América y Filipinas, donde las *Gacetas* del tiempo elogian sus dotes de pacificador y de soldado.

esta fortificacion de Santa Cruz de la Cerda, y posteriormente de la Cerda solo.[1]

Pronto iremos á ella y la hallaremos benéficamente empleada en sostener una luz que alumbre á los buques el paso de la gola que antes les cerraba. Hace tiempo ya que Santander dejó el ejercicio profesional de las armas, y solo en ocasiones extremas y más bien seducida ó engañada, que por vocacion é impulso propios, ha quemado pólvora.

VII.

CERCANIAS.—MOURO.—EL SARDINERO.—LA VÍRGEN DEL MAR.—MONTE-CORBAN.

Tal vez se hallaria en Santander quien no perdonase á este libro mio callar el nombre de la Compañía, porque en esa iglesia de los discípulos de Loyola, reza y oye misa y lava su

[1] Constan estos y otros pormenores curiosos sobre la fortificacion de Santander en una instancia elevada por la villa al rey (¿Cárlos II?), de la cual tengo á la vista una copia sin fecha.

alma, y acaso allí fueron benditos sus amores y cristianados sus hijos.

Hay tradicion que atribuye esta fundacion á aquel Luis Quixada, amigo del emperador Carlos V, de quien hablamos en Laredo; pero mi amigo el erudito arqueólogo Don Manuel de Assas, con quien habrá de contar todo el que quiera escribir de Santander y su provincia, afirma [1] que la fábrica del colegio fué comenzada en 1603, la de la iglesia en 1607, y ya vimos que el buen Quixada murió valerosamente en 1570.

¿Hízose la edificacion por legado suyo y con bienes que le habian pertenecido? Quien resolviese afirmativamente esta pregunta, habria conciliado ambas opiniones, la vulgar y la erudita.

Sea porque se erigieron en los mismos dias y por idénticas manos, sea porque en cuantas obras proceden más ó ménos directamente de los Jesuitas, resalta la admirable unidad, principio y base de su organizacion, ya fuesen ellos sus propios arquitectos, ya trascendiera el espíritu de su disciplina á los arquitectos que em-

[1] Semanario pintoresco español.—Año XII.—1847.

pleaban, no hay duda que sus fundaciones se parecen tanto, que, aun sin hablar de las que son hermanas y gemelas, desde luego revelan al observador su comun orígen y su destino.[1]

El templo es dórico, de una nave cuya bóveda posa sobre pilastras estriadas, y cúpula hemisférica en el crucero. Conjunto frio, como el de todos los interiores greco-romanos, cuando la riqueza del material, el fresco, ó la escultura no los realzan y calientan.

Pero ¿qué importa al creyente la arquitectura del edificio en que ora? ¿qué le importan la materia ó el precio de la imágen ante la cual se prosterna, si su afortunado pensamiento le forja templos, aras y efigies de formas purísimas, vago color, impalpable sustancia y vida celeste? Allá arriba, en region suprema está su alma, allí ora y suspira, allí ruega y consigue, no sobre el mal labrado piso que sus rodillas oprimen, ni ante el polvoroso simulacro, ni dentro de las añejas paredes que el musgo roe y el agua deshace.

[1] En las tierras de Pronillo tenian los jesuitas su *granja*, donde se retiraban á convalecer los enfermos y estenuados por el ejercicio evangélico.

Acaso en órden diverso de ideas venga un curioso á registrar, creyendo encontrar aquí resueltas sus dudas, y dicho cuál era en Santander la calle de Don Gutierre, que habrá visto mencionada en papeles del siglo XVII, y quién era ese Don Gutierre cuyo nombre creyó, el que tituló la calle, dejar perpetuado al ménos para cuanto durase la villa; y qué beneficios ó qué hazañas le habian acreditado para tamaña merced: y cuál la calle de Soportales, porque aquella en que él los alcanzó tenia además de sus soportales otro apellido: y la razon de llamarse del Cadalso, otra cuyo terrorífico nombre han ahogado los contemporáneos en el de una inmediata ménos ocasionado á románticas sospechas, y finalmente si la retorcida y tenebrosa del Infierno heredó tal nombre de la pelea contra los de Santillana que referimos arriba, como aseguran algunos, ó si lo trae más propiamente de aquella funesta lepra de los siglos medios, la hechicería, que con sus fueros de consentida, no se asustaba de tener albergue en los cimientos y cercanías de la iglesia, como anidan la culebra y el escuerzo á raiz de la tapia en que mora la paloma sin

hiel y florecen el casto jazmin y la siempreviva yedra.

Acaso no es Santander la única ciudad donde el pueblo estigmatizó con el reprobado nombre el lugar á donde le llevaban la incurable llaga de su pensamiento, la tentacion perenne de su corazon, el ejemplo de sus caudillos, regidores y maestros, las pasiones todas de su alma, el ódio, la envidia, el amor, la venganza, el ánsia de riquezas, y el ánsia más tirana todavía, insaciable y vertiginosa de felicidad.

¿Quién sabe si ese corvo callejon sombrío no encierra el secreto de la vida del alma humana en los siglos medios, confusa y aún no bien definida todavía? ¿Quién sabe si no iban allí el cobarde á comprar la vida del valiente, el holgazan la fortuna del laborioso, el malvado honras, el vicioso enterezas, y todos á buscar la revelacion del vedado porvenir, á sacudir los hierros de su humana y estrecha cárcel, á romper el odioso lazo de esa limitacion y apocamiento con que la naturaleza castiga la voluntad y la desespera: á pedir á lo sobrenatural vista más clara que la de sus ojos, alcance mayor que el de su brazo, alientos más briosos

que los de su pecho: oro, hierro, sangre, aire vital, propósitos, intentos, audacia, fuerza, cuanto creian necesario y bastante para hacer suyo y apropiarse el universo de lo apetecible, de lo tentador y deleitoso: tantas dichas que el mundo nos tiende y retira si nos llegamos á tomarlas, tantas que nos roba á media miel, tantas que nos muestra entre dudas y sombras, mal definidas, inabordables, y por lo mismo más seductoras y omnipotentes?

¡La omnipotencia! Eso iban á pedir al conjuro del astrólogo, á la cábala del mago, al filtro del alquimista, nuestros progenitores.

Si, pues, de allí salia preparado el homicidio, prevenida la ocasion y afilada el arma; si de allísalia la calumnia á envenenar el aire, la seduccion á manchar el hogar, la impostura á oscurecer inteligencias; si de una de aquellas bóvedas sombrías y mal alumbradas salian en tropel los males todos que hieren, infaman ó prostituyen el alma humana dejando tras de sí abierta siempre la espantosa sima y preparada á brotar nuevos enjambres de ponzoñosos gérmenes, merecido tenia el lugar su nombre: Callejon del Infierno.

¿Quién sabe? El remedio de nuestra comun ignorancia está quizás dentro de esa casa sobre arcos, inmediata á la iglesia de la Compañía, erigida para regimiento y administracion de la villa de Santander, para custodia de sus títulos y foro de sus libertades en dias en que España podia aún pintar entre sus blasones las águilas sicilianas, las fajas austriacas, las lises de Artois, las bandas de Borgoña y el leon de Brabante, segun los áureos escudos que adornan su fachada. De los archivos de su casa municipal y de su casa abadía, de los papeles del pueblo y del señor, de las memorias de gobernante y gobernados ha de sacar Santander su historia el dia que quiera poseerla, detallada, completa, fiel, para dársela sin falsa vanidad ni falsa vergüenza á leer á sus hijos.

Y ahora, lector, de nuevo estoy contigo para acompañarte á visitar el paisage que de lejos ha podido tentar tu curiosidad y tu deseo.

Dos mares tiene Santander que enseñar al forastero: el mar casero, doméstico, útil, manso, apacible á los ojos y al oido, la bahía que hemos visitado; y el mar libre, bravo, proceloso, indomado y rebelde, la costa á donde vamos ahora.

Y vamos por un camino recto, orillado de gallardos chopos piramidales, faldeando el vallecillo de Miranda, camino anecdótico al cual apodaron algunos ingeniosos vía Cornelia, y luego dieran una mano por borrar el apodo porque el pueblo con su recto juicio repitió en son de alabanza lo inventado en son de ironía. Un camino en el cual conviene elegir hora y estacion para seguirle, porque en la del verano por tardes y mañanas es dominio exclusivo de la numerosa carruagería que trae y lleva enfermos y sanos del Sardinero á la ciudad, y de la tralla de los mayorales y de las nubes de polvo que ruedas y herraduras levantan y esparcen.

Y llegamos á una altura divisoria, sobre la cual está la ermita de los Mártires. Lejos estoy de aquellos parages, y mi memoria es flaca, pero creo recordar, —¿no lo dice una inscripcion sobre la puerta?— que en 1848 se edificó la capilla. Costeóla el cabildo de mareantes de San Martin de Abajo, uno de los dos en que se divide el gremio de la ciudad, [1] y depositó en ella

[1] El otro es el de San Pedro, habita la *calle alta*, que vimos por la espalda al llegar á Santander, y tiene su titular en la iglesia de Consolacion, ligera construccion dórica de una sola nave, erigida en la propia calle.

los bustos de San Emeterio y San Celedonio, que custodiaba antiguamente en una tribuna ó balcon abierto en la muralla, junto á la puerta del Arcillero y mirando á su *Arrabal*.

Ya vimos al visitar la colegial [1] que de muy antiguo, en el siglo XIII, usaban los abades en su sello el símbolo de las dos cabezas. El pueblo que las vé cuotidianamente en los actos y acuerdos de su municipio, que adora los santos cráneos en señaladas festividades del año, y los sigue devotamente cuando en sus dias de tribulacion y espanto salen á recordarle su fé antigua y á fortalecer su ánimo y su esperanza, profesa aquella tradicion que Morales apunta y Risco severamente examina, [2] segun la cual las cabezas segadas del tronco, caidas al Cídacos y arrastradas por su corriente, llegaron al Océano, y sobre sus ondas traidas, arribaron al puerto á que habian de dar nombre. Y os dirá que allá en los hondos cimientos de la catedral, donde no llegan humanos, yace escondido el barco que las trajo, y desde estos mismos lugares os mostrará en la entrada de su bahía, en el seno

[1] Pág. 218.
[2] Esp. sagr.: tomo 33.

de la Magdalena, una roca, la Peña de los Mártires, horadada, porque, dando en ella el barco impelido por la corriente, dejóse penetrar milagrosamente la piedra.

Tan populares como fueron en España los mártires de Calahorra, no podian escapar á la musa invasora y altamente popular de nuestro teatro; así tomaron su apoteosis para asunto de un drama D. Antonio Coello y el glorioso Rojas. Tituláronlo *Los tres blasones de España*; y deseosos de ligar la devocion á los heróicos confesores, con las más altas glorias castellanas, hacen que en aparicion misteriosa el ínclito Rodrigo Diaz de Vivar reciba de aquellos bienaventurados el espaldarazo y la espuela de caballero. [1]

Desde esta cumbre se domina el vasto panorama de alta mar. De aquí caen rápidamente á la marina, carretera, senderos, prados, veredas, cauces y cañadas á morir como en ancho desagüe en el arenal del Sardinero. Por quie-

[1] Tiene el drama bellísimos rasgos, aparte del capital vicio del asunto, como obra dramática. Para esforzar el interés, ó para evitar la monotonía de los caractéres, fingieron los poetas á Emeterio niño y hacen que Celedonio sea cegado antes del suplicio final.

bras y lomas se derrama y esparce la poblacion con libertad completa de gusto, proporciones y arquitectura en sus viviendas, urbanas y rústicas, góticas y suizas, y abajo en la playa tiene su núcleo, su plaza, su estacion, su centro de vida y movimiento, á donde la gente afluye y de donde se retira guardando compás de tiempo y de grupos, á semejanza del torrente circulatorio en los vasos del humano organismo.

En tanto llega el momento de examinarla de cerca, nos llama los ojos una cumbre desolada, yerto peñasco erguido á la boca del puerto, en cuya cima como reliquias de antigua corona se distinguen restos de una fortaleza. Si tomamos el áspero camino de arena y roca que á esa cumbre lleva, su aridez desaparece ó se amansa: su desnudez está cubierta á trechos de tupida grama, de haces de juncos, de manojos de lirios blancos, de purpúreas clavellinas, flor de Cantábria, alegría de sus quemados arenales como de sus heladas cumbres donde la encontraremos.

Al pié del monte, agarrada á los estribos de su base, está la batería de Santa Cruz de la Cerda, convertida en faro, y sus colgadizos y

cuartel en establo de vacas. Desde ella, y rastreando todavía las huellas del camino cubierto que unió ambas fortalezas, se trepa suavemente á la cumbre de Hano. El son de las olas que baten eternamente estos parages nos acompaña, voz del perpétuo combate que los elementos sostienen.

¿Sabes quién quitó á la plaza su avanzado centinela, quién mató á este fornido guerrero, quién postró en el suelo su yelmo, rompió su espada, y dejó su cadáver tendido sobre su propio solar á merced del insaciable buitre del tiempo que le roe, le devora, y aún no ha podido dar cabo de su durísimo esqueleto? Allí lo tienes, en medio de las aguas, descansando inmóvil como el ictiosauro ahito de las edades palingenésicas, dormido en el sueño de su victoria y de su fuerza incontrastable. Ese escollo es Mouro, [1] que en los dias de invierno, envuelto en espuma, ondeando en el aire tempestuoso blancos penachos, dejando correr sobre sus

[1] Mouro ó Mogro, parece nombre genérico, degeneracion del sustantivo *morro*, aplicado á rocas aisladas de forma determinada. En la provincia encontramos otro Mogro, en la embocadura del Pas, y Mogrovejo, ó veio, en Liébana.

hombros blancos armiños, recuerda infaliblemente los versos de Quevedo «Tu pompa es la borrasca.» Mouro, el que Escobedo queria vestir de muros y coronar de almenas, sobre cuya espalda el siglo actual ha hincado un faro, y del cual hicieron batería los ingleses en 1812 para desbaratar y rendir el castillo de Hano que los franceses ocupaban.

He contado varias otras veces el suceso, y me cuadra mal relatar de nuevo la arrimada nocturna de los buques aliados, su sigiloso trabajo, el desembarque y establecimiento de su artillería, y el alba del siguiente dia (12 de Agosto) que para los franceses rompe en lluvia de fuego desde el inerme peñon convertido en fulminante nube; pero en la ciudad hallarás quien te lo refiera, quien despertó aquel dia al febril redoble de *la generala*, vió la confusion de la sorpresa y el combate, y botar en las losas de los muelles las balas disparadas por los barcos ingleses, dueños ya del paso, y correr por las calles los dragones desbocados, y ordenar su retirada la guarnicion enemiga.

La costa de la otra parte tiene tambien su

fortaleza natural avanzada, el islote de Santa Marina, Santa Marina de Don Ponce, que conserva su nombre en mapas y documentos oficiales, y lo ha perdido en la memoria del pueblo, el cual la llama isla de Jorganes, del apellido de su dueño, ó de los Conejos, porque estuvo poblada de ellos.

No era isla esta peña en el siglo XV. Habia en ella una ermita de Santa Marina, á donde movido de espíritu ascético un canónigo de la colegial de Santander, D. Pedro de Oznayo, arcipreste de Latas, se habia retirado con otros compañeros á hacer vida penitente. Otros ermitaños reunidos en Santa Catalina de Monte Corban, á instancia y por consejo del obispo de Búrgos D. Juan Cabeza de Vaca, que visitaba su diócesis, habian en 1407 tomado el hábito de San Gerónimo, con cuyo ejemplo y una nueva visita del celoso prelado de Búrgos, los de Santa Marina en 1411 se resolvieron á hacer otro tanto.

Ambos monasterios asistian al primer capítulo general de la órden en Guadalupe á 26 de Julio de 1415, representado Monte Corban por su procurador Fr. Gomez de Toro, y Santa Ma-

rina por su fundador Fr. Pedro de Oznayo.[1]

Eran tan pobres de rentas, que en el segundo capítulo general celebrado en 1416 y en San Bartolomé de Lupiana, solicitaron por sus procuradores la incorporacion en uno de ambos monasterios; decidióse así, disponiendo que quedase con su título el de Santa Marina.

Pero tres años despues, en el de 1419, mal avenidas ambas comunidades, quejosos los de Corban de la aspereza y rigor del sitio, tornaron á solicitar de nuevo su separacion, resolviendo entonces la órden que se hiciese la traslacion á Santa Catalina, quedando la fundacion isleña como granja ó dependencia suya.

Conservaron la iglesia para celebracion del culto divino, y quedóse á acabar sus dias en aquel nido de su fervor, nido de aves marinas, el fundador Fr. Pedro de Oznayo. Poco vivió: al año siguiente ya tenia lápida con su efigie de medio relieve y una orla con estas letras: AQUÍ YACE FRAY PEDRO DE HOZNAYO, CANÓNIGO DE LA IGLESIA DE SANTANDER, ET ARCIPRESTE DE LATAS,

[1] Sigüenza.—Historia de la órden de San Gerónimo: tomo II, cap. 31.

FIJO DE GARCÍA GUTIERREZ, ET DE DOÑA URRACA DE HOZNAYO, EL CUAL FIZO ET DOTÓ ESTE MONASTERIO, QUE FINÓ ANNO DOMINI MILLESIMO QUADRIGENTESIMO VIGESIMO.

Los huesos del venerable varon y la piedra que los cubria fueron trasladados á Corban en el año de 1550, y en un rincon del claustro yacieron hasta nuestros dias.[1]

Bajemos y sigamos la quebrada costa hácia el Sardinero; pasaremos junto al pinar de la Alfonsina, don de la provincia á su última soberana, antes floreciente y lozano, ya desmedrado y enfermizo: sus árboles se deshojan y mueren roidos por ignoto mal, acaso por el presentimiento de que troncos y raices han de hacer sitio á ladrillos y sillares.

Cada mogote de la áspera marina conserva vestigios de su antigua fortificacion, permanente ó de campaña. Nuestros abuelos la habian erizado de cañones, y el pueblo ha conservado

[1] Historia manuscrita de Santander, citada por Assas en varios artículos del Semanario pintoresco español, año de 1857, y atribuida por él á dos autores, D. Emeterio Almiñaque, prebendado de la catedral, y Fr. Ignacio de Bóo Hanero, monge de Corban.—Escribióse por los años de 1772.

á ciertos parages el nombre con que los bautizaron sus mayores: «el cañon.» En una de estas asperezas erguidas y avanzadas sobre el agua, edifica el Sardinero su iglesia: ¿cómo se llamará, Estrella de la Mar, ó Nuestra Señora de las Olas?

Llegamos á la celebrada playa. El guijo de los arrecifes desaloja al césped de los prados; el arbusto jardinero hereda la tierra-madre del escajo y del helecho; la brava costa se *urbaniza*, amansa su faz, desarruga el ceño; el espíritu de silencio y soledad que la ocupaba, voló ahuyentado á recogerse en el horizonte de las aguas, en cuya vasta inmensidad no hay ruido viviente que prevalezca sobre la voz opaca y sublime del desierto, ni obra de hombres cuyo perfil y color no se ahoguen en su luz esplendente é infinita.

En el ribazo de la arroyada se levantan las grandes hospederías, dando á leer sus nombres al más miope, en letras descomunales y bastardo idioma: «Gran Hotel,» «Nuevo Hotel.» Y entre ambas, cuadrada y cenceña, como puesta en jarras, con rejo y sal propiamente españoles, otra casa de más modesto porte, grita á

los cuatro rumbos del cielo su castizo y reputado rótulo: «La Navarra.»

Abajo, en las arenas, la pintada caseta ya probada por tormentas y naufragios, cuyos récios pilares baña la pleamar; y su oreada galería tan poblada de oteadores y curiosos como de bañistas ó convalecientes, donde muchos pierden la quietud del alma en cambio de haber recobrado la salud y el vigor del cuerpo. A su frente, desperdigadas por el arenal como guerrilla que precede y cubre apretados batallones que van al enemigo, las tiendas de lona cuyas puertas batidas por el viento parecen alas vivas de gigantescas aves. Y más allá, la sonora rompiente entre cuya blanca y hervorosa espuma, negrean cabezas y bustos, suenan voces y prevalece el agudo alarido femenino sobre el ronco y pausado estrépito de las olas.

Pintaba Ovidio con delicia la aparicion en su elemento nativo de las Nereidas:

. . . . quarum pars nare videtur,
pars in mole sedens virides siccare capillos

y la pintura del vate sulmonense parece tomada de originales cántabros: «mientras unas

aparentan nadar, otras sentadas en la playa, tienden á secar sus cabellos.»

Pero ¿qué mucho que nos acudan los clásicos recuerdos de las aulas, si plantadas sobre un barracon de tablas empavesado con ramos y banderas, nos saltan á los ojos estas letras: NEREO? ¡*Grandaevus Nereus* de Virgilio! Mas este á pesar de su nombre ni es grandevo, ni dios marino, por más que á imitacion de toda la descendencia de Neptuno, *neptunia proles*, se ejercite en domar y regir con la voz y con la fusta un par de trotones, *domitor equitum*.

Estos parages, este mar sublime, esta playa suave, despejada y abierta, tendrán su libro especial un dia. Vendrá el geólogo á analizar sus rocas y lanchares, el prehistórico á descubrir sus fósiles, el naturalista á recoger y clasificar sus conchas vivas: vendrá el geógrafo á titular sus cabos y ensenadas, sus fuentes y los accidentes menores del paisage: vendrá el historiador á decir la razon de sus baterías y armamento, el empleo que ambos tuvieron y si fueron de algun provecho, y á qué generaciones sirvieron, y de qué riesgos y enemigos las guardaron.

Y vendrá el cronista á referir los orígenes y vicisitudes del benéfico pensamiento, sus principios allá en los años de 1847 á 1850, con los acogidos de la Caridad, y la ancha tienda listada de azul y blanco, recinto de misterios y aventuras, y el cuadrado edificio, quinta particular ahora, hostería entonces copiosa y regaladamente servida; sus posteriores eclipses, sus reapariciones sucesivas y su postrera, franca y decisiva reinstalacion.

Y con él vendrá otro cronista de especie diversa, más impuesto en las cosas y menesteres actuales que en estériles recuerdos de lo pasado: más aficionado á estadísticas contemporáneas que á enumeraciones arqueológicas: más diestro en picar curiosidades presentes que ocupado en merecer póstumos aplausos de un sábio venidero, huron y desabrido; y vendrá el pintor que dibuja, y el prosista que describe, y el poeta que canta, y el humorista que esparce semilla sutil y leve de vario ingénio, para que el ingénio de cada cual la fecunde y convierta en espiga y sustancia, y juntos harán ese libro que aparecerá en manos de todos, á bordo del bote, dentro del coche, bajo

la sombrilla, sobre el cesped, en el regazo, asomando por el saquillo repleto de la viajera, rebosando del bolsillo abierto del tourista.

Pero mientras ese libro prodigioso y afortunado se engendra y cuaja en los limbos confusos, aunque limitados y cercanos del tiempo, no nos olvidemos de llevar adelante el pobre y trabajoso nuestro.

Al Norte, ó rigorosamente hablando, entre los rumbos Norte y Norte-Noroeste, cuarto al Norte de este Sardinero, está el gran Sardinero, vasto desagüe de un valle abierto de Este á Oeste. Si subís el curso del arroyo, que en lo más hondo fluye, pasareis de la arena al pantano, del pantano á la pradera, de la pradera á la mies; pero el pantano ya desecado,—las Llamas tiene por nombre,—se convierte en huerta, y ya sin estado intermedio pasa la tierra de la fecundidad á la aridez, del vergel al arenal. A dos pasos de la arena y de la sal crecen higueras, y dan sombra y dan fruto. Es verdad que la higuera es árbol tan pagado del suelo de nuestra pátria, que donde quiera se agarra y prospera. Ahí las tienes vistiendo de verde los pardos sillares de la destrozada batería de San Juan, na-

cidas entre sus juntas, nutridas del aire que absorben sus raices y respiran sus hojas.

Un promontorio nos ataja, guarnecido por carabineros, Cabo menor; otro más alto y poderoso asoma detrás de él y se llama Cabo mayor.

Cabo mayor, pedestal erigido por la naturaleza al borde del agua, para que á trescientos piés de altura, sobre la haz revuelta de las espumosas olas, pudiera la vigilancia humana señalar al navegante la cercanía del puerto ó del escollo, la meta ó el abismo, la salvacion ó el naufragio; para entablar á distancia, á través de la humareda de las nieblas, del vapor de las rompientes, del fragor terrible de las tempestades, y con el buque desarbolado acaso y sin gobierno, diálogos mudos, interrumpidos, breves, pero seguidos con alma inquieta y corazon suspenso, como que de ellos penden vidas humanas.

Las edades sucesivas comprendieron y aceptaron los destinos dcl erguido peñasco; sobre su cima se encuentra todavía el tosco gariton antiguo en que los marineros encendian sus hogueras de señal y aviso, cerca del soberbio

faro que los modernos han erigido. Toda es luz la torre; de dia su fuste blanco se destaca y pinta sobre el limpio azul ó el brusco ceño del horizonte; los cristales de su linterna reverberan al sol como el agua llovida en el vaso natural de una roca; de noche, su inflamada cúspide á intervalos se oscurece y apaga, como párpados que se cierran, como frente que se inclina rendida por el sueño y la fatiga, y que de nuevo se abren, de nuevo se levantan dominando la fatiga y sueño, porque su obligacion es velar. Allí encuentra el marinero cuando el cielo, la naturaleza, inclementes y sombríos le niegan toda señal de afecto, allí encuentra ojos que le sigan, voz que le llame, aviso que le guie, compasion, auxilio, caridad, prójimos en fin.

Todo es claridad en aquella torre, que pesa afirmada y quieta sobre sus anchos piés en la robusta confianza de sus treinta y dos años,[1] todo ménos la inscripcion puesta sobre su entrada para conmemorar la fecha de su fundacion y los altos pensamientos que la dieron orígen.

[1] Fué erigido el faro por la Junta de Comercio de Santander en 1839.

¡Terrible costa en dias procelosos! La mar irritada, con la espuma que os arroja al rostro, con el espanto de su bramar, con el vértigo de sus remolinos y convulsiones, se defiende del curioso y del atrevido, les cierra sus términos, los mantiene alejados de su insondable orilla. Y penetrando en las cavernosas profundidades de la costa, en aquellos senos de piedra inexplorados, cuyos misterios acaso encarece y multiplica la imaginacion humana, acaso no alcanza á sospecharlos ni enumerar su variedad, sus formas, su trascendencia infinita, y donde se oye retumbar el subterráneo estampido, parece que con brazo poderoso ase y extremece los caducos cimientos de la tierra.

Así viene de siglo en siglo sacudiendo y quebrantando el continente; esas rocas caidas en su abismo, que apenas descubren la anegada cabeza con encarnizada furia y rabiosa voz golpeada por las olas, eran acaso límite más avanzado de la costa, base sobre la cual caminaron nuestros ascendientes, y en cuyo socabado centro oian como nosotros zumbar el ronco azote de las aguas.

Mas ¿qué libro no se cierra ante la gloria in-

finita del mar, á vista de su poder y su hermosura? ¿Quién lo lee retratado por mano de hombre, si lo tiene á su alcance vivo y animado por el invisible espíritu de Dios?

Cada arroyo de cuantos nacen en los ricos manantiales de la marina y de su vega, trabaja para abrirse paso al mar y labra en la costa senos y calas. Dos de ellos, nacidos en los veneros de San Cebrian y de Bezana, despues de descansar en cristalinas charcas donde florece el nenúfar, despues de mover las macizas piedras de uno y otro molino, forman la ensenada de San Pedro del Mar; más al Oeste la más angosta de San Juan del Canal.

Entre una y otra encontramos una isla, amarrada á tierra firme por un puente de madera, por el cual, y batidos por el Nordeste que aquí se encauza y redobla su vigor, pasan devotos á visitar el santuario de Nuestra Señora de la Mar. Un manuscrito ya citado [1] pone la fecha de esta fundacion en 1400, tomándola de la piedra sepulcral del fundador que yace dentro de su fábrica. [2] Es romería devotísima de los marine-

[1] Historia de Santander, por Almiñaque y Havero.
[2] Assas lee la inscripcion como sigue: AQI YASE GON-

ros; éralo de los antiguos señores de la villa, cuyos escasos descendientes la conservan. De sus bóvedas y paredes cuelgan simulacros de embarcaciones de todo porte y aparejo, ofrenda de naufragios, singularmente expresiva, allí donde la amenazadora voz del Océano no enmudece jamás.

Un camino de sierra, blando y nada fatigoso, nos hace trasponer una loma, á cuya falda meridional se espacía el ancho cuadrilátero del monasterio de Santa Catalina de Monte-Corban. En su patio y cercanías corren ó pasean las negras sotanas de los seminaristas, que han sucedido á los blancos hábitos de los geronimitas. Pero la sucesion no fué directa, y entre unos y otros alegró aquella vecindad la grana de los uniformes ingleses, ó melancolizó el paisage la figura solitaria de un pastor ó de un porquero.

Momentos hace hablamos de los venerables que aquí hacian eremítica vida en los primeros años del siglo XV. Eran Fr. Pedro de Oviedo, Fr. Rodrigo de Osorno, Fr. Gonzalo de Santan-

ÇALO FERNANDEZ DE PEMANES, FIJO DE MARTIN FERNANDEZ DE PEMANES DE..... EL QUE DIOS PERDONE.

der, Fr. Gomez de Toro y Fr. Sancho de Islares.—Tambien digimos la visita y consejo del Ilmo. de Búrgos, que habian llevado á la órden de San Gerónimo el eremitorio, erigiéndole en monasterio con autoridad del Papa Benedicto XIII.—«Ánsí,» dice el clásico Sigüenza, «tie»nen por fundador y bienhechor en esta casa »al Obispo de Búrgos, D. Juan Cabeza de Vaca.»—Dicha queda igualmente la incorporacion á Santa Marina, sus vicisitudes diversas y el trasplante definitivo á Corban en 1419.

Sobre la puerta de su franqueada clausura un bulto informe es reliquia de una estátua arrodillada del santo doctor solitario de Belen. No fueron las insensibles lluvias del cielo únicos verdugos y profanadores de la esculpida piedra; fuéronlo las balas de soldados hereges y de cazadores católicos, que hicieron de ella blanco de su destreza y puntería. Consérvase de la construccion primera la iglesia y su entrada ogiva, y sus capiteles de figuras orantes y ópimas vides, y los escudos del fundador timbrados con su pastoral sombrero. El monasterio fué reedificado el siglo último con dineros traidos de las Américas; sobre su elegante in-

greso empotraron una gigante piedra destinada á perpetuar la memoria del bienchechor, su nombre y el tiempo y las condiciones de la restauracion, franco uso de la arquitectura, que, adelantándose á la inquisicion del pasajero, se delata y cuenta la razon, los medios y el propósito de su trabajo; mas la piedra quedó intocada y tersa, impacientando al viajero como impacienta un libro en blanco á quien le abre convidado por el título impreso en su tejuelo.

Aquí fueron acuartelados los soldados ingleses traidos en 1834 por la Cuádruple Alianza á sostener la causa constitucional. Á su devastadora indisciplina, que abrasó la madera y vendió el hierro, resistieron únicamente las piedras más difíciles de ser movidas y trasportadas. La historia de su permanencia en aquella casa abierta por el desórden de sus habitadores á todas las inclemencias del cielo, da curiosa luz sobre la raza, naturaleza y organizacion de aquellas tropas «excelentes,» segun palabras de su general Lacy Evans, «para ser traidas en globo al lugar del combate, y una vez desempeñado su marcial oficio, trasportadas por el mismo camino á sitios apartados de todo trato

y comunicacion humana.» Los aldeanos de las cercanías saben esa historia y la cuentan.

El anterior obispo de Santander, Ilmo. Señor D. Manuel Ramon Arias Tejeiro, varon de altísima virtud, estableció aquí el seminario conciliar de su diócesis.

Proveia este monasterio numerosos beneficios en lugares de la Montaña, y poseia donaciones muy especiales aùnque no pingües, de reyes y señores. Una dama montañesa, Doña Leonor de la Vega, de quien nos tocará hablar muy luego, madre ilustre del insigne marqués de Santillana, le otorgaba en 1428 una donacion, que luego adquiria condiciones de venta, de cuanto la pertenecia en el monasterio de Orejo en Trasmiera, y en el minucioso instrumento otorgado al caso decia á los monges estas precisas palabras: «vendemos vos lo y damosvoslo todo desde la foja del monte á la piedra del rio y desde la piedra del rio fasta la foja del monte.»

DE SANTANDER Á TORRELAVEGA.

I.

LAS BEHETRÍAS.—PIÉLAGOS.—UN CALVARIO.

Desde la piedra del rio hasta la hoja del monte, y desde la hoja del monte hasta la piedra del rio, no hay objeto ni paraje en el camino que vamos á tomar, con el cual, por tan conocido y sin número de veces visto, no pudiera yo entretenerte, si me olvidase ¡oh lector! de que «los gustos de los discretos hánse de medir con la razon y no con los mismos gustos.» Es máxima de Cervantes, y no rehusarás concederme que ya es signo de discrecion tener cuenta con lo que la discrecion preceptúa.

Distráete con tus propios pensamientos mientras dura la parte de nuestro camino que ya tenemos recorrida y olvidada. ¡Qué curiosidad inspiran los pensamientos de un compañero de

viaje! Nadie se deja engañar por la apariencia, ni admite que el espíritu de aquel extraño no tenga más ocupacion que la visible y aparente, la lectura, por ejemplo, ó la contemplacion del país; ni se conforma nuestro egoismo con que hayamos de ser materia para él indiferente. Es cierto que le pagamos, y en su presencia, háganos ó no nos haga caso, tenemos modo especial de portarnos, más corteses, ó más desenfadados, extremados en bien ó en mal, pero postizos; no somos, en fin, lo que seríamos á solas.

Esta conversacion sin palabras, á modo de romanza sentimental alemana, este diálogo mudo, camina á veces tan de conformidad y concertadamente, que el silencio suele terminar por una pregunta partida de uno ú otro lado, pero que no sorprende al que la debe contestar; y es que no se ha hecho sino cambiar de diapason, alzar la voz despues de haberla usado mesurada ó baja por prudencia, por respeto, por temor de despertar á alguien que dormia: y dormia efectivamente la calidad fundamental y característica de la raza-hombre, su instinto sociable, la necesidad de comunicacion y armonía

que debiera ser inclinacion y precepto, gusto y código, imán y lazo, y que no pocas veces torcida por nuestra pasion, por el interés y el mal pago, degenera y se cambia en aversion y misantropía.

Nada verás por aquí que te parezca nuevo, como no sea la ermita de los Remedios, arrimada á un árbol solitario. Desde tan lejos no distingues el extraño blindage que protege su campana de las pedradas de los transeuntes. No sé si habrás observado que una de las tentaciones más vivas en despoblado es la de probar con un guijarro el timbre de los esquilones de los santuarios; algun advertido previó en los Remedios este riesgo, rodeando su campana con uno á modo de medio tonel de madera: el blindage ha estorbado la puntería al metal, pero no ha resistido el choque de los proyectiles, de que se manifiesta taladrado y conmovido.

De la estacion de Guarnizo parte un camino al Sur á pasar la ria de Solia, y entrarse por los valles de Villaescusa y Obregon, en Penagos y en el corazon de las montañas. Por aquí venian nuestros padres á buscar la férula de los céle-

bres escolapios de Villacarriedo, cuando en su capital no hallaban quien les impusiera en los preceptos de Horacio y la retórica ciceroniana; por aquí venian caballeros en un mulo fiados á un traginero leal y honrado, pero más versado en albeitería que en culta pedagogia. Antes de mucho podrán hacerse llevar en ancha y holgada carretela á visitar las remozadas aulas donde pelearon á bostezos y ayunos con el Nebrija y el Guevara.

Estos lugares recuerdan aquella soberanía electiva que en los siglos medios ejercian en su mayor parte los pueblos montañeses, libres de entregarse al señor que más les pluguiera. En algunos de ellos era limitado este derecho á ciertos linages de la tierra, de los cuales habia de ser el elegido; otros gozaban libertad absoluta; y tanto usaron de ella, y tanto se dieron á manejos extraños y se enredaron y confundieron con los manejos propios, que en Castilla dióse en llamar á cuanto era desórden, inquietud, fuerza y escándalo con el nombre de aquel pristino y nobilísimo derecho, *behetría*.

Pagaban las behetrías sus impuestos al rey:

la *infurcion*, tributo del suelo; el *humadgo*, tributo de la casa; y el *yantar*, para su mesa, y la *fonsadera*, para su hueste; y estos pechos, cuantiosos, pero de cobranza difícil, negociaba á menudo el rey, cangeándolos por otras obligaciones, y descargándose en ellos de deudas ó mercedes no cumplidas. Esto hizo D. Enrique III con su hermano, aquel célebre infante D. Fernando, á quien los compromisarios de Caspe dieron un dia la gloriosa corona de Aragon, y á quien en 1403, la de Castilla debia por juro de heredad doce mil doblas, dándole en recompensa de ellas sus derechos realengos sobre las behetrías.

A ese valle de Villaescusa vino enviado por el infante su oficial del cuchillo Pero Alonso de Escalante, [1] y en la aldea de la Concha, ante escribano real y los *omes buenos*, *fijodalgos* y

[1] Fernan Perez de Guzman, en su Crónica de Don Juan II, entre los años de 1407 á 1413, hace frecuente mencion de este personaje, doncel de D. Fernando, señalado capitan en las guerras de Andalucía, en la célebre campaña y toma de Antequera, y más tarde en el cerco de Balaguer contra el conde de Urgel D. Jaime de Aragon, uno de los pretendientes desairados, alzado en armas de las decisiones de Caspe.

labradores del valle, hizo informacion minuciosa de los referidos derechos, y puso en órden su cobranza. [1]

Cianca, á donde se llega despues de pasar la estacion de Guarnizo y sus lozanos robles, figura en la que podríamos llamar geografía militar de Lope García, porque apenas cita en su interesante libro nombre propio de lugar sino para referir sucesos de armas ocurridos ó preparados en él. En Cianca vinieron á establecerse hijos de aquella prolífica estirpe de Ceballos, la cual, no pareciéndole bastantes sus repetidos y dispersos solares montañeses,

[1] Memorial ajustado del pleito de los valles de Carriedo, Cayon, Villaescusa, Piélagos, Camargo, Reocin con Camesa, Alfoz de Lloredo, Cabezon y Val de Cabuérniga con la casa del Infantado.—Alegatos y probanzas.—En este dilatado litigio, como en otro que sostuvieron los valles de Toranzo, Iguña, Castañeda, Rionansa, San Vicente, Tudanca, Buelna y la villa de Cartes, contra la casa de Castañeda y Aguilar, abundan los detalles curiosos, que dibujan la historia y el estado social de la montaña durante dos centurias, desde la mitad del siglo XV á la mitad del siglo XVII. Como con la cuestion de dominio que en éllos se debatia iban mezclados derechos importantes de los particulares, hállanse sus ejemplares impresos ó copias manuscritas en varios archivos de familia y de fundaciones pias.

íbalos á buscar fuera.[1] Pero los de Cianca no los acogieron bien; hubo bandos y pelearon unos con otros en diversos sitios de la comarca. Venia, en ayuda de los de Cianca, un Pedro Gomez de Agüero, bastardo de este linage; y descubriendo al trasponer de una loma, algunos ginetes, creyólos de sus aliados, y llegóse alegre y descuidado á juntarse con ellos. Dejáronle venir, y ya estaba cerca cuando advirtió su error; eran de los Ceballos. Quiso torcer las riendas y huir, mas tropezó su caballo y cayó en tierra. Vinieron sobre él los enemigos y le mataron. «E tornáronse los de Agüero »con el muerto á Trasmiera,» dice heladamente el historiador.

Cuando el ferro-carril cruza las fragosas y sombrías estribaciones septentrionales del monte Carceña, y sobre el hondo cauce del revuelto Carrimon, harto conocido en un tiempo de cazadores de javalíes y hoy de los caza-

[1] Un Ceballos, Hernan Martinez, ganó á los moros la villa de Alarcon; estableciόse en ella, y trocó por el nombre de la villa el de su ascendencia, dando orígen á los Alarcones, segun cuentan Argote de Molina y otros genealogistas.

dores de sordas ó becadas, desemboca en el placentero valle de Piélagos, pasando por encima de la carretera.

Si siguieses por esa carretera de Castilla, la hallarias bordada de «casas de placer,» como sin curarse de caer en extranjerismo, decian nuestros cronistas viejos. Y darás con una que echa fuera sus rosales y madreselvas para alegrar tus ojos y restablecer con el fresco aroma de sus flores tu acaso decaido espíritu. Las casas son como las personas: las hay abiertas y cerradas, que convidan á entrar y convidan á no arrimarse, que llaman y que despiden. Á la puerta de esta puedes llamar con confianza plena de que los verdes y floridos vástagos de sus cenadores no engañan, sino que de antemano, y para que no vaciles, y para que sepas dónde entras, quieren darte señales de la acogida que te espera dentro. Y verás que el calor del doméstico cariño, del cordial y sincero afecto, hasta al yerto suelo favorece, porque en los arriates á uno y otro lado del umbral hospitalario hallarás, en medio de los ardores de Junio, rozagante y magnífica, la flor esquiva de los hielos, la camelia.

El Pas, que baja de Toranzo, serpea á lo largo del valle.

Habíanle echado encima un puente de robustísima sillería para someter su inquieta bravura al paso del ferro-carril; pero alteróse un dia, hizo cólera, amontonó agua, y retorciéndola en torno de los anchos pilares, los arrancó de cuajo, cual dicen que desarraiga el elefante troncos añejos, y sin encarnizarse en deshacerlos, como quien no tiene saña, dejó los enormes trozos de fábrica enteros, tendidos dentro de su cauce, y allí yacen todavía.

Generoso en medio de su furia; porque á dos pasos del puente y en su márgen derecha encuentra una fábrica, industria y vivienda humana, que con una presa le entorpece el paso y le roba caudal para sus menesteres, y no tiene contra él mayor defensa que los ligeros chopos y alisos de su parque, y, sin embargo, la perdonó, y no quiso de ella más que el sobresalto y temor de los que la vivian.

Pues poco más abajo de este teatro de su fuerza y de sus iras, le hallareis manso y sosegado, metiéndose entre espadañas, por bajo de castaños y robles, moderando su correr como

si amara la sombra y buscara descanso: aquí ya su voz no es la de su orígen que provoca y desvela, es voz suave, insinuadora, que aconseja ó adormece. Diríase que el agua ha envejecido, si el agua no fuera la imágen más hermosa y clara de la juventud perenne, de la vida en su flor y en su fruto, en su expansion constante sobre el mundo, en la transparencia de sus intentos sanos, en la pureza vírgen del alma cuando aún no ha sido enturbiada por lluvias y huracanes, por el cieno que la misma corriente mueve, levanta del fondo, y arrastra consigo suspendido y revuelto.

Así entra el Pas por los términos de Quijano; así camina al mar, entre los molinos y praderas, los pomares y cerecedas de Barcenillas; escondido del sol bajo las hojas, acompañando el paso del viajero, sin apartarse de la vera de su camino, refiriéndole al oido misterios sin número, que el viajero entiende, pero que no puede repetir á nadie, porque aún no ha sido reducido al modelo preciso, concreto, pintoresco y eufónico de la palabra, el sonido inarticulado, vago, inconsistente, sutil del agua.

Las aguas corrientes no son riqueza solo, son vida del paisaje.

Como que el agua posee los tres accidentes del vivir, luz, voz y movimiento; luz reflejada, como la luz de la pupila; voz ligera y amorosa, soñolienta y grave, como la voz de la garganta humana. No hay soledad donde el agua corre, no hay tristeza donde el agua mana, no hay desierto donde el agua vive. Fecunda el suelo y despierta el alma, arrulla el dolor, ensancha la alegría, es compañía y música, medicina y deleite; sobre sus ondas van blandamente llevados los pensamientos, os los trae de donde viene, lleva los vuestros á donde va; en ellas se refleja el cielo y podeis contemplarle sin que os ofenda la viva luz del sol, cuando ya la frente se inclina á tierra, ó porque la tierra la atrae ó porque el peso de los años la dobla.

Así corre el Pas hasta que, bajo los arcos de la puente de Arce, se encuentra con la marea que le ofusca la claridad y le amarga la dulzura.

En esta puente de Arce tenia su torre, por los años del rey D. Enrique III [1] un señor Ruy

[1] 1390-1406.

Diaz de Arce, de cuyas violencias hace minuciosa mencion el «Pleyto de los Valles.» Habíalo buscado ya por homicida la justicia del rey; mas era poderoso, muy emparentado en la tierra, y el rey mismo habia ordenado á su corregidor en las Astúrias de Santillana, Juan Fernandez de Roa, la suspension de los procedimientos. Insolentóse con esto Ruy Diaz, y fueron á más sus fechorías, tanto, que en 1403 fué preso y encarcelado con un su criado, Gonzalo de Pando, cómplice é instrumento. No se descuidaron sus parientes, deudos y amigos, y trataron de asaltar la cárcel y libertar al facineroso. Súpolo el fiscal, y avisó al entonces corregidor, Gomez Arias, hombre resuelto y de pecho duro, pidiéndole dictase sentencia capital contra los reos, antes de que los conjurados se los arrancasen de las manos. Á 27 de Agosto sentenció Gomez Arias el proceso, mandando empozar á Ruy Diaz, como se ejecutó, y que le derriben su torre, y que los valles de Camargo y Piélagos se encarguen de esta segunda parte de la sentencia y del suplicio de horca á que condena á Gonzalo de Pando.

¿Dónde estaria la torre en que anidaba el

salteador milano? Ya encontrará su solar el novelista que sepa utilizar la rica mina de caractéres y hechos singulares que los papeles viejos de la Montaña encierran.

Poco corren ya las aguas para entrar en el mar por una boca estrecha, tormentosa y desolada frente á Miengo. ¿Por qué se llamaba este territorio entre las bocas del Pas y del Besaya que desagua más al Poniente, en Suances, *la onor de Miengo?*[1] Yo solo sé que estos dos puertos eran de la villa de Santander, la cual tenia el privilegio de la carga y descarga, pesca y salazon en ellos: amparados los naturales de la autoridad del marqués de Santillana, cuyo era el territorio, resistian la gabela y hacian tuerto al derecho de los santanderinos; estos acudieron al rey D. Juan II, quien sentenció en su favor[2] otorgándoles la confiscacion de los buques y mercaderías que pudiesen

[1] *La onor*, ó *el onor*, úsase en ambos géneros. Parece término de jurisdiccion, que significaba una parte de territorio dado en gobierno ó administracion con ciertas condiciones desconocidas hoy.

[2] En Medina de Rioseco á ocho dias del mes de Octubre del año de 1458.—Papeles curiosos relativos á Santander en poder de mi amigo D. Gregorio Cruzada Villaamil.

tomar en contravencion á lo legal y establecido. Luego se otorgó á los incursos en penalidad el canje de los bienes confiscados por dinero; y quizás con perjuicio de los de Santander, licencia de comerciar y marinear en estos parages mediante una fianza ó anticipo á la corona; porque en 1498, á 20 de Julio, desde Valladolid los reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, se dirigen en una sobre-carta real al corregidor de la villa de Santander, al cual hacen su mero ejecutor para lo mandado en esta sobre carta, y al concejo, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y omes buenos de la dicha villa, mandándoles guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir otra su carta «librada de algunos de los oidores de la nuestra abdiencia e de otros oficiales della e sellada con nuestro sello de cera colorada a las espaldas,» en que enviaron mandar al dicho concejo de la villa de Santander «e a la persona ó personas que fueran en tomar e llevar los navíos de los concejos del puerto de sant martin de larena, [1] que luego que con la dicha ntra. carta fuesedes requeridos diesedes e tornasedes

[1] Suances.

e restituyesedes a los dichos concejos del dicho puerto de sant martin de larena e *myengo* todos los navíos e pinaças que asy les llevarades e tomaredes e mandaredes tomar e llevar contra voluntad de los dichos concejos del dicho puerto con todos sus aparejos, segund e por la via e forma que ge se les llevaredes e tomarades et ficierades tomar e llevar, pues que avian dado fianças los dichos concejos en la d.cha n.tra corte de quatrocientos mil mrs.» [1]

Nos hemos dejado ir con la corriente, en la franca extension de la palabra, y no es este el camino que lleva el tren. El tren va luchando con la pendiente, tomando altura, franqueando las huertas de Vioño, pasando bajo el célebre santuario de Nuestra Señora de Valencia y tomando los floridos campos de Zurita. Desde su altura se domina la fresca vega de Renedo, Carandia y la entrada de Toranzo, donde principia á levantarse la niebla.

Esparcidas en esa vega, unas al aire abierto en los prados, otras en las encrucijadas de los caminos, á la sombra de las cercas ó de los árboles, están las cruces de un calvario.

[1] Papeles citados en poder de Cruzada Villaamil.

Un dia de estío, atravesando la vega, hallé los crucifijos vestidos de plantas y flores silvestres. La pobre humanidad aplica humanos consuelos al dolor divino, y corona las sienes de Cristo espirante con espadañas, símbolo del agua que restaña la sangre y refresca la herida, y viste su martirizado cuerpo de amapolas adormecedoras del padecer y que embotan sus espinas. La pobre y sencilla fé de los aldeanos montañeses acaso queria además endulzar otros dolores y adormecer otras penas en la efigie del Crucificado; porque en aquellos dias se habia alzado en la capital española la voz blasfema de los incrédulos, á quienes no satisface el propio descreimiento si no va á herir y extremecer las creencias de otros más afortunados.

Es la impiedad fanática, y, como todo fanatismo, es ciega. No perdona á la conciencia agena la libertad con que se busca otro juez excelso para sus actos, desengañada de la miseria y flaquezas de los jueces de la tierra; otro consuelo y amparo á sus dolores, persuadida de la ineficacia y tibieza de los consuelos mundanos. El impío desconoce la caridad, virtud por excelencia humana, piedra angular del

concierto social, de la paz entre hermanos, del recíproco amor y la armonía; fáltanle generosidad, que es la caridad del instinto; y paciencia, que es la caridad de la reflexion; y habla á los creyentes como el desalmado que en presencia de niños y doncellas suelta de propósito su lengua disoluta, sin lástima de su candor y su inocencia.

Tal vez no está muy cierto de su impiedad si no vé sus efectos en las lágrimas y el horror de sus semejantes.

La sangre le espanta, pero le sonrie el lodo, y usa de él á manos llenas; no hiere en la carne, pero befa el espíritu; va á buscar en lo más hondo de una alma el ídolo de su fé, el símbolo augusto de sus creencias, y allí le escupe y le abofetea; no lleva á su prógimo al Calvario, pero le encierra en el Pretorio, y agota con él escarnios é ignominias.

Blasona de fuerte y no compadece ni perdona; presume de ánimo sereno y se ofende de la devocion que se postra en el templo, é invoca á Dios. Seduce á un flaco, gana á un cobarde, tornadizos que arrancará de su gremio, oculta ú ostensiblemente la hora del supremo

bien ó de la suprema desgracia, y levanta un eco potente, universal, profundo de dolor y penitencia en el pueblo que rodea contrito y lloroso las aras de su culto.

¿No comprenderá nunca la grandeza del inocente que se castiga por el culpado, del justo que ora por quien le lastima, del mártir que se ofrece por quien ataraza su generoso pecho? ¿No verá nunca ese Dios patente en la tierra sublime de los montes y las aguas, claro y manifiesto al hombre de cuya frente pensativa cae cuotidianamente sobre el surco el santo sudor del trabajo, y que para descansar de sus pensamientos y esperar en la fecundidad de sus sudores, ciñe de espadañas y amapolas el domingo las sienes de Cristo?

Ya el camino se engarganta y cierra á todo horizonte y lejana perspectiva. Y va corriendo por una sierra fragosa, descubriendo simas y frondosos bosques, hasta que saliendo á la cima de Tános, hace alto en la estacion y descubre á sus piés la soberbia llanura de Torrelavega.

II.

EL SOLAR DE LA VEGA.

De ese llano que nuestros ojos descubren brota la vida en su expresion más lata, opulenta y magnífica; vida rica, juvenil, que late en el sano ambiente de las faenas campesinas, en el hervir inquieto de los establecimientos fabriles, en el fresco rumor de dos rios que se juntan en medio de una apacible vega, en el tráfago de cuatro carreteras que se cruzan y se apartan, en el rumor de las arboledas, en el vaho de la miés, en el murmullo sordo, contínuo, penetrante de la poblacion campestre esparcida por honduras y laderas que, como el zumbido de las abejas desparramadas á libar en las flores de la espesura, indica la inmediacion de una colmena, del centro activo en que se funde y junta el trabajo y caudal comun para multiplicarse, y repartirse, y circular de nuevo alimentando necesidades, deseos, gustos, y aun caprichos de un dilatado pueblo.

Ese centro no se vé desde la altura; déjanle adivinar la aguja de un campanario y los tejados de algunas casas, entre las cuales se esconde la *torre* que dió nombre á la villa.

En *la vega* que la dió apellido se mezclan el Saja y el Besaya; trae aquel sus venas madres de las sierras de Isar, de las altísimas cumbres de Sejos, donde saluda misteriosas piedras célticas, rudos menhires ó fantásticos dolmenes, y viene ya cansado de hacer bien, de regar los valles de Cabuérniga, Cabezon y Reocin, y más cansado de oir disputas de historiadores y críticos y no saber todavía á punto fijo si fué frontera de astures y cántabros, y se llamó *Salia* en dias de Plinio ó *Saunium* en los de Pomponio Mela. Tampoco carece el otro de pretensiones clásicas, puesto que desde su orígen vé el monte de Aradillos, donde pasó la postrera y final batalla entre cántabros y romanos, pero le aventaja en conocimiento de cosas modernas, porque ha venido á lo largo de las hoces de Bárcena, de Iguña y de Buelna, admirando la prodigiosa construccion de un ferro-carril, que parecia imposible, despeñándose en algunos sitios para desembarazarse de obs-

táculos y ver mejor el movimiento de las locomotoras, deteniéndose en otros á alborotar golpeando las peñas, en competencia con la voz estridente y dura del vapor y sin poder ahogarla.

Apenas juntos ambos rios, van á pasar por Barreda. Guardando la barca que aquí salva la corriente, está un venerable solar, alzada su torre sobre un manso cerro, tendida delante una alfombra de yerba, erizado á su espalda un bosque de castaños, de esos castaños seculares cuyo tronco rugoso, informe, roido y averdugado tiene la fisonomía basta, rudimentaria, informe, gigantesca de las primeras formaciones del mundo, fósil vivo, piedra vegetativa, ceniza con jugos que brotan en verdes hojas y espesos erizos.

En esta casa paró San Francisco cuando cruzó la comarca peregrinando á Compostela; el aposento en que tuvo lecho el glorioso peregrino mudóse en oratorio, donde las generaciones sucesivas de los poseedores del solar han agradecido constantemente al cielo su favor divino y conservado piadosamente su memoria.

Poco más abajo ya la corriente lleva el peso de los barcos, harto aún para sus libres espaldas; por eso á intervalos los deja posar en seco arrimados á los muelles de Requejada, retirándose ella á descansar en lo más hondo de su lecho. Luego se retuerce entre promontorios de roca por una parte y playas de tupido junco por otra, y, en fin, haciendo puerto del perezoso Suances, que puesto en una altura, pasa su vida mirando al mediodía, sale al mar entre dos rocas, el Torco y la de Afuera.

Tornando á subir, los montes de Mercadal, la sierra de Ganzo, rodean y encintan la llanura. Mercadal parece revuelto y conmovido por un sacudimiento subterráneo; su suelo no tiene el color natural de la tierra, de la roca presentada al sol, á la lluvia y al aire en la superficie del globo; es region minera, socavada y removida, cuyas entrañas roe y esplora el hombre codicioso del metal que esconden.

Por encima de Ganzo descúbrese un monte y su atalaya caida, Bispieres, á cuyo pié se esconde la vieja Santillana. Y entre la gola que dejan una y otra sierra, Torres la harinera, Puente San Miguel, Villa Presente, Cerrazo, pueblos

que se escalonan sobre la pendiente del terreno hasta subir á San Estéban de Cildad, uno de los raros sitios que en esta tierra hidalga, pacífica y generosa tenian dramática y pavorosa fama.

Tal es el solar de la Vega. Tal es la cuna de uno de los pocos apellidos cuya histórica huella conserva el pueblo, y aplaude todavía en sus romances y en sus dramas. [1] De aquí salió el primero de este linage, á quien impacientaba sin duda el estrecho límite, á quien no satisfacian las pocas ocasiones de fama que podia hallar en su tierra, y fué á buscarlas más menudas y en más vasto teatro en la ambulante córte, ó en la régia tienda de los monarcas castellanos, dándose á conocer con el apellido del lugar de donde venia. Ya en dias de D. Alfonso VII, el emperador, [2] se señalaba Diego Gomez de la Vega. [3] Su hijo ó nieto seria el valiente paladin, cuyo nombre calla la historia, el cual

[1] Anualmente se representa en Granada, para festejar el aniversario de su restauracion (2 de Enero de 1492), el famoso drama cuyo héroe es un Garcilaso de la Vega, y lleva por título *El Triunfo del Ave María*.

[2] 1126.—1157.

[3] Sandoval.—Descendencia de la casa de Mendoza.

debia ganar nuevo y propio apellido que sustituir al patronímico, y añadir al de solar. Al cabo de una batalla, maltratado y rendido de pelear, jadeante y sin alientos, se presentaba ante la hueste cuya victoria habia asegurado. «Lasso vienes»—le dijo el rey,—«lasso seas;» [1] y los Lassos de la Vega fueron tanto adelante, que corto tiempo despues, en los de D. Alonso el Sábio, era almirante del Océano un Pero Lasso de la Vega. [2]

Hijo de este almirante era un García, quien elidiendo la vocal postrera de su nombre, aparece como el primero de los Garcilasos, que siglos andando habian de ser famosos en los orbes distintos de la gloria. Con él tambien asoma á presidir los destinos de la familia un astro sangriento que tarda en ponerse lo que tardan en vivir tres generaciones.

1 Era usado el vocablo dentro del siglo XIII: «andaban lassos e llagados de ferir en los moros,» dice cierto passage de la Crónica general.

2 1252—1284.—Salazar y Mendoza.—Orígen de las dignidades seglares de Castilla y de Leon.—Habia otro almirante del Andalucía, que lo era entonces Pedro Martinez de Fee, lo cual confirma la importancia que en tal época habian adquirido las costas y marina del Septentrion.

Merino mayor de Castilla, gran privado de Alfonso XI, dice Villazán en la Crónica de este rey, era este Garcilaso «ome que cataba mucho en agüeros.» Hallándose en Córdoba la córte, y queriendo Alfonso terminar las civiles discordias que le suscitaban sus deudos, la despierta y ambiciosa dinastía de los Manueles, envió á su merino á tierra de Soria á juntar gentes y recoger armas. Á pocas jornadas de Córdoba los sorteros y cabalistas de que andaba siempre rodeado, ayüdaron á Garcilaso á vaticinar que si caminaba á Soria, en Soria hallaria muerte con muchos de los que le acompañasen. Y con esta certidumbre siniestra, el leal caballero, sin cuidarse de evitarla, envió á decir al rey, que pues no podia excusarse de morir, estuviese cierto de que haria que su muerte fuera en honra y en servicio de su señor.

Los de Soria, gente inquieta, muy mezclada siempre en guerras de partido, y cuya conciencia no estaba muy sentada y tranquila, cuando vieron al merino con tal aparato de caballeros y soldados, dieron fáciles oidos á parciales y cabecillas de su ciudad, dejándose creer que Garcilaso venia con la justicia del rey á

prenderlos y encausarlos. Conjuráronse para evitarlo, y estando Garcilaso oyendo misa con su comitiva en la iglesia de San Francisco, entraron y le dieron muerte con un su hijo Pedro, no inocente, pues la crónica dice que «era muy sin Dios, et tomaba de lo ageno muy de buena manera,» y con otros, hasta veinte y dos infanzones é hijosdalgo. [1] Los pocos salvos de la matanza, fuéronlo por caridad de los frailes, que los vistieron con sus propios hábitos, ayudándoles á escapar desconocidos.

Dos hijos vivos dejó el merino asesinado en Soria, uno heredero de su nombre y de su sangriento destino: otro, á quien dieron nombre ya acreditado entre sus ascendientes, conservándole los antiguos apellidos de la casa, se llamó Gonzalo Ruiz de la Vega. [2]

Estos dos hermanos, Garcilaso y Gonzalo, eran mayordomos de los infantes D. Fadrique y D. Fernando, hijos bastardos del rey y de la célebre *favorita* doña Leonor de Guzman, y en calidad de tales asistian en el ejército que el

[1] Crónica de Alfonso XI.—A. C. 1326.

[2] Un Gonzalo Ruiz se habia señalado en dias de San Fernando (1230—1252).—Sandoval, obra citada.

belicoso rey guiaba hácia los confines marítimos de Andalucía, bien resuelto á desalojar la morisma y arrojarla al mar desde las cerradas asperezas de Calpe. Amenazaba á Algeciras y Gibraltar la hueste; llevaban los infantes la vanguardia é iban haciendo redrar de sí las tropas ligeras del enemigo, cuando «aqueste Gonçalo Ruiz,»—dice la crónica,—«cuydando que facia lo mejor, llegó á una puente muy estrecha, que estaba en aquel rio del Salado, et con él algunos vasallos de don Fadrique, et por acorrer unos omes de pié que estaban allende el rio, Gonçalo Ruiz, et aquellas compañas de don Fadrique pasaron aquella puente, et Garcilaso desque vió que Gonçalo Ruiz su hermano avia pasado la puente, él con algunos vasallos de don Fernando pasó luego. Et estos fueron los primeros que en aquel dia pasaron el rio del Salado. Et los moros eran en aquel logar mas que dos mill et quinientos caballeros, et los christianos eran fasta ochocientos.»

Así comenzó aquella famosa batalla del Salado de Tarifa,[1] que habia de acabar con el poder militar de los Benimerines venidos á

[1] Dióse el 28 de Octubre de 1340.

España, fiando en el prestigio de sus africanas victorias la esperanza de restablecer la quebrantada dominacion musulmana en España. Así comenzó por una hazaña de hidalgos montañeses una batalla que habia de terminar y decidir con su firme y resuelta acometida la infantería de los cántabros.[1]

En este paso del rio fué donde, ofendido Garcilaso de la insolencia del gallardo moro que traia atado á la cola de su caballo un liston con las letras del AVE-MARÍA, cerró con él en desafío, dióle muerte, y puso las azules letras sobre el oro fulgente de su limpio escudo.

Pero ni esta gloria, ni el alto empleo de Justicia mayor que tuvo luego en Castilla, le pre-

[1] La crónica expresa cómo el rey habia formado su reserva con los peones de las provincias septentrionales. «Tenia y gentes de pié de las montañas de Vizcaya, et de Guipúzcoa, et de Alava, et de Asturias de Santa Illana, et de Asturias de Oviedo... dióles por cabdillo á Pero Nuñez de Guzman... et mandó... que aquellas gentes... levase cerca del su tropel... porque se podiesen acorrer dellos, quando los oviese menester.» Asimismo refiere la acometida de estas reservas y su decisivo efecto contra los enemigos: «et los moros non los esperaron et començaron de fuir: ca si non por aquellas gentes de pie, mas porfiaran los moros la pelea en aquel logar.» —Crónica.—Cap. CCLIII y CCLIV.

servaron de las sanguinarias venganzas del rey D. Pedro, hijo y sucesor inmediato de Alfonso onceno. En su palacio de Búrgos le hizo matar, y que fuese el cadáver arrojado á la plaza donde se acosaban toros, y donde las poderosas fieras cebaron el asta y la pezuña en los despojos del heróico caballero del Ave-María.

¿Qué había de hacer su hijo, el tercer Garcilaso, sino alistarse entre los enemigos del rey y vengadores de su padre? Siguiendo las armas de los bastardos, se acreditaba de valeroso y esforzado; pero no podia vencer el influjo de su estrella siniestra alta todavía sobre el horizonte.

En la batalla de Nájera[1] aventuraba el infante de Trastamara todo su poder contra el de su reinante hermano, á quien la suerte ayudaba y favorecíale con victoria completa. Entre los cadáveres del campo de batalla quedaba el de Garcilaso de la Vega, último descendiente varon de la rama primogénita. Pero la heredera de la segada estirpe, si no podia por su sexo perpetuar el apellido, quedaba con caudal bastante para ser solicitada por tal varon que en-

[1] 1366.

troncase en una de las más altas y próximas á la estirpe soberana de Castilla.

Al dia siguiente á la batalla del Salado, el rey, segun su magnífica costumbre, habia hecho merced á los más señalados de su hueste en la pelea, ricos hombres, hidalgos ó escuderos. Allí en la Peña del Ciervo, donde acampaba, armó caballero á Gonzalo Ruiz de la Vega, su buen servidor, dándole heredades y tierras que le ayudasen á sustentar su buen nombre; y ampliando y precisando mejor sus mercedes en el año siguiente de 1341, le daba en señorío aquellos valles de las Astúrias de Santillana, donde radicaba su solar y no corta herencia de sus mayores.

El señorío era el paso de la nobleza solariega á la nobleza titulada; daba jurisdiccion, salvos siempre, más en la forma que de hecho, los derechos del rey; constituia estado, y facilitaba con una nueva merced régia el cambio del yelmo ó el coronel cerrado sobre el escudo, por una corona abierta y floreada, y la entrada del agraciado en aquella peligrosa oligarquía de que el trono se rodeaba y hacia á menudo vacilar los tronos.

Gonzalo Ruiz moria sin hijos; aquellos estados pasaban á su hermano Garcilaso, y muerto este en Nájera, su hija Doña Leonor era la señora de la Vega. [1]

D. Diego Hurtado de Mendoza, de nobilísima estirpe, almirante mayor de Castilla, viudo ya de una esposa de sangre real, [2] pretendió y obtuvo la mano de la rica heredera montañesa, y en el primogénito de esta union venturosa y en su título de marqués de Santillana, quedaron ahogados apellidos y señoríos. Es verdad que nunca en tiempo alguno alcanzó en cabeza de sus sucesores la alta y purísima gloria que en la de este su poseedor primero.

[1] Del codicilo de Gonzalo Ruiz, otorgado en Castro del Rio (Córdoba), á tres de Octubre de 1349, se desprende que ya señor de los valles pretendió en ellos algo en perjuicio del rey, pues pide perdon á este de haber desobedecido, cuando le prohibió entrar en las Astúrias; le manda en memoria «su lorigon, el que el me dió, é si finase que me mande llevar á enterrar á Santa María de la Vega.»—Pleito de los Valles.—Del mismo instrumento se colige que Gonzalo tenia su casa-solar en la Barca, lugar así llamado de la que facilita el paso del rio Besaya.

[2] Doña María de Castilla, hija del rey D. Enrique II. —Tambien doña Leonor era viuda de un nieto bastardo de Alfonso XI.

Señora ya la dura raza, y autorizadas por el Rey sus justicias, hízose temer acreditándose de inexorable. La natural turbulencia y ánimo independiente de sus vasallos eran domados por el espanto. Contábase en las aldeas que la torre de la Vega escondia una sima insondable, patíbulo y sepulcro á la vez de los mal avenidos con el nuevo dominio, [1] misterioso castigo que amedrentaba á los que veian sin temor alzada frente al solar la horca, instrumento de sumarios procedimientos y sentencias ejecutivas.

Pregunta ahora, lector, á la extinguida tradicion si con sucesos de aquellos dias tienen lazos de orígen los nombres de dos de los barrios de Torrelavega, edificados precisamente al entrar y al salir de sus arterias, la Quebrantada y el Mortuorio.

Porque entre dos tan significativos y lúgubres nombres sienta el centro de que te hablé á los comienzos de este capítulo, la colmena á la cual hallas, si llegas en jueves, enjambrada dentro del recinto de su ancha plaza, cuyo piso recuerda el del cóncavo y desnivelado foro de

[1] Declaraciones de testigos en el Pleito de los Valles.

Sena. Agitada, hacendosa, hirviente, despoblándose de los enjambres yá ahitos y repoblándose de los que llegan hambrientos, manteniendo perennes y vivas las dos corrientes del hormiguero humano, la que vá y la que viene, fluyendo y refluyendo por calles, caminos, paseos y veredas, á caballo, á pié, en coche, chasqueando látigos, sonando cascabeles, aguijando yuntas, silbando reses, cantando, plañendo, traduciendo en gritos, voces, ruidos y clamores varios, las pasiones todas del tráfico, de labradores y artesanos, de buhoneros y marchantes, la compra y la venta, la ganancia y la pérdida, la alegría expansiva causada por oro, el placer del negocio feliz, el contento del traje nuevo, de la herramienta extraordinaria, del manjar no acostumbrado; el acento en suma, confuso, múltiple y turbio, pero ardiente y vívido del mercado.

Ese es el dia de mercado en Torrelavega. De los caminantes y recueros, que entre dias de la semana halles desparramados por los diversos caminos que cruzan la Montaña, y á distancias diversas de sus límites y de su centro, y andando en direcciones opuestas, convergente y di-

vergente, apenas hallarás uno que no venga al mercado de Torrelavega, ó que del mercado no venga. Pañeros de Castilla, vinateros de Rioja, pasiegas con el cuévano cargado á la espalda, asturianas con la ancha cesta rellena de aves sobre la indomable cabeza, aperadores, cesteros, mercaderes é industriales de industria y mercaderías varias, de poco y de mucho, de nuevo y de viejo, de rico y de pobre, de nacional y extranjero.

Así es el cuadro que la plaza ofrece; colmada, henchida, intransitable de curiosos, chalanes, baratillos, tiendas y puestos de géneros.

Allí los frutos de la tierra: pilas de borona sin moler, recogidas sobre tendidas sábanas; descoloridos trigos de la montaña, el *álaga* y el *cutiano*; tiernas alubias de blanca ó roja ó azotada piel; sabrosas legumbres y frescas verduras; coles y cebollas, y los *rojos* pimientos y ajos *duros* de Quevedo. [1]

Allí los frutos de la mecánica: largas piezas de algodon pintado que el viento flamea, y la

[1] Y con rojos pimientos y ajos duros
Tan bien como el señor comió el esclavo.
(Epístola al conde-duque de Olivares.)

vara mide y corta la hábil tijera del pasiego; cintas vistosas de infinitos y vivísimos colores, tentacion de la aldeana y ornamento preciado del chaleco de su novio; y lienzos y muebles, hojalatería y barro, utensilio doméstico; y los frutos de la industria agrícola, apiñados quesos, y rubia manteca apellada y envuelta en hojas de rizado helecho. Allí, en fin, el pueblo cacareador y gloton del corral, de amarillos tarsos, colorada cresta y pomposa cola, merecida fama de esta féria, y el guarin humilde á quien hipócrita, pero propiamente llaman los montañeses *el de la vista baja*, al que todo aprovecha y es á su vez todo provecho.

La pintura de este mercado, con su crudeza de tono y de colores, pedia pluma de afilados puntos, de aquellas plumas castellanas á las cuales no parecia licencia excesiva usar el sustantivo propio, el epíteto conveniente y oportuno; las que no velaban la idea ni la amortecian velándola; las que escribian á la vez para los ojos y para el oido, trazando cuadros de frase pintoresca cuyo sentido retrataba la forma y el paisaje, cuya eufonía reproducia los sonidos y la voz armoniosa y vaga de la escena.

Pero no olvidemos que estamos en la cumbre de Tanos. Desde esta cumbre, donde se oye con tan claro acento vibrar despierta la voz de los siglos que dormian, radian tres vías diferentes que nos convidan á penetrar en otros asilos de la tradicion, del arte, del espíritu yerto de las generaciones olvidadas. Podemos bajar al llano, salvar la vega, resistir la mágia de sus armonías, y caminar á la romancesca Santillana. Podemos seguir sobre las férreas barras la cuenca del Besaya, los montes, y encaramarnos por las vueltas de la asombrosa vía á las parameras de Campos. Y podemos entrarnos en la aspereza que á nuestra mano izquierda se enmaraña, y seguir hasta el fondo del clásico valle de Toranzo, para subir un puerto y asomarnos á Castilla. Una tras de otra, con el favor de Dios, hemos de recorrerlas todas. Tomemos para descanso y solaz de ánimos solitarios la postrera, que aquí parece ménos concurrida.

TORANZO.

Illic sedimus et flevimus.

I.

CONFLUENCIA.—CASTAÑEDA.—LOS MANRIQUES.

Valle de recuerdos, tantas veces pisado en todas las edades de mi vida, en la niñez, en la adolescencia, en la juventud, á la luz varia, viva ó moribunda, gloriosa ó siniestra del espíritu, no debiera tener secretos para quien ha registrado sus vegas y sus lugares, sus collados y sus arboledas, sus montes y sus cauces con el palo del viajero en la mano, y con la cartera del curioso á la espalda.

Torres, escudos, ruinas y santuarios, debieran ser, para quien tantas veces los ha interrogado con afanoso cariño, libro familiar cuyas hojas abriese á cuantos le suceden en impaciencia, á cuantos pisan el mismo suelo con la misma sed inextinguible de saber lo que

allí pasó, y qué memorias guardan las piedras mudas, hoy que el afanoso tráfago de la vida ensordece, y falto de oidos que le escuchen, el anciano calla, y en su silencio, como todo gérmen vital en el vacío, perece la tradicion y se acaba.

Nunca imaginé yo que venida la hora tanto tiempo esperada de trazar con fugitiva pluma su imágen fiel y acabada, apenas hallaria otro modelo que la vision primera, limitada y confusa, indecisa como infantil recuerdo.

En dias de deseos vagos y dilatada esperanza, no soñé con ménos que con dar al curioso ó al amante de este suelo, completa noticia suya, con pintárselo no reducido al cuadro de su belleza actual y pintoresca, sino dilatado en la vasta perspectiva de los siglos, donde toda tierra vé la cuna, asiento y sepultura de un pueblo, en el pueblo una série de generaciones, y en estas la vida útil, laboriosa, oscura ó gloriosa, desenvuelta en las épocas del tiempo. Pero de sus facultades ninguna engaña á nuestra pobre alma tanto como su voluntad propia. Ella supone un término á todo anhelo, y el término llega y nos sorprende antes de

haber empleado el intervalo que de él nos apartaba, en preparar y merecer la cumplida realizacion de lo anhelado.

Los hijos de la Montaña, hijos de madre pobre, nacen pobres, pero con altos pensamientos; pésales su oscura medianía, y para levantarse á más visible y luminosa esfera, buscan el camino más seguro, el de la fortuna. Su claro instinto les dice temprano que el de las letras, trabajoso y exclusivo, no guia al deseado término en la pátria española, y merecen excusa de no sentir el aguijon de la gloria, ellos acostumbrados á ver empañada, dudosa y tenida en poco la gloria más legítima y más pura.

¿Consiste la gloria en el aprecio justo de una cualidad superior y rara manifestada en obras? ¿Consiste en la consideracion y el respeto tributados constantemente al sér privilegiado; en el aplauso general y recuerdo permanente de sus obras nacidas para bien comun, engrandecimiento, utilidad ó recreo? ¿Ó no consiste en nada, y es únicamente sueño del alma, falso como todo sueño, y destinado á mantenerla en perpétuo engaño y desconocimiento de la vida?

El Pas separa á Piélagos de Toranzo; el Pas enriquecido con el caudal del Pisueña, en la jurisdiccion de Vargas. Ya en Santander nos recordó un puente estos parajes,[1] memorias del valor de nuestros padres; pero memorias infaustas, que al recordarse, debieran fortalecer y estrechar nuestra union española como los recuerdos de un azote, de un desastre, padecido en compañía, aprietan siempre, y no pocas veces crean lazos de amistad y afecto entre los hombres.

Aquí llegaron, pocos en número, desiguales en armas, novicios en el arte militar, pero unidos y resueltos. La presencia de algunos soldados era estímulo á su valor y su firmeza. Aquí llegaron y dieron con los enemigos que habian salido á buscar, para cerrarlos á distancia la entrada en su ciudad amada. Y el combate parecióse en algo á aquellos combates legendarios en que un influjo sobrenatural distribuia desigualmente la muerte á un campo, la victoria al otro. Abatióse la guadaña sobre

[1] El puente de las discordias civiles, de los combates de *las pueblas*, reedificado modernamente con esta inscripcion: VARGAS 3 DE NOVIEMBRE DE 1833.

los del Infante pretendiente, y quedó el laurel entre los de Santander.

Por eso, para estimar su hazaña, no hay que ir al campo de ella para pesar y medir la sangre vertida; hay que estimarla dentro de la ciudad afligida por el amago y cercanía del enemigo, la víspera de la salida, cuando el desconocimiento del riesgo lo abultaba y encarecia, cuando era preciso vencer todas las resistencias del corazon, olvidar todas las obligaciones, desoir todos los afectos, y no tener oido, voluntad ni brazos más que para el deber supremo. Cuando era preciso vencer y dominar, no el miedo, que eso lo vence la vergüenza, sino el cariño, las lágrimas, la ternura, las deudas más hondas y más sagradas del alma, que solamente á costa de heridas y desgarrones en el alma se vencen.

En aquel sangriento amanecer de una guerra sin misericordia, guerra de agüero dudoso, nutridas las huestes carlistas con tanto número de los mejores oficiales españoles, el combate de Vargas era testimonio y promesa á la bandera isabelina, de que por ella no se ahorrarian los pueblos que la alzaban de decision y sacri-

ficios. ¡Dios sabe y la pátria si lo cumplieron! ¡Dios y la pátria saben lo que el ejemplo de nuestros padres pudo, y el oirse en España, como premio á tanto ardimiento, llamar á su ciudad: *La decidida.*

Partiendo de la confluencia, aguas arriba, el Pisueña riega hácia el Oriente el valle de Castañeda; más al Sur serpea el Pas por las vegas de Toranzo. Sálvalos la carretera sobre dos gallardos puentes: diéronsele de sillería al Pas por más caudaloso, sin duda; porque resuelto y potente quita caudal y nombre al Pisueña, que hubo de recibir entre la cantería del suyo, entrepaños de ladrillo y barandaje de hierro; pero lujoso ó modesto, no es ménos cierto que ya por todas partes reciben y toleran yugo aquellos indómitos torrentes montañeses, acostumbrados á rodar turbulentos y espumosos, libres y tiránicos por su ilimitable madre, entre ruinas de estribos descepados y desmoronadas pilas.

Subamos el Pisueña; angosto y breve es su valle; los árboles que le dieron nombre se han recogido á las faldas de los montes, donde retuercen sus huecos troncos y esparcen la impe-

netrable sombra de sus ramas espesas, dejando al sol y al agua tender en la llanada el más tupido y risueño terciopelo verde que puedan hollar viajeras plantas; la corriente apenas suena, y en ella se bañan blancos chopos y descoloridos sauces. Dejemos á la carretera seguir su pintoresco destino, cruzar las frescas huertas de Cayon, los páramos de Sobarzo al Mediodía de Cabarga, atravesar el valle de Penagos y llegar á los manantiales de Liérganes.

Á corto trecho del fin del Pisueña hemos dejado á la izquierda de la carretera la colegial de Castañeda, venerable monumento que vive entero todavía, si quebrantado por los años, sostenido por su fuerza propia, sin remozar el rostro con sacrílegos ó bárbaros afeites, sin el prestado báculo de modernas reparaciones; anciano patriarca cuya existencia íntegra y austera no dió cebo á las corrupciones y deleites que preparan la decadencia humana, y al cual la muerte habrá de herir con golpe único, decisivo y súbito, como el del rayo que postra el roble centenario del monte.

Cuando yo llegué al solo arco abierto de su doble ingreso; cuando dentro de sus bóve-

das me bañó la frente ese vaho glacial que sueltan las construcciones seculares, sentí vergüenza, pero vergüenza profunda, de haber pasado tantas veces á tan corta distancia, sin desviarme del camino para visitarle. ¡Con cuánto afan medí sus ámbitos, palpé sus piedras, rastrearon mis ojos inscripciones y sepulcros para penetrar el sentido de sus letras y figuras indescifrables ó maltratadas.

Si es cierto que en toda obra humana vive algo del espíritu que la engendró, y el calor de un deseo vehemente y sincero engendra correspondencia entre las almas, la de la antigua colegiata debió perdonar á la mia la indiferencia pasada. De haberse hallado á solas, ¡ quién sabe las revelaciones que el alma del viajero hubiera recibido del alma del edificio, espía invisible de conciencias, eco de preces, paño de lágrimas, fanal de la sagrada lámpara, confidente recóndito de miserias y heroismos, espíritu formado y nutrido de la esencia de infinitas almas, testigo presente por siete siglos á los misterios sin nombre, renovados diariamente dentro del recinto sagrado, á la consagracion mística sobre el ara, á la reñida pelea de afectos distintos, ne-

cesidades, pasiones y deseos dentro del pecho de los fieles, á los sombríos arcanos de la muerte junto á la fosa abierta y el cadáver tendido!

Pero á la sazon ocupaba la nave central pueblo numeroso en son de duelo; alzado bajo el crucero un túmulo de estameña desgarrada y parcheada de rociones de cera; arrodilladas las mujeres en hileras delante de sendos hacheros guarnecidos con gruesos cirios ardiendo, y zumbando en el espacio la solemne liturgia funeral cristiana. Para no turbar las preces me refugié á la nave del Evangelio; á lo largo de sus muros, se dibujaban confusamente nichos anónimos, ataudes gigantescos de piedra labrados de misteriosas cifras y señales, digno encierro de heróicos despojos; y ya á los piés de la nave un bulto yacente, cuyo perfil humano dibujaba la poca luz recibida por una angosta saetía de la cabecera.

Figura de varon eclesiástico, puesto que cubre sus manos enlazadas bajo el ámplio embozo, hincado en el hombro izquierdo un lazo ó insignia, de espaciosa faz, nobles facciones, copiosa barba y melena movida en ondas, dormia cai-

dos los párpados, sorda á las temerosas cláusulas del *dies iræ* que extremecian el ambiente, amortajada por los años que han vestido á la piedra la oscura pátina del bronce.

¿Quién es? ¿Las letras abiertas en la pared inmediata se refieren á este ó á otro muerto? Ciega piqueta las tocó en mal hora, y con idea al parecer de ponerlas todas uniformes y simétricas, alteró los caractéres y mató su sentido.

Lo que de la inscripcion sobrevive, dijo así á mis ojos: AQUI IACE MUNO GONÇALEZ..... DE CASTAÑEDA QUE DIOS PERDONE.—EN LA ERA DE M E CCCLXVIIII AÑOS. Queda sin leer el apellido que sigue al patronímico—¿será *de Lara*? Esta casa tuvo señorío de añejo tiempo en estos parajes. Y otra palabra, que probablemente indica la dignidad del sepultado, y acaso dice: *abad*. [1]

Calló la salmodia, oí secas y menudas pisadas de clavos sobre el pavimento, y el arrastrar desapacible de mal calzadas suelas femeninas, semejante al rumor de la espuma sumida

[1] Assas leyó años hace la inscripcion completa de este modo: AQUÍ YACE MUNIO GONÇALEZ, ABAD QUE FUÉ DE CASTAÑEDA EN EL AÑO DE LA ERA DE MCCCL.XVIIII.—A. C. 1331.

por la arena de la playa; comenzaron luego los murmullos confusos de grupos bajo el pórtico exterior, y cuando quedó la iglesia desierta, pude á sabor examinarla.

Debo desengañarte, lector, si has imaginado que mi entusiasmo por la vetusta iglesia nace de su imponente arquitectura, de novedad ó audacia rara en su traza y edificacion, de riqueza en sus materiales, de extension considerable ó de singular hermosura. Su mérito está para mí en la edad, su interés en la época á que pertenece. Levantáronla hombres de caudal limitado, de no primorosas manos, pero empapados en tradiciones puras, arrancando á la vecina montaña el asperon jalde, blando á la labra, ligero al acarreo, al cual presta el sol meridiano, ese rico cálido tinte de oro que baña las almenas y escudos de nuéstros solares. Su estilo nacia apenas recobrado el universo cristiano del terror de las profecías milenarias: el mundo entraba en su undécimo centenar sin perturbacion, sin accidente que á la temerosa espectativa de su fin respondiese; corria por los primeros años del siglo sin extrañas desolaciones, sin mónstruos nuevos, sin que apa-

recieran los horrendos presagios prometidos.

La tierra no padecia otro castigo que la guerra y sus miserias, azote comun y añejo, tolerable á pesar de sus horrores, comparado á las plagas anunciadas como mensageras de la agonía de la creacion. El órden admirable de los astros, la luz del sol, los orbes de la luna, la sucesion del dia y de la noche, las mudanzas estacionales, la accion fecunda de los elementos, se producian y manifestaban con regularidad constante, segun la ley primera y no interrumpida de su sér; y los hombres, volviendo del asombro primero, mejor dispuestos á creer en la misericordia infinita de Dios que los perdonaba, que á renegar la ciega fé en sus profetas visionarios, sentian recrecer su ardor devoto.

Los primeros templos erigidos entonces, los templos nuevos en que se atropellaba la supersticiosa muchedumbre agradecida á la prolongacion de sus dias trabajosos é inseguros, pertenecian al estilo de la colegial de Castañeda, al que doctos clasificadores apellidaron mucho más tarde: *románico*.—¡Cuántas de esas figuras é historias que esparce en muros y ca-

piteles, fueron clara alegoría del estado general de los espíritus en semejantes dias! Ingénios perspicaces, ayudados por las meditaciones y el estudio, se han fatigado en buscar su recóndito sentido, y entonces se lo encontraban natural y fácil turbas ineruditas y rudas.

Los artífices de Castañeda no dieron campo á su fantasía; emplearon su estilo en la austera sencillez de sus elementos primitivos; corrieron sus bóvedas de cañon á lo largo de las naves, las partieron con arcos de medio punto, y sobre los cuatro torales del crucero trazaron un tosco arquitrabe anular, cubriéndole de un cascaron esférico, sirviéndose para pasar de la planta rectangular al círculo, de aquellas bovedillas de arquivoltas salientes, concéntricas y á descubierto, rudimento y generacion primera de la elegante pechina de Bizancio; pegaron las columnas á los hastiales, coronaron sus fustes con un esbozo de hojas griegas, y sellaron la obra, bordando su coronamiento exterior con cordon de labrados canecillos, y partiendo la seca alzada del abside con imposta de escaques y cintas que rodea y dibuja el marco de sus angostas luceras.

Patronos y fundadores de ella se titulaban los condes de Castañeda, marqueses de Aguilar, de la poderosa casa de los Manriques de Lara; fundadores de la colegial, que la iglesia existia un siglo acaso antes de que el linage de Manrique se ilustrara y hacendase en Castilla.[1] Y en uso de tal posesion, D. Juan Fernandez Manrique, marqués de Aguilar y conde de Castañeda, embajador de Carlos I en Roma, consiguió del papa Paulo III que se suprimiera la colegial, anejándola el año de 1541, con las de Escalada y San Martin de Elices, á la colegial de Aguilar, villa predilecta del magnate.[2]

Este ilustre apellido de Manrique suena en los valles del Mediodía cántabro, como suenan en los valles de Occidente los otros no ménos ilustres de Mendoza y de la Vega; los pueblos de una y otra comarca resistieron recibirlos como señores; la nobleza territorial pobre, pero

[1] Manriques y Guzmanes, segun los genealogistas, proceden de estirpe implantada en España por aventureros venidos en el siglo XI de allende el Pirineo á guerrear en nuestras comarcas.—En la escritura número 57 del libro de Regla de Santillana, firma como testigo Juan, abad de Castañeda en 1073.

[2] Florez.—Esp. Sagr., tomo XXVII, pág. 1.

altiva, no queria reconocer superior fuera del rey y sus ministros; tardaron los grandes feudatarios en asentar su dominio en tan ásperas tierras, y nunca lo tuvieron pacífico é indisputado sobre sus más ásperos habitantes.

Citados quedan los dilatados litigios en que sostuvieron por siglos su derecho de vasallos reales sin obligaciones á justicia que no fuera la emanada del rey; y á luz de esta lucha, legal, formalista, se descubre que en tiempos anteriores, y aun en el trascurso del pleito, durante los intervalos de una y otra resolucion, de una y otra demanda, el litigio se sostenia en los valles por más enérgica y violenta manera: con guerras de solar á solar, de behetría á behetría, con asaltos y emboscadas que ensangrentaban el suelo y mantenian vivos los rencores, y despertaban sin cesar nuevas venganzas.

La huella de estas discordias y su estrago, ha de conservarse en los archivos de muchas casas solariegas: allí ha de buscarlos quien haya de trazar sobre fundamentos ciertos y con colores vivos la interesante historia de nuestros montañeses.

Entre ellos, indóciles y turbulentos, eran un

hecho repetido amenudo, aquellas memorables palabras de Toledo, negándose á recibir corregidor por el rey D. Juan II: «son de obedecer »por ser cartas del rey, pero no de cumplir por »quanto son contra las leyes destos reynos.»

Con cartas de este rey bajaba de Castilla un ballestero suyo, en dias del año 1421, trayendo acaso el mismo camino que yo traje para visitar la colegial esa mañana.—De juro no le halló tan acomodado y suave como hoy se encuentra, ni su ánimo, ocupado de la aspereza del terreno, y de los empeños de su mensaje, tuvo espacio de solazarse como el mio, contemplando la agreste hermosura del paisaje, el prolongado desfiladero de *la montaña*, la cima del monte Dobra, tallada en roca á manera de altar céltico, y el fresco y verde panorama de las Presillas; él, en cambio, daba que escribir á la crónica, y á mí el placer de recordarle al recordarla.

Un año habia que el adolescente rey (andaba con los quince años) hiciera merced á Garci Fernandez Manrique del señorío de Castañeda, con título de conde; el astuto prócer, con la diligencia que convenia á la inseguridad de los tiem-

pos, y del favor de tan tierno príncipe, apoderó á su mujer doña Aldonza, de los reyes de Castilla por línea bastarda, heredera del señorío de Aguilar, para que en su nombre, y con autoridad propia, tomase posesion de la tierra.[1]

Enojóse el rey, que esto supo, ó le hicieron enojarse, puesto que habia pasado, por falsía de D. Alvaro de Luna, del poder del bando del infante D. Enrique, al cual pertenecia Garci Fernandez, al de sus enemigos los condes de Trastamara y Benavente; y dispuso anular el don é impedir sus efectos.

Á esto venia el ballestero; mas doña Aldonza, mujer enérgica y sagaz, habia sabido poner de su parte á muchos hidalgos, y entre los que más valian contaba por suyo al arcipreste Pero Diaz de Ceballos, hombre arrojado de quien hay curiosa memoria en instrumentos de la época. Resistieron, pues, al mensajero, mal-

[1] Era Doña Aldonza hija de Doña Leonor de la Vega, habida en su primer matrimonio con D. Juan Tellez de Castilla. Este D. Juan era hijo natural de don Tello, hermano de D. Enrique el de Trastamara, á quien su padre D. Alfonso el onceno habia dado el señorío de Aguilar.—Véase á Sandoval (descendencia de los Manriques de Lara) y los genealogistas.

tratáronle á palos, quitándole sus credenciales, el cual, molido y despojado, se volvió á su señor, con el cuento consiguiente.

La régia ira y el encono de los adversarios de Garci Fernandez subieron de punto con la noticia del desafuero. Tomóla el rey como ofensa á su persona, que merecia ser castigada por su mano; salió en hueste, y se puso con sus soldados y los hombres de su consejo sobre Aguilar. De allí envió con mandamientos rigorosos y bien acompañado de peones y lanceros á Diego Perez Sarmiento, su repostero mayor, y al doctor Pero Gonzalez del Castillo, su corregidor en las Astúrias de Santillana, los cuales hicieron cruda justicia de los apaleadores del ballestero. Unos fueron muertos, otros azotados, allanadas las casas de los que hurtaron el cuerpo con la fuga, y el arcipreste, reducido á estrecha prision, en Palenzuela, donde murió.

El nivel de los afectos humanos sube ó baja como la marea en la costa; el ódio no es en nosotros más duradero ni perdurable que la aficion.

Garci Fernandez esperó. Mantúvose en el revuelto campo de la intriga, donde batallaban

las parcialidades opuestas por el mando, con harta mengua de Castilla, con mengua mayor del rey ardoroso y bien intencionado, pero falto de voluntad y de firmeza. Destrejando hábilmente con el mar de la política, corriendo sus temporales y utilizando sus bonanzas, sin desaprovechar ocasiones de gloria más limpia en entradas de moros, donde el acreditado valor de su mocedad se mostraba, el prudente magnate vió llegar el año de 1429, y con él una oleada próspera que, trayéndole de nuevo á gracia del rey, le confirmó definitivamente y en forma, título y señorío.

Pedro de Velasco, otro ambicioso, se querelló de esta merced, pretestando derechos anteriores, cuyo reconocimiento pendia en Chancillería desde luengos años, y el rey, atento á no descontentar á nadie, deseoso de mantener á cualquier precio sus providencias, vergonzoso quizás de tantos trueques y mudanzas, compró á Velasco su desistimiento del pretendido derecho con encarecidos ruegos y con sesenta mil maravedises anuales de juro, reconocidos en carta de privilegio. [1]

[1] Crónica de D. Juan II.—A. C.—1429.

¡Pobre rey D. Juan II! Nació con prendas de caballero, generoso, arriscado y vivo: era trovador, galan, ginete, diestro en las armas y aficionado á sus nobles juegos: carecia de firmeza y de voluntad libre. Crióse en atmósfera de privanza, mortal para la fortaleza viril del ánimo: y en semejante ambiente pasó la vida enseñado á no formar juicio acerca de hombres y negocios, sin ampararse de opiniones agenas; presa, por consiguiente, de bandos, y juguete lastimoso de favoritos.

Fué el cuarto monarca de aquella dinastía *enriqueña*, regalada y dadivosa, abierta á la molicie del espíritu, blanda al peso del cetro, inteligente, curiosa de saber, esquiva á las austeridades del soberano prestigio: dinastía que pule y doma la brava rudeza de sus pueblos, crea *la córte* y prepara y consuma el clarísimo renacimiento de ciencias y letras españolas; pero al mismo tiempo abre cómoda y accesible liza á palaciegos amaños, fomenta con sus inagotables larguezas desmesuradas ambiciones, crea la prepotencia de los grandes feudatarios, y retrasa un siglo, provocando rivalidades y emulaciones, la emancipacion de la pátria.

Pachecos y Velascos, Mendozas y Pimenteles, preferian á la frontera granadina las antecámaras régias de Valladolid, de Ávila y Segovia; allí les aguardaban peligrosas heridas, acá seguros aumentos. No contentos de su blason ganado con sangre de ascendientes suyos, dorábanle con rentas de pingües estados, embozando un heróico apellido en los títulos más soberbios de Haro, Villena, Santillana y Benavente. Así esta edad cierra el período épico de glòria, de sacrificios, de hazañas militares de aquellas familias, y abre el de su magnífico engrandecimiento y dominacion tiránica.

No tardaremos en hallar de nuevo á los imperiosos Manriques, aun cuando dejemos su valle de Castañeda por el de Toranzo, que tambien llamaban suyo.

II.

PUENTE-VIESGO.—EPISODIOS Y MEMORIAS.—VILLASEVIL.—RÉGIOS DESPOSORIOS.

Desde el empalme de Vargas corre la carretera por una llanada sembrada de altos hele-

chos, en cuya espesura asoman su tostado cerro numerosas vacas, y suenan sus esquilas al compás lento con que pacen golosas la grama. Todavía sobrevive algun castaño viejo de aquellos que daban techo á un rebaño entero bajo su pomposa copa, y casa al pastor dentro del ahuecado tronco.

El camino de Toranzo es de los más frecuentados de la Montaña.—Á pié ó á caballo, en coche ó en carreta, las gentes del pobladísimo valle se mueven con actividad suma, y crece el movimiento cuando en la estacion serena abren sus puertas á achacosos y pacientes más ó ménos disimulados las hospederías de sus célebres aguas medicinales.

Penétrase en una primera garganta, cuya formacion y naturaleza, así como la de las rocas grises que encauzan el rio, prometen hervideros termales; y efectivamente, á una revuelta del camino aparece Viesgo, su puente todo ojos, su iglesia maltratada y pobre, los baños sobre el Pas, y el caserío amontonado en la avenida del puente ó asomado al camino á beber la constante polvareda que mantienen en alto volando llantas y herraduras.

¿Quién estuvo en Viesgo, siquiera pocas horas, que no oyó mentar á Fausta? Este nombre de Fausta allí, simboliza la buena voluntad representada en una ama de huéspedes, voluntad manifiesta á toda hora en actos frecuentes, en la acogida afable, en la asistencia puntual y cariñosa, en consideraciones repetidas, y el uso constante de una paciencia inalterable.

Lector, sin más que acudir á la razon, sea cuanta fuere tu experiencia de la vida, puedes hacer cabal juicio de la suma de paciencia necesaria para recibir y tratar con igual agrado y manera á centenares de personas diversas en carácter, edad, opinion, flaquezas y manías;—pero si por mala ventura, sabes de dolores gotosos ó reumáticos, y cómo en sus períodos álgidos alborotan la condicion más apacible, ágrian la más dulce é impacientan la más calmosa; si has probado el humor vidrioso, irascible, impertinente y desasosegado que enseñorea nuestra alma, cuando los humores morbosos de cualquiera especie labran, roen y mortifican nuestro cuerpo, y esa accion irritada, despótica con que parece la materia querer vengar en el espíritu otras insolencias y tira-

nías del espíritu sobre la materia; en una palabra, si has padecido, lector, y hecho padecer— que no va lo uno sin lo otro—comprenderás qué caudal de condescendencias, dulzuras, mimos, transacciones, halagos, ha de gastar la huéspeda modelo para gozar unánime concepto, y que de su casa no salgan descontentos ni quejosos.

Y aun para contemplar á los sanos, necesitaria tesoros de calma y de indulgencia; porque ¿has reparado, lector amigo, con qué gusto nos desquitamos en estos hospedages breves y transitorios, de ciertas contradicciones que toleramos de buen grado y callandito en el hospedage sedentario ó en el domicilio propio? ¿No has advertido qué desahogadamente nos desembarazamos de la buena educacion, aun los más presumidos de ella, y á pretesto de cosa pasajera y de poco momento, usamos con aquellos criados y gente menuda modos y lenguaje nunca usados con los nuestros?

Si la educacion consiste en la constante vigilancia sobre sí mismo, para no hacer ó decir cosa que hiera, moleste ó perjudique al prójimo puesto en relaciones de trato con nosotros,

se comprende que ese estado de perpétua centinela canse á veces y empezca, y que hombres de educacion aprovechen todo punto de darse una tregua, un respiro, como se lo dan á su virtud ciertos virtuosos mal casados con ella, cuando, segun familiarmente decimos, *echan una cana al aire*. En tales desahogos, unos y otros dan quince y raya al más pintado rufian, y sus extravíos de la pauta honrada, parecen á las sandeces de los hombres de ingénio que se dejan atrás las más sonadas del sandio más acreditado.

Sea en casa de Fausta, excelente repostera, amen de lo dicho, sea en otra parte donde se albergue el bañista, si su dolencia le permite siquiera tanto paseo como al dogo su cadena, pronto repara en un cueto cónico, erguido á la derecha del camino, erizado de árgomas, que entre sus verdes abrojos dejan asomar los azulados muñones de la caliza. Aquel monte está hueco; abierta en el flanco, mirando al Norte, tiene una espaciosa brecha por donde se puede penetrar hasta sus entrañas, y estas entrañas son una inmensa caverna partida en estancias de ámbito diferente, donde se oye sin descanso

gotear el agua, artífice de aquella arquitectura que en unas partes cava y en otras edifica. La vida compleja, múltiple de la corteza terrestre cesa allí, donde solo permanece activa, esa otra vida lenta, imperfecta, perezosa, inmensa en duracion y en tiempo, que fué la vida de nuestro planeta en sus primeras edades. Dentro de la insondable sombra de aquellas bóvedas labradas en un bloque, se ven destellar las cristalizaciones como astros de un cielo subterráneo, ó surgir las amenazadoras agujas de la estaláctita como cabezas de serpiente, cuyo cuerpo se arrolla en profundidades desconocidas, ó sale al paso la efigie fantástica, monstruosa ó mística de la estalagmita que crece y se trasforma por siglos.

Como el *tourismo* no ha extendido hasta estos parages su aparato teatral y su lucrativa farsa, se carece, para visitar la cueva, de guias declamadores y patéticos, armados, vestidos y calzados al intento, provistos de cordiales, escalas, sogas y románticas teas. Hay que procurarse para compañero algun muchacho, que nunca falta, más pagado de la honra de acompañar *al señor* que de la propina que le espe-

ra, y cargarle con un paquete de prosáicas velas de sebo, cerillas y ovillos de bramante. Este sabe el camino, ha entrado alguna vez al antro, y acaso afirma de buena fé que la pila de agua recogida en la piedra por la filtracion constante, dentro de cuyo cristal sereno se ven con toda limpieza los guijarros caidos de la bóveda ó arrojados por el curioso, no tiene fondo. Pero desconoce toda precaucion pavorosa, inútil, de estas inventadas para deleite y emocion de audaces *ladies* y *misses*. Nunca le ocurrió, ni le aconsejaron, tomar actitudes cómicas, hacer gestos y dirigir al peñasco miradas singulares; elegir determinados sitios para descanso, y lugar donde arrimar el palo, donde encender fuego, hacer señales, consultar indicios, referir casos trágicos ó cómicos; ni asomar la antorcha encendida á ciertas cavidades, para prevenir influencias deletéreas de los gases esparcidos dentro, ó disparar pistoletazos á boca de las estancias para precipitar el desprendimiento de fragmentos inseguros que pudieran amagar la cabeza de los que entrasen luego; ni ofrecer su brazo ó su hombro en ciertos pasos ponderados de peligrosos y resbaladizos, y

que la imaginacion del viajero encuentra efectivamente resbaladizos y difíciles, cuando todo es imputacion calumniosa.

Pero á trueque de estos dramáticos primores tan gratos de consignar en el *pocket-book* y de referir al regresar en los círculos familiares, la excursion con el montañesillo ofrece el interés profundo y vivo de una exploracion primera, casi de un descubrimiento. Démosla por hecha y continuemos la jornada.

El camino sube siempre faldeando la montaña, opuesto al rio que baja. Por su ladera el uno, por su pedregal el otro, porfiando á quién hace más recodos ó dá más vueltas, se acercan y se separan sin atravesarse nunca.

El camino trae al rio cuentos de la mar y de lo que allá le espera, y el rio cuenta al camino prodigios de los neveros de Pas, donde nace, y á donde por alientos que tome no trepará nunca el camino. Diálogos entre señor y pechero, bien avenidos y camaradas, aficionado el primero á pesar de su llaneza, á recordar su orígen y ascendencia remota, amigo de hacer beneficios, enemigo de diques y frenos que le coarten, y muy hombre para saltar por ci-

ma de ellos, si le lastiman demasiado; tremendo cuando la ira le hace espumar y retorcerse, en cuyo caso no hay sino esperar á que desahogue y calme su furia; pero despues de calmada, se deja registrar hasta el fondo y saquear el seno de sus bolsillos, donde el pobre descalzo de pié y pierna, mete la mano desnuda y encuentra, si no dineros, especies, que dineros valen, y todo es pescar. El pechero, llano, útil, sufrido, muy hecho á que le pisen, y vengándose á las calladas con hacer sudar la gota gorda á los que abusan; tolerante hasta con los espumarajos del señor, porque como viene de la costa, sabe dónde y cómo acaban todas aquellas violencias y bramidos; siempre igual, sereno, plácido, pero cauto en su placidez y precaviéndose de las mudanzas de su aristocrático vecino con buenos estribos y paredones.

El rio, venido de las nubes para tornar á ellas, pasa la vida mirando al cielo, siendo espejo fiel de sus mudanzas, gozando de la poesía de la creacion, y es poeta, canta y llora, consuela sedientos, lava miserias, fecunda arideces; el camino va pegado á la tierra sin er-

guirse jamás, falto de voz, de accion y abrumado del peso de tanta picardía humana como le trilla y le pasea; compensados ambos por la ley de justicia universal; al rio nadie le halaga, muchos le temen; á la carretera la componen, la acicalan y es objeto constante de prolijo interés; vigilada sin cesar, tiene quien la arrebole, la cuide y la custodie, ingenieros, peones y guardias civiles. Aquel recibió de Dios la independencia, á esta la mantienen en tutela los hombres que la construyeron.

Comienza á ensanchar el valle; en la otra orilla un nido de nogales encima del lecho de las aguas, es Corrobárceno. Luego pasa el viajero por Aes, y se pregunta acaso: ¿de dónde esa palabra purísima latina, en tierra cántabra, impenetrable, cerrada siempre al hierro y á la lengua romana?

Enfrente, pasado el rio, una torre robusta, cuadrada, dentro de un cerco de almenas, señala el lugar de Penilla, torre de los Bustillos, que en vez de apoyarse en el monte, parece que el monte se apoya en ella: tal es su fortaleza. La roca-viva asoma su cabeza dentro del aposento bajo, cual si un esfuerzo de su creci-

miento hubiese roto el solado despues de construido; la espalda del monte sube hasta el nivel del piso primero; sus malezas penetran por las rejas, y á lo largo de ellas suelen deslizarse las culebras ateridas buscando el calor de la vivienda. Si un dia á la pátria montañesa le nace tal hijo novelador y entusiasta como sus memorias y su hermosura piden, la torre de Penilla le dará noble teatro para interesantes escenas.

Más allá se espacia una tendida vega: al medio de ella, arrimado á un bosquecillo de alisos, alza su campanario mutilado el convento de franciscos del Soto.

Una inscripcion habia en el convento, segun autor del pasado siglo, [1] que referia cómo en dias de D. Alfonso el Católico, [2] yerno y sucesor del gran Pelayo, tras el breve reinado de Favila, una imágen de la Vírgen se apareció en estos sitios á Ovechio ú Oveco, capitan de los cántabros, el cual, en memoria del suceso, fundó un hospital en los mismos lugares.

[1] Duque.—España restaurada.—Obra citada en la Historia de la Bien Aparecida.

[2] 739-757.

En el siglo XVI, la órden dominica, tomando por su cuenta el abandonado territorio de la montaña, intentó varias fundaciones, y una de ellas en este ya santificado sitio, segun refiere su historiador Fr. Juan Lopez, obispo de Monópoli, [1] mas no llegó por entonces á realizarse el pensamiento. Luego se establecieron los franciscos con devocion general de la comarca, que aún acude á celebrar en la iglesia y su espacioso átrio el célebre jubileo anual de la Porciúncula.

Iruz y Corvera se miran de una á otra ribera, aquel inmediato al monasterio, este atravesado por la carretera que más allá de su recinto serpea en cuesta á dominar las mieses.—El libro de las Behetrías dice que en Corvera estaba el cillero del Rey, esto es, la casa ó aposento en que se recogia y guardaba la cilla, tributo diezmal que pagaban en grano los pueblos.—Cillero del Rey se llamaba San Andrés de Prases, y uno y otro nombre prevalecen en dos barriadas, Cillero y Prases, señaladas por dos santuarios. Blanquea el uno dentro de una sier-

[1] **Historia general de la órden de Santo Domingo: 4.ª parte, lib. III, cap. 55.**

ra verde, el otro, á la vera del camino, dá refugio bajo el techo de su pórtico al traginero sorprendido por la lluvia ó agobiado por el calor.

Desde allí, cruzando los ojos el rio, descubren en terreno quebrado y espeso la iglesia de Villasevil, puesta sobre alto terraplen vestido de sillería.

Cierto episodio útil al novelador y de fácil empleo entre los que su imaginacion le brinde, recordaban el terraplen, el pretil y la calleja á sus piés hundida, á un viejo que gustaba de referirle.—Una noche tempestuosa y cruda de principios del siglo, un ginete llevado en alas de amorosa impaciencia, y en lomos de un bravo potro, cegados los ojos del ginete por el viento, la lluvia y las tinieblas, ocupado su espíritu de más vivos cuidados que el cuidado de conservar su vida, embotado el instinto del bruto por las eléctricas emanaciones de la tormenta, ganan descaminados el borde del precipicio y saltan, ó mejor caen en su fondo á impulso del desesperado galope; el cadáver del potro queda allí embazando la trocha, y el mancebo herido, roto, deslumbrado, convulso,

sangriento, vivo por milagro de la Providencia guardadora de intrépidos, llega tarde, pero llega á la cita.

Los sollozos y lágrimas, las explosiones de dolor y de alegría, las ternezas y delirios que pagaron aquella noche temerosa, los riesgos corridos y la leal constancia del caballerò, los hallará el novelador en su memoria si no está olvidado de sus veinte años.

En las arboledas de Villasevil [1] acampaba y en los lugares de sus contornos se hospedaban la escolta y acompañamiento de dos comitivas reales que se habian encontrado aquí al mediar el mes de Marzo de 1497. En la una, venia aquel príncipe D. Juan, único hijo varon de los Reyes Católicos, despojado por temprana muerte de la gloria y del poder de heredarlos; en la otra, la princesa de Austria Margarita, hermana de D. Felipe el Hermoso, destinada á esposa del príncipe D. Juan. Habia desembarcado la princesa en Santander, venia de la culta y fastuosa córte de Borgoña, y traia consigo los primeros carruajes de lujo y de paseo que se

[1] Villa de Fuente-sevir en el siglo XI, segun una donacion que cita Florez.—Esp. Sagr., tomo XXVI.

vieron en España, segun afirma Gonzalo Fernandez de Oviedo.[1]

«Fizose el desposorio en Villasevil, cabe Santander,—dice el doctor Toledo, médico de la Reina Católica,[2] —por mano del Patriarca de Alejandría y Arzobispo de Sevilla D. Diego Hurtado de Mendoza.» Y fué poco venturoso, porque en Octubre del mismo año fallecia el desposado; su hijo póstumo D. Miguel pasaba de la infancia á la huesa, y extinguida la línea masculina de las dinastías españolas, entraba la austriaca en cabeza del marido de Doña Juana la Loca á regir el vasto imperio de ambos mundos.

De la agitacion, ruido y fausto que aquí des-

[1] «..... á causa de la comunicacion con Flandes, ay »muchas literas, e ovo un tiempo carros de quatro cava»llos e quatro ruedas cada uno, que truxo a Castilla la »princesa Madama Margarita, mi señora, en que algu»nas vezes, con algunas de sus damas, salia al campo; »pero como esos no los podian sostener sino personas »de estado e en tierra llana, e su alteza despues que »enbiudó se volvió á Flandes, zesaron tales carros.»—Libro de la Cámara real del Príncipe D. Juan: 2.ª parte, capítulo del Caballerizo de las andas.

[2] Crónicon de Valladolid.—1497—Marzo.—Publicado en los documentos inéditos para la Historia de España, tomo XII.

envolvia el acto y la grande aglomeracion de gentes, da corta idea la féria que se celebra en 28 de Agosto, dia de San Agustin, donde acude lo mejor del valle y sus comarcanos en riqueza, alcuña, gusto y hermosura.

III.

LOS VILLEGAS.—CAMPIÑA.—ONTANEDA.

Junto á Villasevil, Santiurde: de su antiguo nombre San Jorge,[1] conserva rastro en la advocacion de su parroquial. Al amparo del bienaventurado caballero, propio patron de hidalgos belicosos, al cual el cristiano D. Quijote reputaba «uno de los mejores de la milicia divina;» tenian en Santiurde sus concejos y asamblea los procuradores del valle. Centro de vida política del cual salian acuerdos de servicios al rey, demandas en querella de sus merinos y corregidores, mensajes de paz ó provocaciones altivas á los valles y señores vecinos.

[1] Era monasterio con este título.—Florez, tomo XXVI.—Obispos de Búrgos.

No está lejos Acereda, solar antiguo de los Villegas, enemigos perpétuos de los Manriques, y émulos de su dominacion en el valle. Raza de audaces que ya en el siglo XIV daba adelantados á Castilla,[1] y mantuvo siempre vástagos suyos en servicio inmediato de los reyes desde los principios de la monarquía castellana. Mas no de reales donaciones, sino de inmemorial herencia ó adquiridos por mano propia, poseia en Toranzo vastos solares y tierras. Suyos eran la torre y palacio del Coteron, en Villasevil; las casas de Castil-Pedroso, encaramadas en la sierra que separa á Buelna y Toranzo, en las que persevera el apellido, y la fortaleza de Acereda que papeles de la casa pintan rodeada de muros, fosos y barbacanas.[2]

[1] Pedro Ruiz de Villegas, adelantado mayor de Castilla, figura en la crónica de D. Alfonso onceno, con otros de su apellido, caballeros de la Banda.—Figuran asimismo con encomiendas y hábitos en las crónicas de las Órdenes militares. De empresas de Cruzada parece provenir su escudo, que trae una cruz de brazos iguales y conchas de peregrino en los cuatro huecos: negro sobre plata, colores del Temple.

[2] El foso y contra-foso distinguian entre las casas solariegas *las infanzonas*, ó sea aquellas cuyos fundadores se suponian oriundos de estirpe régia.—Cossio y Celis.—Historia de Cantábria.

En Acereda mantenian soldados y monteros, con grande aparato de perros y halcones, que eran los Villegas, á ley de altos señores, aficionados á volar una garza en el llano, á acosar un jabalí en los vecinos acebales y lastreras de Rugomez; y regaba sus parques un arroyo, de nombre rico en sonoridad y colorido, Platarollera, del cual apenas queda un eco lejano en el de Mataruyera, con que hoy corren sus aguas tan limpias, tan melodiosas, tan plateadas como en tiempos de mayor poesía.

Y tan duros contrarios eran, que, para vencerlos, otro Garci Fernandez, nieto del primer conde de Castañeda, heredero de sus estados y casa engrandecidos con el marquesado de Aguilar, hubo de meter por sus tierras una hueste ordenada de cinco mil hombres de á pié y de á caballo. No dicen las memorias coetáneas si fué breve ó larga la campaña, más de cierto fué rigorosa; los pueblos inmediatos vieron arder la torre de Acereda, arruinarse hasta el cimiento, y quedar exterminado para no recobrarse nunca aquel temible nido de gavilanes. [1]

[1] Declaraciones de testigos en el Pleito de los Valles.

Esto pasaba, años más ó ménos, hácia 1480: reinaban poco habia los reyes Católicos, y ocupados en asegurar su sólio y prevenirse á empresas exteriores, toleraban á sus grandes ciertas justicias expeditivas y de mano propia. Todavía la fuerza mayor era decisiva autoridad en las contiendas; no habian tenido espacio ni reposo para fundar aquel ideal de equidad austera, segun la cual, al decir del ingénuo cura Bernaldez, «los pobrecillos se ponian en justicia con los caballeros, *é la alcanzaban.*»

Si haces á pié la caminata, y eres, lector, de los que gustan trabar conversacion con quien pueda ponerte en cuentos de los lugares que recorres, de algun torancés aprenderás cómo trocada la índole de los tiempos, cambian tambien el uso de las cosas y su valor y aprecio; cómo se mudan en ocasion de escarnio, de zumba y remoquetes, las que lo fueron de temor ó de respeto. De la fortaleza natural de Acereda, de su asiento roquero, se burlan los pueblos de uno á otro extremo del valle, con decir que los piamonteses ambulantes no suben á restañar las calderas, faltos de suelo blando en que hincar la bigornia.

En Borleña las lustrosas *paseras*, brindaban en otro tiempo á cruzar el rio y descansar á la sombra de un fresco alisal, que el Pas ha devorado; manadas de patos ocupan el paso, ya meciéndose en las anchas ondulaciones del remanso, ya dormidos sobre la grama, ó atusándose su plumage.

Villegar, en cambio, como un atezado hijo del Mediodía, se recuesta al sol, despojado de árboles, rico de praderas y maices, que extiende y encumbra hasta el monte, como un mercader oriental, que hace muestra ostentosa de sus matizadas alfombras y perfumadas telas.

Son las praderas de la montaña, verdadera bendicion de Dios, patente siempre á los ojos del aldeano, como una alegría inmortal del cielo, esparciendo en los aires su inagotable fragancia, riendo á los ojos con los infinitos matices de sus flores, rojas amapolas de Mayo, amarillos renúnculos de Junio, azules borrajas de Agosto; blancas margaritas, cuyas estrellas de espuma no se apagan cuando el inquieto mar del heno crecido, ahoga y sume sus rastreros tallos, ni cuando el hielo invernizo que parece cuajar toda sávia, suspender la vida en troncos

y tallos, es impotente contra los vivaces retoños de la pradera.

Esos henares, poblados de murmullos, zumbidos y aleteos, vivero de mariposas, nido de alondras, en cuya blanda espalda se pintan las ráfagas de viento abatiéndola á su paso, se despliegan en la inmensa onda del valle de una á otra ladera, desde el cueto pronunciado de Castillo-Pedroso, hasta las fronteras cumbres de Posadorio encima de Bejorís.

En tiempo de siega, la aldea entera se traslada á trabajar en ellos. A sombra de los avellanos se establece el hogar: allí duerme el niño en pañales, guardado por el perro, mecido por el agudo pío del *fraile* gris, esquivo morador del cerrado arbusto, mientras la familia entera participa de la faena: los varones adultos, armados de guadañas lucientes, colodra al cinto, derriban con mano segura la yerba; mujeres y chicos con horquillas y palos la vuelcan y la esponjan para que sea curada por el sol y el aire.

Entonces por todas partes se oye el seco crugir del acero que hiere las fibras vegetales, el martilleo con que el aldeano iguala las quie-

bras del dalle, el estridor de la pizarra con que acicala su filo, y el agreste *cantar* de las carretas, *stridentia plaustra*, de Virgilio, de voz tan áspera y construccion tan tosca en sus ruedas y macizos ejes, como en los dias del geórgico poeta.

Y, sin embargo, ese rechinar del carro tan desapacible para oidos urbanos, tiene expresion y melodía para los campesinos. Lo reconoce el viejo reducido por la edad á guardar la casa; y se adelanta perezosamente á abrir las dos hojas del porton, para que entre en el corral la triunfadora carga coronada de un fresco gajo de juguetones chicuelos. La reconoce la zagala, y siente parársele los brazos, y que se le van los ojos temerosa y ufana hácia el parage á donde los llama el sonido, y procura por los claros de los setos ó las casas, descubrir al mozo que guia la pareja.

De Villegar se baja á San Vicente, lugar más considerable, dominado por la torre polígona de su iglesia, alegrado por blancas quintas con ventanaje verde, verjas y jardines. Donde se levanta una de las más aparentes, á la derecha y algo desviada del camino, se levantó la torre

de los Manriques, la enemiga victoriosa de la torre de Acereda. Yo me acuerdo de ella: era cuadrada y maciza, con angostas troneras, y tenia guarnicion de soldados; fortificaciones de campaña la rodeaban con foso y parapeto; ciudadela erigida durante la guerra civil contra partidas y merodeadores, convertida en amparo del valle despues de haber sido su yugo y su espanto, á semejanza de los grandes pecadores, vueltos á Dios, á la caridad cuando se les acerca la muerte. De ella no queda otro recuerdo que el grabado en alguna imaginacion infantil por su aspecto vetusto y sombrío, por el aparato bélico que la cercaba y el pintoresco contraste de su traza y fortaleza antigua con los fusiles y bayonetas empleados ahora en su custodia y defensa.

Un marqués de Aguilar, descendiente de los Garci Fernandez nombrados, llegaba á las puertas de esa torre cierto dia del mes de Agosto de 1697. Acompañábanle criados de su casa, hidalgos y labradores; y como sin duda la hora convidaba á gozar del fresco de la tarde, apeado del caballo, sentóse en el banco á umbrales de su solar.

En su cortejo parecian sus gentiles-hombres y servidumbre irritados y recelosos, los toranceses cabizbajos y pensativos, mientras al rostro del marqués salian indicios de mal reprimido despecho. Venia el cortejo de las juntas habidas en el acostumbrado sitio, Santiurde, en las que, engañando esperanzas del marqués, los procuradores del valle habiàn resistido á sus actos de prepotencia, condenando ciertas prisiones y malos tratamientos ejecutados por oficiales suyos en defensores de las inmunidades y derechos de la tierra, rehusando perseguir á los naturales acusados de haber aliviado los padecimientos de los presos y contribuido á libertarlos.

Eran las eternas diferencias entre el valle y su pretendido señor; impaciente aquel y esquivo á autoridad que no habia reconocido, perseverante este en el propósito tradicional de su casa, de poseer, además de las rentas, jurisdiccion civil y criminal, alta y baja, y mero mixto imperio, como entonces se escribia en autos.

Mas no eran ya los tiempos de los impetuosos fundadores de su señorío; habíanse amansado

las costumbres; mas por desgracia á la vez los brios de raza desmayaban en todas las esferas sociales. Cárlos II era rey, Oropesa ó Valenzuela privados, Iglesia y milicia servian á intrigas de poco momento; y en querellas de favor, en unirse sin calor, en odiarse sin energía, gastaban su vida próceres y cortesanos. De estos era el de Aguilar.

Un Garci Fernandez de sus antecesores, reputando insolencia la firmeza de ánimo de los concejos, no los trajera en su cortejo, sino aherrojados, ni se apartara de la junta rodeado como estaba de parciales sin soltar el freno á su franca ira y tentar, acero en puño, desquite de sangre ó de fuego; el menguado descendiente, sentado, recogido en sí, dejó hablar su cólera fria en un discurso preñado de amenazas hipócritas y huecas.

—«Haced liga contra mí, señores, concertaos en menosprecio de mi justicia, que no tardareis en tocar los frutos de semejante descuello. Hay cabezas en Toranzo que se sobreponen y dominan, como plantas viciosas; mas cuenta que hay tambien jardineros cuidadosos del jardin, que sabrán cercenar ambiciones é impedir que

flores inútiles y soberbias crezcan á espensas de otras humildes, robándolas sus jugos.»

«Término doy á los que me ofendieron para ponerse en salvo; hagan cuantos hoy asistieron á la junta por poner la mar en medio; plegue á Dios que se hallen en Indias cuando mi castigo los busque. Teman si no, oir en hora inesperada la campana que tañe á juicio, juicio inexorable, del cual no tienen por qué aguardar misericordia. Yo os prometo por mi nombre que cuando oigais este sonido habeis de temblar, si para temblar os dan tiempo la cárcel y el cuchillo,» —y sacando de su faltriquera una campanilla, que de contínuo usaba para llamar á sus familiares, la tañia con agridulce sonrisa.[1]

Testigos del acto cuentan que los montañeses quedaron atemorizados, y su espanto se propagó á los confines del valle. Tambien ellos decaian y les faltaba un arcipreste de Ceballos, un Villegas ó un Gutierrez de Escalante[2] que se pusiera intrépido á riesgo de muerte, res-

[1] Así refieren la escena y discurso varias declaraciones en el pleito de los Valles.

[2] Uno de este apellido murió resistiendo á los de Castañeda en las contiendas sobre señorío.

pondiendo con obras á las amenazas. Y se dejaron vencer del miedo y cedieron de su derecho.

¿No es cierto que al tenor de la oracion en que andan por tan raro modo mezclados el episódio de Tarquino, y su imitacion por el rey Monge, nos figuramos al orador menguado de persona, solapado de gesto, frio de ojos, cascado y agrio de voz, ruin en suma, á pesar de su alcurnia? ¡Qué fué de aquellos Manriques membrudos, vellosos, de tan escasa facundia como robusto, y ágil, y poderoso brazo!

Llegamos á parage donde vuelven á acercarse las cordilleras y estrechar el valle, anunciando las gargantas postreras, límite de los páramos castellanos; por estos lugares tiene hoy nombre y fama Toranzo, fuera de sus asperezas, mas que por ningun otro accidente de su hermosura ó recuerdo de un pasado.

Ó las razas humanas tienen hoy más apego á la vida, ó la ciencia descubre nuevos medios de conservársela, ó son atormentadas por padecimientos y dolencias antes desconocidos. Siglos y siglos corrieron libres derramándose sobre la superficie de la tierra, fuentes y manan-

tiales de aguas intolerables al paladar, perniciosas al riego, sin que el hombre soñara en indagar qué utilidad escondian bajo su apariencia repulsiva.—Únicamente la imaginacion de los pueblos, tanto más viva cuanto ménos sujeta por las austeridades de la razon, herida por ciertos accidentes externos y de fácil percepcion, fétidos vapores, intermitencias misteriosas, depósitos calizos que envolviendo los objetos sumergidos los petrificaban, acudiendo á su necesario refugio, dió sobrenatural y maravilloso orígen á los fenómenos cuya causa inmediata desconocia; y turbios ó cristalinos, hirvientes ó glaciales, inodoros ó ricos en sulfúreas emanaciones, fueron los manantiales morada de génios benéficos ó malhechores, efecto de maldicion divina, testimonio de milagros, ó respiraderos infernales.

¿Cuál otro orígen reconocen las míticas tradiciones de fuentes súbitamente agotadas para castigo de humanos extravíos; la leyenda caballeresca de heridas mortales, curadas por aguas de virtud divina; la frecuente conseja de diabólicas apariciones que al sumirse en tierra, dejaron perenne rastro de sí en sulfurosos va-

pores; la dura espada convertida en frágil vidrio, el báculo ligero en ponderosa piedra?

¿Será, por otra parte, cierto que á la superstición del espíritu corresponde el instinto de la materia? ¿Quién inspiraba á gentes ignorantes, rudas, desprovistas de toda nocion fuera de las instintivas, sin más consejo que cierta experiencia de orígen inmemorial imposible de señalar, la accion de buscar remedio á sus enfermedades en las aguas misteriosas?

Porque es tradicion indudable en todas ó la mayor parte de las comarcas termales, que sin arredrarse de largo camino, sin temer á las privaciones y riesgos de un despoblado, acudian pacientes á la milagrosa piscina, á sanar unos, á perecer otros para cuyos males era mortal el específico. De estos se olvidaba el mundo, guardaba memoria de los afortunados, y ella bastaba á perpetuar la confianza y mantener la peregrinacion constante.

Esta fé ciega es hoy todavía comun, y sin la ciencia que vela á orillas del medicinal venero, sus cristalinas ondas serian á menudo sepulcro de alucinados y fanáticos.

Dueña ya la ciencia de sus ocultas propieda-

des, propagadora incansable del beneficio de sus aplicaciones, dió campo á la industria, y esta no se hizo de rogar para labrarle y aprovechar sus frutos, y del manantial se pobló el yermo, se aumentó la aldea, y el caudal geográfico de las gentes se enriqueció con un nombre propio.

Á este caudal pertenece el de Ontaneda. Sus nogales y castaños dan sombra á muchos achaques, á muchos desvelos, afanes y ambiciones, porque en la tregua necesaria que todos buscamos al cuotidiano empleo de nuestras horas, de nuestras fuerzas y accion vital, el espíritu no descansa y continúa siempre combatido, ó minado, ó enardecido y provocado por aquel agente único y principal de su vida, política, negocio, amor, santidad, poesía ó gula.

Tiene la iglesia en bajo, para no fatigar los valetudinarios miembros de los fieles; la botica sobre la carretera, pronta á quien necesita sus jarabes y linimentos; esparcidas las viviendas al sol sobre la verde alfombra de la campiña; apretada la poblacion antigua entre la plaza y la parroquia y el palacio; diseminada la nueva, la estacional, la nacida de *las aguas*, á inmediacion de estas.

Sobre su nacimiento está fundada la más vasta de las hospederías que naturalmente y con propiedad suma lleva el nombre de *Casa de baños*: fórmanla dos cuerpos en ángulo recto, de dos pisos cada uno; su arquitectura es modesta, ó más bien humilde; delante halla el bañista la sombra de algunos plátanos, la compañía de algunas flores, el recreo de un juego de bolos; dentro, habitaciones y menage medianos, buena sociedad á menudo y excelente mesa siempre. Lo que en Ontaneda economizó la industria al manejar las aguas, esparcirlas en pilas, recogerlas en chorros, adelgazarlas en surtidores, lo gastó pródiga en el vecino manantial de Alceda, donde la vena cristalina rueda, salta, ondea, lava y cura á través de ricos mármoles y bruñidos bronces que visten las lujosas termas; pero aquí falta el hospedage á raiz del baño, el caserío dista un paseo, y esta molestia compensa para algunos otras ventajas.

La vena sulfurosa mina todas aquellas cercanías, y fluye á borbollones en una y otra parte del rio. En su orilla derecha se pierde inútilmente un manantial que brota en tierras de Bejoris, pueblo solariego, peligrosamente asen-

tado á la caida de un siniestro torrente. Jonáz, —que así se llama,—á modo de los titanes fabulosos, no tiene vida regular y serena, ó duerme ó lucha; ó yace aletargado sumido en cavernoso lecho, ó se derrumba estrepitoso, mugiendo, espumando con irresistible fuerza, amagando sepultar, no en ondas de agua, sino en aluviones de piedra, árboles, edificios y vivientes.

Como á márgen de tranquilas aguas ondean en dunas y médanos las arenas arrastradas por la corriente, á márgen de Jonáz se encuentra apilada ó tendida porcion asombrosa de cudones redondeados y bruñidos por la repetida percusion en su extraordinaria caida desde el monte al valle. Si os mueve curiosidad de saber qué fuerza plegó ó cernió tan duros y pesados materiales, trepad el despeñadero arriba, y allá, en una grieta oscura de la montaña, oireis sonar en la roca un hilo finísimo de agua, cuyo frio jamás entibia el sol. Aquel ténue gemido es la voz del agente cuyo brazo amenaza á Bejorís con el suplicio que la ley de pueblos antiguos daba al ladron de la honra ó del caudal ageno.

En Bejorís tuvo solar el gran Quevedo;[1] años hace le señalaban cuatro arruinadas paredes vestidas de zarza y helecho sobre el áspero declive de un prado llamado el Escajal, cuyos gallardos robles saltea el Pas en sus avenidas y se los lleva de uno en uno, con la tierra donde arraigan. Como hacienda abandonada de su amo, le halló el poeta cuando vino á visitarle, y le pintó con implacable númen satírico:

Es mi casa solariega,
más *solariega* que otras,
pues por no tener tejado
le dá el sol á todas horas.[2]

[1] De Bejorís era su padre D. Pedro Gomez de Quevedo, y de la inmediata aldea de San Vicente, descendia su madre Doña María de Santibañez. El apellido Villegas le traia Quevedo de su abuela paterna Doña María Saenz, natural de Villasevil. Los de Quevedo traen en su escudo esta letra:

Yo soy aquel *que-vedó*
el que los moros no entrasen
y que de aquí se tornasen
porque así lo mandé yo.

Los mismos apellidos llevó ótro hijo ilustre de Bejorís, Fr. Juan de Quevedo y Villegas, primer obispo del Darien, que en 1519 y en presencia del Emperador y su córte mantuvo ruidosa controversia sobre la libertad de los indios con el célebre Fr. Bartolomé de las Casas.

[2] Véase la excelente Vida de Quevedo que el señor

En las blasonadas casas del pueblo, se repite el caballeresco blason de los Portillas, y su cristiana divisa *Credo in unum Deum*, noblemente sostenida desde la restauracion de España por sus hidalgos miembros en la milicia, clero y magistratura española en Flandes y en Portugal, en las Chancillerías de Granada y Ultramar, en la Inquisicion de Córdoba y en la silla episcopal de Mallorca. [1]

Ya el valle deja de serlo, y cuando llega á Eutrambasmestas, se divide á Oriente y Mediodía en dos angostas y retorcidas cañadas que sirven de cauce al Pas derramado de la sierra de su nombre, al Luena desprendido de las alturas que marcan el límite de la tierra castellana.

Más arriba son ya regiones alpestres de estas donde la vena de agua es absoluta señora,

D. Aureliano Fernandez Guerra antepuso á su edicion de las obras de este claro ingénio, publicada por Rivadeneira en la Biblioteca de autores españoles.

[1] Fr. Francisco Antonio de la Portilla, Obispo de Mallorca, que figuró en la guerra de sucesion como adicto al Rey D. Felipe V.—«Hombre ejemplar y de la mayor fidelidad al Rey» le llama el grave historiador Marqués de San Felipe en sus Comentarios: libro VII.

como forma inicial de la fuerza creatriz que dió sustançia y forma al globo; la vena de agua que fecunda y desbarata, que arruina y hermosea, que taja la roca, abre el sendero, riega la tierra, nutre el árbol, llama al hombre, cimenta la casa y titula el pueblo. Luena se llama el rio, Luena la aldea, y cuando la devocion ó la desgracia buscó un patrono en el cielo, apellidó al bienaventurado con el nombre del lugar, y llamó á su desdoblada poblacion San Andrés de Luena y San Miguel de Luena.

Más allá serpea el camino á vencer el dorso de la cordillera, á pasar á Castilla; el estudiante de mi tiempo al llegar á aquellos parajes en los asomos del otoño, arrastrado dentro de la pesada mole de la diligencia, saludaba á los valles y costas nativas, con pesar acaso, acaso con alegría. ¿No habia entre ellos quien más allá del confin montañés hallaba libertad absoluta y varonil independencia, sueño pertinaz del adolescente? ¿No habia tambien quien ya probado el desengaño de esa libertad mentida, veia únicamente al otro lado de los montes el tédio de penosos y difíciles deberes? Desde allí se daba adios al mar, á los dias va-

gabundos, á la doméstica abundancia y la alegría; desde allí se daba adios á muchas otras cosas. Dichosos aquellos para quienes ese adios no fué un adios postrero.

Pero no olvidemos que nos aguardan otros valles y la estacion de Tanos mostrándonos nuevos caminos.

LA CUENCA DEL BESAYA.

I.

YERMO.—CALDAS DE BUELNA.

Subir la cuenca del Besaya es paseo que el curioso de arquitectura hará con fruto y placer. —Era ese el camino por donde comunicaban la Montaña y gran parte de su marina con el riñon de Castilla; por él iban y venian tragineros y soldados, cobradores de tributos y fundadores de monasterios, merinos y abades, corregidores y misioneros; por él la justicia y las leyes; por él la noticia de los progresos y esperanzas de la historia nacional; por él las tradiciones y los principios de arte.

El arte primero que nació de la espansion y libertad del culto cristiano, apenas este poseyó medios y caudales para establecerse en casa propia sin ocupar desalojadas aras de Júpiter

ó Minerva, dejó aquí duraderos monumentos que aún subsisten, desde el peregrino santuario de Moroso, de ignoto orígen é islamita casta, hasta el de Yermo, removido, restaurado en tiempos diversos y firmada su más importante y completa renovacion en el siglo XIII por el artífice autor de ella; desde San' Lorenzo de Pujayo consagrado por un prelado de Búrgos, hasta la iglesia vieja de Silió, émula de las de Castañeda y Santillana en galas de piedra esculpida.

Á la entrada de esta cuenca, cuyos valles les pertenecian, y en su villa de Cartes, habian erigido los Manriques una fortaleza, sin duda contra sus peligrosos vecinos los de la Vega. Y tan oportunamente habian escogido su asiento, que cuando á las antiguas vias desiguales y escabrosas reemplazó el ancho y macizo arrecife moderno, no halló escape, y tuvo que ir á pasar bajo los rastrillos de la fortaleza. Por bajo de ella, por su ancha plaza de armas y hondo patio ahumado por las lumbradas de ballesteros y gente de armas, pasamos nosotros, porque si hemos de visitar con holgura y libertad los monumentos y recogér sus inscripcio-

nes, más que los muelles cogines del carruaje, nos conviene la herrada suela del veredero.

Robusto y entero todavía el castillo, fué descabezado; sirvieron sus piedras para edificar en sus cercanías, para establecer viviendas dentro de sus propias entrañas. Tenia su almenage corrido sobre una cornisa cortada en modillones angrelados, y en los cuatro ángulos de su azotea cuatro redondos cubos, atalayas ó garitas empenachadas por la vejetacion parásita de los siglos. Tenia sobre sus puertas ladroneras y matacanes que las defendian, y tan altas, que el mandron ó el guijarro caido á plomo sobre el atrevido que se arrimase á aportillarlas, mellaba sin fallir el mejor capacete y rendia el más duro brazo del escudo; y tenia en sus ventanas cruzados hierros, por donde el defensor podia asestar tranquilamente sus saetas, pero que desafiaban los puños y la destreza del escalador más audaz y experto. Arrasado ahora á nivel de los tejados de la villa, no llama, como antes, de lejos al curioso, ni tiene otra cosa que mostrarle más que las gastadas canales por donde caian los rastrillos, y algunas de aquellas impenetrables cifras con que los can-

teros de los siglos medios signaban sus labores.

Abocado ya á la primera garganta por donde el rio viene, está Rio-corvo. Apartémonos á la derecha á visitar á Yermo. Un camino de montaña, partido de yerba y cudones, de agua y hojas nos lleva en pocos minutos. Yermo tiene en la Montaña supersticioso crédito de antigüedad remota, y lo trae de serle tributaria la iglesia de Santillana, tan reputada de inmemorial y vieja. Vieja es la fundacion de Yermo en verdad: no tanto el edificio que ahora subsiste, restablecido con las reliquias de un predecesor suyo, y restablecido como se pudo y dieron de sí los materiales y el ingénio del artífice, no como el gusto puro y la artística ley pedian.

La invasion sarracena y la catástrofe de Guadalete, habian despoblado de cristianos las provincias del Mediodía de España. En el comun pavor envueltos monjes y prelados, se acogian á las montañas, al refugio postrero de la fé y de la pátria, y amparándose en ellas pretendian con nuevas fundaciones compensar la sede perdida y el profanado monasterio. [1]

[1] En la era 881 (A. C.—843). Recemiro y Betelo, monjes refugiados, fundaron en Cabezon y Toporias las

Así vinieron Ariulfo, insigne obispo de Mérida, y Severino ó Severo, que lo habia sido de Baeza, [1] y fundaron iglesia en Yermo, en el territorio de Camesa, [2] la cual, con otras que igualmente les pertenecian, cedieron en la era 991 (A. C.—853) á la insigne de San Salvador de Oviedo. [3]

No son de tan añejos dias la puerta abocinada, los arcos apuntados que hoy dan entrada al templo; éslo acaso su planta cuadrangular, exígua y orientada. Tampoco proceden del templo primitivo las devotas figuras metidas en nichos, empotrados en el lienzo septentrional, reliquias de monumento fúnebre labrado acaso en la undécima centuria, y puestas allí como material de restauracion, tan extrañadas de su propio y natural destino; ni el bulto de fiera, leona, pantera ó loba con sus cachorros que

iglesias de San Roman y San Pedro, con licencia que solicitaron de D. Alfonso III, *el Magno*.—Libro de Regla de Santillana. Escritura núm. 52.

[1] Argaiz.—Teatro eclesiástico.—Sobre Ariulfo puede verse á Florez en los tomos X, XIII y XV de su España sagrada.

[2] Risco.—Esp. sagr., tomo XXXVII.

[3] Ibid.—Apéndices, núm. IX.

las acompaña, símbolo probable de maternidad celosa y formidable amparo, que aceptó la Iglesia y heredó el arte del materno emblema de Roma, adaptándolo al simbolismo nuevo. Las hiladas de sillarejo, interrumpidas y trocadas, dan bastante indicio de las vicisitudes de la construccion y sus varios momentos, y se puede afirmar que no solamente de materiales nuevos sino de materiales antiguos, y de otros que preparados en anteriores tiempos no habian tenido aun oportuna aplicacion, se valió el arquitecto Quintana, que en 1203 se atribuia por boca del mismo edificio su construccion.

En la cara interna del machon diestro, bajo la imposta de la entrada, grabó iliterato escoplo su memoria:

[1]

[1] ERA MCCXLI (año de 1203) DE SANTA MARÍA ESTA IGLESA PETRO QUINTANA ME FECIT. PATERNOSTER POR SU ALMA. Tales son el fiel traslado é interpretacion literal

En los capiteles de esta mano se distingue una figura de cabello largo y ropas talares, puesta entre dos, al parecer, leones. Los leones en uno de los capiteles levantan la cabeza hácia lo alto, en el otro la humillan al suelo. ¿Son dos tiempos de un mismo suceso? ¿Representan á Daniel? ¿Ó una escena de martirio frecuente en los circos romanos, donde á veces la voz ó la presencia de la víctima ofrecida á su apetito amansaba y rendia á las fieras? Los capiteles de la otra mano representan sucesos de caballería; en el uno, dos ginetes pelean á vista de una dama; en el otro, dos hipógrifos

de la tosca inscripcion.—En 1845, el distinguido brigadier de Artillería, D. Santiago Piñeiro, de buena memoria entre sus amigos y sus compañeros de armas, la leyó de la siguiente manera, supliendo acertadamente las que á su parecer eran abreviaturas, pero interpretando algunos caractéres y con un error de copia en la fecha, la cuál trae patente el signo epigráfico abreviacion de XL, en vez del X que copió el Sr. Piñeiro: ERA MCCXI (año de 1173) Á SANTA MARÍA EDIFICATA ECLESIA PETRO QUINTANA ME FECIT PATER NOSTER POR SU ANIMA. El mismo erudito oficial copió un trozo de inscripcion en el torreon de Cartes, y otra de la clave de un arco de la casa de Quijano ó del correo en la misma villa: ambos parecen ilegibles.—Sirva esta noticia para los epigrafistas y curiosos que visiten estos parages.

abren sus alas ociosas; ¿esperan el fin del duelo para trasportar al vencedor y á su cautiva ó libertada, premio cierto de la victoria, á fantásticas regiones?

En el campo del tímpano retuerce y anilla su larga y escamosa cola un monstruoso dragon de viperina cabeza y saltones ojos; con él pelea un paladin bien armado, San Jorge acaso, al cual asiste y esfuerza un ángel; constante alegoría del arte románico, tal vez cifra y resúmen del perenne combate de la vida, el que sostienen dentro del hombre y dentro de la sociedad los dos principios eternos de la naturaleza, cuyas victorias y derrotas son la manifestacion constante y evidente de la augusta libertad humana.

Esta fachada de Yermo, que mira al Sur, desaplomada y hendida pesa caduca sobre puntales de madera. Tiene en frente dos troncos viejísimos de fresno que, desmochados, retoñan con juvenil lozanía; pero la fábrica humana no tiene la sávia de inextinguible vida que la madre naturaleza hace correr por las venas de sus vigorosas criaturas.

Al pié del collado de Yermo corre un arroyo,

Belmonte, que sale al Besaya por bajo de la carretera en Riocorvo. La carretera se entra en una hoz sombría, en cuyo fondo duerme el rio dentro de blancas cuencas de roca, cuyos bordes afilan el sol, el viento y la lluvia.

Ásperos lugares, cuya soledad y tristeza contrastan con la luz y la alegría de la maravillosa vega que acabamos de atravesar, y con el abierto y plácido horizonte de Buelna, que hallaremos presto. Mas antes hay donde nos detengan, amigos acaso, y de cierto recuerdos de doliente sanado y agradecido.

Llegamos á uno de los parages de mayor devocion en la Montaña y de no corta fama en las restantes provincias españolas. Nacida la devocion de una antigua y milagrosa imágen de María, fiada á la custodia de sus leales servidores los hijos de Santo Domingo de Guzman; nacida la fama de un prodigioso manantial en el cual, renovados los bíblicos asombros, se ven cada hora entrar tullidos, mancos y cojos y salir sanados, vencido el mal, recobrada la vida: que la vida no consiste únicamente en respirar y alimentarse, la vida es gozar del pleno ejercicio de sus miembros, tenerlos dóci-

les y prontos á la voluntad del espíritu, ágiles para el bien comun, diestros para su empleo de vencer y dominar resistencias, aprovechando los dones de la naturaleza, esplotando sus arcanos, asistiendo á la accion universal humana, al creciente y progresivo movimiento, destino y mision de nuestra terrenal existencia.

Los incrédulos é indiferentes, repuesta la salud, logrado el fin de su venida, parten contentos sin darse á discurrir de dónde traen su virtud misteriosa aquellas aguas en que visiblemente se ahoga el principio morboso que les roia y quebrantaba el cuerpo, si de agentes increados, de ignoto orígen y confusa ralea, si de una voluntad superior, divina, anterior al mundo y creadora suya. Los piadosos, las mujeres principalmente, no se alejan sin pagar ú oir una misa á Nuestra Señora de las Caldas.

La subida de la barga es penosa para piés gotosos ó piernas lisiadas: por eso es aspiracion suprema, ideal de tantos enfermos forzados á permanecer abajo, entre el manantial y la hospedería, presos por la dolencia, la de poder trepar algun dia la altura y gozar la fresca sombra de sus árboles, entre los cuales

ven con envidia correr y solazarse á otros más afortunados. Arrimados al brazo de otra persona, ó á un par de muletas, recostándose sobre el muro del puente ó al pretil de los caminos, se los vé fijar tristes la mirada en aquellos parages, vedados á su impotencia; y más dá que compadecer la melancolía de sus ojos, que la vista de sus achaques ó de sus heridas.

La historia del manantial se conserva en la memoria de las familias, en el agradecimiento de los dolientes, en los anales estadísticos de la ciencia médica: la del convento está escrita en un libro compuesto á fines del siglo XVII por uno de sus priores, Fr. Alonso del Pozo, Calificador del Santo Oficio. [1]

Refiriéndose el historiador al que lo fué de su religion dominica, Fr. Juan Lopez, obispo de Mònópoli, cuenta que, venidos á estas monta-

[1] Historia de la milagrosa imágen de Nuestra Señora de las Caldas y de su convento del Orden de Predicadores, Vidas del V. P. Fr. Juan Malfaz, Prior que fué de él y de la V. Señora Doña María Ana Velarde de la Sierra, religiosa de la Tercera Regla de N. P. Santo Domingo, con las virtudes de otros religiosos de dicho convento, escrito por el R. P. M. Fr. Alonso del Pozo, Prior de él y Calificador del Santo Oficio.—San Sebastian.—Bernardo de Ugarte.—1700.

ñas por los años de 1570 misioneros de la órden, halláronlas en tanto descuido é ignorancia, que preguntados sus naturales ancianos sobre la forma de predicacion usada en ellas, respondian asombrados:—«¡Yo en mi vida he oido sermon!»—Con semejante noticia, la celosa órden, cuyo especial instituto era la propagacion de la fé católica por medio de la predicacion de su santa doctrina, pensó en realizar su emblema, plantando aquí la mística antorcha que alumbrase tan lastimosa tiniebla. Y eligió para fundaciones cuatro lugares, los de Potes, Santillana, las Caldas y el Soto. De este, ya vimos cómo cambió de objeto; de los dos primeros diremos en sazon y tiempo.

Sazon y tiempo faltaron al intento de los dominicos, cuya ejecucion quedó suspensa por largos años. Pero ya en el de 1605 se fundaba en Santillana el de *Regina Cœli*, y con él tomaba pié y solar en la Montaña la perseverante familia del insigne Guzman.

Barros, lugar del valle de Buelna, y señorío de los marqueses de Aguilar, era dueño de una ermita, en la que con título de las Caldas, tomado del cálido raudal que cerca brotaba, se

veneraba de tiempo inmemorial la Vírgen. Su efigie era de talla; vistiéronla luego con telas más ricas que oportunas, necesidad de los tiempos ó tiranía de la costumbre.

Barros, pues, deseoso de mejor servicio en lo espiritual, y de satisfacer á la constante y general devocion á su Vírgen, trató con los dominicos de Santillana cederles su imágen y ermita á cambio de establecer en esta dos religiosos para las necesidades del culto.

Tales fueron los principios del monasterio, que en capítulo general de la Orden, en Mayo de 1611, fué declarado independiente del de *Regina Cœli*, señalando vicario propio con título de prior para su gobierno: eran entonces provincial de la de Castilla el M. R. P. M. Fr. Pedro de Contreras, y prior de Santillana el Padre Fr. Juan de Montemayor.

Ya con el calor y energía que infunde el trabajar en cosa propia, comenzaron los frailes á ensanchar y engrandecer su convento; y aunque les ponia coto el corto terreno, limitado por el camino de Castilla y el peñasco, edificaron sacristía, coro y un dormitorio, capaz de cinco ó seis celdillas de tablado, dice el P. Pozo.

Con el año de 1663 llegaba para el convento de las Caldas el dia de su completo y próspero crecimiento. Del colegio de San Gregorio de Valladolid, salió comisionado por el rector y consiliarios el castellano Fr. Juan Malfaz para hacer las pruebas de un pretendiente montañés, natural del lugar de Rumoroso. De paso por las Caldas, entróse á hacer oracion, y movido su corazon por la aspereza y grandiosa soledad del sitio y su conveniencia para la vida religiosa y enseñanza de la doctrina cristiana, determinó emplearse con todo celo y eficacia en procurar y reunir los medios necesarios para que la apostólica cosecha fuese tan rica, pronta y abundante como á sus ojos el estado de la mies prometia.

En conseguirlo puso todos sus conatos, iniciando la empresa á su vuelta á Valladolid. Pero la voluntad individual, por briosa y resuelta que parezca, es limitada en sus medios, y pocas veces alcanza la mano á donde están puestos los ojos. La del P. Malfaz sola, aunque ayudada por la aquiescencia de sus superiores, acaso hubiera desfallecido y cansádose antes de dar cabo á su propósito, á no verse acogida

y cordialmente amparada por la de una dama montañesa, considerable en la tierra por su apellido y sus bienes.

Siguiendo pleito con un su hermano ante aquella Chancillería, hallábase en la referida ciudad la señora doña María Ana Velarde de la Sierra, viuda del caballero D. Fernando de Herrera, señor de la casa de Miengo.[1] Hija de confesion de los dominicos, puesta en autos de lo que se trataba, excitado su piadoso celo con la esperanza de tamaño beneficio para las almas de sus montañeses, entró sincera y resueltamente en el plan, y escribiendo al provincial Fr. Juan Martinez de Prado, residente entonces en San Estéban de Salamanca, pintóle la necesidad extrema en que sus paisanos estaban de

[1] Este solar de Miengo heredó y habita frecuentemente el Excmo. Sr. D. José de Posada Herrera, y en verdad que el lugar es á propósito para huelgas de un político, amigo de madurar su experiencia meditando en las veleidades de los hombres, en las convulsiones del mundo, en las tormentas que agitan y ponen á punto de perecer los estados; espeso bosque, ágrios peñascos, rústicas soledades, naturaleza melancólica, por horizonte el mar, y partiendo términos entre la tierra y el agua la procelosa barra del Pas, siempre cerrada por incansables y rugidoras olas.

predicacion y doctrina, ofreciendo ayudar con su hacienda y limosna, ella y su familia al sustento de los religiosos.

Con tan eficaz patrocinio, la órden resolvió impulsar la fundacion de Caldas, y para ello diputó al mismo Fr. Juan Malfaz dándole por compañero al colegial de Rumoroso Fr. Hernando Menocal, el cual andando los años llegó á ser famoso en el púlpito, conocido entre las gentes con el nombre de *Padre de las verdades*, por las que decia predicando, y murió Prior de su convento de San Ildefonso de Ajo.

Llegaron los enérgicos apóstoles á su destino el 8 de Octubre de 1663. Su perseverancia y la de cuantos les ayudaron ó sucedieron tantos y tan robustos obstáculos hallaba, que hasta el de 1683 no fueron terminadas las obras del actual monasterio. En tan largo plazo de veinte años, habian tenido tiempo de entregar su alma á Dios, Fr. Juan, en edad verde todavía para el ministerio apostólico (cincuenta y dos años); y doña Ana María, vistiendo el *hábito descubierto* del Patriarca (órden tercera de Santo Domingo).

Señalada la fecha de la construccion, queda escrito su gusto y proporciones. Época deca-

dente y triste para el arte como para la pátria. La tradicion del romano Herrera palidecia y se acababa, degenerando, perdiendo la austera grandeza, su calidad ingénita, á favor de la cual en los asombros de la impresion primera no se perciben su fria elegancia y sequedad ascética. La correccion severa del dórico escurialense, ó toledano, trocada en licenciosa bastardía, daba ser á un órden espúreo, cornisamentos sin arquitrabe, cúpulas sin tambor ó cimborrio, pilastras enflaquecidas por recuadros, en vez de las estrías que las visten y aligeran. Á tales troncos arrimó sus crespos é inverosímiles ramages el gusto que del nombre de uno de sus más ilustres secuaces fué llamado churrigueresco, y obedeciendo á tales principios se edificó en los reinos de España durante los siglos XVII y XVIII, herido el arte por la creciente pobreza del Estado, y precisado á medir sus vuelos y proporcionar sus aspiraciones al caudal de que disponia.

La pobre portada, pobre en proporciones y en gusto, autorizada por la imágen del santo fundador vestida de sus hábitos blancos y negros, no anuncia la nave anchurosa y vasta,

cortada por otra menor en cruz latina bajo cuya bóveda, durante tantos años hicieron las familias hidalgas de la comarca resonar las preces de sus funerales.

Los que no traian á enterrar aquí sus muertos, venian en luctuosa peregrinacion, convocados de los valles extremos de la provincia á exequias y aniversarios; así los libros de asiento de esta santa casa debieron ser heráldico necrologio de apellidos ilustres, juntados para la verdad y desengaño de la muerte, contraste de las genealogías y entronques conservados para los fines ambiciosos ó soberbios de la vida.

Aquí se recogian tambien, en señaladas épocas del año, á llevar la penitente vida de los dominicos, á participar de sus austeridades y rezos, muchos varones respetables, arrancándose por algunos dias al regalo y dulzuras de la familia.

La hoz de los Caldas abre al Sur sobre el valle de Buelna. Recto, como tiro de artillería, le atraviesa el ferro-carril; á su izquierda deja los pueblos del concejo de San Felices, puestos sobre un alto rellano tajado sobre la vega, á manera de costa sobre desecado piélago; á su

derecha perdido entre desiguales breñas Cóo, cazadero de corzos; mientras labran el llano, le siegan, le podan y le cosechan Barros, San Mateo, los Corrales y Somahoz, ya á la entrada de nuevo desfiladero, tan quebrantado y retorcido, que por cinco veces en intérvalos de segundos, los duros y tenaces carriles entran en las entrañas de la roca y salen de ella como sierpe acosada.—Mientras ellos siguen á llenar sus destinos, nosotros, saltando sobre los cudones y lastras que la corriente menguada deja en seco, vamos á nuevas exploraciones.

II.

SAN ROMAN DE MOROSO.—DOÑA URRACA.—VAL-DE-IGUÑA.—PUERTOS ARRIBA.

Hay un camino que traian los corzos cuando el tráfago humano no los habia ahuyentado hasta lo más áspero y despoblado de la comarca, y cuando tomados por nieves y hielos sus claros y enrriscados manantiales de las alturas, bajaban á beber al Besaya.

Este camino es, como tantos otros de la Montaña, el cauce abierto en la peña por una vena de agua desgajada de remota cumbre. Viajero ó corzo, quien lo tome ha de trepar saltando de la roca al tronco, del tronco á la lastra, de la lastra al manchon de tierra, amasado y sostenido por la raigambre de espinos y zarzas, de helechos y vides silvestres; cruzando de una á otra márgen, espantando pájaros y reptiles, oyendo el grato y sonoro vuelo de los unos, y el ágrio y repulsivo serpear de los otros sobre yerba y hojarasca; mirándose en las limpias pozas, que señalan durante el estío la interrumpida corriente, y en unas partes reflejan el claro cielo, en otras el rico y matizado follaje de la umbría.

Pero si duro el camino, es amen de pintoresco breve: luego se llega al poblado bosque. Los árboles parecen á los hombres: aquellos que nacieron en quiebras bajas ú hondos barrancos, crecen rectos á buscar el sol, sin espaciarse en vago ramage, concentrando sávia y vida en dar á su tronco robustez y empuge; empuge que levante en breve su copa á desembarazada altura, robustez que lo afirme y ase-

gure contra vientos y tempestades: los nacidos sobre orgullosas cumbres, tienden en cambio anchas y opulentas ramas; su fruto, si lo crian, cae al alcance de infantiles manos; su prodigada sombra abriga rebaños y pastores; déjanse quemar el tronco por la hoguera que á sus piés el leñador enciende, y abrasada su entraña, todavía hojecen lozanos y fructifican. En tanto si fuego ó hierro tocan en lo vivo al que solo en medrar pensaba y subir hasta el cielo, cae y se derrumba entero, y fenecen de golpe su ambicion y su vida.

En la márgen derecha de la arroyada, sobre un terrero descuajado y cubierto de heno tupido, está lo que fué iglesia del priorato de Moroso. Fábrica de área breve, de planta rectangular partida en dos, á Levante la ménos espaciosa, la que en términos de arte se llamaba *pronaos* ó *galilea*; á Poniente la más ancha y larga, la nave propiamente dicha. Una entrada por el Norte, gallardo arco de herradura puesto sobre dos columnas de fustes cortos y capiteles de labor estaláctita ó de bovedillas, con imposta de losetas en resalto del capitel al arco; canecillos volados, cuyo perfil lateral dibujan tres

círculos de diámetro sucesivamente menor, y un bocel que los termina, son su ornamentacion y rasgos fisonómicos. Otro arco, idéntico al de la puerta, comunica ambas estancias, y en su intrados aparecen huellas de pintura: la techumbre hundióse, y en las paredes quedan los arranques de la bóveda de cañon.

¿Quién erigió el edificio?—Un angostísimo lucero ó aspillera abierto en su cabecera oriental, es diámetro de una estrella cuyas ocho puntas abren en chaflan el macizo del muro desde el lucero á la superficie externa; otra cruz semejante corona la espadaña. Este símbolo de la órden hospitalaria blasona aun solares de las cercanías donde la órden tuvo dominio. [1]

¿Serian los caballeros de San Juan los fundadores de Moroso? Ellos tenian en Oriente glorioso predominio: allí guerreaban contra infieles, y de sus despojos erigian templos y hospederías; el arquitecto de Moroso, venido de

[1] En la aldea ó barrio de la Serna, entre Santa Cruz y Arenas en Val-de-Iguña, donde se ve tambien el palomar aislado, símbolo de señorío, harto raro en estas solariegas montañas. De ellos era la Iglesia de San Juan de Raicedo, inmediata á Arenas.

Palestina, traia en su mente la imágen ó el recuerdo tenaz de las construcciones siriacas, y diputado por la religion poderosa en cuyo servicio trabajaba para alzar un santuario, lo trazó conforme con los principios hondamente encarnados en su memoria.

Así se explicaria la existencia en nuestras breñas, vírgenes de dominacion ó influencia sarracena, de ese gallardo tipo arquitectónico, venerable reliquia que parece arrancada del morisco suelo de Córdoba ó Granada, del cual son orgullo y encanto sus análogos y semejantes. Solo que al labrar las mezquitas andaluzas, sus autores no preveian ni en sueños la cruz plantada luego por la conquista sobre sus almenadas azoteas, y el arquitecto de la mezquita cántabra la pintaba en sus planos por remate de su obra, la abria en el muro principal y acaso la llevaba sobre su pecho.

Sin embargo, en aquellas suena todavía la oracion cristiana, fervorosa y tierna; de esta, solo sube á Dios el himno de la naturaleza, la voz del pájaro que anida en las piedras, el suspiro del viento en las yedras que las desencajan y envuelven, el zumbar del insecto desper-

tado por el rayo del sol que calienta su albergue; suavísima armonía, pero falta del hondo acento agradecido ó penitente, alma y vida de la oracion humana.

Hasta sus arcas de piedra que fueron ataudes y hoy recogen las aguas del cielo y las conservan para los pájaros, parecen piscinas puestas á ambos lados de la puerta para las abluciones mahometanas.

Lo cierto acerca de Moroso, ya monasterio, es que en los años de 1119 pertenecia á la reina Doñá Urraca, aquella célebre mujer á quien el docto Mariana llamó en sus historias «récia de condicion y brava», y de la cual ya queda hecha mencion ligera en este libro. [1]

A 25 de Marzo del citado año hacia donacion de este su monasterio de San Roman de Moroso, con todos sus anejos y propiedades, al de Santo Domingo de Silos, de la órden de San Benito, la cual lo convertia en priorato. [2]

[1] Pág. 186.

[2] Llamábase priorato en la órden de San Benito una casa-habitacion de corto número de monjes, pertenecientes á algun monasterio principal, cuyo abad les nombraba superior inmediato.—En Moroso queda solamente su original iglesia, dentro de una cerca apor-

Una tradicion curiosa, viva todavía, perpetúa aquí el nombre de la antigua poseedora y donataria. A la otra parte de una de aquellas soberbias y aterciopeladas cumbres, mirando entre Levante y Mediodía, está Cotillo, pueblo del valle de Anievas: por él pasó Doña Urraca viniendo peregrina al santuario, y en él dejó su comitiva, caballerías y fardage, sea por llegar á pié y con mayor devocion al monasterio, sea porque tomase miedo á cabalgar en tan ágrio é inseguro piso. Al volver hallóse descolados caballos y acémilas; tan mal guardados estuvieron por palafraneros y caballerizos, ó tan amañada tenian los de Cotillo su venganza, y tan diestros anduvieron en ejecutarla.—¿De qué se vengaban?—Porque tan sangriento ultrage no podia ser bárbaro pasatiempo de las montañas.—Calla en ello la tradicion, pero dice que á su vez la reina castigó la ofensa, estableciendo por pública escritura y mandamiento real que á nadie de los nacidos en Cotillo, ó que de

tillada en varias partes. No hay rastro de edificio que pudiera haber sido vivienda de los monjes.

El P. Sota copió la escritura original del archivo de Silos, y la inserta en sus Apéndices con el núm. 30.

Cotillo tengan su linage, se diera en tiempo alguno el priorato de Moroso.

Averiguada la época de la venida de Doña Urraca á esta tierra, seria hacedero opinar, con viso de certidumbre, acerca del orígen y significado del supuesto acaecimiento.

¿Dice relacion con el cuento de sus extravíos, tema á la sazon de cuotidiana plática en los hogares castellanos, porque siempre gustó el pueblo de entretenerse á costa de las flaquezas de sus príncipes y señores? Seria, ¿ya invencion ó ya hecho positivo, una protesta que gentes de corazon honrado y hábitos feroces levantaban contra el disimulado adulterio ó el escándalo manifiesto?

¡Cuántas veces el pueblo, falto de medios para ejercer su justicia, para saciar su ódio ó probar su agradecimiento creó la tradicion, y en ella, alumbrada por la luz de la pasion popular, parece esta ó la otra figura histórica tan diferente de la conservada en las memorias y papeles de que doctos y eruditos han hecho autoridad irrecusable y definitiva! ¡Cuántas veces la tradicion se engendró de gérmenes impostores, de un hecho, de una palabra, forjados por

el interés de un hombre ó de una corporacion, ó de un bando; semilla que puesta en tierra rica, viciosa y á ninguna otra obra de fecundacion distraida, se desarrollaba penetrando su raíz á honduras donde la estirpacion era imposible, trepando al aire y esparciendo tan generosa pompa de apretadas hojas y vistosas flores, que á su sombra se acogieron y vivieron creencias, ilusiones, la vida entera del corazon y de la mente!

Pero ni amigos ni contrarios de cuantos dejaron ó hicieron memoria escrita de Doña Urraca, señalan entre las vicisitudes de su existencia andariega y agitada, una que la tragese á penetrar tan adentro en asperezas sospechosas entonces y mal conocidas.

Metida en guerras, ya con su marido D. Alfonso de Aragon, ya con su hijo, que fué despues de ella sétimo Alfonso en Castilla, cruzó una y otra vez las fraguras asturianas y las parameras de Campos, en son de fuga ó en son de arremetida, nunca en paz y con sosiego bastante para esplayarse en inútiles visitas de santuarios.

Obedecia entonces, como es sabido, la tierra montañesa al conde D. Rodrigo Gonzalez de

Lara, hermano de aquel D. Pedro, supuesto amante ó marido de Doña Urraca, y las historias del tiempo no registran discordia asaz fuerte entre ambos hermanos que explique la afrenta hecha en tierras del uno á la régia amiga ó consorte del otro. Habria en tal caso precedido á los dias de favor del conde D. Pedro, que principiando hácia el 1113, puesto que al año inmediato era ya pasto de la general maledicencia, [1] duraron hasta el fin de los de Doña Urraca en 1126.

Entonces la bajada de la reina y suceso de Cotillo hubieron podido ser acaecidos dentro del 1111, cuando vencida por los aragoneses en Viadangos y salvado á duras penas su hijo por el obispo Gelmirez de Santiago, tomó por trochas y atajos, buscando rodeo seguro para refugiarse en Galicia. Entonces podria suponerse que la Montaña se inclinaba á la parte del aragonés, adelantándose á no pocos de los castellanos, los cuales inclinados á la reconciliacion, buscada tiempo adelante por el rey batallador, daban á la inquieta matrona la culpa mayor en sus lamentables disensiones.

[1] Moret. Anales de Navarra.—Tom. II, libro XVII.

No es probable que retrogradando á tan remotos tiempos, la crítica se emplee en ventilar causa de tan poco momento en la historia general, cuando curiosidades y misterios de mayor actualidad ó más grave trascendencia reclaman su atencion, su sagacidad y su constancia; mas el peregrino en las soledades de Moroso, no evita el recuerdo ni deja de recogerse á meditar en ello.

Tampoco está apurada por los historiadores la cuestion del carácter y procederes de la desventurada reina doña Urraca. Llámola desventurada, porque rompiendo la espesa capa de doblados siglos que sobre su tumba pesan, surge y retoña el temeroso relato de sus pecados y flaquezas, cometidos ó supuestos. Es naturaleza de la virtud la de trasfigurar al virtuoso, de suerte que al recordarle las generaciones, lo hacen como de criatura beatificada, desnuda de lo mortal y libre de mortales miserias y dolores, mientras el ser sellado por la mancha lastimosa del delito, vive con todos los accidentes de su terrestre existencia, vulnerable, sensible, blanco de oprobios, ocasion de escándalo, en cuya vergüenza se complacen los vivos.

Lo cierto es que nada consta en mengua de su recato mientras vivió esposa de D. Ramon de Borgoña, y aun en los pocos meses, que dos años no cumplieron, de su viudez, hasta que casada por razon de Estado con el rudo Alfonso primero del nombre en Aragon, comenzaron las bocas maldicientes á cebarse en su fama con ocasion de la asistencia en la córte del conde castellano D. Gomez Gonzalez. La razon de Estado, no por serlo es infalible, y yerra con harta frecuencia en disponer y realizar enlaces sin tomar en cuenta la voluntad y condicion de los sometidos á infrangible yugo.

El generoso Bèrganza, [1] al tomar sobre sí la defensa de la ultrajada reina y la confusion de los testimonios seculares contra ella alzados, se ocupó eruditamente en batir prueba con prueba, instrumento con instrumento, sin cuidar de cuanto no le guiase á negaciones absolutas de los textos enemigos, y afirmacion completa de su redentor propósito. Acaso si en dias más recientes viviera el monge de Cardeña, no desdeñara acudir para robustecer su argumentacion al sondeo del corazon humano, y

[1] Antigüedades de España.—Tomo II, cap. I.

de cuántos extravíos dimanan de un yerro primero; de haber torcido su inclinacion si la tenia, ó haber fiado de que en inclinacion habia de tornarse la indiferencia, ó de que la inclinacion habia de nacer allí donde solo causas de mortal é incurable desvío prevalecian.

No era mansa de condicion la reina de Castilla; veleidosa, de lo cual la justificaban su sexo y el no hallarse mayor firmeza en los barbados varones que la asistian con su consejo ó llevaban su seña, y acaso no muy tierna de entrañas, pues no la empeció la sangre para lidiar con su hijo, ni el agradecimiento para hacerse enemiga del insigne prelado de Compostela y terciar entre los que fraguaban su muerte.

¿Pero era abonado para la difícil y mañosa tarea de domar tal voluntad sin herirla, de plegarla sin romperla, el rey aragonés, desesperado paladin, esquivo á pacíficos tratos, mal avenido con el sosiego, para quien parece hecho aquel valiente romance:

mis arreos son las armas
mi descanso el pelear,

rudo acosador de la fortuna bélica á la cual maltrajo de campo en campo de batalla, amarrada al arzon de su guerrero palafren, hasta que en la postrera de sus lides, se le huyó de los ensangrentados brazos, llevándole vida y victoria?

Tan marcado sino de luchar trajo al mundo, que hasta su doméstico hogar era para él tela de liza; allí reñian hierro contra hierro ambas voluntades, y como iguales en temple y en dureza se repelian sin quebrarse, más no sin que al ágrio choque despertasen de su dormida lealtad atónitos los súbditos; no sin que las chispas lanzadas inflamaran la hoguera en que fenecian consumidos honra, buen nombre, y alteza del régio tálamo.

Quejóse la reina de brutales violencias, y la historia conserva las dolientes frases de su lamento, puestas en la lengua culta y oficial del tiempo: «*Non solum enim me jugiter turpibus dehonoravit verbis, verum étiam faciem meam suis manibus sordidis, multoties turbatam esse, pede suo me percusisse, omni dolendum est nobilitati.*» [1]

[1] Historia Compostelana.—Cap. 64.

Si fueron ciertas, concedamos á la ofendida causa suficiente para odiar sin trégua ni lástima á su ofensor. Pueden provocaciones femeninas buscar tales ocasiones y vestir tal forma procaz y agresora, que levanten el brazo de hombre poco sufrido y pronto á la ira; pero ya no cabe paz ni conciliacion sincera entre la mujer por tan soez modo ofendida y quien la señaló el rostro. Doña Urraca solicitaba el divorcio: la razon de parentesco, válida ante el fuero eclesiástico, habia perdido de su fuerza para el fuero interno de las gentes con no haber sido alegada durante algunos años de matrimonio; y se queria reforzarla con otra, más poderosa ante los fueros de la moral comun, que ante los de la Iglesia.

Subiendo la falda Sur de la frondosa hoya en que está Moroso, parece la aldea de Bustronizo, ó Bostronizo que decian nuestros mayores, los que dictaban la donacion urraqueña, ó Brustranizo como los que siglos despues ordenaban el libro de las behetrías de Castilla, inscribiéndole con título de «logar abbadengo del abbat de Santo Domingo de Silos.....» todavía en su centro conserva la iglesia la advoca-

cion de Santa Olalla de los dias de doña Urraca: junto á su pórtico crecen los dos únicos árboles que cuenta el pueblo, y en frente, dentro de una bóveda que semeja la de un humilladero, mana su solitaria fuente; la lancha caliza sobre que asienta el caserío, en vez de gastarse y pulirse con el uso, se despedaza y suelta en cantos que ruedan sonoramente por el escueto pavimento; las paredes posan, no cimentan, amenazadas de que el viento impetuoso de las alturas, si no las derriba, las empuge y haga resbalar sobre el terso piso. Todavía parecen muchos los dos árboles medrados y vivos en tan duro y árido suelo, y del solo manantial diríase que parece milagro ejecutado en la roca para probar la fé, ó recompensarla, de los naturales.

Fatigado y sediento llegué yo una tarde á su exhausta pila; un hombre la agotaba, aguardando sosegadamente que la empobrecida vena fluyera; y apenas se tendia un ténue velo de agua sobre el pardo limo, lo tomaba cuidadosamente con una chata escudilla, y con ella llenaba su cántaro de barro.

Larga y penosa marcha traia; embebido en

la embriaguez del movimiento habia pasado desdeñosamente cauces y umbrías, sin acordarme de agradecer á Dios el espeso abrigo de estas y el claro caudal de aquellos, y ahora la sombra escasa de dos chopos, y el rumor débil de sus macilentas hojas, un sorbo de agua entibiada y turbia eran para mí inapreciable, altísimo favor del cielo, restauradora medicina para seguir mi jornada, cuya duracion y término ignoraba.

El sol habia pasado del meridiano y comenzaba á declinar. ¡Oh cuán lejos están los dias en que la tarde y sus rojos celages, el crepúsculo y sus crecientes tinieblas, la noche y sus luces melancólicas y frias eran encanto, gozo y bálsamo del alma!

Tan sobrada se siente la juventud de vida, que para gozar á punto de ella y saborearla, necesita templar su energía en los enervadores efluvios de la noche: así se templa la luz para que alumbre y no ciegue, así se templa el calor para que abrigue y no abrase, para que conforte y no disuelva. Mas luego sobrevienen dias en que la más intensa luz de una mañana estiva, con todos sus fulgores, no su-

ple los soles apagados en el alma, ni es pábulo bastante al moribundo fuego de la vida. Entonces es la noche aborrecida y triste: entonces espía con ánsia el deseo los albores de la mañana, y se deleita el pecho en los rayos ardientes del medio dia. Báñase en ellos con intenso gozo, consolado por la engañosa plenitud de vida que le traen; y á par que ellos se entibian y oscurecen, se entibian y oscurecen tambien las fugaces alegrías que fingieron. Con ellos cae el alma en el ocaso y siente de nuevo venir su noche, la noche de los viejos; tinieblas, soledad, insomnio y frio.

Habia subido por el camino por donde vamos á bajar ahora, no ménos agrio y pendiente que el descrito para llegar á Moroso, aunque más ancho, y aunque las dos profundas rodadas que mellan á ambos lados sus retorcidos tramos, indican que sirve á las carretas cuando colmadas de heno en verano y de panojas en otoño, traen á entrojar la pobre y difícil cosecha de los montañeses.

El Val-de-Iguña se despliega á los piés del caminante: su cuenca desigual y angosta se abre de Septentrion á Mediodía entre cumbres

que se escalonan y tejen, subiendo á Poniente hasta el soberbio cueto de Tordias, separando á Levante los valles de Anievas y Toranzo; por el fondo corren el ferro-carril de Alar, la carretera de Palencia, y el Besaya, tan murmurador y tan poco en paz con las piedras vecinas que le cortan el cauce ó salen á atajarle el curso que á desmedida altura ya se oyen las quejas y el paloteo de sus riñas.

Al pié de la barga Las Fraguas. Una antigua casa solariega sobre el camino, tapa y disimula su fisonomía propia y añeja, trás de una fachada galana y rica de quinta italiana y dórica arquitectura. ¿De dónde vino á la anciana el pensamiento de echar sobre sus veneradas tocas el gallardo y costoso arreo que sienta solo á gente moza y puesta á merced de toda veleidad y mudanza en usos y hábitos?

Vestida de sus yedras, engalanada con su mal labrado pero expresivo escudo, habia vivido años y años, habitada unas veces, huérfana otra de sus dueños y señores. Un dia, ¡quién sabe! acaso oyó decir que el ferro-carril iba á llegar á sus puertas, á establecerse en sus umbrales, y espantóse de que la inven-

cion nueva, reciente, petulante y vocinglera, la encontrase acurrucada entre su portalada y su capilla, cuidando las hortalizas de su jardin, anudada á la garganta la blanquísima bengala con que cubria la más blanca nieve de su cabeza, como una de tantas abuelas del país, sobre las que se acumulan los años sin abatirlas, que ven pasar generaciones, desaparecer y fundarse familias, sin que se entibien ni palidezcan las dos religiones que guardan en el alma, la de Dios, y la del linage solariego. Espantóse, temió al intruso y novel invento, su audacia, sus burlas, y acaso tocóle en su amor propio de montañesa la idea cruel de desmerecer y ser tenida en ménos, cuando ojos y oidos, curiosidad é interés, caudal y aplauso, fuesen todos para el recien venido; y se cubrió de adornos al uso, disimulando con ellos las honradas arrugas de su tez, escondiendo su rústica traza trás el airoso y juvenil arreo. Así tapa el postizo su ancha y patriarcal solana, y el volado alero donde entraban á anidar las golondrinas, ave sagrada del hogar, compañera de la familia, partícipe de las conversaciones de la tertulia y de las migajas de la mesa.

Dos escudos pareados puestos sobre el ático del bramantesco hastial, parecen mal sentados en el alto friso donde encajan, y dispuestos á resbalar y bajarse á lo largo de cornisas y arquitrabes, dejando tan eminente lugar á quien le pide por derecho, al antiguo blason raido por las lluvias, borrado por los musgos, que durante siglos habló al caminante la oscura pero sonora lengua de sus piezas y figuras.

Dentro de aquellos muros accesibles y penetrables á cuanto en el mundo actual tiene voz y merece oido, retoña vivaz y generosa la sangre y la belleza de la raza antigua.

Este es uno de aquellos parages en que el juglar de los siglos medios, posando su bordon y desceñido el recado que siempre llevaba al cinto, dando tregua al caminar y al ócio del espíritu, desdoblando el terso pergamino, hubiera tomado gustoso el hilo de la narracion interrumpida en sus trovas ó en sus romances.

Pasaban los glosiosos vagabundos, y al pasar un rumor les heria el oido. En el claustro donde se acogian á dormir, en la hostería donde entraban á comer, el caballero aventurero que

les pedia nuevas de gentes y países, el aldeano que se las daba, la fama, la voz comun, les hablaban de juventud, de inocencia, de hermosura, de bondadoso afecto para los amigos, de caridad inagotable para los pobres, de alteza de pensamientos, de merecimientos y virtudes, compendiados en un sér, juntos en un alma, sobreentendidos en un nombre, y sentian movido el corazon, y á compás de sus latidos, la ardorosa agitacion del númen.

No pedian satisfaccion á los ojos, no necesitaban ver: hijos de la inspiracion, que es fé, del entusiasmo que es revelacion, cantaban la belleza oculta tras de las piedras y las celosías, cantaban la dulce confianza de la infantil mirada derramada sobre el mundo, y su contraste con las impenetrables nubes, el porvenir incierto de la vida. Cantaban generosamente agenas dichas, esperanzas, ilusiones, deseos vagos, aspiraciones infinitas, todo lo que la vida al alborear promete, ellos que tan á fondo sabian lo poco que da la vida en sus fases sucesivas y diversas.

No pasaba su canto las piedras y celosías: extraños uno á otro, se apartaban el cantor y la

doncella, sin hablarse nunca, sin conocerse jamás, y al cabo de siglos la inspiracion melancólica y vaga del peregrino, venia á resonar en el corazon de las distantes generaciones. ¡Misterios del alma y de la poesía!

Estamos en tierra de caballería, esto es, que dice relacion á aquellas altas caballerías que asombraron al mundo en los siglos medios, y cuya huella perdurable subsiste todavía y trasciende en nuestros usos, decires, virtudes y miserias. Dícelo San Juan de Raicedo con su título, dícelo más adelante el lugar de la Serna y sus paredes selladas con la cruz de ocho puntas y su cubo aislado, palomar ó rollo, pero símbolo, bajo una ú otra atribucion, de señorío.

Ve, ¡oh curioso de inscripciones viejas! apresura el paso, toma una cuesta que la carretera te ofrece, y á la entrada del pueblo de Molledo hallarás la iglesia y su cementerio; entre ambos una imágen, la más elocuente de la robustez y de la vida, un olmo de blanca corteza, á cuya sombra habrán nacido, cristianádose, medrado, encanecido y muerto generaciones humanas, y cuyas hojas verdean y cortan el viento con la viril frescura y el airoso brio de la

más lozana juventud. El cementerio ocupa el área de la parroquia antigua; pero los trozos de muro han sido en ocasiones varias remendados y compuestos: junto á la puerta, en un sillar volcado, empotrado en los mampuestos, leerás este latin:

✝ IN ERĀ ꝑCCXX
II SICFUIꝑPLE
NĀ ĀQVE

La piedra está desportillada al término de la primera línea; habria lugar para otra X. ¿Leerás entonces la era mil doscientos treinta y dos, ó sea el año de 1194, ó te quedas con lo visible y lees el año de 1184?

Con tino y experiencia de epigrafista ha de ser posible determinar si la piedra es memoria de alguna inundacion, plaga comun de la comarca, y fijar el tiempo en que fué asolada por tan espantoso azote; que espantoso parecerá á quien quiera que desde la altura contemple el paisage, y se diga que llegadas las aguas á tan desmesurado nivel, quedaban en su seno envueltos y sin mortal remedio ni salvacion posible, aldeas, mieses, prados, ca-

seríos, sin que sobre ellas pareciese más que las cimas insuperables y despobladas de los montes. Horrible desolacion que no tenia otros espectadores vivos que la salvagina acorralada en las cumbres escuetas, y las aves que despavoridas volaban desconociendo el suelo movible, mugidor é inseguro sobre que se cernian. La piedra ha sido movida, ¿lo fué de un edificio á otro, ó solamente de lugar en el mismo edificio en que originariamente se puso?

Desde Molledo, en un seno que hacen las sierras de la barga oriental, se descubre Silió, nombre eufónico de desinencia triste al oido, ¿qué significa?

Pasemos el rio por la pintoresca fábrica de Portolin, constantemente arrullada por el agua —así la envuelven hojas y flores, — no para averiguarlo, más para visitar la iglesia y estudiar su abside. A la manera usada en el siglo XI, levanta sobre su planta semicircular dos cuerpos, sencillo el primero, partido perpendicularmente en tres divisiones por estribos cuadrangulares, separado del segundo por una imposta abocelada de jaqueles. Correspondiendo

á los estribos, parten simétricamente el segundo cuerpo otras tantas columnitas con capitel y basa historiados, subiendo de la imposta citada al alero. Otra imposta igual las ciñe por su tercio inferior, corriendo de columna á columna, y volteando sobre la arquería de tres ventanas abiertas respectivamente en cada una de las divisiones del abside.

Adornan estas ventanas ligeras columnitas con capiteles de labor esmeradísima; uno de ellos representa multitud de cabezas humanas con expresivo gesto de dolor entre cabezas de animales; otro las representa con gesto beatífico entre hojas y frutos: ¿son traslado y figura de la bienaventuranza y del tormento, del infierno y de la gloria? Háse de notar aquí, como vamos á notar luego en Bárcena y en Pujayo, que la escultura más comun en los elegantes canecillos de la cornisa, representa figuras de músicos tañendo ó embocando instrumentos. ¿Son representacion del coro angélico?

En el átrio de Silió, á la sombra de dos chopos, sostenido por dos animales tendidos que parecen lobos, hay un ataud de piedra, tronco

tendido de pirámide irregular y oblícua: sobre la arista superior tiene esculpida una espada de cruz sencilla, parecida á las usadas en el siglo XIII; repetidos en sus caras blasones de Mendoza, de Bustamante, y otro cuya pertenencia ignoro (cortado, águila volante en jefe, fajas en punta) y en la cabecera esta inscripcion de fácil lectura, á pesar de algunos nexos y abreviaturas: «:aqui yase iohan: sanches de bustamante. finó: x ij: dias: de: febrero: año: de: mill: cccc: LXXXX: ij: años:»—¡1492! ¡El año de la conquista de Granada!—Quizá venia de ella el caballero, quizá le traian á la tierra nàtal mortales heridas, fatigas de la campaña; porque ese apellido suena en aquellos tiempos, en aquellas huestes, en aquellas córtes, en aquel guerrear constante de España, que sintiéndose pujante, entera, indomable, hace suyo su propio territorio, antes de ensancharse á tomar territorios nuevos, inmensos, todavía extraños y de nadie conocidos.

De esta piedra me contaron que estaba dentro de la iglesia, y el cura, celoso, dispuso ponerla en el átrio, más á mano y discrecion de los curiosos.

Pues volviendo á pasar en Portolin el rio, y junto á una peña que el ferro-carril taladra, entramos en un vallecillo en cuyo fondo está Bárcena, último pueblo en llano, más allá del cual alza la naturaleza los rudos bastiones con que le plugo defender á Cantabria, y cuyas revueltas y ahogadas golas cierra cuando le place en un breve intervalo de sol á sol con insuperable relleno de apretada nieve, tan maciza y firme, que el hierro blandido por manos de hombre es impotente contra ella, y únicamente el rayo soberano del sol la funde y la deshace.

De estos admirables montes, tristes de esa tristeza muda de todo lo excelso y sublime, bajan dos arroyos á acaudalar en Bárcena el Besaya. Dejemos al Torina que viene de Sudoeste por el Galeron que baja del Vendabal. Cerca de su márgen está la vieja parroquia, sólido monumento románico en estado de conservacion admirable, y más admirablemente teñido de oro por los años y la luz del cielo. El dórico griego no produjo obra más noble, acabada y severa que este ingreso de cuatro arcos cuadrangulares sobre sencillas impostas

y pilastras de traza igual, ni labró moldura más limpia y gallarda que la de rombos en punta de diamante que destaca el pórtico sobre la lisa fachada. En dos caras de la pilastra externa de la izquierda, repartidas estas letras que divide la arista viva:

ISTA ECLESIA	CONSECRATA EST
IN HONORE	SCORM. COSME [1]
ET DAMIANI	

Faltó grabar la cifra del año de la construccion; la del siglo de la fábrica parece XI.

A lo largo del Galeron seguia yo una mañana, no poco molido del sol y del andar. Un soberbio nogal de redonda copa, inclinado como para mirarse ó dejar caer sus nueces en el agua, un puentecillo rústico parecieron delante de mi camino y al pié del nogal una vision del libro de los libros españoles.

¿Te acuerdas, lector, de la aparicion de Dorotea en Sierra-Morena á los dos fieles amigos

[1] Los nexos de la inscripcion son sencillos y claros: la *o* en HONORE enhebrada en los palos de la *h* y la *n*; la *s* en COSME inscrita en la *o*; la *a* en la *d* de DAMIANI.

que van en busca y remedio de D. Quijote? «Suspendióles la blancura y belleza de los piés»—dice el incomparable narrador,—«pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes»..... «los piés, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido.» Suspensos quedáronse contemplando á la que por sus hábitos les parecia mozo de granja, y al soltar sus cabellos mostró ser mujer, la cual sosegadamente bañaba sus piés en el agua.

Mi Dorotea no vestia disfraz de mancebo labrador, sino lutos de doncella en cabello; ni tenia junto á sí bulto de ropa, sino un perrillo blanco y negro que asistia con indiferencia cabal á las abluciones de su señora. Mas á pesar de la extrañeza de tal persona en tal ocupacion, en tal lugar y tal hora; á pesar de la mágia irresistible del relato de Cervantes, bullente en mi memoria, no me ocurrió imitar á los curiosos personages de su deliciosa aventura, ni ocultarme á aguardar el término de la inesperada escena.

Ocurrióseme, sí, que forzosamente iba á pa-

sar junto á la doncella, y la necesaria confusion y vergüenza de esta, y para evitárselas, no teniendo tiempo que perder ni rodeo posible á mano, hice sonar el hierro de mi bordon sobre las piedras.

Al estrépito respondió con su accion Dorotea; recogió sus blanquísimos piés dejando caer sobre ellos el ruedo de su falda sin apartar los ojos del agua y de sus círculos y de las chispas de luz que el sol encendia en ella á través de las hojas del nogal. El perro fué quien, ofendido, se vino ladrando hácia el importuno, y mostrándole sus poco temibles presas, como ladra tantas veces el mundo y se embravece contra quien anda en él atadas manos y lengua por el comedimiento y la prudencia.

«Buenos dias,»—dije al pasar detrás del tronco, y no sé si ahogada por el murmullo del arroyo, no llegó á mi oido la respuesta.

El Galeron viene de Pujayo, una villa sepultada en las angosturas de la montaña; y entre Pujayo y Bárcena, pasa cerca de la ermita de San Lorenzo, modesta construccion románica que vino á consagrar un obispo de Búrgos, segun cuenta setecientos cuarenta años há al

transeunte, esta inscripcion abierta en su muro meridional:

EPS DOMNS: SMENS. CONSECRAVT
HANC ECCLAM: SCI: LAVRENTI
SVB ERA TCLXX: XI KLDS IVLII [1]

Doce años despues, en el de 1144, aplicaron al muro antiguo un trozo de muro, dentro del cual quedó la puerta realzada por un arco sobre dos columnas de fuste grueso. Este postizo, que sube hasta los dos tercios de la alzada total de la fábrica, parece levantado á intento de apoyar un tejado saliente, que abrigando el ingreso, formase pórtico ó átrio cubierto; limítanlo á derecha é izquierda dos recios estribos:

[1] EPISCOPUS. DOMINUS. SEMENUS. CONSECRAVIT. HANC ECCESIAM. SANCTI. LAURENTH. SUB. ERA. MCLXX. XI KALENDAS IULII. (21 de Junio de 1132.)—Este obispo Jimen ó Simon, pues ambos nombres son uno mismo, figura como el tercero de su nombre en el catálogo de prelados de Búrgos.—Segun Berganza (tom. II, página 46) fué consagrado en Sàntiago de Galicia tres dias despues del Concilio compostelano celebrado á 20 de Abril de 1124.—Llevaba de eleccion cinco años por lo ménos, pues en el de 1119 firma como electo la escritura de donacion de Moroso á Silos por doña Urraca. —San Lorenzo de Bárcena es una de las iglesias anejas incluidas en la donacion; acaso esta misma,

en el segundo tiene su fecha: IN ERA TCLXXXII.

Cuando solo y á pié en estas gargantas desiertas y fragosas, perdido como átomo inapreciable de la creacion en medio de tan espléndida naturaleza, oyes rugir la potente locomotora, la ves cruzar de uno á otro monte, encaramarse á sus cumbres, sumirse en sus entrañas, dejando en pos un eco vibrante y una estela de humo, y vibracion y estela, y sonido y humo, se ahogan y desvanecen en el ambiente, entonces sientes la fuerza creadora del espíritu humano, la grandeza de sus concepciones, el poder de su energía y su perseverancia.

¡La voluntad humana! ¡Qué cosa tan sólida y tan impalpable, tan elástica y tan incoercible, tan concentrada y tan vaga, tan rápida y tan lenta! ¡Qué palanca y qué peso, qué ariete y qué muro, qué masa y qué velocidad, qué brazo y qué ojos, qué alcance y qué empuje! ¡Qué misteriosa causa segunda, qué admirable medio de trasmision, trasformacion y aplicacion del movimiento primero, increado, original, á la vida, á la historia, á las fases sucesivas de la tierra, al desarrollo de las razas, á la forma, organismo y extension de las sociedades!

Y ¡qué admirable manifestacion de esa fuerza constante é irresistible, esta vía asombrosamente trazada en tan quebradísimo suelo!

El ferro-carril, la voluntad prepotente, irresistible; la carretera, la resignacion pasiva y callada, la paciencia; la voluntad entera, original, vírgen, capaz de todo; la voluntad, que mide el globo, le pesa, le parte y le atómiza, rendidora de toda fuerza, vencedora de todo obstáculo; la voluntad, que, como el Adan de Espronceda,

Piensa alcanzar con la mano
Donde alcanzó con la vista.

Ahí va la paciencia siguiendo á la tierra sus dificultades y asperezas, plegándose á ellas, trepando á lo alto, escurriéndose á lo hondo, osando apenas hender la roca que la ataja, rellenar el barranco que la corta, echando sobre el arroyo el tímido compás de un arco, precaviéndose con pretiles y marmolillos del mareo de la altura, del vértigo del abismo. La voluntad, en cambio, va recta á su fin: álzasele enfrente un monte, lo taladra; crúzasele un caudal de agua, lo recoge, como recoge el salvage

la liana que quiere enredarle los piés, se lo echa á la espalda, y pasa por debajo sin embarazo, mientras el caudal atónito, corriendo por nuevo y artificioso cauce, va á caèr en el precipicio sobre piedras, atónitas tambien del golpe y del insólito riego.

Allá sube dominando abismos, franqueando de un tramo las hondonadas, retorciéndose como culebra por los tajados declives de la montaña, apareciendo y desapareciendo, no como obra regular y ordenada de la accion humana, sino como meteoro sobrenatural, sujeto á incógnitas leyes aún no sorprendidas por la perspicacia tenaz del hombre. Los años y la costumbre no gastan su soberano prestigio; su ronco resuello, su crugir pavoroso, detienen el paso del caminante, el brazo del labrador, el estudio del letrado, la meditacion del asceta; siembran espanto en el rebaño, azoran al perro, distraen súbitamente la vida en la muchedumbre, rompen diálogos, requiebros, quimeras y conciertos, sorprendiendo y dominando la accion y el impulso de las diversas pasiones.

Allá va corriendo de pueblo en pueblo, de

hoya en hoya, de cima en cima, hasta que se hunde en el seno de la tierra, y dentro de él se revuelve y cruge; y cuando nos vamos creyendo llevados á las entrañas del globo, y despedidos de la luz del sol para indefinido tiempo, brota de nuevo el dia, y nos muestra la ancha y despejada llanura de Reinosa.

Aquí pudieramos reconocer y estudiar la cuna del Ebro en Fontibre, los vestigios de Juliobriga en Retortillo y aquellas memorias que recuerda Florez [1], de los términos que dividian terrenos dados á veteranos de la legion IV y la campiña de los Juliobrigenses. Pero no son objeto nuestro los llanos de tierras adentro: sonlo las *Costas* y las *Montañas*.

[1] Esp. Sagr.—Tom. VI.

CAMINO DE SANTILLANA.

I.

PUENTE-SAN-MIGUEL.—EL ROBLE HENDIDO.—LAS MARZAS.

Cuando desde la estacion de Tanos, ¡oh paciente compañero de mis jornadas! procuraba yo con frias y ociosas palabras describirte el panorama que un lampo solo de la viva luz que le ilumina ha de pintar con más honda huella en tu memoria que la más atildada y colorista pluma, no te señalé un lugar del paisage, predilecto asilo y posada mia, descanso de mi aventurero y no pocas veces fatigado pié. No te lo señalé porque hubiera sido cansar tu oido y rendir tus ojos, trayéndolos inútilmente de uno á otro accidente del terreno, para fijarlos en sitio imposible de descubrir, como no lo descubra el corazon.

Más allá de Torres y más allá de Ganzo, en-

tre las manchas varias en color y en contorno que el arbolado pinta, hay una recortada y espesa á manera de copa de gigantesco rebollo; á su amparo asómase apenas sobre las cercas una casa de pajizas paredes y ventanage verde. Cuando pasas frente de ella, por el camino y la otra orilla del Saja, ves flamear las blancas cortinas de sus balcones; si te llegas pasando el viejo puente que llaman de San Miguel, ves columpiarse las rosas, caballeras de sus tapias; si entras más adentro, hallas en los rosales, al alcance de la mano, nidos de jilguero, cuyas madres se dejan mecer sosegadamente por la brisa, seguras de no ser ofendidas ni perturbadas. Y el tarin y el verderon que andan cazando moscas por las enredaderas de la fachada, se entran persiguiéndolas por salas y gabinetes con familiar franqueza y sin recelo.

¿De dónde vienen esos pájaros cuya voz aguda y lejana nos hace levantar los ojos y buscarlos mucho antes de que su menudísima sombra se dibuje en la diáfana luz ambiente? Aunque vistos nacer sobre el plumon del nido, aunque vistos criar al cebo de sus padres, ¿quién sabe á dónde los llevan despues sus alas y en

qué sublimes y misteriosas regiones del aire penetran? ¿Quién sabe á qué distancia del cielo suben? ¿Quién sabe lo que del cielo han visto? ¿Y quién sabe lo que del cielo traen cuando visitan un hogar de donde volaron ángeles al cielo, dejando su cuna vacía, y esparcida en torno aquella tristeza sin par, angustiosa, que de una deshecha y yerta cuna se esparce?

Volaban las golondrinas sobre el Calvario, gimiendo en la agonía de Cristo, ansiosas de aliviarle, arrancando á porfía las espinas hincadas en su martirizada cabeza: ¿quién sabe si ese manso batir de plumas, esos pios y gorgeos que regocijan el aire, no son arrullos de tántas agonías diversas como se suceden en los infinitos calvarios de la vida?

No llama dolor á esa casa, donde sin llamar han entrado muchos dolores, que se vuelva sin oido y sin consuelo. Alguna vez llama disfrazada con él la superstición; pero se queda á la puerta, y si el dolor quiere entrar entra solo.

Tal sucedió una mañana de San Juan.

El dolor venia con su semblante más desesperado y triste, con el de una madre que traia moribundo á su hijo en pañales. Y para reme-

dio pedia el tallo de un roble, nacido de semilla, flexible y tierno, fácilmente hendible á lo largo de sus tiernas fibras. El saludador habia dicho que haciendo pasar al niño enfermo entre las dos rajas del árbol, en la mañana del dia del Precursor, y con ciertas palabras y conjuros, el niño sanária. Negósele á la superstición el roble; ofreciéronse al dolor palabras cariñosas, médico y medicina.

¡Giron de añejas nieblas que oscurecieron y oscurecerán largo tiempo aún la mente del pueblo!

Hubo siglos en que la fuerza del ódio, hábilmente excitada hacia al guerrero ver en el limpio acero de su espada la imágen de su enemigo y el género de venganza apetecido; siglos en que el varon eclesiástico aplicaba por los vivos las preces de los muertos, creido de su mortal influjo, de que á su fuerza no resistian, y cedian rotas, las prisiones terrenas del alma. Cuando tan ciegos y flacos se mostraban los que eran fuerza y luz, brazo é inteligencia, los magníficos, los soberbios, los doctos y los cautos; ¿qué harian los medrosos por instinto, los abatidos por estado, los ignorantes por necesidad?

Hay, sin embargo en estos despojos de la fé ciega ó la ignorancia antigua, un elemento de poesía, cuyo valor á nadie se esconde, mas cuyo momento y causa de ser encarnado en la supersticion popular, son de averiguacion laboriosa y difícil; tarea para superiores y perspicaces ingénios. ¿Cabe extrañeza en que el campesino, constante testigo, observador involuntario de la vegetacion silvestre, analogista por instinto y por costumbre, admitiese el influjo saludable de la sávia nueva, fresca y sana circulando en las venas del roble, sobre la sangre que se arrastra empobrecida y lenta por las venas del niño enfermo?—La santificacion de la naturaleza, de sus fuerzas vivas, de la accion favorable ó adversa que sobre la economía humana ejercen, fué siempre inclinacion y atributo comun de nuestro espíritu, al cual no basta el limitado mundo visible, y necesita de la comunicacion con otro inmaterial y soberano para satisfacer su inquietud constante, sus dudas y sus aspiraciones.

Hacia el gentil morada de sus deidades el seno de las aguas y de las rocas, el tronco del árbol; y el cristiano pone bajo la tutela de sus

bienaventurados sus mieses, sus huertas y sus ganados.

No es más claro á mis ojos, aunque necesariamente más moderno, el orígen del romance que, en otra estacion del año, venian á cantar los mozos del pueblo á puertas de esa casa, como es añeja costumbre en la tierra. [1]

[1] Ni es descortesía
ni es desobediencia
en casa de nobles
cantar sin licencia;
si nos dan licencia,
señor, cantaremos;
con mucha prudencia
las marzas diremos.
Escuchen y atiendan,
nobles caballeros,
oirán *las marzas*
compuestas de nuevo,
que á cantarlas vienen
los lindos *marceros*,
en primera edad
y en sus años tiernos,
como las cantaron
sus padres y abuelos,
y hacemos lo mismo
para no ser ménos.
A lo que venimos,
por no ser molestos,
no es á traer,
y así llevaremos
de lo que nos dieren,
torrendos y huevos,
nueces y castañas,
y tambien dinero
para echar un trago,
porque el tabernero
no nos *acredita*
si no lo tenemos.
Ni era lo maiore,
ni era lo menore,
que era doña.....
ramito de flores,
y tambien su esposo
porque no se enoje.
Salga doña.....
la del pelo largo,
Dios la dé buen mozo
y muy bien portado,
con el cuello de oro
y el puño dorado,
y tambien su hermano
muchos años goce,
su padre y su madre
que los arrecogen,

Las tibias noches del mes de Marzo, embalsamadas por el rico florecer de la campiña, convidan á rondar. La ronda pasea uno y otro pueblo, corriendo en ocasiones largas distancias; se detiene á la puerta de los señores y de las mozas que tienen *partido*, esto es, concepto de hermosas, y recita *sus marzas* con voz plañidera, sin acompañamiento alguno y en un ritmo sencillo de dos frases, parecido al canto llano de la liturgia católica. Es imposible desconocer en estos romances, aunque adulterados con interpolaciones y empobrecidos con la repeticion del mezquino pedir, la procedencia de romances viejos, contemporáneos acaso de aquellos ingeniosos y dulcísimos cantares[1] que el ilustre ciego Salinas recogia en su libro *de Música.*[2]

tambien sus criados
porque no se enojen.
. . . .
. . . .
Con Dios, caballero,
hasta otro año.....

á los generosos
líbrelos de daño.
Angelitos somos,
del cielo venimos,
bolsillos traemos,
dinero pedimos.

[1] Siglo XV.—*Antiquissimi*, titula el colector muchos de ellos.

[2] Impreso en 1575.—Son en gran número pedazos de romance, como los de

El modismo prosódico que consiste en amortiguar la dureza del consonante agudo, añadiéndole una *e*, «maiore, menore:» la sóbria manera de retratar una figura con un rasgo, «la del pelo largo:» las señas del «cuello de oro» y del «puño dorado,» aunque viciado el concepto y oscurecido, son vestigios de aquella clásica forma de nuestra poesía nacional, como lo es

Retraida está la Infanta,
bien así como solia;

y

Rosa fresca con amores,
rosa fresca con àmor.

Otros son divisas y motes de caballería, como este:

Conviene mal dormir
por bien velar.

Otros, coplas (del latin: *copulae*, parejas), es decir, estancias de dos versos pareados, como

Milagro no haceis,
dama si me prendeis,

ó

qué avedes, qué?
mal de amores hé.

Otros, en fin, parecen sentencias ó proverbios, como este de profundo sentido:

Antes me beseis,
que me destoqueis,

y el siguiente:

Dama, si quereis amor, amad,

que no es ménos que una traduccion ajustada y puntual de Séneca: *si vis amari, ama*.

de estilo original y primivo la acepcion propia del verbo, *acreditar*, usado en sentido de *fiar*, acepcion que no hallo en el Diccionario de la Academia que tengo á la vista. [1]

Mas, ¿quién desprovisto de plena y minuciosa erudicion en las fuentes y primeras formas de la poesía popular, del conocimiento cabal de las épocas y trasformaciones varias que tuvieron los conceptos é ideas primitiva y sucesivamente adoptados por ella, seria capaz de distinguir y señalar en el fárrago bastardo de las *marzas montañesas*, la pertenencia y orígen de sus elementos varios, y en qué momentos y á qué propósito los tomó del romance caballeresco, del rústico, de la cancion amatoria, la serranilla y el villancico, al cual pertenece sin duda la última estancia de las insertas? [2]

[1] Décima edicion.—1852.

[2] A la *marza* inserta me refiero: en todos los valles de la Montaña son usadas; pero no habiendo tenido ocasion de recogerlas, ignoro si tienen otro aliño, pureza y correccion.

II.

EXCURSIONES.—LOS JÁNDALOS.—HESPÉRIDES CÁNTABRAS.

Bonum est nos hic esse; gocemos de la buena sombra: hagamos una mansion breve en estos parages, empleándola en rápidos paseos, que al caer del sol nos traigan de nuevo á la paz y al descanso de este hogar cariñoso.

El paisage es amenísimo; el lecho del Saja va por aquí hundido y silencioso, haciendo anchos pozos en que el salmon habita y se pintan distintos y claros, árboles de la orilla, celages del firmamento. Caminando á par del rio van, por su orilla izquierda la carretera nueva, por su orilla derecha las trochas y veredas antiguas; y van hácia ocaso buscando ya los senos de los postreros valles cántabros y la raya de la tierra heróica de Astúrias.

Tomemos por estos caminos, donde el peon deja al ginete y la carreta seguir la dura lastra y sueltos cantos, y se entra cómodamente por el blando sendero de la mies y el prado.

Una aldea risueña, con aire de holgada vida y bienestar cumplido, nos mira desde un ribazo, Villapresente; más alta todavía, por encima de las tejas y las copas de sus árboles, nos mira su hermana Cerrazo.

Enfrente y al Mediodía, encaramada sobre un cerro, Quijas, cuyo caserío ondea con el suelo en que asienta. Desde Cerrazo al rio hay una mies de gruesas panojas, donde gustan de abrigarse las liebres; desde Quijas al rio un bosque soberbio, un despeñadero vestido de apretados y robustos árboles, cuyos misterios vigila en lo alto una atalaya, cuya entrada defiende en lo hondo un palacio solariego.

Si cruzas el rio y te llegas al palacio, leerás en su fachada y debajo de un escudo cercado de lambrequines y trofeos: «Ví las armas re- »lumbrantes—en los franceses blasones—de los »fuertes Bustamantes—que vienen de empera- »dores—azules trece roeles—en campo de gran »limpieza—y en orla de vencedores—las tres »celestiales flores.»

Así compendiaban los genealogistas del siglo XV, en malos versos, la historia de las familias y el tradicional orígen de sus armas,

Así escribian Gratia Dei, Damian de Góes, y otros cronógrafos de artificioso y fantástico nombre.

Ya entonces el poder y la gloria de Castilla se concentraban en el trono y en la muchedumbre palaciega que le envolvia; ya olvidados del solar primitivo los descendientes de las heróicas tierras del Septentrion, se pagaban mejor de su título castellano, de sus ópimas tierras andaluzas tomadas al moro y hasta del nuevo apellido ganado en el asalto de una villa que de su fosca torre perdida en las breñas cántabras, asturianas ó gallegas, que de la caduca casa-fuerte, maltratada en las guerras intestinas. Ni gloria ni añejos timbres ayudan á sostener el cortesano atuendo, como ayudan pingües estados y rentas. Satisfacíanse los genealogistas con decir que el linage traia su orígen y su divisa de la clásica tierra, y para salvar dificultades de crítica y oscuridades densas, lo relegaban á tiempos de fábula. No se cuidaron del elemento histórico encerrado en cada una de esas reliquias venerables, y para lisonjear al poderoso bastóles encarecer los hechos y grandezas de épocas ilus-

tradas por los inmediatos ascendientes suyos.

Queda, pues, por escribir el libro curioso de los blasones montañeses, como queda el que digimos de las atalayas, ó sea la dramática historia de la comarca en los siglos medios, como queda el de sus santuarios sin número, el de su organismo social, de sus concejos y behetrías, y de sus hermandades marítimas.

La parte mayor de esas casas derramadas por nuestro horizonte, deben su enlucido, ampliaciones y restauro á caudales hechos en Andalucía.

Los montañeses de esta parte occidental de la provincia tienen hereditaria aficion al Mediodía. Ménos ambiciosos, ó no tan aventureros como sus hermanos de Occidente, no se dejan tentar por la vaguedad del Occeano y la misteriosa lejanía y apartamiento de las provincias americanas. Tiéntales en cambio poderosamente aquella otra comarca que sus progenitores ganaron á lanzadas, y de la cual oyen contar maravillas á sus contemporáneos.

El hombre, como la planta, no vive fuera de su clima nativo, sin modificar su naturaleza, tomando cualidades propias del suelo en que

arraiga y de cuyos jugos bebe. Así el jándalo es rumboso, enamorado y ponderativo. Ménos paciente que el indiano, aguijado su amor propio y su amor á la pátria por la menor distancia y las facilidades de salvarla, no aguarda para visitar su aldea más que á poder presentarse con el conveniente lucimiento y majeza.

Dispone su jornada y mide el tiempo de camino para *bajar* en sazon y punto de celebrarse la más nombrada feria ó romería de su valle ó del valle vecino. Y en hora de la tarde, en que, agotadas las emociones, embotada la curiosidad por el calor y la fatiga, se hallan los vecinos mejor dispuestos á saborear mejor lo inesperado y nuevo, héle aquí apareciendo ginete en una jaca de Zapata ó del Saltillo, trotando largo, encogido sobre el arzon, y renegando para sí de la frondosidad de los castaños, cuyas ramas bajan á besarle su rico y aplanchado sombrero de calaña, estorbando el ademan gallardo, la enhiesta apostura con que se prometió aparecer en la tela.

Llega apartando gentes á lo más apretado del concurso, y allí se para y endereza el busto; amigos y conocidos acuden á felicitarle y

darle la mano; él, afable, se deja lucir y da tiempo á que las mujeres deletreen á sabor su porte y vestido, á que las viejas, acurrucadas en círculos, le admiren diciendo: «¡gran mozo está, bendito sea Dios!» á que los chicos envidien sus patillas de chuleta y los mozos su cadena de reloj y su vistosa faja de colores.

En tanto los inteligentes pasan la mano por las ancas de la jaca, le pulsan los belfos y averiguan la edad del bruto, cuyos hijares laten agitados por la carrera; sus finos remos, acostumbrados al blando piso de los arrecifes andaluces, tiemblan azorados del brusco choque de las durísimas camberas y los cudones montañeses; pero ménos tarda en sosegarse, que sus admiradores y críticos en ponerle tachas y recorrer sus primorosos jaeces de campo, obra de algun famoso talabartero jerezano.

Aquellos momentos son solemnes, decisivos á veces, memorables siempre en la vida del jándalo.

Nunca sintió más fresco el cerebro, más alegre el corazon, más expedita la lengua: sírvele dócilmente su lábia, habla mucho, tiene ocurrencias, hace gracia; se ve aplaudido y ce-

lebrado por el corro de los mancebos, por el enjambre de los chicos, por un cordon más apretado de muchachas casaderas puestas en fila, que sonrien meciendo con indolencia los abanicos y moviendo con el aire los flecos, enredados en las varillas, de su pañuelo de Indias pajizo ó colorado, que las cruza el pecho. Luego se fijan en ellas los ojos del jándalo, aunque no falte quien diga ó suponga, que desde su llegada, y aparentando mirar á todas partes, no veian otra cosa; las interpela, ellas se ruborizan, callan y apresuran el abaniqueo; él no las tiene todas consigo, pero se serena preguntando á los que tiene cercanos el nombre de la una, la familia de esta, el lugar de la otra, y se va reconociendo, y recordando antiguas relaciones, y pregunta á las conocidas y echa una flor—¡bendita lengua española!—á la más guapa, y para no suscitar enojos, remata el coloquio con un—«¡Vaya un manojito de rosas!»—que las aturulla y hace subir á cárdeno purpúreo el rubor de las mejillas.

Y en tal hora puede acontecer que desde el ginete á una de las coloradas pase y vuelva y torne á pasar, una centella fugaz, invisible,

que apenas tiene cuerpo y forma en el pensamiento, y, sin embargo, aprisiona y liga dos almas tan de firme que, para haberse de soltar, han de sudar lágrimas y llorar sangre, y así y todo, no lo consiguen sin quedarles heridas que nunca sanan ni se curan.

Se apea el jándalo, no sin dar dos vueltas á la mano de las riendas, para que la jaca se revuelva y pompee su cola y extremezca las crines, y salpique de blanco con su resuello á los más inmediatos. A pié y descalzos han venido siguiéndole los chicos de su lugar, sin más ambicion ni esperanza que la de *tenerle* el caballo. El que logra tamaña fortuna no se trocaria por nadie en el mundo, como no fuese por el mismo jándalo, ideal insuperable, blanco de toda admiracion, extremo de toda envidia.

Entonces acuden las vendedoras ambulantes de la fiesta, *arvellaneras* y *rosquilleras*.—El jándalo convida; hace colmar dos pañuelos anchos como manteles de una y otra golosina, brinda con ellos sucesivamente á la concurrencia, teniendo el uno pasado al brazo y suspendido de los nudos, mientras ensancha la boca del otro con su mano, para que la de cada obsequiada

entre abierta y salga cerrada con holgura y sin aprieto. Y durante esta ofrenda ceremoniosa se confirma, sella y remacha el lazo aquel tejido y armado por los ojos, á lo que bastan las sencillas frases :—«Vamos, una rosquillita.»—«Gracias.»—«Ea, sin cortedad.»—«Ya que V. se empeña.»—Porque en la feria como en la córte uno se tañe y otro suena, y en achaques amorosos, rústicos ó palacianos, valen los vocablos lo que quieren lábios que los dicen y oidos que los escuchan.

Pero en amores cortesanos nacidos del ócio, el más dilatado y paladino galanteo, no supone compromiso ineludible y grave; cuando entre campesinos, cuatro diálogos en el *corro*, media docena de encuentros voluntarios ó casuales, en la fuente, ó en la mies, establecen á los ojos de propios y de extraños una promesa tácita que dura años y años, y raras veces rompe alguno de ambos contrayentes.

Por eso decia que su entrada en la feria y el abocarse con el risueño grupo de las mozas suelen ser lance decisivo en la suerte del jándalo.

Años despues acaso, *redondeado* su haber,

saldadas cuentas con la tienda de Jerez ó de Sevilla, restituido definitivamente á la tierra pátria nuestro jándalo, repetirá su triunfal entrada en la romería; pero no solo, sino regaladamente acompañado, montando bestia de mayor pujanza y brio, y más galan arnés; trayendo á la grupa una almohada, y sobre la almohada una de aquellas mozas, la más gallarda ó la más ruborosa, rodeada una mano al busto del galan, asida la otra á las correas de la baticola, usanza y cortesía de la morisca Andalucía trasportada á la céltica Cantábria.

Puestos ya en los egidos de Cerrazo, aquella lejana cumbre de Cildad que notamos desde Torrelavega, nos provoca con la indispensable curiosidad que toda cumbre excita, la de ver lo que hay á la otra parte.

Lo que hay á la otra parte es uno de los más curiosos lugares que encierra la Montaña, Novales, pueblo sin horizonte, reducido y breve, pero de singulares y no imaginados detalles.

Habia yo oido hablar infinito de él, sin haber tenido ocasion de estimar lo que pudiera ser apasionamiento ó exageracion de imaginaciones fértiles, cuando una tarde, traido á este

lugar sin plan ni rumbo fijo, me ocurrió que más allá de la cumbre habia casa donde yo podia llamar con mi apellido y seguridad de buena acogida, y seguí el camino.

Llegué á la cumbre de Cildad cuando el sol ya tomaba la roja tinta precursora de su declinacion. Su luz heria de lleno la ancha faja de mar ceñída á la costa, y vibrando en las olas, deslumbraba los ojos y les escondia hácia el ocaso la línea del horizonte que al Norte cortaba limpiamente su azul profundo sobre la descolorida púrpura del cielo.

A mis pies se abria una cuenca circular, semejante al vasto cráter de un volcan extinguido; por la azulada caliza de sus paredes se desplegaban irregulares manchones de yerba segada, ó asomaban su fosca greña argomas y helechos, y en su fondo, al cabo del camino que bajaba culebreando y partia una mies granada y opulenta, se parecia el pueblo cimentado en rojiza tierra, guarnecido de verdes copos de follage, á semejanza de búcaro andaluz sobre cuyo borde rebosan y cuelgan los redondos cogollos de la albahaca.

Enfrente divisaba los suaves collados, asien-

to de Cobreces, émula de Novales, y hácia la derecha, bajando á la marina, las torres gemelas de Cigüenza, que dan fama en la comarca á su iglesia y vanidad á sus moradores.

¡Enérgico paisage! Mar y cielo hervian en destellos y fulgores como si los gérmenes vivíficos encerrados en la luz solar acelerasen visiblemente su obra de fecundacion; y la tierra lucia sus matices varios, desapacibles, crudos, contraste de la mansa serenidad del cielo, del rumor melancólico de la tarde que flotaba en el ambiente, suave acento de vida regular y pacífica.

Poco espacio tenia para meditaciones y estudios, y bajé la retorcida cuesta.

El amigo de familia, á quien yo tenia obligacion de dar las buenas tardes en Novales, era un capellan, sugeto popular, estimado en muchas leguas á la redonda por la franqueza de su trato y el desembarazo de su carácter. Excusándome, pues, de preliminares, pregunté á un aldeano que se me acercó curioso mientras yo examinaba la iglesia, dónde hallaria á tales horas á D. Roman, que así se llama el cura. El aldeano repitió mi pregunta, ó más

bien, la gritó á una mujer que remendaba ropa á la puerta de una casa vecina; ésta, á su vez, interpeló á otra moza que pasaba tras de un par de vacas, la cual, dándome por guia á un arrapiezo de pocos años que llevaba consigo, me hizo encontrar á quien buscaba. Hallámonos á media altura del áspero declive de la montaña, á cuyo pié sonaba un limpio arroyo, por cuya pendiente culebreaban viejas paredes sobre las cuales rebosaban, frescos, lozanos, opulentos los naranjos y limoneros.

Y dije á mi reciente amigo la curiosidad que tenia de penetrar en aquellos misteriosos y espesos huertos, más frondosos y sombríos, más ricos en fruto y en azahares que los mismos de la ribera feliz del rio Grande de Sevilla.

El capellan, con voz sana, gritó:—¡Martin!— y cayendo, que no bajando, á guisa de canto desgalgado del monte, un rapaz de hasta doce años de tiempo, y en mangas de camisa, vino á dar á nuestros piés.

D. Roman puso gesto grave y le dijo:

—¿Es este modo de presentarse delante de gentes? Ande V. á asearse y vuelva enseguida.

Sin replicar el muchacho, penetrado de lo

justo de la reprension, siguió bajando, llegó al arroyo, metió en el agua sus piés descalzos, y arremangándose los brazos, dió principio al cumplimiento del mandato. Hechas sus abluciones generales, sonoramente acompañadas de bufidos, resuellos y carrasperas, compitiendo en estrépito con los patos que á par de él se solazaban, volvió á nosotros, sacudiendo las manos, chorreando el pelo, y como si respondiera á la llamada del cura, dijo—¿Señor?

Visiblemente satisfecho de tan cabal sumision y obediencia al capellan, le puso cariñosamente una mano sobre la cabeza, sin esquivar la humedad, y continuó su interrumpido discurso:

—Anda á casa, y trae la llave del huerto.

Martin desapareció en cuatro brincos; pero aún no estaba muy lejos, cuando volvió á sonar la voz robusta é imperiosa;

—¡Martin!

Martin vino, otra vez, á la carrera, respondiendo:

—¿Señor?—Y pareció dar cabo á su tocado y afeite, sorbiendo algo más que aire con las narices, y aplanchándoselas luego con la mano

hácia arriba para desembarazar el órgano por completo.

—Toma, y dí que lleven azúcar; y alargó D. Roman una peseta.

El corzo tornó á saltar por la aspereza arriba, y por tercera vez la voz «¡Martin!» le atajó en su fuga, y por tercera vez le trajo á responder: ¡Señor! con el mismo acento sumiso, aunque más agitado que en las dos primeras. Y para mayor agilidad, sin duda, corrió un ojal del único tirante que suspendia su holgado y no medido pantalon, el cual quedóle encaramado hasta los sobacos.

¡Admirable concierto de voluntades! Indudablemente Martin era el brazo derecho del capellan, obediente, flexible, mudo ó punto ménos, con la ventaja, además, de alargarse á donde el brazo no alcanza, por ejemplo, á hacer mandados como los que por causa mia le traian ahora al retortero.

—Dí que hagan agua de naranja, que luego vamos.

Y fuimos, en efecto, despues de sestear largo rato en uno y otro vergel, y de conversar amenísimamente tratando el ameno asunto

de la cultura, cuidados y esplotacion del árbol que es allí suma y compendio de la vida, afanes y hermosura del pueblo. Y ya nos aguardaban sobre la mesa, en un aposento bajo de la casa del capellan, sendos vasos y sendas jarras rebosando de la fresca bebida. Porque allí, tratándose del áureo fruto, todo pasa á la manera homérica, sencilla y grandiosa; y las porciones mesuradas que bastan al más sediento en nuestros cafés y botillerías, parecerian mezquinas y cosa de reir. Ni para obsequiar al visitador se atreveria el franco D. Roman á ofrecerle á la mano media docena de sus riquísimas naranjas. Yo le ví llegarse á uno de los frondosísimos árboles, y cogiendo la rama que le pareció más copiosamente cargada, la desgajó, ofreciéndomela para recuerdo y compañía del camino.

III.

CABEZON DE LA SAL.—TRECEÑO.—UNA VENGANZA. JUAN. DE HERRERA.

Cerca de Novales, tomando al Sur, se encumbra el monte de los Anades; más lejos la peña

de los Monteros. Por tan fragoso y escueto camino puedes pasar del alfoz de Lloredo á Val-de-Cabezon, si no prefieres, descansando en Puente-San-Miguel, tomar con calma y espacio la pintoresca carretera. Esta te traeria, atravesando Quijas, á caer desde la ermita y alto de San Benito, á la mies de Carranceja, pasando bajo la roida peña de Barcenaciones, que gotea agua sobre el viajero, como aviso de que algun dia caerá ella misma á cerrar el paso. Así tantos la miran con saludable miedo y se santiguan al entrar bajo el formidable alero.

Del esfuerzo hecho para roer y pasar la peña, descansa el camino tendiéndose á lo largo del valle. Sobre los castaños de Casar de Periedo, entre sus troncos, descubres á tu derecha un solar, que aun cuando puesto á la moderna, conserva mucho del señoril aspecto antiguo. Reemplaza con abierta verja de hierro su maciza y huraña portalada; convierte el zaguan en jardin, sustituye con cesped su mosáico de guijas y lo planta de magnolias y odoríficos arbustos; pero alza intactos sobre el primitivo asiento sus labrados dinteles, impostas y cornisas, entre la capilla y la torre, la cruz y el

blason, la humildad y la soberbia. Este era el plan general de las mansiones solariegas, que el pueblo apellida *palacios*. Otras muchas hemos hallado que aún le conservan intacto; pero aquí me detienen recuerdos infantiles y el afecto de los años maduros. Ya te diré quién la vive, cuando venga la ocasion, que no tardará, de citar su apellido.

Daban los solares, entre otras cosas, la hora al pueblo, y en su lugar más aparente, en la esquina de la torre, sobre el timbre del escudo á veces, tenian su cuadrante. Ahora ves aquí que reemplazan el gnomon caldeo, inseguro, inútil de noche y en los nublados meses invernizos, con relojes de mecanismo superior y marcha constante, en cuya esfera regulan los aldeanos sus horas y sus faenas, cuya campana les mide y reparte las de la noche.

Vamos corriendo el valle del Saja, un valle parecido á cuantos hemos visitado, como se parecen los hijos de una madre, los hermanos de una familia. Arboles y prados, robles y maices, agua y rocas; pueblos esparcidos sin límite ni término visible, sin que pueda el transeunte decirse dónde el uno acaba y el otro

empieza; molinos hundidos entre las altas márgenes y la vegetacion de sus cauces, y el rio corriendo por medio, parándose á descansar en los remansos y desahogos, precipitándose en los pedregales y estrecheces. El rio nunca desamparado de los alados moradores de su ribera: la siempre-inquieta y pintada nevatilla de trémula cola, que al revolotear de una piedra á otra, parece un puñado de hojas ó de plumas arremolinado y revuelto por el viento; el martin, de espléndido trage y silencioso vuelo, que cuando posado é inmóvil sobre la raiz somera y desnuda del aliso, no se sabe si medita ó acecha; el tordo de agua, ó cinclo, buzo incansable en la espuma y el hervor de los *rabiones*, sobre cuya negra espalda se ven lucir y rodar perennemente las diamantinas gotas.

La populosa villa de Cabezon da nombre al valle. Dentro de sus calles parte la carretera al Sur hácia el valle de Cabuérniga, y al Noroeste á entrar en Valdáliga.

Todavía manan en Cabezon y en Valdáliga los pozos de sal que vemos figurar en las cláusulas de innumerables instrumentos antiguos,

herencias, donaciones, cambios, ventas y contratos de toda especie. Todavía manan, y esplotados de inmemorial y simplicísima manera, llevan recogido su caudal á caer en hondas calderas, puestas al fuego, donde vaporizada el agua, deja posar su cristalino sedimento.

Paredes desmoronadas, cercas rotas, piedras esparcidas son en Treceño testimonios vivos de poblacion más grande, de que no es título usurpado el de villa que en los registros lleva, cuando el viagero le dá ingénuamente el de aldea. Las yedras hallaron en estos parages sustancia provechosa y alimento; sus troncos gruesos y entretegidos dicen la antigüedad de las ruinas, y en pomposos tallos, esmaltados de corimbos negros, albergue y pasto de pájaros cantores, guarnecen la esbelta ojiva de un puente, cubren los blasones de muchos solares, y envuelven el desbaratado almenaje de la torre fuerte alzada en medio del poblado á la vera del camino.

Esta torre tiene leyenda, la perpétua leyenda consagrada en toda tierra antigua á establecer los desafueros y violencias feudales y la vengativa osadía de los populares, y que, por

tanto, más parece símbolo de remoto estado social, que cuento de histórico y positivo acaecimiento.

Solariego ó extraño, señor de estado ó caudillo aventurero, vivia la torre un hombre acostumbrado á mandar y ser obedecido, á desear y conseguir sin más limitacion ni freno que el insuperable de los posibles humanos. Puso los ojos en una zagala del lugar, casta y bella; no usaba dejar largo término entre poner los ojos y poner la mano en la prenda codiciada, fuese mujer, joya, heredad ó almena enemiga; y por fuerza ó por astucia, hízose dueño de la doncella.

Herido quedó en lo mejor de su alma un mozo de las cercanías, rondador galan de la cautiva, y tan herido, que ya no tuvo vida, discurso, accion ni sentimiento sino para la incurable llaga y sus acerbos dolores. Puesta la mano sobre el lastimado pecho, descolorido y mudo, insensible y sordo á toda pregunta, mandato, consolacion ó consejo, vagaba por el valle y las colinas.

Hallábasele á menudo en la fuente ó junto al rio, fijos los ojos contemplando su desconocida

imágen en las aguas; y cuando en las calles del lugar era perseguido con voces y piedras por los muchachos, con palabras lastimeras por las mujeres, tan indiferente parecia á la compasion como al escarnio.

Cierta mañana llegó á la puerta de la torre, y hallándola abierta, en vez de pasar de largo, segun acostumbraba, se entró por ella. Las gentes del señor, ó no vieron al loco, ó no se curaron de él; tomó por la escalera arriba, y llegó á un aposento, sobre cuyo suelo, de récio castaño, posaba sin ruido sus piés descalzos. Puesto de bruces sobre el alto alfeizar de una ventana, contemplando la campiña florecida y verde, meditando acaso hazañas, acaso maldades, estaba el caballero, vestida con gala militar la impenetrable cuera, ceñido el ancho puñal á la espalda. Su pié derecho batia en cadencia con el talon el piso, como recordando el compás de una cancion, y la breve pluma de su gorra palpitaba al paso de la brisa montañesa, como si aún viviese prendida en el ala del ave que voló con ella. El loco se llegó callada y cautelosamente, y con agilidad y fuerzas sobrehumanas le echó una mano al cue-

llo, apretó el sujeto busto sobre la piedra, y desnudando con la otra el colgante hierro, se lo hundió una y otra vez en la garganta. Las gentes que cruzaban al pié de la torre oyeron un ahullido ronco, un gemido, un estertor, y cuando alzaron la vista descubrieron el cuerpo del señor doblado sobre el alfeizar; caíanle hácia fuera los brazos, trémulos y convulsos todavía, y le salia copiosa sangre del cuello, corriendo por la pared y goteando hasta el suelo.

Sobre la trágica ventana cuelgan su flotante pabellon las trepadoras; por el labrado hueco entran y salen las golondrinas, huéspedes de la deshabitada torre, y del alfeizar bajan negros rieles hondamente estampados en la piedra; quizás son rastros de las lluvias, quizás huellas de la sangre vertida por el vengativo aldeano.

Tan vagas son las memorias del suceso, que en ellas no queda indicio de nombre ni de fecha. ¿Tendrán relacion con él los Guevaras, señores de Treceño, por aquella Doña Mencía de Ceballos de quien hablamos al saludar las torres doradas de Escalante? [1]

[1] En 1627, á 30 de Mayo, se dió por el rey D. Felipe III título de vizconde de Treceño al D. Luis Ladron

Aquí nació Fray Antonio de Guevara, franciscano, obispo de Guadix y de Mondoñedo, cronista del emperador, pacífica figura en aquella encarnizada y breve discordia de las Comunidades, con más pasion juzgada, si cabe, por la posteridad que por los contemporáneos y participantes en ella. Fiel á su hábito penitente, Guevara predicaba la paz; con fueros de pariente trató de mover el corazon del ambicioso Acuña, é inspirado por su alto sentido del mundo y de los hombres le escribia: «que era imposible que si los unos no se arrepentian y los otros no perdonaban, se pudiesen remediar estos reinos, ni atajarse tantos daños.» [1] Vana predicacion á los oidos del pertinaz prelado que se habia puesto en las mientes trocar su modesta mitra de Zamora por la espléndida primada de Toledo, y de la guerra únicamente y del triunfo de la bandera popular, esperaba logrado su deseo.

Más allá de Treceño, el camino hace una

de Guevara, que fué tambien primer conde de Escalante, y del cual queda hecha mencion en lugar oportuno.

[1] Véanse sus cartas.—Tomo I del Epistolario en la Biblioteca de Rivadeneira.

cuesta, y al desembocar sobre una abierta hondonada, en cuyo verde fondo corre un arroyo, descubre á su mano izquierda y arrimado á una loma, que le guarda de Norte y Este, un barrio del pueblo de Roiz llamado Movellan.

Es cuna del célebre Juan de Herrera, glorioso arquitecto de Felipe II. De aquí marchó adolescente apenas, puesto que segun sus propias palabras «no habia entrado aún bien en el uso de la razon,» [1] á donde llamaba entonces á todo español alentado el espíritu de los tiempos, á Italia. [2] Era, sin embargo, tan niño, que tres años despues, en el de 1551, se veia precisado á volver á España «por no tener edad»—dice él mismo—«de poder servir en las cosas de la »milicia, á que naturalmente me aficionaba.»

Cumpliósele este gusto de ser soldado al cabo de dos años, y en 1553 volvió á Italia sirviendo en la compañía del capitan Medinilla. Hubo de distinguirse en las campañas de Pia-

[1] Memorial de servicios al rey, inserto por Llaguno.—Tomo II, documento núm. XXII.—10.

[2] Cean Bermudez, en sus notas á Llaguno, presume que hizo este viaje en la comitiva del Príncipe heredero D. Felipe, cuando en 1548 fué por Italia y Alemania á Flandes á hacerse reconocer por aquellos Estados.

monte y Lombardía, puesto que pasó á la guardia de arcabuceros á caballo de D. Fernando de Gonzaga, siguiendo á este insigne capitan á Flandes, cuando las necesidades de la guerra le llevaron á desempeñar mando en aquellos paises. Vuelto Gonzaga á Italia, pasó Herrera á la guardia del emperador, en la cual y en la del rey D. Felipe II continuó sirviendo hasta que en 1563, sin decirnos la causa, trocó el caballo por el andamio, y el arcabuz y los frascos por el compás y nivel, entrando á ayudar al famoso Juan Bautista de Toledo en la fábrica maravillosa del Escorial.

Caso singular el de un soldado que lleva bajo la coraza vocacion de artista, que aprovechaba los ócios de la tienda y del alojamiento en delinear y aprender los elementos de la construccion civil; pues tanto es frecuente el comercio y vida comun de armas y letras, tanto es poco vista la union de armas y artes. En nuestra España tan rica en vocaciones dobles, apenas hallamos otro ejemplo fuera de aquel famoso pintor y capitan Juan de Toledo, y aun este, dando paso á lo militar sobre lo pintor, mereció llamarse Toledo *el de las batallas*, por-

que eran ellas asunto preferido y casi único de sus lienzos.

Ni es la profesion de arquitecto fácil y para improvisada, y si el guardia del emperador era estimado capaz de ayudar al principal maestro y proyectista de San Lorenzo, y aun de sucederle poco tiempo despues y ocupar su lugar en la direccion superior del monumento, sin duda venia preparado de sólida manera á merecer tan rápido y feliz concepto.

Mas si, como parece probable, asistió á los desmanes de la guerra, si vió el ningun respeto que á sus furores y tiránicas realidades inspiran las maravillas de la arquitectura, y fué tal vez testigo ó actor en el estrago de curiosos y venerables edificios, ¿cómo persistia en el marcial oficio, en tales violencias dolorosas sin duda para su alto ingénio y corazon de artista?

Acaso entre las artes del diseño es la arquitectura la que ménos pide al corazon; la invencion y el gusto, que Mengs ponia como condiciones esenciales de ella, proceden de sosegada y fria especulacion. Es tambien por su índole especial la que mayor distancia pone entre la

concepcion y la obra, entre la idea y la forma, entre el cerebro y la fábrica. El discurso del alarife y la mano del obrero no están como los del pintor y el estatuario en comunicacion íntima y directa con el cerebro inventor, donde los gérmenes bullen y la creacion se condensa y define lenta y cuidadosamente, tal vez á medida que se va traduciendo en formas visibles, y hallando quizás en su desarrollo sucesivo avisos que la corrigen y mejoran, medios que facilitan el término y perfeccion del trabajo.

Cean supone que en Bruselas se entregó Herrera á su aficion á las proyecciones, trazas y demás artificios geométricos; ¿pero cabe imaginar que la estancia en Italia no influyera en organismo tan maravillosamente dotado para la arquitectura? Desgraciadamente justifican la suposicion del ilustre crítico, ó por lo ménos la omision de juicio alguno de su parte sobre la influencia italiana en el génio del insigne montañés, sus obras mismas, de cuya admirable solidez y regularidad exclusivamente preocupado, no supo ó no quiso vencer la sensacion fria que ambas cualidades, cuando solas y entre-



gadas á sí mismas producen en el observador.

Es verdad que Herrera no llegó á Roma, no pudo ver las obras de Bramante y de San Gallo, tan armoniosas y suaves, tan risueñas á pesar de su austero clasicismo; pero anduvo en Génova, donde reinaba Alessi, y sin duda visitó á Verona, donde acababa de florecer frá Giocondo, donde vivia San Micheli: y acaso llegó á Vicenza, donde era señor y privaba el preceptista de la época, rector y maestro del arte en el renacimiento greco romano, Palladio. Y si asistió á la guerra de Sena, como Cean cree, pudo ver las obras del purista Peruzzi y conservar la impresion de la gracia que animaba al que por algunos ha merecido ser llamado el Rafael de la arquitectura. Pero acaso su génio, como el de Miguel Angel, era refractario á esa cualidad misteriosa y delicada que, unida á la fuerza, constituye el ideal acabado de lo bello.

La gracia es precisamente la condicion negativa de la arquitectura de Herrera. En el templo escurialense mostró cuanto se le alcanzaba en proporcion y armonía, y los fresquistas le ayudaron á templar la glacial severidad de su númen; en el alcázar de Toledo es modelo

acabado de magestad y elegancia; en la puerta célebre del puente de Córdoba adivina el no se qué singular de los monumentos romanos, mezcla de cualidades diversas, difíciles de demostrar y largas de exponer; y en todas partes se muestra constructor audaz, físico experto y geómetra prodigioso. Sin embargo, algo falta en sus obras que se halla en aquellos admirables palacios de Roma; Farnesio, que ideó San Gallo y labraron despues de él Buonarotti y Vignola; Massimi, que labró Peruzzi; en aquel templete maravilloso de Bramante en San Pedro in Montorio, construido á expensas de nuestros Reyes Católicos, joya de gallardía, primor y ligereza, erigida dentro de un cerrado claustro, como en cautela de las manos de un salteador atrevido.

En tanto razonamos acerca del inmortal arquitecto, el camino nos lleva á una altura desde la cual, á la derecha mano, descubrimos risueño horizonte, y blanqueando en él la iglesia de Udias, ú Odias, que consagró en 1099 el obispo de Búrgos D. García de Aragon. [1] En

[1] Florez.—Esp. Sagr., tomo XXVI.

Udias parecieron hace años minas de esplotacion romana; argumento á geógrafos é historiadores para situar la frontera de cántabros y asturianos. Á la izquierda asoma uno de los interesantes términos de nuestro viaje; los picos de Europa, sublime corona de Cantábria, diadema de hielos con la cual lucha el sol sin vencerla, antes haciéndola fulgurar al herir sus eternos cristales, publica á lo lejos su pujanza, su gloria y su hermosura.

Caminando adelante vamos á ver la mar y los esteros de San Vicente.—Saludémoslos de lejos, puesto que otro ha de ser el camino que allá nos lleve.—Saludémoslos hasta dentro de poco, y tornemos á tomar en Puente San Miguel, el triste y solitario camino de Santillana.

SANTILLANA.

I.

HISTORIA Y NOVELA.—LA LOCURA CLAUSTRAL.—BLASONES Y DIVISAS.

> **De Santander á Santillana,**
> **por la mañana;**
> **de Santillana á Santander,**
> **despues de comer.**

Así decian nuestros padres, faltos de la comodidad que nosotros hemos alcanzado, y puestos en obligacion de cabalgar para el despacho de sus quehaceres y negocios entre la villa antigua y la ciudad moderna. Y efectivamente, haciendo su jornada como el popular decir ordena, tomábales el sol por la espalda, tanto al ir cómo al volver, prevencion sabida y comodidad añeja de caminantes.

En los orbes de la realidad y de la ficcion, en el mundo de los hechos y en el de la fábula, en los fastos de la vida y de la fantasía, vive Santillana, merced á dos caractéres diversos, real el uno, imaginado el otro, pero dotados ambos

por la naturaleza y el ingénio de aquella energía vital, persistènte, que cura de la muerte y preserva del olvido: el marqués y Gil Blas.

Pocos son los españoles ciertos, á sabor, de la no existencia de D. Quijote. De la primitiva existencia de Gil Blas de Santillana no dudaba ninguno de los gallardos oficiales que mandaban aquellos soldados ingleses cuyas devastaciones en Monte-Corban hemos referido. Así es, que venidos á la villa con pretexto de visitar su célebre colegiata, y con razon de ejercitar su fortaleza de ginetes y de lucir sus soberbios caballos, no se descuidaban en pedir á los naturales noticias de la progenie y morada del aventurero personaje.

Vivia entonces la villa uno de los más respetables é ilustres caballeros de ella, D. Blas de Barreda, [1] y deslumbrados por la paridad del nombre y la pronunciacion confusa de los extranjeros, no vacilaban los preguntados en di-

[1] Curioso literato; dejó excelente librería, recopilados datos y documentos para la historia de la villa y de su colegial, y copiadas algunas inscripciones interesantes de la provincia. Posee la casa su nieto, mi ilustrado amigo el jóven marqués de Casa-Mena y de las Matas.

rigirles á la casa de los Barredas. Y se cuenta, que ciegos de aquel entusiasmo isleño que á las veces y en remotas partes del mundo ha tomado vandálica fisonomía, rascaban las paredes para llevarse reliquias del revoque, ó desencajaban peladillas del zaguan, empedrado en mosáico de guijarros, á la manera usual de la tierra.

Ignoro si preguntaban por la casa de Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, pero de juro era apellido notorio para los curiosos, si entre ellas los hubo, de literatura española, pues con los de Mena y Manrique compendia la poesía castellana de su siglo, para cuantos no han tenido ocasion y holgura de penetrar en el populoso Parnaso de los Cancioneros.

A bretones y cántabros, á extranjeros y nacionales, siendo de aquellos cuyo espíritu inquieto presta oido á la voz apagada y moribunda de los recuerdos, no han de faltarles dentro del recinto de la solariega villa impresiones y sorpresas, ni ocasion de meditar en presencia de una piedra labrada soltando el vuelo á la fantasía sobre sus dos poderosas alas, sentimiento y memoria.

Tienen las poblaciones, como los individuos, su arreo y traje, en que revelan sus gustos y sus hábitos, cuando no sus vicios y virtudes. Así aparecen á los ojos del viajero, militar un pueblo, comerciante otro, jovial Sevilla, agrícola Córdoba, veleidosa Cádiz, ascética Búrgos, levítica Toledo; así hablan con la lengua de sus ángulos y contornos, de su verdura ó su austeridad, de sus hojas ó sus piedras, vergeles, palacios, campiña, murallas, agujas y chapiteles; así tras de la fábrica muerta aparece el hombre, y bajo el techo silencioso de la vivienda se dejan penetrar la pasion, el juicio, la creencia, la opinion y el sentimiento.

Santillana en las proporciones de villa á ciudad, de casa solar á palacio, de colegiata á catedral, de caballero aventurero á prócer palatino, señor de horca y cuchillo, recuerda ciertas ciudades italianas, magníficas, soberbias un tiempo, ya despobladas y ruinosas, que en su abandono presente parecen más altivas y ceñudas que lo fueron en dias prósperos y gloriosos; que en su construccion y traza conservan la huella de una historia intestina, agitada,

febril, nutrida toda de ódios, de celos, de enemistades y venganzas.

Yo no sé qué austera grandeza respiran sus dos calles costaneras, desiguales, que se unen para salir por un extremo al campo de Revolgo, y se apartan luego en abierto ángulo para terminar en la casa comunal y torre del merino la una, en la colegiata la otra. Parecen los caminos por donde enemigos bandos salian al campo de batalla, al de tregua; por donde volvian á retirarse mal calmadas las iras, latente el rencor y vivo; caminos donde los linages antiguos dejaron colgados y en órden sus escudos, como están en militar museo las armas y banderas de los guerreros.

El campo de Revolgo suena en los papeles particulares de Santillana, y en las historias de los hidalgos sus moradores como lugar de no interrumpida pelea entre familias y poderes rivales, el merino del señor contra el del abad, y ambos contra el corregidor del rey. Allí, despues de la batalla, reconocia el vencido la ley del más afortunado, y allí venian los procuradores de las villas y los valles á jurar en manos del régio enviado una obediencia, levantada al-

gunas veces por la violencia feudal, lealmente conservada más á menudo á precio de lágrimas y sacrificios. Hoy cubren el campo copudos árboles de anchos troncos, y la fuente cristalina que mana copiosa en medio de ellos, parece hecha brotar por Dios para limpiar el sitio de la sangre vertida en estériles discordias domésticas.

Sombra y frescura, grato rumor de aguas y de hojas acogen al viagero en este pintoresco átrío de la villa, y con paz y reposo le convidan; luego el camino se torna calle para penetrar por medio del caserío, cuyo ingreso le abren una ermita á la izquierda, un monasterio á la derecha. Forma peristilo á la ermita su ancho tejado, bajando hasta apoyarse en toscas columnas de asperon jalde, cuyos fustes parecen sostenerlo apenas, carcomidos por la lluvia, gastados por los aldeanos que acicalan sobre ellos sus cuchillos durante las horas de ócio, en dias de domingo ó de mercado.

El convento presenta su fachada pobre, mohosa y húmeda, teñida de ese color sombrío con que bañan la piedra en estos climas los vientos inclementes del Norte. Otro más soleado y ri-

sueño se alza á sus espaldas: son los de Regina-cœli y San Ildefonso, de la órden dominica.

El camino antes de llegar á Revolgo viene costeando la huerta de Regina-cœli;—descuellan en ella dos cipreses, en la de San Ildefonso un pino:—los árboles perdurables, de inmarcesible hoja, tardos en crecer, lentos en morir, parcos de sonrisas y halagos, constantes y firmes. Árboles que planta quien piensa en los que han de sucederle, quien no tanto quiere árbol para sí como árbol para sus hijos, monje ó caballero, fundador de solar ó de cenobio; árboles que hallarás siempre en la clausura, habitada ó desierta, junto á la fuente corriente ó enjuta, y arrimados á la torre montañesa, mirando al blason, acompañando á la capilla.

Tiempo ha, en medio de esa huerta, habia una casilla aislada de construccion ligera. Víviala una pobre reclusa, demente. Despues de consagrada á Dios en la flor de sus años, cuando parecía enagenada por la claridad espléndida de una vocacion cumplida, las tinieblas habian invadido su cerebro. Una idea sola habia sobrevivido en el naufragio de sus ideas, una

idea singular, permanente, de explicacion dudosa, confianza ó desesperacion, plegaria ó lamento, gemido al cielo ó súplica á la tierra.

Llegábase apenas podia cautelosamente á la cuerda de la campana, y la tañía convulsa y desesperadamente. La campana es la voz de la clausura, voz con que habla al cielo y á la tierra, á Dios y á los hombres: es su comunicacion con el mundo externo, infinito ó limitado.

¿A quién llamaba la reclusa? ¿Parecíale poca y débil la voz de su corazon para rogar á Dios, que oye y comprende la oracion en deseo, antes de ser formulada en frase, antes de ser traducida en letra? ¿O era que ese ¡ay! de su corazon pretendia herir oidos no divinos? ¿Solicitaba la redencion del alma ó la libertad del cuerpo? ¿Pedia la muerte ó el desencarcelamiento?

¡Quién sabe las alegrias del cenobita, del extático, del penitente absorbido en el amor de Dios, en la contemplacion de su gloria infinita, de las recompensas sublimes de su justicia! ¡Y quién sabe tampoco sus tristezas, cuando en la hora del último dolor, de la agonía, sobrepuesta la humana flaqueza al reli-

gioso imperio, siente su soledad, la tibia atmósfera del amor místico, y echa ménos la atmósfera cálida del hogar y la familia, y pide y no encuentra los cuidados tiernos inspirados por el corazon y no por la regla, aquellos consuelos inefables de la hora suprema, que enjugan el sudor y templan el padecer, y sostienen el alma y suavizan el rigoroso tránsito, aquella presencia de los amados, aquel adios postrero de los séres queridos, que aun el hombre-Dios quiso tener en su agonía llevando á su madre al pié de su patíbulo!

Fué fundacion el monasterio del caballero Alonso Velarde, y su tiempo los últimos años del siglo XVI. [1] El blason del fundador, esculpido profusamente en la nave dórica de su iglesia, manifiesta la antigüedad de su linaje; es de aquellos que parecen nacidos de la confusa tiniebla de los siglos medios, en que la imagi-

[1] 1598.—Trasladóse la fundacion de su primer asiento inmediato á la colegial donde habia sido establecida en 1592, segun testimonio sacado de documentos de sus archivos por su prior y vicario, Fr. Lorenzo de Pontones, á 5 de Julio de 1775.—Ya vimos que en 1605, daba religiosos á la hijuela de las Caldas. Hoy le ocupan religiosas exclaustradas de los de Santander.

nacion heróica del pueblo daba fabulosa forma á hazañas oscuras y mal conocidas; representa la batalla de un caballero armado contra un endriago cerca de un castillo en presencia de una mujer, explicado el suceso en esta leyenda: VELARDE, EL QUE LA SIERPE MATÓ, CON LA INFANTA SE CASÓ.

No cabia entonces detenerse á buscar símbolos ingeniosos, ni acaso habia en aquella sociedad ruda y batalladora gentes letradas, que en la paz de sus estudios compusieran heráldicas alegorías; la gracia del caudillo á quien seguia, la aclamacion de los soldados que guiaba, la propia autoridad á veces, daban ocasion á una de esas páginas de historia geroglífica, y el aventurero ó el paladin la hacian escribir representando sencillamente el suceso, y narrándole á la par. La cultura de siglos posteriores al reproducir estos monumentos nobles y leales de la historia, alteraba la cándida rudeza de las figuras y el lenguaje, que juzgaba tosco, de las empresas.

¡Qué admirable libro de la sociedad antigua, fuera aquel que nos conservara en su forma original y primera, bárbara ó culta, explícita

ó misteriosa, romance ó latina, la série escrita de los hechos de nuestros padres en motes ó divisas!

En la piedra de sus fachadas tiene escritas Santillana algunas de las hojas de tal libro: el curioso templa el paso y va leyéndolas.

Allí encuentra el águila de los Villas, agonizando de un saetazo que le pasa el pecho, recibido en defensa de buena causa, disparado tal vez por mano régia, ó por mano amada, puesto que dice su divisa: UN BUEN MORIR HONRA TODA LA VIDA.

En otra parte las fajas de los Ceballos y su leyenda: Es ARDID DE CABALLEROS, CEBALLOS PARA VENCELLOS; linaje al cual pocos disputarán antigüedad y soberbia, si habla verdad el romance viejo. [1]

[1] Habla el poeta:

De Jerusalen vinieron
el Infante don Pelaio,
y con el un caballero
Zevallos infançonado,
que las breñas de Pereda
convirtió en lugar poblado.
Nuevas armas le da el Rey
porque venció al renegado,

Luego alrededor de un brazo armado, el anónimo testimonio de la participacion de los montañeses en las empresas ilustres de la política y las armas españolas: BRAZO FUERTE, Á ITALIA DIÓ TERROR Y Á ESFORCIA MUERTE.

Mas lejos estas misteriosas letras BETH, arrimadas á atributos de la Pasion, cruz, columna y azotes, letras que son acaso las de la segunda consonante hebrea, expresion de la idea de casa, hogar, domicilio, acaso iniciales de una frase ya perdida, como las célebres F. E. R. T. de la guerrera casa de Saboya.

Y, por último, el resúmen y compendio del código del caballero cristiano: DA LA VIDA POR LA ONRA Y LA ONRA POR EL ALMA.

Ahora los que sabeis leer en las memorias de los tiempos antiguos, códigos, anales y sellados

peral verde y peras de oro
con un lobo atravesado.

Habla el caballero:

Cavallero soy, Señor,
de linage señalado,
armas tengo muy nobles
que me dejó mi passado,
las que me dió vuestra alteza
tomo para esse criado.

pergaminos; los que podeis vencer el glacial ambiente de indiferencia que los envuelve, y sustraeros al ambiente vivo de las nuevas cosas, de las nuevas ideas, de los nuevos gustos, y dominar la corriente que nos arrastra, y en tan opuesta direccion nos lleva, decidnos la generacion y orígen de tales inscripciones, la idea que contienen, y el momento que representan. No faltará en la muchedumbre quien os escuche.

Pero los blasones nos distrajeron de las reclusas de Regina-cœli, los blasones me apartaron de San Ildefonso, y de decir en lugar oportuno cómo lo fundó de sus rentas para las hijas de Santo Domingo el canónigo tesorero de la colegial de Santillana, D. Alonso Gomez del Corro, ilustre apellido que hallaremos en San Vicente de la Barquera, del cual las dió posesion en Junio de 1670.[1] Sigámoslos ya, que siguiéndolos, estudiándolos, pasando de uno en otro á lo largo de la sonora y desierta calle nos llevarán hasta la joya artística de Santillana, hasta su iglesia abacial, en la cual, sino te

[1] Testimonio estendido por Fr. Lorenzo de Pontones, vicario, en 5 de Julio de 1775.

causa mayor impaciencia, lector amigo, nos vamos á detener un rato.

II.

LA COLEGIATA.

Sobre algunas gradas y un atrio espacioso, cuyas entradas guardan mutilados leones, descansa el venerable templo. Cinco arcos concéntricos cuya moldura ahogó el mortero de las reparaciones, cuatro columnas de purísima generacion oriental, de fuste cenceño y capital historiado de gran desarrollo, dejan hueco al arco moderno de la puerta. A la derecha el cubo románico del campanario, rodeado de impostas jaqueladas, abre sobre el atrio un ajimez en su cuerpo más alto, á cuyo nivel corre la fachada una galería de sombrías arcadas, aligerando el sólido frente, desde la torre del crucero á la del reloj, que en su piso bajo encierra la pila bautismal.

Hartas lluvias han corrido por sus sillares

para mellarlos y roerlos; hartos soles los han calcinado; hartos huracanes han barrido sus átomos segregados por la sequedad y el tiempo. Las figuras que el arte cristiano ponia á las puertas de sus templos para atraer al devoto, para preparar su espíritu á la contemplacion de su interior, á los consuelos fervientes, á las místicas elevaciones del sagrario, están en Santillana desmoronadas, rotas, despojadas de miembros y atributos, sin palma el mártir, sin cayado el pastor, sin tiara el Pontífice, sin aureola el escogido, sin alas el arcángel.

Distínguese, empero, sobre el dintel del tímpano al Eterno glorioso, principio de todo sér, orígen universal de la vida. Sienta en su regazo el libro de vida, ley de salvacion, compendio de la divina sabiduría, en que se da al hombre consejo, guia, haciéndole artífice de su ventura. Los ángeles sostienen el nimbo de su autoridad santísima; la luz radia en triples haces de su cerebro, centro y resúmen de lo infinito; su diestra bendice al que se acerca; la solícita bondad de Dios sale al umbral de su mansion sagrada á perdonar y acojer al penitente, á ofrecerle la vida, el soberano bien, sin

pedirle más pago que el de venir á tomarla de sus manos divinas. [1]

Una losa negra puesta á mano diestra del ingreso trae unas letras que dicen: ESTA IGLESIA SE FIZO A ONRA Y GLORIA DE DIOS, ERA DE CCCXXV. Osada afirmacion de tradiciones vagas, no establecida sobre auténtica prueba ó testimonio. Hácia tal tiempo [2] la tierra española se preparaba á beber caudalosa sangre vertida en suplicios. Habia sido feracísima á la predicacion evangélica, y era necesario proporcionar el filo del hierro y el vigor del brazo á la riqueza y espesura de la mies. Diocleciano ocupaba el sólio imperial de Roma, asociándose á Maximiano, á quien daba en gobierno las provincias de Occidente: ambos nombres iban á eternizarse con el sangriento resplandor de aquella persecucion terrible, al cabo de la cual, creyendo exterminada la nueva doctrina, podian esculpir en sus piedras triunfales: NOMINE CHRISTIANORUM DELETO; «borrado habemos el nombre de cristiano.»

La historia eclesiástica de nuestra provincia

[1] *Quærite me et vivetis.*—Amós, cap. V., ver. 4.
[2] A. C. 287.

durante aquella «era de los mártires,» no es ménos oscura é ignorada que su historia política. ¿Cuándo y por qué vías habia llegado á la Montaña la propaganda de los *siete apostólicos* [1] discípulos de los de Cristo, inmediatos depositarios de la tradicion divina, y encargados de difundirla por las tierras españolas? ¿Habia sido evangelizada la comarca cuyos diezmados pobladores vivian entre el ódio á los romanos y su tiranía? ¿Era la fé nueva tan poderosa ya y robusta en aquel siglo III, que promoviera fundaciones de parte de gentes pobres, zahareñas, aun no curadas del extrago de las guerras antiguas, y entretenidas en sus perennes luchas fronterizas?

No hay supuesto ni razon que no condene la fabulosa fecha. Aun el nombre y la existencia de la villa son posteriores á ella. [2]

[1] Fueron estos los Santos Torquato, Tesifonte, Segundo, Cecilio, Indalecio, Esicio y Eufrasio: enviáronlos desde Roma San Pedro y San Pablo despues de ungirlos obispos.—Florez: Esp. Sagr., tomo III.

[2] En el siglo X todavía prevalecia el nombre antiguo de la villa Planes; y Santa Illana no sonaba sino como advocacion religiosa.—«Monasterium Sanctae Julianae in Planes,» dice una escritura del año de 966, que inserta Sota.—«Ecclesiam Sanctae Julianae, cujus

En las costas asiáticas de la griega Propóntida, en aquella ciudad de Nicomedia, famosa por la juvenil depravacion de César, una doncella de singular hermosura y claro linage, solicitada para esposa por el senador Eleusio, poníale por condicion de su consentimiento la de que, apartado de la idolatría, abrazara á par con ella el símbolo cristiano. Semejante confesion y semejante resistencia eran prenda segura de martirio. Sufrióle Illana sin desfallecer, doloroso y lento; su victoria más difícil no fué, sin embargo, sobre los tormentos. La tradicion cristiana pone en manos de cada uno de sus confesores un instrumento de su sacrificio para acrisolar á los ojos del pueblo el padecer y la constancia; retrata á Santa Illana dueña de un dragon aherrojado, emblema de tentaciones soportadas sin desmayo, de ternezas y halagos, sutil engaño y peligroso cebo de la apostasía, evitado y huido con austera fortaleza.

El ilustre Florez, [1] sobre fundadas y prudentes razones, pone en el siglo VI y su segun-

corpus tumulatum est in Villa Planes.....» dice otra del año de 987, segun el mismo autor.

[1] Esp. Sagr.—Tomo XXVII, pág. 400.

da mitad la traslacion de estas reliquias á España. ¿Cuándo vinieron á dar nombre á un santuario de Planes, cuya devocion, trayendo pobladores nuevos y arrimando al santuario los del lugar antiguo, éngendraba la villa nueva, preparando el yermo del solar de Planes y la mies que ahora le enverdece y hermosea?

Ni el interior de la iglesia nos dice otra cosa más que la época de su fábrica suntuosa, el siglo XII, sino no nos engañan la traza y estilo.

Ocho arcos peraltados, que se apoyan en ricos capiteles, redondos pilares y macizas basas la dividen en tres naves, cuyas cabeceras cierran tres absides semicirculares prolijamente adornados exteriormente, con ventanas de floridas arquivoltas, impostas y canecillos.

Arquitectura monástica, que ofrece los caractéres señalados, la fisonomía potente, ruda acaso, pero vigorosa y acentuada de las huestes religiosas que la usaban. Conserva la planta latina, como conserva el monge la lengua que le sirve para orar y para escribir, para comunicarse con el cielo y con los hombres; se engalana con símbolos y figuras, como se engalana el tonsurado para el santo sacrificio. Y así

como en los misterios del altar alhajas y ropas, oro y seda, cera é incienso tienen su significacion mística, perdida hoy para pueblo, mas familiar y conocida sin duda en los dias antiguos de la fé y del culto, así la tenian cada una de sus galas esculpidas, sus ramages y sus historias, la flora natural y la fauna fantástica de sus capiteles, sus palmeras y sus vides, sus tarascas y sus quimeras, sus ángeles y sus réprobos, sus vírgenes y sus encubertados. Hoy la conserva, aunque adulterada, ó más bien la interpreta la tradicion, y en vano la busca el pueblo; poeta perennemente consagrado á perpetuar la memoria de cuanto ha herido en bien ó en mal su inteligencia y su sentimiento, á engañarse noble é ingénuo con sus propias ficciones, como se engaña á veces el niño candoroso con el espantajo que dispuso para amedrentar ó sorprender á sus compañeros.

El templo románico recoge y templa la luz exterior, como la recoge y templa la cogulla sobre la frente del cenobita, y dentro de la nave la esparce y dilata hasta los extremos como mirada contrita constantemente empleada en reconocer y sondear los hondos términos del

corazon y la conciencia, para alejar de ellos todo átomo de impureza, toda sordidez y toda mancha.

En las columnas más apartadas del tabernáculo pusieron sus artífices los mónstruos y guerreros, los combates y heridas, lenguaje necesario de una edad robusta y belicosa; y en las que van acercándose al altar truecan las escenas profanas por emblemas religiosos. Traducen el acanto gentílico en cristiana palma, y siembran entre fantásticas é ignotas creaciones, alegorías claras y consoladoras; el ave phenix, regenerada por el fuego para nueva vida, y enfrente de la caida de nuestros primeros padres, la redencion prometida, los milagrosos frutos traidos á Moises por sus exploradores de la tierra bendita de Chanaan.[1]

En el centro de la iglesia, cercado de hierros, está el sepulcro de la santa, viejo zócalo toscamente labrado con la efigie de la mártir, pintado de letras restauradas en tiempos dife-

[1] ***Pergentesque usque ad torrentem botri, abscinderunt palmitem cum uva sua, quem portaverunt in vecte duo viri.***—De Libro Numerorum: cap. XIII, ver. 24.

rentes antes de ser borradas las antiguas, oscuro geroglífico que enoja al curioso y le aleja. La reliquia yace en el presbiterio á la parte del Evangelio, donde fué trasladada en Marzo de 1453 por mandato del célebre D. Alonso de Cartagena, obispo de Búrgos. [1]

Otro lucillo de grave y antigua forma puesto sobre dos leones arrimado al muro de la nave diestra, ha sido ocasion del aventurado supuesto de que encierra el cuerpo de una infanta de Asturias, doña Fronilde, fundadora de la colegiata. [2] El maestro Florez, sagaz y certero escudriñador de genealogías y descendencias reales, niega la existencia de tal princesa, y

[1] Sucedió en esta silla á su padre Pablo, judío converso: fué teólogo consumado y escritor ilustre, asistió en 1434 al Concilio de Basilea como enviado de Juan II, rey de Castilla, y lamentando su muerte escribia el señor de Batres:

Queda quien debe partir,
parte quien debe quedar
que pudiera aprovechar
al político vevir.....

Murió en 1456.

[2] Conjugis felix et rege parente beata clauditur in hoc tumulo nunc ejus exiguus..... leyó en la inscripcion de este sepulcro el citado Sr. D. Blas María Barreda y Horcasitas. Año de 1835.

con presencia de las escrituras de Santillana, expone que hubo una dama de alto linaje, y nombre Fronilde, gran bienhechora del existente monasterio.[1]

Cubre la mesa del altar mayor un espléndido frontal de plata cincelada con dorados rieles; y encima della reposa el gótico retablo. Obra, acaso de mano extranjera, flamenca ó borgoñona, don probable de algun poderoso de la casa de Mendoza, abad ó señor, que regía la iglesia ó los estados de Santillana á últimos del siglo XV. El oro mustio y apagado de fajas, pilarcillos y doseletes corta y separa las iluminadas tablas: las dos inferiores pintan á ambos lados del sagrario escenas de la vida y martirio de Santa Juliana, las cuatro superiores representan á Cristo recien nacido, adorado por los reyes en el establo, aclamado por las turbas á las puertas de Jerusalen, y desclavado del suplicio por sus fieles discípulos. El estilo llano, el color flojo de estas tablas son indicio de su antigüedad: su composicion, el movimiento y vida de sus figuras pertenecen á un arte supe-

[1] Esp. sagr.—Tomo XXVII, cap. VIII.

rior al que por entonces mostraban los españoles Luis Dalmau en su célebre cuadro de los concelleres de Barcelona (1445) y Pedro Gumiel, Sancho de Zamora y Pedro de Córdoba en los retablos de Toledo. (1475) [1]

Cuatro curiosos relieves en los plintos del retablo, en su *predella*, á la altura de la mesa del altar, detienen al anticuario. Representan los cuatro evangelistas en actitudes de su ministerio, familiares y diversas. Lucas corta la pluma, Juan la moja, [2] Marcos escribe, y Mateo examina al aire los puntos de la suya, con ademan naturalísimo; el leon de San Marcos es un leon heráldico; las sillas, atriles, ropas y menaje, son curiosísimo estudio de arqueología é indumentaria.

Haz, diligente viajero, que el sacristan levante el frontal argentino, y detrás de él,

[1] Véase sobre los pintores españoles y extranjeros de la época á Cean Bermudez en su Diccionario de profesores de bellas artes, á Crowe y Cavalcaselle en su obra *Anciens peintres flamands*: tomo II.—Merecen estas tablas más inteligente y detenido estudio que el que yo puedo consagrarlas.

[2] Faltan á esta figura los brazos, y al águila el pico en que sostenia el tintero.

empotradas en la fábrica, descubrirás cuatro figuras de apóstoles, iguales en proporciones y estilo, semejantes de dos en dos en actitud y disposicion y que parecen haber pertenecido á un sepulcro, no de tan remota edad como la iglesia. ¿Era el de la santa? En el claustro hallaremos luego otros dos trozos de escultura que representan la Vírgen con el Niño en brazos, uno; Santa Juliana con el dragon, otro: la semejanza en el gusto y mano de obra de unas y otras esculturas, las junta mentalmente en una sola construccion fúnebre. Las llaves y un libro abierto donde se lee «Petrus,» con otras letras de interpretacion insegura, titulan ya una de las figuras apostólicas; la larga barba, la cartela desplegada, atributo de escritor, definen en otra á San Pablo; San Juan es denunciado por su aire juvenil y rostro imberbe; mas no me atrevo á dar nombre á la cuarta.

Vamos ahora al claustro, por cuyas crugías no han de pasar ya muchas generaciones. Vamos al claustro, joyel precioso del arte románico, cuya vida está hondamente amagada, cuya impresion primera vivirá en tu corazon, lector que lo visitas, como vive en el mio, si

al pisar sus melancólicos ámbitos viene la risueña luz del dia á dar triste realce á las añosas piedras, á las memorias funerales, al tétrico recinto en que se juntan la ruina y la muerte, la huesa y el escombro, la destruccion del hombre y la de sus obras.

El sol partia diagonalmente el patio, proyectando en su centro la sombra negra de la torre del crucero; el viento mecia la yerba larga y lustrosa como nacida en tierra húmeda, mezclada con otra planta rastrera sin flor, cuyas hojas anchas ofrecen el siniestro y trabajado perfil de las de la cicuta. En un ángulo crece un cerrado grupo de cañas, palmera sonora de los arroyos del Norte, en la cual parece vivir el armonioso espíritu que hizo de su hueco tallo instrumento músico para los pueblos pastoriles; en otro levanta su grueso tronco una vid robusta que, tendiendo sus brazos por uno y otro ladó de la arquería, se apoya en los capiteles, y penetra entre los fustes de las columnas gemelas, y cuelga en los vanos el pabellon pomposo y fresco de sus hojas y sus pámpanos.

Sirvieron las galerías de este claustro, y aun sirven, de cementerio; á una de ellas se asoma

la boca del repleto osario. No sé qué causa conmovió las paredes; oí detrás de mí un ruido extraño, y volviendo la cabeza, ví rodar un cráneo que del osario rebosaba y se detenia tropezando en la tierra mal trabada y floja del piso.

Allí están arrimados, enteros unos, destrozados otros, los viejos ataudes de piedra, donde el polvo de los siglos, llenando los huecos abiertos por el cincel, ha borrado la huella del arte, devolviendo á la materia su primitivo aspecto informe y bruto. Ya en el siglo XVII no eran legibles sus epitafios, segun testimonio de Sota. «Por su mucha antigüedad,» escribe el benedictino, «están gastadas las más de sus letras, á cuya causa no se pueden leer, ni saberse los nombres de los que en ellos están sepultados; pero se saben sus descendientes que por derecho hereditario los poseen; y son las casas de Calderon, Velarde, Villa y Polanco.» «Los Barredas»—añade—«tienen capilla particular dentro de la misma iglesia.» Y es por cierto una fábrica sencilla, curiosa y ligera, del siglo XV al parecer, consagrada á San Gerónimo.

La ordenacion arquitectónica de este claustro consiste en un zócalo corrido á lo largo de las cuatro crugías, cuadrangular y liso, cuyas aristas superiores están amortiguadas en chaflan acanalado. Los arcos semicirculares, catorce por lado, de moldura lisa (toros y filetes), descansan en columnas cortas, que de cuatro en cuatro se aparean con otra gemela, y en cuyos capiteles lució la escultura del tiempo su maravillosa variedad y riqueza: sobre ellos vuelan hácia el interior de las galerías los arranques de las bóvedas de cañon, suplidas por toscos y desvencijados alfarges. Quizás se arruinaron, quizás no llegaron á cerrarse nunca de piedra.

Pero, ¡qué prodigioso é interesante museo el de los capiteles y sus historias! Huellas del arte babilónico ó asirio, el centauro con la típica *mitra* asaeteando una fiera fantástica, junto á una latísima y rara espansion del arte cristiano, como acaso no hay otra prueba semejante de tiempos en que dominaba el tímido simbolismo, y el comun respeto no aventuraba la representacion del sublime drama cristiano. El calvario y sus cruces, y su tragedia y el llo-

roso cortejo de las santas mujeres, y el tropel inhumano de los verdugos; el juicio final ó quizás su indicacion primera, su representacion elemental en la ley nueva, el descenso de Cristo al seno de Abraham. Martirios en una parte, cacerías en otra; aquí los inestricables tejidos funiculares del cincel bizantino, allí las hojas lánguidas y flexibles de los mármoles griegos.

Esculpido parece el claustro para proclamar y establecer con pruebas la unidad del arte, la existencia de un elemento generador único, y el órden y la variedad sucesivos de su desarrollo. Al capitel rudimentario, tronco de pirámide invertido, desbastado apenas, se arrima en un segundo período un tallo pobre, escueto y sin hojas, como desarrollado sin luz y sin agua, á cuyo extremo se ensancha apenas la yema fructífera y fecunda. Ya en la generacion tercera la planta se vigoriza y multiplica sus tallos ricos de anchas y alternádas hojas, y tanto los revuelve y traba, que luego pierden su silvestre y frondosa fisonomía para trocarse en fantástica y vertiginosa combinacion de líneas geométricas, de cintas y listones. O dando abrigo y

sosten á las criaturas menores del reino animal, se pueblan de insectos, de pájaros. Y sin detenerse la zoológica progresion, llega hasta la figura humana, y las escenas animadas y diversas de la vida social, último y supremo momento del artístico génesis.

Aquel mundo inanimado que se despliega á la altura de nuestros ojos, hace olvidar ese otro mundo inanimado que yace debajo de nuestros piés.—¿Quiénes füeron? decimos de estos, indolente y pasivamente.—¿Quiénes son? decimos de los otros.

III.

ABADES Y SEÑORES.—EL MARQUÉS DE LOS PROVERBIOS.

Dos y medio siglos antes de que dominase en las artes el estilo que luce su actual abadía, ya tenia abades Santillana. [1] ¿Era monasterio de

[1] Libro de regla.—Escritura núm. 13, donacion del monasterio de San Pedro del Valle (San Pedro de Agüera) por su abad Hermenegildo al abad Álvaro de Santa Juliana... «regnante Ramirus Rex in Legione et in Castella.»—Escritura núm. 52. Agregacion y entrega de la iglesia de San Roman y San Pedro de Topo-

regulares, como parece indicarlo la fórmula *fratres*, aplicada en algunos instrumentos á los eclesiásticos que le habitaban? ¿Fué monasterio *dúplice*, como algunos quieren deducir de ciertas cláusulas de donaciones personales de conversos de uno y otro sexo, y de esta frase: *in presentia abatissæ Fronildi roboravi*, contenida en la escritura de heredamiento de ciertas viñas en Liebana, que firma el abad Juan, año de 1021?[1] Florez conjetura que la secularizacion é instituto de colegial se debe á Alfonso VII; pero confiesa que en una escritura de dias de San Fernando, año de 1238, es donde por primera vez encuentra la calificacion de canónigos aplicada á la comunidad de Santillana.

En 1209 y á semejanza de lo que habia hecho en Santander, Alfonso VIII dió fueros á la villa, entregándola al señorío del abad. El señorío abadengo perseveró íntegro hasta los

rías por el presbítero Heredo, y segun lo capitulado con el rey Alfonso II el Casto, por sus fundadores Recemiro y Betelo, al abad Álvaro de Santa Juliana... «regnante principe nostro domino rademirus in Legione...»—Ramiro I reinó desde 842 á 850.

[1] Es la 42 del libro de Regla.

tiempos de Alfonso XI. Este rey emprendedor y resuelto, necesitando para el apresto de sus espediciones militares mayor caudal del que sus arcas le ofrecian, levantaba ciertos tributos, justificándolos con la patriótica razon de sus felices campañas. [1] En 1327 preparaba su primera y juvenil empresa contra el moro de Granada, al cual habia de tomar victoriosamente la villa de Teba y los castillos de Cañete y Priego, derrotando al celebrado Osmin, general de su caballería. El Papa le habia concedido las tercias de las iglesias y el diezmo de las rentas del clero, los Estados reunidos en Madrid los *servicios* y *monedas*, y en el mismo tiempo, y ya comenzadas las operaciones militares, expide desde Sevilla su real ejecutoria al abad de Santillana para que no cobrase el *yantar* que por señorío le era debido, sino que fue-

[1] En el libro de las behetrías es cláusula frecuente al hablar de pueblos exentos ó de señorío particular: «pagan fonsadera *desde la cerca de Algecira* acá, como quiera que son privilegiados de la non pagar.»—En 1342, convocados los prelados, ricos-omes, é hidalgos del reino, y consultados los vecinos de las ciudades en Búrgos primero y en Leon despues, habian otorgado al rey *las alcabalas*, para los empeños de aquella guerra.

se entregado á su Adelantado mayor de Castilla. [1]

No es de creer que pasada la ocasion de la necesidad, los pueblos quedasen desahogados del nuevo tributo, ni tornasen á los señores sus cedidos derechos, pues tal sucedió siempre con toda pension y carga de dinero, cuando ha de renunciarla el mismo que la aprovechó y goza; y así mermado el señorío vino á encontrarse con las dificultades que le suscitaba necesariamente la casa de la Vega, engrandecida como atrás vimos con el territorio de las cercanías en cabeza de Gonzalo Ruiz.

Acogido el abad al régio patronato, pretendia escudarse con la autoridad del soberano, cuyo representante se llamaba; pero sabido es el ningun respeto que á los próceres imponia el trono en aquellos siglos.

[1] El abad D. Gaspar de Amaya, en un papel al rey, fecho en San Ildefonso á 6 de Octubre del año de 1744, solicitando seguir litigio sobre detentacion del señorío y vasallaje de la villa y su territorio con la casa del Infantado, dice expedida la ejecutoria en el año de 1365. Debe entenderse la era de igual título que corresponde al citado año de 1327. En 1365 reinaba D. Pedro, hijo de Alfonso onceno.

Así en el «Pleito de los valles» tantas veces citado, dice un testigo que «vido, siendo alcalde »en Santillana (puesto por Gomez Arias, corre»gidor del rey) Juan Perez de Piñera, porque »avia dado algunos mandamientos para empla»çar y prendar algunos vasallos del almiran»te,[1] y doña Leonor, yr el dicho almirante á »Santillana y entrar en casa del dicho Juan Pe»rez alcalde, y tomarlo y quererlo echar por »las varandas a baxo, llamandole villano, ruyn; »que quien le mandava meter en su jurisdi»cion. E que todavia le echara por las varandas »abaxo: salvo por ciertas personas que ende »estavan. E que vió al dicho almirante dar al »dicho alcalde con el puño y la mançana de la »daga quatro ó cinco golpes buenos y bien da»dos en la cara: fasta que prometió y juró no »entrometerse á juzgar entre los vasallos del »dicho almirante. Y que oyó decir á personas »que nombra, que Garcilasso, padre de doña »Leonor avia ido á Santillana á prènder á Juan »Tacon, porque diz que se avia entrometido á »conocer de pleitos entre vasallos del dicho

[1] Diego Hurtado de Mendoza.—Véase la pag. 385.

»Garcilasso, y que lo prendiera y lo fiziera de»gollar en la plaça de la dicha villa.»

Y no trataba con mayores miramientos al propio corregidor real aquel terrible Diego Hurtado, porque otro testigo cuenta como «es»tando en Santillana *assentado á juicio*, el di»cho almirante le avia dado *ciertos palos*, por»que avia entrado á corregir en sus valles. Y »que oyó decir á dicho almirante, que si su»piesse que el dicho Gomez Arias entrava otra »vez á corregir en los dichos sus valles, que le »faria matar por ello..... y que el dicho corregi»dor non osava andar fuera de su posada; antes »dice que estaba abscondido en casa del herre»ro de Valles, donde el dicho corregidor posa»va, que es en la dicha Santillana.»

Así iban las cosas en la villa cuando Iñigo Lopez de Mendoza entró á suceder en la herencia de Doña Leonor, su madre, en 1432. No mejoraron por ello; ni fueron deslindados y más claramente establecidos los poderes y atribuciones de cada autoridad y los derechos de cada señor, porque en 1436 dice el pleito: «Sobre la jurisdiccion del mayordomazgo ovie»ron ruydo é pelea en uno Fernan Gonzalez

»del Castillo corregidor que á la sazon era del »rey en Asturias de Sanctillana, y Sancho Lopez »de Guinea alcalde por el dicho Iñigo Lopez »en la casa de Vega..... en el cual ruido mu»rieron hombres de ambas partes.»

No descuidó el cortesano magnate medios más suaves y eficaces que el rigor y la violencia para lograr sus fines; acudió con éxito á ganar las voluntades, y consiguió que en el otoño de 1439, los valles de Reocin y Cabuérniga revocasen los poderes dados á sus procuradores, «porque querian fazer ó procurar algu»nas cosas contra el señor Iñigo Lopez de Men»doza en contrario de la jurisdiccion que de»mandava de los dichos valles,» y pidieron al rey que le reconociese el tal señorío y jurisdiccion. [1]

Mas ni aún el título de marqués de Santillana, extendido á favor del Iñigo Lopez por el rey D. Juan II, á 19 de Mayo de 1445, puso temor á los montañeses ni les movió á mayor

[1] Amador de los Rios.—Vida del marqués de Santillana, escrita con presencia de los archivos de la casa del Infantado, y publicada al frente de la primera edicion completa de sus obras en 1852.

obediencia, pues cuenta el octogenario Pero Alonso, vecino de Lamadrid,[1] que «el marque»sado se alzó y no le querian obedecer por se»ñor.» Y añade que, «despues le rescibieron por »señor en el campo de Revolgo, y que traia el «marques un collar colorado y que era hombre »de gran cuerpo. Y que vinieron delante la po»sada del dicho marques, que es en la dicha »villa, muchas gentes del marquesado con pa»veses y vallestas y otras armas, y que les dixo »el dicho marques:

—»¿Aun todavia venis con recelo?

»Y que les mandó poner las armas en el »suelo, y las pusieron y le besaron pié y »mano.»

Para quitar todo pretexto á los inquietos y díscolos, en Setiembre del mismo año de 45 obtenia el marqués dos cédulas reales que le conferian el señorío de Santillana con todas sus rentas y jurisdicciones.[2]

Algun poder, aunque escaso, conservaron los abades; pero mantenida esta dignidad cuidadosamente en la casa de los Mendozas casi du-

[1] Pleito de los Valles.—Año de 1499.
[2] Amador de los Rios.—Obra citada.

rante un siglo,[1] no hacia gran sombra ni obstáculo á los opulentos jefes de ella, la cual sin embargo cuidó de llamar á sí aun los menores vestigios del antiguo señorío por medio de un convenio celebrado en Guadalajara entre Íñigo Lopez de Mendoza, segundo duque del Infantado, nieto del primer marqués de Santillana, y el abad D. Martin de Mendoza, por los años de 1511.[2]

Es curioso ver designado por los montañeses al primer marqués de Santillana con el nombre de Marqués de los Proverbios. ¿Era esto en ódio y protesta del título que le constituia en señor de ellos y les dolia reconocer? Yo prefiero admitir, aunque en ello ceda nuestra opinion de altivos y tenaces, que le llamaron así porque era más nuevo para ellos un título literario en sugeto de tanta alcurnia que el de la más alta dignidad de la andariega córte; yo prefiero imaginar que con el cuento lejano de las intrigas palaciegas, con el rencoroso relato de las discordias civiles, con el rumor espléndido de las

[1] Véase el índice de los abades entre los años 1486 á 1560.—Apéndice, núm. 2.

[2] Papel citado del abad D. Gaspar de Amaya al Rey.

hazañas militares, llegaba tambien á nuestras breñas el eco sonoro y limpio de la musa castellana. Nuestros antepasados habian leido ú oido leer que

> á los libres pertenesce
> aprehender,
> donde se muestra el saber
> é floresce. [1]

Habian leido ú oido leer:

> ¡Benditos aquellos que quando las flores
> se muestran al mundo desçiben [2] las aves
> é fuyen las pompas é vanos honores
> é ledos escuchan sus cantos suaves!
> ¡benditos aquellos que en pequeñas naves
> siguen los pescados con pobres traynas! [3]
> ca estos non temen las lides marinas
> nin cierra sobre ellos Fortuna sus llaves. [4]

Habíanse enternecido con la historia del triste Macías, y deleitádose en estos ecos suavísi-

[1] Proverbios, cap. II.

[2] *Descebir*, engañar.

[3] *Trayna*,—red pequeña que se emplea en pesca menuda—(¿del latin, *traho?*).—*Traineras* se llaman en nuestras costas las lanchas dedicadas á matar sardina.

[4] Comedieta de Ponza.—Est. XVIII.

mos del inmortal toscano, profética voz en su tiempo, oráculo y resúmen de toda fé y de toda poesía:

La mayor cuyta que aver
puede ningun amador,
es membrarse del placer
en el tiempo del dolor. [1]

Y asombrados todavía de la catástrofe de don Álvaro de Luna oian hablar al célebre privado por boca del que le habia sucedido; sino en el cariño y confianza régios y en el político prestigio, en el lugar más visible de la córte y del consejo:

Cá si lo ajeno tomé
lo mio me tomarán;
si maté, no tardarán
de matarme, bien lo sé.
Si prendí por tal pasé,
maltray, soy maltraydo,
anduve vuscando ruydo,
basta assaz lo que fallé. [2]

[1] ...Nessun maggior dolore
che ricordarsi del tempo felice
nella miseria...
(Dante.—L'Inferno.—Canto V.)

[2] Dotrinal de privados.—Habla D. Álvaro de Luna.

No les cogian de nuevo los bríos militares del frontero de Agreda y de Granada, del valerosísimo soldado de Araviana y Huelma; ni las mudanzas del magnate tornadizo, que ora terciaba en el bando del rey, ora en el de los grandes, ya seguia la legítima bandera de los leales, ya la de los inquietos infantes de Aragon; ni la descubierta ambicion que tomaba para sí despojos de otro prócer su igual, caído de favor y desvalido, ni la interesada cautela que ajustaba en precio de su ayuda al apurado Juan II, la merced de los valles de Santillana.[1] Tales actos de virtud y de flaqueza, de grandeza de ánimo y de vulgar codicia éranles familiares; constituian entonces, sin velo ni disimulo de hipocresía alguna, la vida pública y comun de grandes y pequeños, proporcionando su evidencia, su magnitud, su importancia, su escándalo á la alteza y valor del sugeto que los cometia.

Pero leer, escrito por mano de uno de los primeros de Castilla, como llevamos apuntado, que «á los libres pertenece aprender;» á los

[1] Quintana.—Españoles célebres.—Vida de D. Álvaro de Luna.

libres, esto es, á los poderosos, á los exentos de la servidumbre del trabajo por su nacimiento, ó por su suerte, doctrina generosa tan poco admitida y ménos usada, no ya en siglos oscuros de feudal prepotencia, sino en dias de pretenciosa emancipacion y claridad del espíritu; verle proclamar «que no embota la ciencia el fierro de la lanza, nin face floxa la espada en mano del caballero» [1] en dias en que lanza y espada eran cuidado excelente de los hombres, la más pulida joya de su hacienda, el primer alfabeto de sus hijos, debia poner al guerrero magnate en tan nueva y seductora luz á los ojos de este pueblo apartado, perspicaz é inteligente, que no pudiera confundirle entre la magnífica y deslumbradora muchedumbre titulada que hervia al rededor del trono, y fascinaba á Castilla con el ruido de sus hazañas, de sus pretensiones, de sus discordias y de su engrandecimiento.

[1] Prólogo de los Proverbios.

ENTRE AMBAS ASTURIAS.

I.

COMILLAS.—SAN VICENTE DE LA BARQUERA.

Al Noroeste de Santillana surge un monte por el cual trepa el camino. La ruina solariega, habitual detalle del paisage cántabro, viste su cima con el torreon descabezado y la quebrantada cerca de mampostería robustecida por macizos cubos que las hiedras minan. Un parque secular, enrarecido por los años y el podon, derrama sus robles macilentos y cansados sobre la vertiente septentrional, desde cuyas revueltas descubren los ojos fértiles marinas. En su centro, solitaria sobre un campizo, blanquea la iglesia de Oreña, y de su ancho umbral parten serpeando á lo largo de la verde mies las sendas que traen hasta los sagrados ámbitos á los feligreses de sus tres apartados barrios, Viallán, Oreña y Arroyo.

Cuando crece el mar en la precesion del equinocio, suena con bronca insistencia dentro de un cóncavo de aquellos peñascos. La lúgubre voz se toma como infalible anuncio de extraños rigores invernizos: la tierra reconoce la autoridad del agüero en un dicho popular y extendido en la comarca: «*Cuando ruge la cueva de Oreña, unce los bueyes y anda por leña.*»

Baja el camino al llano y corre al Oeste hácia Toñanes para pasar entre Cigüenza y Cobreces, lugares que vimos desde la dramática altura de Cildad. A la primera luz del alba veia yo el paisage; paisage soñoliento todavía, fuera del mar cuyas aguas mantiene en perpétua vela, ora la brisa que viene de sus misteriosas soledades, ora el viento que baja de las cumbres aleteando por cauces y encañadas. Los parages entrevistos á esa luz incierta, quedan con sus contornos vagos, con sus formas indefinidas, pegados á esos girones de idea, vagos tambien é indefinidos, con que comienza el dia del pensamiento. La religion ha santificado ese momento crepuscular, consagrándolo á la Madre de toda caridad y de todo consuelo. Levántase el dia con su escondido caudal de penas y alegrías

que con próvida y ordenada mano va á repartir á los hombres, y la campana nos advierte de que no es á los hombres á quien hemos de agradecer las unas, ni lamentarnos de las otras.

Andadas más de dos leguas se llega á Comillas. Labróse sobre la cresta de un cerro, en cuya suave vertiente meridional esparce su caserío y limpias calles, y que tajado al Norte domina los muelles del puerto y el arenal donde descansan encalladas, entre dos mareas, las lanchas pescadoras.

La villa, apacible y risueña, tiene la fisonomía de un trabajador enriquecido y satisfecho; goza de legítimo sosiego, comprado á costa de sudores é inquietudes, y vive tranquilo, y no exento de cierta altivez propia de quien se basta á sí mismo y no pide ni espera mercedes de más poderosos.

Cuando la fiebre minera invadió el territorio, los montañeses, malcontentos con el premio tardo y seguro que su labor les ofrece, se dieron á sondear las entrañas de sus montes y arrancarles ópimas, fáciles é instantáneas riquezas. Abrió Comillas su puerto á un tráfico animado y

productivo; á lo largo de sus avenidas y caminos chirriaban los convoyes de carretas acarreando *calamina*; ensanchóse su poblacion por las cercanías, estableciendo hornos y almacenes; y en sus aguas fondeaban y se sucedian fustas y galeotas de variado aparejo y pabellon extranjero, que en su ancho vientre trasportaban el mineral á las fundiciones de Francia y Bélgica.

De este comercio, persistente aunque limitada su actividad á proporciones que le aseguran mayor duracion y consistencia, dan testimonio los dinteles de tiendas y bodegones rotulados en lenguas extrañas, novedad curiosa en semejantes parages.

Sobre la fachada del viejo consistorio conserva la villa en escudos votivos la memoria de sus hijos ilustres y bienhechores. Túvolos insignes, que brillaron especialmente en el vasto teatro del nuevo mundo, cuando era regido por leyes españolas; fuéles propicio el suelo americano, tanto que por diversos caminos pudieron realizar en él la sonada sentencia del filósofo: *fortuna labori comes*.

Todavía en el de la contratacion y azares mercantiles les sonrie próspera estrella á pesar

de la ruina de nuestra grandeza indiana. En el de las dignidades eclesiásticas dejaron clara huella sus letras y virtudes.

Arzobispo de Lima fué D. Juan Domingo Gonzalez de la Reguera, que murió octogenario en el de 1805, dejando numerosas fundaciones pias de escuelas, dotes, fuentes y abundantes limosnas. Un paisano amparó su mocedad y estudios en la capital peruana, el docto Fr. Pedro Cotera, prior de los benitos de Monserrat, y otro, D. Gregorio de Molleda, arzobispo de Charcas, abrió las puertas á su dilatada carrera, proveyéndole de un curato en Talavera de la Puna. Exaltado á la metropolitana limeña, el agradecido montañés volvió los ojos á su pátria, y quiso á su vez pagar los beneficios recibidos. Mejoró y enriqueció la iglesia suntuosamente edificada por los vecinos en 1675; [1] costeó la traida y servicio de abundan-

[1] Hay tradicion de que el gremio de marineros, ofendido de que los linajes de la villa se hubiesen repartido los mejores lugares de la iglesia antigua, bancos, tarimas, etc., resolvió edificar para sí un templo que en lo capaz y espléndido aventajase al de los hidalgos. Apuraron al efecto su peculio, y para ayudar la construccion con una renta, diputaron dos lanchas,

tes aguas, y aprendida, acaso por experiencia propia, la conveniencia de allanar al hijo de su tierra, despierto é indigente, los difíciles pasos primeros de las profesiones liberales, mandó construir y dotó con rentas un *Seminario cantábrico*, destinado á segunda enseñanza.

Subsiste el edificio levantado por el arquitecto D. Cosme Antonio de Bustamante en 1804: obra de buenas proporciones, de gusto clásico, alterado por cierta manera que prevalece en las construcciones civiles del país, blasonado su frente principal con el pastoral escudo del fundador, y convertido en cuartel y viviendas particulares, usos harto ajenos á los fines y designios de su orígen.

No es este el único nombre con que Comillas ilustró el episcopado americano. Por igual tiempo gobernaba la diócesis de Sonora otro natural de Comillas, D. Bernardo Martinez.

Los oficios que debia al reverendo Cotera hízolos á su vez el Ilmo. de Lima con otro man-

cuya pesca anual se vendia en provecho de la fábrica. Recientemente se ha puesto encima de una de sus puertas la imágen del patrono San Cristóbal, efigie de mármol más preciosa por la materia que por el arte.

cebo de su misma pátria y estado. Aprovechando la proteccion y siguiendo el ejemplo, llegó el doctor D. Rafael de la Nava á merecer, en 1806, la silla arzobispal de Guatemala. Interesante es la historia de este prelado y trágico fué su fin. Tocóle regir gentes movedizas, alteradas ya por deseos y planes de emancipacion. Era tan honda la inquietud de los ánimos en aquellas remotas provincias y tan profunda y extensa la llaga abierta en sus hábitos de sumision y obediencia, que la viciosa lepra cundia á las autoridades y tropas españolas excitándolas á sediciones y rebeldías, desmintiendo la honrada tradicion de su lealtad y sus virtudes. Las del eminente Nava eran cenobíticas; hacíanle respetado de todos: y ayudadas de su palabra fácil y amorosa, tuvieron evangélica eficacia, tanto al predicar misiones, como para sosegar motines. Su austeridad, sin embargo, recibíase mal dentro de su propio palacio, donde era reprension mansa y tácita, pero constante, de costumbres ménos puras. Y no faltó de los castigados por el ejemplo del apostólico varon, quien abrevió con tósigo sus dias.

¿Cómo contando Comillas hoy no ménos ilus-

trados hijos,[1] no tiene un librito manual que imponga al viajero del orígen de las suntuosas construcciones y de las causas del culto aspecto que en el pueblo admira y nota? ¡Cuán de ménos lo echaba yo corriendo sus calles y tendiendo la vista desde el Calvario que domina su puerto!

Sale el camino á occidente entre tiernos chopos y amenos huertos, para llegar pronto á terreno de diverso aspecto. Del monte de la Corona, encaramado á siniestra mano, baja un arroyo de breve curso y turbulentas aguas, que falto de espacio y tiempo para cansar su furia desde su nacimiento á su muerte, la gasta arremolinándose sobre sí mismo en ruidos vanos y huecas espumas. Su rapidez excesiva parece haberle apellidado en antigüedad desconocida, si no miente al oido la desinencia de su nombre comun á otros caudales en situacion parecida. La Rábia[2] se llama; y es pesquería de excelentes ostras, servidas á los glotones madrileños.

[1] Entre ellos el distinguido letrado y curioso agricultor á quien debe este libro sus noticias de la villa.

[2] Fuenterrábía, *fons rapidus*, desembocadura del Bidasoa; San Cárlos de la Rápita, en Valencia; la Rábida, desembocadura del Tinto de Huelva.

Estas bocas de rio cuando no han sido capaces de un puerto y poblacion acomodada, tienen suma tristeza y monotonía. La corriente embalsada por las tierras que ella misma arrastra y acumula, fluye perezosamente, buscando por largos y repetidos rodeos la salida al mar; en la marina yerma y desolada, apenas si una ruina de ermita, molino ó garita quiebra la uniforme línea de los bancos y dunas; apenas si entre los juncos y légamos verdes de la playa blanquea una gaviota ó garza solitaria.

Luego se sube á una sierra, donde se ofrece al peon, avaro de horas y de fatiga, el camino antiguo más caido hácia la costa. Al cabo de una hora se une á la carretera sobre los altos que dominan el ancho estero de San Vicente de la Barquera.

Partido el mar en dos brazos, ciñe un peñasco cuyo arenoso asiento ocupa la poblacion, cuya cima corona la iglesia, y rodearon los muros de su fuerte castillo. El que entra derecho por las tierras al medio dia, lleva sobre sus arenas treinta y dos arcos de un puente, que la tradicion bautizó romano, y trae su fundacion de era harto más reciente y más gloriosa para

nuestra gente.[1] Al extremo del puente, dominando la ria con sus galerías abiertas al Sur y á Levante, un convento francisco, edificado, como sus hermanos, de limosna, dice Gonzaga, año de 1468.

La casa de Guevara, que poseia, como sabemos, lòs inmediatos estados de Treceño, tomó para sí el patronato de este convento; dotóle de capellanías, labró la capilla mayor é hizo el retablo y el coro, con un aposento para que se alojasen sus señores, que se llamó «la celda de los Guevaras.» «Y alternativamente,—dice el Memorial citado á los principios de este libro,[2]—desde entonces se entierran unos señores allí y otros en Escalante.»

Las casas de la villa, levantadas sobre solemnes pórticos, ennoblecidas con balconage de hierro, escudos y portadas, abrigan el silencioso puerto. En las lejanías de su embocadura, al pié de los merlones de Santa Catalina,

[1] Mandóse construir por despacho de los reyes católicos fecha en Búrgos á 25 de Agosto de 1495. La disposicion angular de su eje, evidente á pesar de las diversas restauraciones y enmiendas, nunca usada por romanos, era frecuente en los siglos medios.

[2] Pág. 161.

y del venerado santuario de Nuestra Señora de la Barquera, se ven agitar las bulliciosas ondas que dan voz á la soledad y acento á las ruinas; pero á la ribera llegan calladas y adormidas, cual si ya su fuerza, su ayuda, su flexibilidad y movimiento fueran inútiles para la muerta navegacion y el desaparecido comercio. Algun cabotero fondea en la rada que armaba arrogantes escuadrillas balleneras, y que pretende haber sido cuna de los bajeles guiados por Bonifaz á la empresa de Sevilla. [1]

Encarámase el viagero á buscar la iglesia, guia elocuente en los pueblos viejos, abierto libro que de ellos cuenta la edad en su arquitectura, los linages en sus sepulcros, las costumbres en sus ex-votos, la piedad en su conservacion y aseo, las grandezas en su ornato, los dolores en su aparato fúnebre, en la llama perenne de sus lámparas y cirios. La de San Vicente ocupa el cabo meridional del peñasco, al que yacen agarradas las viviendas como una generacion de crustáceos alimentados de marinos jugos y aire salado. El descarnado lomo de la peña tiene nombre de Calle-Alta; cuyo ám-

[1] Véase Zúñiga.—Anales de Sevilla.

bito bordan desmoronadas paredes, edificios deshabitados: avenida melancólica que guia hasta el templo, como guian los sepulcros hasta la cruz alzada en el centro de un cementerio.

Las tres naves de la Iglesia, cerradas sobre ojivas anchas del siglo XIII, arrancan de una fachada, cuyo portal trae filiacion del XII, y mueren en un crucero y abside del XIV ó XV. No escapó, á pesar de la gerarquía del lugar, á la necesidad y pobreza de los tiempos; su edificacion fué como la de otras muchas, lenta y sucesiva. Bien es verdad que las obras de la paz solo en largo plazo de sosiego y abundancia llegan á cumplido término, y los tiempos de la ojiva, tormentosos y duros, daban vagar limitado al arte, interrumpiendo á menudo, con escaseces ó violencias, el pacífico trabajo.

Más agitada España que otras naciones, empeñada en su secular guerra religiosa, ménos propensa á ciertas vanidades y deleites, apenas tuvo espíritu, caudal, espacio y voluntad para construir otra cosa que iglesias ó castillos. Príncipes ni magnates se cuidaron de sus propias moradas, ocupados en aumentar y enriquecer la casa de Dios. «Honra singular»

—dice el ilustre Ozanam—«de la realeza y de los nobles castellanos.»[1]

En la capilla de San Antonio llama la atencion un trozo de excelente escultura, al parecer italiana; una estátua de eclesiástico reclinada sobre una urna, puesta la mejilla sobre la mano, en actitud de leer: obra naturalista, viva y acabada. La urna, enriquecida con castizas molduras, obedece al gusto del renacimiento; en sus ángulos dos geniecillos llorosos desarrollan cartelas en que se lee, partida, esta inscripcion: *el que aquí está sepultado no murió | que fué partida su muerte para la vida*; y en su centro una figura de ángel, gótica en su actitud, expresion y dibujo, sostiene el blason de los Corros,[2] sus fundadores.

Dice el epitafio de este entierro: HIC IACET LICENCIATUS ANTONIUS DEL CORRO, VIR PRECLARUS MORIBUS ET NOBILITATE, AC PERPETUÆ MEMORIÆ

[1] Pelerinage au pays du Cid.

[2] En su escudo ponen la cruz de Covadonga con este lema: *Angelus Pelaio et suis victoriam*; las calderas con el mote del linage: *adelante por más valer los del Corro*, y un cuartel anecdótico que representa un hecho de cacería, un page con un azor sobre el guante, perro y una cabeza de fiera; torres en el fondo y por orla lises y calderas.

DIGNUS, CANONICUS HISPALENSIS AC IBIDEM CONTRA HERETICAM PRAVITATEM A CATHOLICIS REGIBUS FERDINANDO ET ELISABETH USQUE AD SUUM OBITUM APOSTOLICUS INQUISITOR ET HUIUS ALMÆ ECCLESIÆ TANQUAM NATURALIS UTIQUE BENEFICIATUS, QUI OBIIT VIGESIMA NONA DIE MENSIS JULII ANNO 1556 ÆTATIS VERO SUÆ 84.

Inmediatos yacen sobre un tosco plinto de labor románica dos bultos de diáfano alabastro, más curiosos que el del inquisidor: vestido el caballero de armadura completa y sobrevista, la dama con tocas, capotillo corto sobre la ropa y cuello recto; trajes y plegado andan con los dias y costumbres del siglo XIV.

La dignidad del inquisidor conseguida en edad temprana, [1] muestra su valor en una córte donde tenian poca accion intrigas y favores. El de su familia en San Vicente lo prueba la presencia de sus armas en los edificios más importantes, en pié unos, caidos otros á lo largo de la Calle Alta. El más aparente y

[1] Si á su muerte en 1556 tenia 84 años, á la de la reina católica ocurrida en 1504, contaria únicamente 32; muy jóven aún habia logrado por consiguiente el difícil cargo.

conservado, labrado de esa arenisca tostada, rica de tono y fina de grano, tan comun en la montaña, es elegante tipo del renacimiento imperial. Sobre un cuerpo sin otro adorno que su fronton toscano encima de la puerta, alza otro calado por tres balcones flanqueados de columnas jónicas estriadas; un recio cornison remata la fachada, cuyos aristones se tornean y desenvuelven en pilares cilíndricos. Desde el arquitrabe habla el fundador al transeunte en esta inscripcion abierta en tres trozos sobre los tres balcones: PAUPERIBUS UT SUBVENIAT * HANC EX VETUSTISSIMA REEDIFICAVI DOMUM * PULCHRAM SED PULCHRIOREM QUÆRAMUS; y en ella revela el primer destino de su obra destinada á asilo de pobres.

Los restos de su muralla, comidos de musgo, embozados en yedras, amenazadores y enhiestos en una parte, derribados en otra, completan la romántica y noble fisonomía del peñon de San Vicente. Persevera el cimiento de la robusta fortaleza, señalando su planta, sus recintos, entradas y galerías; aún se ven escaleras que trepaban al almenaje, ó guiaban á subterráneos, silos ó calabozos: las embovedadas

cuadras son viviendas de inofensivos labradores ó marineros. Asunto curioso á pintores y arquitectos retratar las armoniosas líneas, el colorido fresco y suave de la ruina y la roca, estudiar la disposicion estratégica de las defensas, y restablecer el perfil ceñudo, grave, reposado del castillo en la integridad de su fuerza y poderío.

Aquí de nuevo nos hallamos al imperial navegante, al frecuente bojeador de estas marinas, al huésped de Santander y de Laredo. Pero si al saltar en los muelles de la hidalga Laredo, traia Cárlos de Gante su espíritu castigado por la experiencia, rendido al desengaño, propuesto al sacrificio de las pompas y deleites terrenos, las arenas de San Vicente y su breve y sosegada bahía le recibian mozo, extraño á las costumbres españolas, inexperto en nuestra habla, abierto el corazon á todas las grandezas humanas, capaz de poblar y enriquecer la region más desierta y vasta y miserable con las ilusiones y brios de su ánimo esforzado.

Habia desembarcado en un puerto de Asturias, mas «por no poder estar la armada en Villaviciosa,» escribe el historiador Sandoval,

«pasó á Santander, y el rey fué por tierra á San Vicente de la Barquera, donde estuvo algunos dias.» [1]

Entre uno y otro desembarco habia corrido la vida del glorioso príncipe.

Méjico sujeta, Francia derrotada, Roma cautiva, atajado el turco á orillas del Danubio, todo poder y region respetable ó temible por su autoridad, y su valor, por su robustez y número, dominados y puestos á su obediencia ó amistad forzosa; una série incomparable de triunfos y venturas, de ocasiones de valor y constancia nunca desmentidos; un espléndido cortejo de hombres insignes, ministros de su poder, centellas de su gloria; Francisco de Borja y Teresa de Jesus, crisol de virtudes; Alba y Leiva, espejo de capitanes; Vives y Loyola, ejemplar de teólogos y políticos; la dulce voz de Garcilaso y de Leon, amansando la bélica fiereza de la córte; la pluma de Ocampo y de Mendoza, consagrando lauros antiguos y ha-

[1] Algunos historiadores, y el mismo Sandoval en otro lugar de su historia, aseguran que el Emperador hizo esta travesía por mar.—Era mediado Setiembre de 1517; tenia por consiguiente Cárlos V diez y siete años.

zañas recientes; la palabra ardiente de los maestros Ávila y Granada, vertiendo desde el púlpito en los corazones españoles vívido gérmen de heroismo, desprecio de la muerte, obediencia á la ley, ambicion del cielo; y Cortés y Pizarro, abriendo escuela de héroes; Orellana y Cano, á bordo de las infatigables urcas; y Juanes, y el Mudo y Morales, reflejos vivos de Rafael y Leonardo; y Berruguete el de la inagotable fantasía; y Covarrubias, Machuca y Mora, que sellan en la suprema elegancia de sus construcciones, la grandeza de los ánimos, la magnificencia de los tiempos y la bizarría de las costumbres; hé aquí los tesoros reservados por la Providencia al porvenir del mancebo que cabalgaba por estas asperezas, entregado todavía á la rapacidad y codicia de Xevres y sus flamencos, ignorante del valor de la tierra que su bridon pisaba y habia de ser pródiga en darle la copiosa sangre necesaria para alimentar la fama y el terror de sus arrojadas naves é invencible infantería. [1]

[1] Era dicho proverbial en los tercios viejos de Lombardía: *Un capitan Juan de Urbina y un alférez Santillana.* Aquel fué vizcaino, este montañés, señaladísi-

Sublime vision de gloria, ¿no es cierto? Sublime vision que al cabo de tantos años, y á través de tan profunda decadencia y postracion, todavía tiene calor bastante para encendernos el pecho, y luz para inflamar con claridad inextinguible los sagrados horizontes de la pátria, y prestigio para dar yo no sé qué sonoridad augusta, mágica y consoladora que enorgullece y eleva, que atropella la sangre al corazon y el llanto á los ojos, á este nombre bendito de «españoles.»

II.

RIO-NANSA.—DESFILADEROS.—LA HERMIDA.

Sé indulgente, lector, con esta incurable flaqueza mia de partirme lejos del presente y de las realidades inmediatas de la vida. Sé indul-

mo en Novara contra Lautrec. Probablemente se dió apellido de la villa de su nacimiento, y cifraba su ascendencia más notoria en los filos de una de aquellas hojas toledanas donde iba escrito el evangelio de los hidalgos: *No me saques sin razon, ni me envaines sin honor.*

gente, y nunca imagines que estas escapadas y digresiones nacen de no hacerse mi espíritu cuenta de los gustos agenos, ciegamente regido por los gustos propios.

¡Si supieras cuán al contrario sucede! ¡Si supieras qué tímida y vacilante anda mi pluma, sospechosa siempre de enojarte, queriendo adivinar tu semblante y gesto, atajándose, volviéndose, mudando súbitamente de acento y de asunto apenas recela que van á aparecer el disgusto en tus ojos, el bostezo en tus labios, el cansancio en todo el ademan y movimiento de tu persona!

Por eso nunca me dirijo á tu pensamiento, del cual sé que, entregado á sí mismo y puesto á meditar sobre cualquiera de los incidentes de nuestra jornada, al punto aventajaria en alcance y en acierto á mi discurso; diríjome á tu corazon, y tu corazon no puede mostrárseme zahareño ni rigoroso, porque una es nuestra fé, nuestro culto y unos nuestros amores.

Tú tienes pátria, un pedazo de tierra donde naciste, donde hallaste la paz de tu alma, el premio de tu trabajo, la compensacion y reposo de tus afanes y de tus dolores. Tú tienes Dios,

porque tuviste madre que te enseñó su nombre, y á invocarle; porque si pudieras haber olvidado al Dios á quien habias de pedir por tí, no puedes olvidar al Dios á quien has de pedir por ella. Tienes Dios y pátria, porque sin ellos ya te hubiera cansado y héchose molesta para tí la compañía y conversacion de un caminante que en ellos lo fía todo, así las esperanzas y las posibles dichas internas de su alma, como el fruto de su caminar y su trabajo.

Sin ellos fuera ocioso suplicarte ahora, porque antes de llegar aquí y desde las primeras hojas, hubiera caido este libro de tus manos.

Pronto vas á dejarle: plegue á Dios no sea de hastiado, sino de leido.

No puedes figurarte la poca gracia que me hizo hallar en cronistas, que el Emperador no habia cabalgado por estos caminos que de San Vicente llevan á Asturias de Oviedo, y que yo habia seguido absorto en los recuerdos, en las *saudades* que dicen nuestros hermanos de Lusitania, en la nostálgica melancolía de los grandes dias de España. Por eso mantengo el texto que de antiguo habia recibido como único y bueno y era para mí entonces histórico

evangelio. De otro modo pareceríame no haber visto estos lugares. ¿Cómo suplir, por otra parte, mi completo olvido de los nombres que pudieran describirlos á tus ojos?

Peró ya llegamos á Pesués, y á pasar el impetuoso Nansa.

Hoy hallamos un cómodo puente novísimo. Yo hallé los escombros del antiguo, caidos dentro del agua que, como fiera vencedora, sanguinaria é insaciable, todavía los hoza y golpea. Hízonos pasar un barquero de raza aquerontéa, viejo, amojamado, lloroso de ojos y encendido de párpados, votador y gruñon.

Esas aguas revueltas y amarillas que han nacido en remotas alturas, cerca de Peña Labra, han pasado por el valle de Polaciones y visto en Tresabuela la cuna del ilustre Jesuita Rávago, confesor del pacífico rey D. Fernando VI. [1]

Con criterio diverso ha sido juzgado el papel que le tocó hacer en la sociedad de su tiempo, así como su participacion indudable en el gobierno del Estado. Niéganle algunos condiciones de político, acaso con más pasion que auto-

[1] Nació en 1687.—Murió en Madrid en la casa del Noviciado, á 24 de Diciembre de 1763.

ridad. No podrán negarle la corona del concepto que necesariamente ha de asistir al varon que gobierna la conciencia de un soberano, cuando los actos de este responden siempre á las exigencias de la dignidad y de la justicia; cuando, haciendo de su palacio honrado ejemplo para el hogar doméstico de sus súbditos, hace de la cámara de su consejo perpétuo centinela y escudo del sosiego, la grandeza y la prosperidad de la patria.

Hay que reconocer en el P. Francisco de Rávago cualidades de las que merecen enaltecer al hombre, sino hasta las cumbres de la celebridad, hasta las del comun respeto. La sinceridad de su vocacion que renuncia la primogenitura de su casa y señorío en su segundo hermano D. Juan; su vasta ciencia que le alzó á las famosas cátedras del Colegio Romano y de la Sorbona parisiense. [1] Á fuer de hombre de gran-

[1] Escribió bastante de teología moral y dogmática, de disciplina, de filosofía, etc. Sus obras, impresas ó manuscritas, se conservan con buena parte de su selecta librería, en aquel palacio que describimos en Casar de Periedo, y es propiedad del actual poseedor de la casa, D. José de Rávago y Prieto, del hábito de Calatrava.

de y elevado corazon, perseveró en su mision de enseñar y corregir á sus semejantes, á pesar del desengañado conocimiento que de ellos tenia.[1] Nuestra provincia le debe su emancipacion administrativa, la creacion de su obispado, la elevacion de su capital de villa á ciudad. Por eso acordaron, el ayuntamiento colocar en el salon de sus sesiones, una memoria del popular agradecimiento al padre Jesuita; el cabildo catedral su retrato en la sala particular, y ni uno ni otro lo cumplimentaron. Gratitud de corporaciones, que tiene su razon, sino su excusa en las mudanzas de los tiempos, en las corrientes sucesivas de la atmósfera política, encontradas y diversas de entonces acá, pero nunca favorables al instituto de Loyola; argumento á los que profesan que las colectividades tienen á las veces dineros y brazos, pero nunca entrañas, nunca corazon ni cerebro.

Aún zumba en nuestros oidos el violento rumor de las ondas del Nansa, cuando vemos

[1] ..... «La triste experiencia enseña que ningun celo basta á despertar esta caida nacion,» escribia al famoso literato D. Blas Antonio de Nasarre, desde Aranjuez, á 17 de Abril de 1750, apropósito de ciertos nombramientos de cronistas del Rey,

reflejarse el cielo en otro caudal mayor y más sosegado, el Deva, rico en salmones. En una barca le cruzan por Hunquera los caminantes de Asturias. Nosotros sin embarcarnos seguimos hácia Mediodia.

Tomando cauce arriba va el camino por la orilla derecha del Deva, apartándose á trechos de ella y encaramándose con más brios que necesidad á San Pedro de las Vaderas, para bajar de nuevo y entrar en las Asturias de Oviedo cerca del lugar de Buelles.

Por el rio bajan troncos y suben barcas, navegacion singular, incompleta y difícil que se torna en arrastre en los pedregales someros, donde las tripulaciones, echándose al agua, empujan el barco, y á fuerza de pecho le hacen vencer la opuesta riguridad de la corriente y el roce de los cudones.

Atravesamos un pintoresco vallecillo; en su centro levanta Panes su caserío teñido del cárdeno polvo de la calamina, los anchos colgadizos en que el mineral se quiebra y se cierne, las altas cábrias que lo cargan y descargan.—En la ribera opuesta la atalaya de Siejo, hendida de la almena al cimiento como herida de un

fendiente por la invencible *colada* de un Cid fantástico; la atalaya puesta entre las amenazas que suben de la costa y las que bajan del monte; la atalaya que sigue á las bajas y fáciles marinas y precede á las quiebras y espesuras impenetrables.—No miente el anuncio: poco más arriba de la confluencia del Cares de ático nombre, entra la carretera en una brecha angosta y profunda, de aquellas que pasada la catástrofe diluvial, se abrieron las aguas depositadas en las altas concavidades del globo, para fluir al Padre Océano y restablecer el perturbado equilibrio de la extremecida creacion.

Largo y romancesco tránsito cuando bajan sobre él los inexplicables terrores de la noche; cuando desde el fondo del solitario tajo, metidos entre las dos tenebrosas fajas de roca descubrís en lo alto la luminosa claridad del estrellado cielo, lejano, inaccesible, mientras la angostura parece estrecharse, juntar sus inmensas moles y ahogaros, y esta mental angustia os mengua la respiracion, os enflaquece el brio y acelera el paso. Cuando oís un eco de pisadas, que no sabeis si os siguen ó si vienen

á encontraros, y volveis la cabeza, y sondeais inútilmente las tinieblas; el pisar no cesa, como que es el pisar vuestro, os acompaña, os agita los pulsos, os irrita los nervios, suena más claro ó más confuso, más recio ó más débil, como de persona que no camina al azar de su jornada, sino sujeta á un propósito, propósito desconocido, de persecucion ó acecho; que quiere disimularse á veces, á veces correr; ya acercarse, ya dejaros largo trecho adelante; y hay momentos en que imaginais que su pié va á pisaros los talones, en que esperais sentir una mano extraña sobre el hombro, y una voz más extraña en el oido que os detenga y os cuaje la sangre.

Y ¡qué nombres tienen aquí los arroyos! el Rúmenes que se desentierra, ó mejor dicho se desenroca para caer al Deva; el Urdon, que baja de Tresviso arrastrando las escorias de sus hornos.

El ruido de la piedra que se desgalga la montaña abajo, el salto de la trucha en el agua extremecen y despavorizan, y más si al pasar sabeis que un pozo opaco y sombrío se llama el pozo del Infierno; si os cuentan que en otro pa-

reció ahogado al romper de una mañana un mozo mensajero, cuyo paradero se ignoraba y se inquiria.

Un sonido rústico, ténue al principio, desigual, que á medida que avanzamos se gradúa y crece, viene á disipar visiones y espantos. Es la esquila de los bueyes que rumian acostados delante de la «Posada de Gabriel de Cué.»—Un candil colgado de un balcon nos hace leer este rótulo.—Estamos en la Hermida.

Cuando amanezca verás la áspera grandeza de estos sitios; preguntarás por el manantial prodigioso que brota humeando de las entrañas del suelo, y cuyas aguas han de reposar buen trecho al aire ambiente antes de que los paralíticos y lisiados que entran á dejar su mal en ellas, puedan soportar su altísima temperatura; y verás que aquel elemento de salud, de fama y de riqueza, se pierde pobre, oscurecido, disfrutado de pocos; que la tristeza y desamparo del lugar, que la descomodidad del alojamiento son para sufridos por sanos, no por enfermos; son para sufridos por gente robusta, que no valetudinaria; por gente moza, animosa, jovial, que consigo lleva el sol y la alegría, y la abundan-

cia de todo, y esa, á fé mia, ni necesita ni busca remedios al reuma y á la gota. Pero á bien que la naturaleza no es ahorrada ni cicatera: ahí estará haciendo fluir el manantial años y aun siglos sin menguar ni agotarse, curando necesitados y pordioseros, hasta que llegue el dia de fundarse las *termas* para los opulentos y vanagloriosos. Entonces el yermo se habrá convertido en poblado, y crecerán árboles en las rocas, y se habrán mudado en pilas de rico mármol, los cavados troncos, á manera de piragua salvage ó ataud civilizado en que ahora se bañan los pacientes.

Cuando amanezca, oirás acaso tañer á misa y retumbar el tañido en el cóncavo del peñasco. Yo te desafio á que descubras dónde está la campana, sin ayuda de más prácticos ojos que guien los tuyos. Es un pobre santuario encaramado en un cueto al parecer inaccesible, una iglesia en cuya bóveda tocas, á poco generosa que haya sido la naturaleza contigo. En su altar se venera San Pelayo, un santo de prodigiosa devocion, que llora piedras jigantescas como esas que han rodado al cauce del rio y llaman las gentes «lágrimas de San Pelayo.» Es

verdad que las lloró sobre el moro, y si así fué, y el moro no anduvo listo, bien pudo con cada lágrima de aquellas dejar aplastados y yertos un centenar de paganos descreidos. Aunque visten al santo con dalmática y estola, no sé yo si aquellas piadosas gentes están muy ciertas de que su santo lloron no fuese el mismo que en Covadonga y contra los mismos infieles acudió á razones más positivas que el llanto y el sollozo. Al cabo tampoco en aquel lance dejaron las piedras de figurar cumplidamente, si bien para ser arrojadas por los puños aunque fornidos de cántabros y astures, no pudieron ser talludas como las lloradas por el patrono de la Hermida.

Aquí haremos noche, lector. Conviene descansar para nuestra postrera y fatigosa jornada de mañana, al cabo de la cual hemos de despedirnos, acaso para siempre.

Aquí en el balcon nos servirán la cena, truchas del rio, patatas del huerto, pan moreno y sentado, pero no ménos sabroso. Tan sosegada es la noche, que la llama del velon no oscila. Al rumor de las aguas del Deva, al amor de la paz y la soledad nocturnas, yo te contaré mien-

tras cenamos, algo de lo mucho que hay más allá de estas solitarias gargantas, en la tierra curiosa donde acaba ese camino.

III.

LIÉBANA.—UN PARRICIDA.—LA VEZ DE SANTO TORIBIO.—EL OSO Y EL BUEY.

Este camino, que pasa por bajo del balcon, va á entrar en Castilla por el puerto de Piedras-albas despues de cruzar él término libanense. Construyóse para desahogo de este país extraño, tierra feraz que no se niega á produccion alguna, y de la cual se habia quizás confundido la variedad con la abundancia, riquezas ambas pero de índole diversa, más esencial y positiva la segunda, tanto que en el órden económico apenas lo es la primera si no va pareja con ella para ayudarse y hacerse valer.

Liébana es uno de los recintos de aquel alcázar soberano que la Providencia labró á España para asilo de su libertad, de su independencia y de su gloria, de aquel alcázar cuyos

escarpes arrancan de Covadonga y de Subiedes, que tiene por fosos las cavas del Nansa y el Sella, y al cual sirven de torre de homenage y pedestal de su bandera los jigantes picos que, descollando en las lejanías del cielo á los ojos del navegante ansioso, le gritan: «¡Europa!» con los sublimes destellos de su glacial corona.

Es parte de aquella noble entraña, del corazon de la pátria, centro y resúmen de su vida; nido de la española esperanza, la cual, inclinada hácia su ruda breña, persiste y no desfallece, ni se huye al cielo, en tanto oye su latir inquieto y percibe su calor generoso por mucho que opriman lo restante del cuerpo los frios letales de la esclavitud y el miedo.

Ante esas rocas se detiene la invasion, cesa la conquista, se quebrantan los yugos, toma tréguas la muerte.

Por eso se acogen aquí los soldados de la redencion desde el siglo VIII al siglo XIX; desde Pelayo hasta Porlier. Los vencidos y desbaratados en otras partes, los aterrados y fugitivos, al pisar este suelo sienten curado su espanto y renovado su esfuerzo; aquí descansan y alientan, se vendan las heridas, afilan las

melladas armas, tornan á ser soldados, como si en este aire salubre y puro hubieran aspirado desconocida esencia de valor y denuedo indomable. Esta tierra de los fuertes es tambien la de los afables y sencillos; esta patria de los intrépidos cazadores de osos es la de los huéspedes obsequiosos, de los complacientes é infatigables guias.

Rápido va á ser nuestro paso por esta comarca, á lo cual nos ayudan los caminos blandos y suaves, y la costumbre local de hacer las jornadas á caballo, por fáciles y cortas que sean.

La carretera nos ha traido á Potes, capital de la Liébana, villa hospitalaria y triste, abrumada bajo el sublime panorama que á su Noroeste despliega la sierra de Andara ó Andra, estribacion meridional de las Peñas de Europa. Junto á su iglesia ojiva tiene otra greco-romana, limosna de piadosos y opulentos hijos, no cerrada ni ungida todavía, á pesar de los lustros que han pasado é inician la ruina antes del término de la edificacion; en lo más hondo de su solar, y encima de un castro alza una fortísima torre, blasonada con el escudo de los Men-

dozas de la Vega, señores de Liébana; en una de sus entradas luce la fundacion dominica de San Raimundo, vasta iglesia y monasterio pobre, obra del siglo XVII; y derrama su caserío de sólida cantería y heráldicos adornos sobre los cauces de dos arroyos que en el centro de la villa confluyen y se juntan.

De esa torre maciza, propia decoracion de romancescos lugares, cuentan que fué premio de guerra y de victoria. Hé aquí cómo. En ella aposentaban y se fortalecian los Orejones de la Lama, familia que con el inmemorial derecho de la fuerza y de las armas ejercia formal y positiva dominacion en Liébana. Venidos aquellos estados á la casa de Mendoza, Iñigo Lopez, futuro Marqués de Santillana, probó inútilmente por cartas y mensajeros á reclamar su obediencia, haciendo valer la mejor razon que le asistia.[1]

Los Orejones feroces y valerosos, so pretexto de conservar los lugares por el Rey, le desafia-

[1] Á estas tierras de Liébana se decian con derecho los Manriques de Castañeda, por el matrimonio de Garci-Fernandez con doña Aldonza de Castilla, nieta del infante D. Tello, cuyas habian sido.

ron á que viniese á tomar por sí posesion de la disputada tierra, y sabedores de que el intrépido prócer, aceptado el reto, enviaba contra ellos su hueste, salieron á encontrarle en la raya de Castilla. Dióse una recia batalla, en que ayudó la suerte á los Orejones. Los soldados mendocinos venian mandados por el primogénito del marqués, Diego Hurtado de Mendoza, futuro duque del Infantado. Aunque mozo todavía, no le eran extrañas las artes de la astucia, y probó á remediar con ellas su marcial aciago. Ganó con oro á García, hijo de su vencedor Garci Fernandez Orejon, y el hijo vendió á su padre. Dormia este tranquilamente sobre un escaño en Ventanilla, lugar de Palencia, no lejos de Cervera de Pisuerga, cuando fué sorprendido por los soldados de Mendoza. No se forjó ilusion alguna acerca de su destino, y pidió desde luego á sus verdugos le consintieran ordenar su testamento y morir como cristiano. Con ánimo sereno dictó su cláusula primera, que empieza: «En el lugar de Ventanilla, estando yo Garci Gonzalez de Orejon el cuchillo á la garganta, en poder de mis enemigos, ordeno este mi testamento.» —Así que le hubo otorgado y fir-

mado, le cortaron la cabeza. [1] Horrible historia, que anubla la memoria del prócer que en provecho suyo excitó el parricidio. Y sin embargo, aquel magnate tan redomado y frio de entrañas llevaba esta hermosa divisa: *Dar es señorío, y recibir servidumbre.* [2]

Acaso por las fatigas que le costó ó por sucesos particulares que le recordaba, amó don Íñigo con especial amor á esta tierra; y cuando para descansar su mano de la espada tomaba en ella la pluma, esplayando su pensamiento por las regiones serenas de la dulce poesía, llevábale natural inclinacion á pintar el territorio lebaniego, á mencionar oteros y lugares, haciéndolos teatro de sus fábulas y recuestas amorosas. Así escribia:

Moçuela de Bores,
allá dó la Lama,
púsome en amores
. . . .
. . . .
dixo: "Cavallero,

[1] Sanchez.—Poesías castellanas anteriores al siglo XV.—Tomo I.

[2] Nuñez de Castro.—Historia de Guadalajara.

tiratvos á fuera;
dexat la vaquera
passar al otero:
ca dos labradores
me piden de Frama,
entrambos pastores.»

. . . .

. . . .

E fueron las flores
de cabe Espinama
los encobridores. [1]

Pero al oir el nombre del Deva y su murmullo, ¿cómo no recordar los primeros y terribles dias de la redencion de España, y las palabras del cronista que los historia?

Contado lleva el milagroso triunfo de Covadonga, y pintando la desordenada fuga de los sarracenos dice: «Alcanzaron la cima del Ause»va, y por las quebradas del monte que las »gentes llaman Amosa, cayeron desordenada»mente al territorio de Liébana. No evitaron á »pesar de ello las divinas venganzas; pues al »cruzar una cumbre erguida sobre la orilla del »rio Deva, cerca de una hacienda rústica, di-

[1] Obras del marqués de Santillana. Serranillas. IX.

»cha Casegadia, una parte del monte movida »de su asiento se derrumbó encima de ellos.» [1]

«Todavía ahora»—añade el venerable prelado de Salamanca,—«cuando las crecidas inver»nales del rio socavan la ribera, descubren sus »armas y sus huesos.»

«Todavía ahora,» en dias de nuestros abuelos, se hallaron en el paraje que la tradicion designa, monedas de aquellos remotos tiempos, sepultadas por el aluvion un dia, y luego por el aluvion descubiertas. Todavía en Mogrovejo, frontero al monte de Subiedes, donde aconteció esta postrera catástrofe del ejército musulman,

[1] ..... *In verticem montis Ausevae ascenderunt, atque per præruptum montis, qui vulgo appellatur Amosa, ad territorium Lebaniensium præcipites descenderunt. Sed nec ipsi Domini evaserunt vindictam; nam cum per verticem montis, qui situs est super ripam fluminis Vevæ, justa prædium, quod dicitur Casegadia, sic evidenter judicio Domini actum est, ut ipsius montis pars se á fundamentis movens sexaginta triamilla chaldoeorum stupenter influmine projecerit.....—Sebastiani Salmanticensis Episcopi chronicon.*—Pelagius.—Esta crónica se escribió en Asturias, *in hac patria Asturiensium,* en la segunda mitad del siglo IX (883), cuando la tradicion era fresca y viva. Es además el testimonio histórico que conocemos más cercano á los épicos sucesos que refiere.—Está impresa en el tomo XIII de la España Sagrada.

era pocos años há la reliquia mejor de su iglesia el asta del pendon que uno de los de aquel apellido habia tremolado, alférez de los cristianos, en aquellos combates supremos.

El torreon de Mogrovejo, su romancesca fisonomía, su estado presente trasladan el espíritu á los tiempos lejanos en que sirvió de abrigo á inquietos señores, y tuvo papel principal en las oscuras y mortales contiendas que forman la historia de los siglos medios.

Todavía gira en sus rudos engarces el angosto y macizo porton aserrado en el robusto tronco de un castaño, atrancado por dentro con un grueso barrote de madera, sin otro aparato de llaves ni cerrojos; los escalones interiores sólidamente cebados en la mampostería de los muros, trepan de piso en piso, y en el postrero de estos, al cual sirve de techo la almenada azotea, yacen esparcidos miembros de armadura, petos, espaldares y morriones, comidos de moho, mellados del tiempo como por armas enemigas, derramados sobre el suelo, caidos sobre los lisos cantos del Deva, que forman el alféizar de los ajimeces.

¡Si supieras qué franca y agradable hospita-

lidad se recibe al pié de ese torreon bravío, y dentro de la misma cerca de su solar! ¡Si supieras que en aquella region remota, última estancia posible del hombre, vecina de las nieves perpétuas, te acogen, además del rostro risueño y la mano tendida, los primores y refinamientos de la más exquisita cultura!

Bajábamos de Mogrovejo con una tarde de otoño plácida y tíbia; en los colores del paisaje dominaba el tono cárdeno y mate de la tierra, sombrío un tanto, mas no ingrato á los ojos, porque parece indicio de fertilidad y sustancia.

Más veloces que nosotros, bajando por las veredas, nos alcanzaron dos muchachos como de trece á quince años; saludaron, y mi guia les preguntó.

—¿Vais á Santo Toribio?

—Allá vamos, dijeron, y continuaron su carrera.

Pocos pasos habiamos andado, cuando otra pareja semejante nos cruzó el paso, y saludaron cortesmente.

—¿Á dónde vais? preguntó mi curioso compañero.

—A Santo Toribio, respondieron los chicos sin detenerse, y pasando adelante.

Adelante íbamos nosotros cuando emparejamos con otro par de mozuelos, que tambien iban á Santo Toribio, y alzando los ojos ví que por diversas partes y senderos altos y bajos, de dos en dos, ó de cuatro en cuatro, ó de seis en seis, alegraban el paisage con su caminar regocijado y vivo, número razonable de muchachos.

—¿Qué es esto? pregunté á mi compañero.

—Esto es *la vez de Santo Toribio*. ¿Va, que no sabe V. lo que es la vez de Santo Toribio?

—Por mi fé, que lo ignoro.

—Pues es costumbre inmemorial, nacida de un voto antiguo ó promesa de Liébana, enviar dos hombres de cada uno de sus lugares á hacer oracion en la iglesia del Santo determinado dia de la semana. Turnan por veces los valles, y hoy, por lo visto, es la vez de Val-de-baró, que es este que atravesamos.

Santo Toribio es efectivamente la gran devocion de Liébana. Es monasterio de antiquísima fundacion: las crónicas benedictinas lo ponen en tiempo de su Santo Patriarca, princi-

pio de las religiones en Occidente.[1] Pero si no trae orígenes tan remotos, ya dos siglos después, en los principios de la monarquía asturiana, le da nombre y gloriosa fama uno de sus monges, Beato, saliendo en 785 á defender victoriosamente la pureza de la doctrina apostólica contra la heregía de Elipando, arzobispo de Toledo, y Félix, obispo de Urgel.[2] En aquellos dias no se llamaba Santo Toribio el monasterio, llamábase San Martin, advocacion comun de las primeras fundaciones benedictinas. Un Toribio le habia fundado, sin embargo, varon eminente, que despues de haber tenido oficios públicos en el Estado, desengañóse del mundo, y buscó lugar retirado donde entregarse á la oracion, al estudio y á la penitencia.

Una cruz se destaca sobre el claro cielo, hincada en el filo de una peña. Allí, dicen, llegó el Santo, y perplejo ante la rigurosa escabrosidad de los lugares, lanzó abajo su báculo,

[1] Yepes.—Crónica general de la Orden de San Benito.—Tomo I.—A. C.—537.

[2] Predicaban que Cristo, segun la humana naturaleza, no es hijo natural de Dios, sino solo adoptivo y en el nombre.—Véase Risco.—Esp. Sagr., tomo XXXIV.

determinando establecerse donde el báculo se detuviera en su caida.

Los últimos años del siglo X ó los primeros del siglo XI alzaron sobre aquel solar primitivo la iglesia que hoy subsiste, aquella á donde iban á orar los mozalvetes de Val-de-baró. Es una nave de sóbria y bien proporcionada arquitectura, firme bajo el peso de sus años, y dispuesta á cobijar durante muchos otros las devotas generaciones lebaniegas. Uno de sus arcos cruceros arranca de dos impostas labradas; una representa la cabeza de un oso, otra la de un buey. Y la leyenda une ambas esculturas, como une otras semejantes en templos coetáneos del de Santo Toribio.

El buey paciente y manso, obrero robusto é infatigable, ayudaba á la construccion de la iglesia; acarreaba piedras, arrastraba troncos, porteaba tierra de la caba al terraplen, y con el pison de su ancha pezuña apelmazaba el firme de los caminos; ni el domingo era para él de provecho, porque en tal de reposar como los hombres, tocábale bajar á la villa y subir con su provision de víveres para ellos. Un dia el oso, el rey de las espesuras de Liébana, el solariego

de sus bosques y malezas, el que tiene en el país tradicion é historia, tradicion é historia parecidas á las de otros tiranos, de ferocidad y gula; que cuenta allí razas y generaciones señaladas y catálogo de individuos ilustres, con su nombre propio, grotesco á veces, á veces heróico, segun la ocasion de su celebridad, la naturaleza de sus hazañas ó la genialidad del cazador ó montañés que le bautizara; [1] el oso, en fin, ó hambriento en demasía, ó irritado de la presencia de un cuadrúpedo corpulento co-

[1] Uno de los osos últimamente célebres en Liébana, era conocido por *Tasugo,* habiéndole hecho famoso su valor, su fiereza y su astucia para burlar escopetas y sabuesos en una y otra batida, organizada por los más expertos y atrevidos cazadores del país. Habíase hecho punto de honra entre estos herederos de los gustos de D. Favila buscar á la fiera y rendirla; tardaron años en conseguirlo, y durante ellos *Tasugo* fué el héroe y el espanto de las conversaciones del hogar, de los cuentos de los niños.

Hoy el más nombrado monteador en Liébana se llama Leonardo, hidalgo de buena casa, de costumbres austeras, de pocas palabras, belloso, fornido y récio, señalado en rostro, manos y espalda por las garras de alguno de sus enemigos, vencidos cuerpo á cuerpo y cuchillo en mano; su aposento, como otros muchos en la comarca, no tiene otros tapices que los ricos despojos de sus monterías.

mo él, y como él macizo, en lugares que tenia por suyos, y donde no consentia émulos ni competidores, desembocando improvisadamente de la maleza, se arrojó sobre el indefenso buey y le mató. No habia consumado su carnicera obra, cuando el santo varon que presidia á la fábrica, insensible al terror de sus compañeros, se irguió con solemne ademan y dirigió al oso la doble fascinacion de sus inspirados ojos y su inspirada palabra. «Ciego agente de la naturaleza bruta, intentas despojar al hombre de los médios que su inteligencia se procura para obedecer á Dios y servir sus altos designios; pues de parte de Dios vivo serás á tu vez instrumento dócil de su voluntad omnipotente y obedecerás al Señor de todo lo criado.» Y manso el oso, vino á ocupar el lugar del buey y á suplirle en los oficios que prestaba al bienaventurado artífice.

Diríase que la vida pura y austera de los primeros cenobitas los restablecia en aquel estado de gracia en que vivieron nuestros primeros padres antes de su culpa, cuando entera la creacion animada les obedecia. Y parece que el símbolo encerrado en la sencilla leyenda, cor-

responde á la idea que llevaba á los solitarios á sumirse en los lugares más ásperos y bravíos de las más apartadas regiones. No iban á desafiar los rigores y peligros de la salvaje naturaleza, iban á vivir en paz con ella, á ganarla con mansedumbre y perseverancia para el hombre, para que poblada toda un dia, la gran familia humana cubriera la tierra que es su patrimonio, y no hubiera rincon de donde no pudiesen alzarse á Dios la noble frente, los agradecidos ojos del hombre.

IV.

PEÑAS DE EUROPA.

Entre las cuatro provincias limítrofes de Leon, Palencia, Oviedo y Santander, como un núcleo de su formacion geológica, como robusto hito central del que parten y se derivan sus cuencas, valles y cordilleras, se encuentra una masa de rocas desnudas cuyo perímetro mide muchas leguas, cuyos laberintos y senos nadie co-

ñoce, cuyas cimas culminantes suben casi hasta diez mil piés sobre el mar, á corta distancia de sus riberas. [1]

Desde los más lejanos valles de aquellas provincias, como desde los páramos de Campóo, se descubre el coloso, magnífico siempre, ya fulgurando á mediodía con el vivo centelleo de sus nieves eternas, ya recortando sobre los rojos celages del ocaso el contorno fantástico de sus excelsas cumbres. Es vision sublime del país cántabro que comparte con el mar aquella grandeza de sus horizontes que abruma el ánimo pero ensancha el corazon, que seca las frases en la garganta, entumece y ataja la más suelta y galana pluma, y á par causa dentro del pecho yo no sé qué intenso sentimiento partícipe del placer y del agradecimiento. Vision augusta que se deja admirar, mas no se deja definir; que toma tanto del alma y le da al alma tanto que no la deja libertad para entrar en sí, dominarse y encerrarla artificiosamente en el limitado campo del concepto, de la idea.

[1] El atlas de Coello dá 9,760 piés de altura á la de Peña-Vieja en la provincia de Santander y 9,611 á la torre de Cerredo en la de Oviedo.

Esa vision era la de mi sueño mientras dormia al pié de los montes, en la modesta posada de la Hermida. No quiero detenerme á imaginar si mi palabra descolorida é incierta es traidora á la vision tanto como á la realidad. Cúmpleme únicamente que ella sea leal al corazon, y que del corazon venga, lector, á tus ojos sin preparaciones ni artificios que la desnaturen ó falseen. Lo que aquí no te dijere la simple frase de un relato sincero, no te lo dirán tampoco retóricas amplificaciones. Se presenta á veces la obra de Dios tan grande en su unidad sencilla, que todo comento humano la empequeñece y desfigura.

Iba á penetrar el misterio de aquellas montañas tantas veces contempladas desde Santander con la curiosidad infinita del espíritu. Montañeses y asturianos, habitantes de los valles tendidos en torno del impenetrable gigante me hablaban de él, como en las primeras edades humanas debieron los ribereños hablar del mar que navegaban, pero á cuya inmensidad ignota no se atrevian.

Los tenaces acosadores de osos llegaban al confin de las lomas arboladas, donde el haya

dura vive sóbriamente de un resto de tierra olvidada por el alubion en las hendijas del peñasco; subia el pastor á sestear durante el estío en los puertos cubiertos de menuda y apretada grama, verde alfombra y última alegría de la naturaleza, próxima á vestir magestad austera, y el atrevido cazador de robezos se aventuraba á espiar sus abrevaderos en la desnuda region del agua y de la piedra, donde el manantial fluye silencioso, como si su voz se ahogara en aquella soledad sin término; pero nadie iba más allá.

Inexplorados estaban los torcidos desfiladeros y levantados picos, desmesuradas labores de aquella jigantesca corona sobre la cual el cielo deja de tiempo en tiempo caer un velo de nubes que la arrebozan y esconden, celoso de conservar su augusto prestigio al Titán que la ciñe.

El espíritu humano, sin embargo, invasor y expansivo parece recordar y pretende mantener constantemente su pristino fuero de rey universal de la creacion, y ocupa y enseñorea de memoria y con su fantasía aquellas regiones que no puede de más positiva manera; y de memoria las labra, las fecunda, las puebla,

las ilumina, las hermosea ó las enhorridece. Y para hacer acto de posesion, las nombra y apellida. Pero ese nombre que singulariza, concreta y determina lo nombrado, no quebranta los obstáculos que lo aislan, ni penetra el misterio que lo envuelve, antes da ocasiones frecuentes á que, engendrándose de él la leyenda, condense la sombra y acrezca la oscuridad en torno á lo desconocido.

Eso pasaba con las peñas de Europa.

Allí abrigaba sus criaturas la rica imaginacion del pueblo; allí habia dado sepulcro y apoteosis á una hija del olimpo griego, como si al génio fecundador de Oriente no hubiese límite vedado ni rincon desconocido, y con el dia que en sus aguas nace llegase el rayo de su poético númen á hermosearlo todo: allí escondia tesoros sin suma y sin dueño, guardados, á pesar de ello, por fieras y peligros, símbolo del deseo humano.

Los falsos cronistas, tomando aquel nombre para atribuirle mitológica procedencia, supusieron y contaron que á estos parages habia sido traida á terminar sus viajes y aventuras aquella princesa fenicia Europa, célebre por su

hermosura y por la pasion impetuosa de Júpiter. [1]

Si estos montes hubieran sido titulados por los navegantes que traian rumbo de los mares americanos, como los positivistas aseguran, el nombre seria reciente cuando los falsarios le interpretaron á su guisa, y tan reciente, que mal pudieran sustituir á su generacion propia y verdadera otra artificial é impostora.

Aquellos tesoros que al decir de la conseja encerraba la *cueva de la reina*, sí que son ciertos; aquellos tesoros que el paladin legendario hubiera ganado á punta de su lanza y á golpes de su maza, y que hoy si bien por otras gentes, son buscados igualmente á punta de hierro, aunque la lanza se llame barreno, y la maza azadon ó martillo.

No son piedras preciosas ni el oro rey, sino un metal blando, comun, deslucido y opaco, el zinc, lo que llena las entrañas de estos montes. Pero es tan rico el criadero y tanta la bondad de su veta, que la industria metalúrgica ha

[1] Véanse Sota, en su Crónica de los Príncipes de Asturias y Cantábria, y Cossio y Celis, en su Historia de Cantábria.

plantado aquí sólidamente sus esplotaciones, y á pesar del rigoroso clima que desaloja de sus cimas á todo viviente durante ocho meses del año, desde Octubre á Mayo, y se apodera con sus invencibles nieves, de minas, edificios y depósitos, porfia, trabaja, y popularizando el nombre de las Peñas de Europa, cambia su prestigio fabuloso y legendario, por el formal y positivo de manifiestas utilidades materiales.

Hora es ya de que emprendamos la jornada. Disponte, lector, á sentir emociones diversas, á pasar repentinamente de la niebla al sol, de oriente á occidente; á considerarte perdido en medio de la soledad, sin rumbo, ni guia, sin indicio local alguno que exclarezca tu discurso, en una region nueva, ante una naturaleza que podrá no ser de tu agrado, pero que de seguro te sobrecoge, te sorprende y no te se olvida.

Con ágria pendiente, y carretero á pesar de su angostura, arranca el camino á trepar por la aspereza y encaramarse sobre los cuetos más esquivos del peñascal; pronto revuelve por cima de una loma, penetra en la estrechez de los desfiladeros, y á los ojos del viajero desapa-

recen la Hermida y el Deva, sepultados en su sima de piedra.

El agua que baja de las alturas se despeña recogida dentro de un cauce estrecho, remansa en las mesetas, vistiéndolas de larga yerba, ó se desliza bajo apretadas malezas al pié de un solitario aliso, salvada una y otra vez su corriente sobre ligeros puentes de madera.

Al remontar una de las vueltas que serpean por la montaña, oimos son de cencerros, y mirando abajo, vemos cómo con lento y seguro callo sube á distancia tras de nosotros la recua empleada en abastecer de vitualla las minas. Caminan las acémilas sosegadas y solas; su conductor ataja por riscos, mas sin perderlas de vista; y si alguna vez el macho cabecero se para distraido por tal cual penacho de heno meciéndose á la vera del camino, un áspero silbido, que extremece á la bestia, hacela arrancarse al improviso regalo y recobrar su paso y su jornada.

En un rellano yace Beges: anchas piras circulares de calamina y leña, prontas á recibir fuego, y los barracones de tabla arrimados á sus casas de piedra seca, dan á la aldegüela

semblante especial. Tipos y trages de otros reinos abigarran su poblacion, cuya mansa vida antigua pastoril y labradora, agitan y trasforman afanes y ruidos, causados por otra más codiciosa y nueva.

Parece la primera mansion del pueblo subido á las supremas cimas de la ingente masa caliza para horadar su seno y arrancarle su riqueza, y dispone los ojos y el ánimo á manera de preliminar bosquejo, al cuadro extraño y magnífico que han de contemplar más tarde.

Pero antes de llegar á tan prodigiosa muestra de la perseverancia y labor del enjambre humano, todavía hemos de hallarnos á solas con la vasta naturaleza, desierta, magestuosa y soberana.

Beges disfruta la sombra de los últimos nogales; su mies y sus praderas están abrigadas por montes que rodean la cerrada cuenca: al cierzo el cueto de la Robre coronado de bosque; al Mediodía, y señalado por una trocha que muere en su garganta, el puerto de Peléa, cuya denominacion diríase conservada de las épicas luchas mantenidas en torno del impenetrable alcázar.

Más allá arrastra el camino sobre peña viva. Háse escondido el sol, y sentimos sobre nosotros el húmedo peso de las nubes henchidas de agua: el viento, huesped constante de las alturas, nos acompaña, y se le oye mugir allá en los lejanos picos, airado de su resistencia, ó lastimado de sus heridas. Paisage adusto; propia region de águilas. Fija sobre una roca, inmóvil, lanzada adelante su chata cabeza, aparece una de ellas, pronta á calar al fondo del abismo; distínguese su pardo plumage, el negro becoquin que cubre su aplastada frente, y la muceta blanca con que viste su espalda y los nervudos codos de sus alas; ábrelas al acercarnos, dejáse pesar sobre ellas, y remontando el vuelo, sube á cernerse, solitaria, en el inmenso espacio.

Cuando hemos perdido de vista á Beges, cércanos por todas partes un horizonte de piedra con sus tonos uniformes, opacos y cenicientos; empero la gota de rocío que se detiene en las grietas de la caliza, el chispazo de sol que la sorbe y bebe á través de su niebla, fecundan misteriosos gérmenes de donde brotan en rizadas hebras los infinitos matices del mus-

go. Sobre su blando terciopelo descuella el rododendro alpino, y una flor modesta y suave, la clavellina morada, que generosa crece sobre los peñascos como en las arenas, y pudiera ser símbolo de la tierra cántabra, cuyos términos alegra, cuyos accidentes más tétricos embellece, pálida, olorosa y frágil, resistiendo humilde y vivaz, así la sal de las olas como el hielo de las cumbres.—Las nubes quedan ya bajas, y al ambiente húmedo sucede seca y tamizada bruma.

Toda vegetacion arborescente parece haber cesado; la niebla corre atropellada por el vendabal; siéntesela como polvareda glacial rozar el cútis, y en limpios diamantes se cuaja al paso sobre la barba del ginete y las crines del caballo.

Súbitamente entre las flotantes gasas se destacan algunos troncos, más numerosos y espesos á medida que avanzamos, y pronto nos hallamos dentro de un bosque cuyos árboles desfilan á derecha é izquierda del camino. Entre mutilados cepejones, cuyo abierto corazon todavía retoña en algunos parages, crecen las hayas retorciéndose á buscar el sol, tendiendo sus ra-

mas al aire y á la nube que las alimenta. Su raigambre, asida al árido peñasco, apenas cumple otra mision de vida que la de afirmarlas y sostenerlas sobre el suelo, al cual, tan de firme se abrazan y aprietan, que cuando caen derribadas por los años ó el temporal, le rompen y arrastran consigo poderosos trozos. Como la mano del soldado muerto ase convulsa el puño de la espada, las raices del árbol caido y yerto conservan agarrada la piedra, testimonio de la fuerza extraña, inmensurable que tuvo en vida.

Entre el gayo y trémulo follaje destácase á trechos inmoble y lúgubre el tejo, cuyo zumo letal extraian los antiguos cántabros [1] para ser, en trances de fortuna adversa, dueños de su porvenir y de su vida. [2]

Reliquias de aquellos bosques sepultados en secular olvido y abandono que daban nombradía á esta region occidental de la Montaña, [3]

[1] ..... venenoque, quod, ibi vulgo ex arboribus taxeis exprimitur..... Florus-Epitome rerum romanarum.—Libro IV.

[2] ..... fati modus in dextra est.—Silius Italicus. Punica.—Libro I.

[3] Cuarenta años hace, en el de 1831, un estado oficial publicado por el cuerpo de la Real Armada y su

donde parece que un exceso de vida ha empobrecido la sávia y ahogado los árboles, donde yacen los troncos caidos, amortajados por el musgo y el liquen, que tienden sus verdes pabellones de una á otra rama, y cierran la impenetrable y misteriosa espesura.

Despues de nuevos desiertos y nuevos zigzags del camino, una ráfaga de aire desvanece los torbellinos de niebla: los últimos riscos del jigante aparecen sobre cielo azul, y en el seno de ellos, abrigada y recogida la nueva poblacion, sus almacenes, viviendas, oficinas; á una parte el huraño almacen de pólvora con su bandera enarbolada como enemigo en campaña, y levantada sobre el frente del Sur la capilla de Santa Bárbara coronada de la cruz cristiana.

Es la hora de mediodía, hora de silencio y calma en parages donde se vive la vida de trabajo regular y ordenado. El pueblo minero derramado por las cercanías, yace entonces callado y escondido, repartido alrededor de sus

comandante en estas marinas, D. Joaquin Ibañez de Corvera, arrojaba un total de 70.882,265 de árboles de veinte á cuarenta piés de altura y más de cincuenta años de edad, hayas y robles en su mayor parte,

repletas ollas; y la vasta plaza encerrada en el cuadrilátero de los edificios, permanece desierta. No hay allí ociosos que *hagan tiempo*, y á la sazon solo pueden ocuparla con sus ruidos y sus diálogos los viajeros que llegan y algun convaleciente que, vendada su cabeza, se apoya en el quicio de la puerta del hospital.

Hospital y cuartel de la Guardia civil, centinelas de la caridad y centinelas del órden, apostados por la prevision y la humanidad, ya que por álto que suba el hombre y se aproxime al cielo, mientras su planta toque á la tierra, con él van siempre y no le abandonan los dolores de su cuerpo y las flaquezas de su alma.

Cierto dia del año, el 15 de Agosto, cobra la plaza animacion y movimiento, llénase de gente, se cubre de mercaderes y buhoneros, se viste de banderas y guirnaldas para festejar á su santa patrona y abogada, en cuyo limpio altar, resplandeciente de luces, se celebra, con litúrgica pompa y religiosos cánticos, el santo sacrificio. Acuden entonces los comarcanos valles asturianos y montañeses con su mocedad gallardamente ataviada, precedida de rústicas

orquestas; tamboril y gaita los del Norte y de Poniente; pandero y castañuelas los de Levante y Mediodía. Llevan muchos cuatro horas de jornada por precipicios y ventisqueros, que habrán de desandar de sol á sol; mas de fatiga ó de quebranto no muestran señal el robusto pulmon de las cantadoras ni el jarrete acerado de los bailarines.

Fiesta singular, curiosa, sin parecido acaso en el universo, por lo extraño y sublime de la region en que se celebra, por lo escogido y vigoroso de la muchedumbre que la solemniza: obreros de la mies y de la mina, miembros de la familia de la reja y la familia del azadon, probados, curtidos, superiores á todo cansancio, á todo descaecimiento, como flor de soldados que, salvos del hierro y del plomo, reliquias de las batallas, sobreviviendo al duro rigor de las armas, á las miserias del hospital, á las intemperies del campamento, forman la hueste veterana cuya firmeza y enérgico sosiego asombran, seducen y hacen pensar en fabulosas empresas y hazañas imposibles.

Á esa fiesta acudirán, andando el tiempo, cuando más esparcida su fama, cuando más

dilatado su nombre de original y desusada, curiosos sin cuento; y con ellos, no por curiosas, sí por entusiastas y capaces de toda admiracion, de comprender los portentos de la creacion, como sienten la poesía de sus risueñas galas, las damas que no teman fiarse al manso lomo y al seguro callo de las hacaneas del país.

Retratadas luego por vivas imaginaciones femeninas la austera belleza y majestad del extraordinario paisaje, sin perder su vago hechizo de lejanía y de misterio, mostráranse á los ojos de las gentes con riqueza de color y realce de contornos, que acrezcan su inexplicable prestigio.

No faltan á la expedicion atractivos de toda especie.

La hospitalidad de los mineros de «La Providencia,» [1] es ámplia, cordial y aun pródiga. Como la del marino, parece originada en hábitos de prolongado aislamiento, de perenne azar, de porfía incesante contra fuerzas ingentes, desmesuradas é irresistibles de la naturaleza. Para ellos el manjar raro, el licor añejo,

[1] Es el título de la Sociedad que esplota las minas de Andara.

como la hoguera bien atizada en climas glaciales ó estacion rigorosa, nunca tienen sabor más exquisito que compartidos con un amigo llegado impensadamente, ó el comensal improvisado por el acaso.

Cosas buenas tiene la vida, compensacion de sus amarguras y desengaños; y una de las mejores es esta de encontrarse á distancia de años, despues de vicisitudes y acasos de toda especie, en ocasiones y parages inesperados, los amigos de la infancia, los compañeros de las cavilaciones y travesuras de la escuela.

De estos era para mí Benigno de Arce, acreditado ingeniero, director á la sazon de los trabajos de «La Providencia.» Llegamos á sorprenderle cuando sentado al fuego de una chimenea, aguardaba en compañía de su excelente ayudante D. Miguel María Masso, el momento de ponerse á comer.

Pronto se ensanchó la mesa, cubriéndose con ciertos regalados manjares y bebidas, reservados para extraordinarios casos.

Y apenas satisfecha la pícara necesidad humana, montamos á caballo.

Muchas horas de galope necesitamos para

recorrer los varios y torcidos ramales de camino que comunican los puntos de esplotacion. Dice el venerable Granada: «que el corazon humano sin grandes promesas no se mueve á grandes trabajos.» ¡Cuáles serán los que la próvida ciencia aquí descubre, cuando sin arredrarse la especulacion humana emprendió y sostiene tan activa lucha con esta terrible naturaleza!

Al ruido de la galopada salian de sus *chabolas*[1] los mineros, y en verdad que al ver á uno de aquellos vigorosos euskaros, empuñando un barreno frente á frente de la roca, tan firme sobre sus piés, tan ancho de espaldas, tan robusto de brazos, con el sosiego y la confianza de la fuerza retratados en la paz de su rostro y de sus ojos azules, parecia la roca poco enemigo y obstáculo, á pesar de su grandeza, de su solidez, de su durísimo y consistente aspecto.

Y visitamos el hondo lago de Andara, sus aguas inmobles, frias, su caudal inmanente é inalterable, sombrío y triste como las aguas

[1] Nombre que dan los trabajadores vizcainos á sus chozas de madera y piedra seca.

muertas ó que muertas parecen á nuestros ojos por la imponderable lentitud de su movimiento, por la ingente extension de cada momento de su vida. Y hallamos la nieve de inmemoriales dias depositada en los huecos de la roca, ennegrecida por los años, imposible de reconocer por quien solo la ha visto reciente, blanca y cristalina.

Si nuestros guias hubieran querido abandonarnos al revolver de uno de aquellos mogotes, nos hubiéramos hallado completamente perdidos. Tan nuevo y extraño se hace aquel ir y venir sobre un suelo de sonora piedra, entre moles diversas y que todas se parecen, salvando gargantas y siguiendo hoyas donde un manto de bruma impide súbitamente toda orientacion y reconocimiento.

Como todo lo sobrenatural é ignoto, la mayor parte de aquellos riscos carecen de nombre. Tiénenle algunos de los que son visibles desde la habitada hondura. Tendránlos todos un dia si la raza minera hace asiento y se perpetúa en ellos: porque zapadores y canteros, cuyo mudable norte es el sol y su aguja la sombra, necesitan propia geografía para orientarse y

reconocerse, y á esta necesidad responde admirablemente el popular instinto.

Su tajado perfil y torreada forma hicieron llamarse Castillo del Grajal al más aparente peñon inmediato á la plaza; por áspero y esquivo y apartado, sobre la inexplorada altura, apellidóse otro pico de las Malatas, en siglos en que la malatía era sentencia de proscripcion y desamparo para el mísero leproso, si ya no fué teatro de tradicion olvidada; mas ¿dónde tuvo orígen el bárbaro apellido de *Mancundío*, que tanto parece nombre de primitivo caudillo, como confusa é informe abreviacion de antigua frase, anatema, maldicion ó desafio? ¿Qué suceso, creencia ó tradicion perdida encierran sus letras?

Ahora salpican las alturas con denominaciones de reciente orígen y más fácil inteligencia, tomadas de un Santo ó de la abundancia ó proporcion en que pagan las fatigas del beneficiario, los frecuentes pozos ó galerías abiertos para la esplotacion de sus ricos senos, *Evangelista*, *inagotable*, *etc.*

Unas veces aparece la calamina aglomerada en disformes masas, que llaman bolsadas, otras

palmeada y oprimida entre dos lastras paralelas y tendidas. Aquí arrancan el mineral abriendo en la peña zanjas á cielo abierto, allá raen con anchos socavones su áspero flanco; en otra parte, persiguiendo el filon que culebrea, se entierra, se esconde y vuelve á aparecer como si quisiera escapar á la mano que le alcanza, taladran largas galerías cuyos pisos se sobreponen ó se cruzan siguiendo las ondas y recodos del filon.

Tajadas perpendicularmente por su parte meridional las tremendas rocas, hay parages de ellas donde, como desde la tronera de una fortaleza, pueden avizorarse los hondos y apartados valles. Abocados á una de tales angostas quiebras, nuestros ojos presenciaron un espectáculo inesperado y nuevo.

El vasto territorio de Liébana, sus valles y sierras, y sus impenetrables bosques, yacian en el fondo de un mar de vapores que los anegaba y cubria, y cuyas blancas ondas, arrastradas por el viento, se desgarraban y rompian á nuestros piés, dejando sus blancos girones, como el Océano sus espumas, en las asperezas de las rocas. Fantástico mar que se agi-

taba y hervia sin rumor ni estruendo, de vertiginosa blancura, jaspeada de largas estelas de púrpura y oro por algun rayo de sol descarriado entre vanos é impalpables copos. Vision genesiaca, cuadro de los dias primeros del mundo, cuando al contacto del candente granito, resueltas en vapor las aguas, cubrieron el globo con reciente é incontaminada atmósfera, y era solo la bosquejada creacion roca y niebla.

El vértigo y terror causados por la mar no son comparables al vértigo y terror causados por la niebla. Los despojos que flotan, la imágen que se refleja, el sonido mismo, el choque de los cuerpos que caen dan al agua cierto carácter de resistencia y sustentacion, de que carece la niebla, donde todo es abismo siniestro, todo caida interminable, todo invisible é inevitable muerte.

De tanto en tanto se formaban remolinos parecidos á los sumideros de un rio; algun sér sub-nebular batia las nieblas, eran las alas de alguna ave poderosa acaso, y aguardábamos verla surgir dominando el espacio y destacando en él su pardo bulto; nada aparecia, los remolinos se apagaban y el siniestro y cuajado mar

seguia flotando, corriendo silencioso, opaco, desgarrándose en las rocas, desapareciendo á lo lejos sin desvanecerse ni consumirse jamás.

Extendíanse las blancas brumas sin límites aparentes; sobrenadando en ellas se divisaban lejos, muy lejos, cimas y tierras de otras comarcas, cuyo perfil oscuro destacaba en un cielo de soberana nitidez y trasparencia: el gigantesco Peña-Labra, monarca fluvial, rey de las aguas ibéricas, que desde su olímpica alteza alimenta los tres mares que ciñen la Península, el Atlántico por los afluentes de Pisuerga y del Duero, el Mediterráneo por el Híjar y el Ebro, el Cantábrico por el Nansa: la mesa de Aguilar, frontera liza en la restauracion cristiana, sepulcro del glorioso paladin Bernardo; los montes leoneses, los soberbios Urrieles asturianos, y la erguida Peña-Vieja, cuya cima aguda aún no ha consentido pié de explorador ó de curioso.

El lugar y el momento son, lector amigo, oportunos para que nos separemos. En ningun otro parage ni ocasion has de estar más dispuesto á la indulgencia; en ningun otro ha de ser más fácil á quien te ha acompañado tanto

tiempo, dejarte absorto en el espectáculo que te rodea, sin que cuides de su presencia ó de su falta.

Al recobrarte de tu asombrada contemplacion, quejoso y todo como puedes mostrarte, no me dirás con justicia que no mantuve mi promesa. No te he dado la historia del pueblo montañés; pero hallándole al paso, ocupado unas veces en esplotar su hacienda, ó en meditar los medios de aumentarla ó adquirirla, otras en recordar á sus mayores, ó en asistir al culto de sus bienaventurados, ó detenido en hojear sus anales viejos, he procurado pintarlo á tus ojos con el fiel colorido de su fisonomía y de su arreo, con la luz que le dan el cielo y los hermosos horizontes de su pátria.

Ni pretendo que esa pátria tan honda y sinceramente amada se reconozca en mis turbios y pálidos borrones. Bástame que sienta y confiese en ellos la mano y el corazon de un hijo.

FIN.



APÉNDICES.

APÉNDICE NÚM. 1.

ABADES DE LA IGLESIA DE SANTANDER.

Siglo XI.

ALFONSO FERRANDEZ, "abbas Sancti Emetherii ac Celedonii."—Consta en un privilegio otorgado por D. Alonso VI á 24 de Abril (octavo Kalendas Maii) de 1089 (era MCXXVII), confirmado por D. Fernando IV en Valladolid á 20 de Agosto de 1295, y vuelto á confirmar por D. Alonso XI en Toro á 29 de Enero de 1315. [1]

Siglo XII.

ROMAN, "abbas Sancti Anderii."—Consta como testigo de una confirmacion sobre exencion de servidumbre al monasterio de San Jorge (Santiurde) en territorio de Toranzo, hecha por D. Alonso VII á favor del obispo Simon III de Búrgos y sus canónigos en el año de 1130 (era MCLXVIII). [2]

[1] Escritura núm. 13 del Libro de privilegios y donaciones de la Iglesia de Santander.
[2] Florez.—Tomo XXVI.—Obispos de Búrgos.

Consta asimismo en una donacion del referido rey á Santa María del Puerto (Santoña) fecha en 1136 (era MCLXXIV). [1]

Siglo XIII.

JUAN, "abbas Sancti Anderii, domini regis Cancellarius."—Aparece en la confirmacion hecha por el Santo rey D. Fernando III en 1.° de Diciembre de 1217 (era MCCLV), á los pueblos de Frias y la Mola del fuero de Logroño que les habia sido otorgado por D. Alonso VIII.—En privilegio del mismo rey á Pancorvo, fecho á 27 de Junio de 1219, se titula abad de Valladolid y firma: "Joannes Dominicus" (Juan Domingo ó Dominguez), y en instrumentos posteriores de aquel reinado suena elevado sucesivamente á la silla episcopal de Osma en Mayo de 1231; á la de Búrgos en Julio de 1241, conservando siempre su cargo de canciller ó secretario del rey hasta Febrero de 1246. [2] Segun Gil Gonzalez Dávila en su Teatro eclesiástico, murió Juan Dominguez en 1252.

D. SANCHO I.—Consta en una donacion de tierras hecha por San Fernando en Toledo, á 15 de Setiembre de 1236 (era MCCLXXIV), con los títulos siguientes: "Dopno Santio abati Sancti Ande-

[1] Llorente.—Noticias históricas de las tres provincias Vascongadas.—Tomo IV.

[2] Burriel.—Memorias para la vida del Santo rey D. Fernando.

rii, clérico et scriptori meo." [1] Fué arcediano de Sepúlveda, segun mencion de él hecha por el Infante de Castilla, sucesor suyo en el nombre y en la dignidad, en una escritura fecha 15 de Marzo de 1852 (era DCCXC). [2]

D. SANCHO II.—Infante de Castilla, cuarto hijo del Rey Santo, aparece como "electo de Toledo por la gracia de Dios, canciller de Castilla y abad de Santander," en el instrumento mencionado arriba, que es una escritura de cambio de casas entre el abad y cabildo por una parte y Roy Gonzalez de Ferrera por la otra. Á 5 de Octubre de 1257 (era MCCXCV), residiendo en la villa "apud villam Sancti Emetherii," expedia un ordenamiento á los beneficiados y canónigos de su iglesia sobre distribucion de las horas canónicas y otros puntos de disciplina. [3] En 1253 era abad de Santillana. Murió en 1262, ocupando la metropolitana de Toledo. [4]

JOFRE (ó GOFREDO) DE LOAYSA.—Arcediano de Toledo; consta en una concesion del rey D. Alonso X, fecha en Búrgos á 3 de Noviembre de 1272 (era MCCC) para que el abad y cabildo de Santander disfrutasen por mitad las rentas de su iglesia. Para el gobierno de ella estableció

[1] Burriel.—Obra citada.

[2] Escritura núm. 2 del Libro de donaciones y privilegios.

[3] Escrituras números 2 y 3 del libro de donaciones y privilegios.

[4] Sabau.—Notas á Mariana.

constituciones. [1] Fué preceptor de doña Violante de Aragon, esposa del rey Sábio, ayo del infante primogénito D. Fernando de la Cerda, hijo de ambos, [2] y pasa por uno de los autores de la Crónica general de España.

D. GONZALO PEREZ.—Capellan del rey D. Fernando IV, quien le confirma, y á su cabildo y sucesores, cuantos privilegios tenian de sus régios ascendientes, en Valladolid á once de Agosto de 1295 (era MCCCXXXIII). [3] La Relacion mencionada, pág. 208 de este libro, le hace natural de Soria, casado antes de recibir órdenes sagradas, señor de Arjonilla en el reino de Jaen, y cita una escritura de venta de dicha aldea á favor del concejo de Arjona en 1293, en la que son testigos sus hijos Sancho, Ferrant y Diego.

Siglo XIV.

D. NUÑO PEREZ DE MONROY.—Consta en privilegio otorgado por el rey D. Fernando IV, en Búrgos á 15 de Mayo de 1304 (era MCCCXLII), concediéndole y á sus sucesores la mitad de los servicios reales en la villa de Santander, confirmado por D. Alonso XI, en Toro, á 15 de Enero

[1] Escritura números 4 y 7 del Libro de donaciones y privilegios.

[2] Florez.—Reinas Católicas.—Tomo I.

[3] Escritura núm. 6 del Libro de privilegios y donaciones.

de 1315; [1] en escritura del año 1309, en que le confirma aquel rey la donacion de la villa de Valverde (Plasencia), hecha por su padre D. Sancho IV, [2] y en diversos instrumentos expedidos en años sucesivos hasta el de 1316 (era MCCCLIV) en que D. Alonso XI, con la reina Doña María, su abuela, y los infantes D. Juan y D. Pedro, sus tios y tutores, revocando ciertas cartas expedidas contra las franquezas y libertades de las iglesias, mandan que se guarden estas y cumplan á la de Santander y su abad. [3] En 1322 la Crónica de D. Alfonso XI le nombra todavía abad de Santander y consejero del rey.—Murió en Valladolid el dia 2 de Agosto de 1326; fué sepultado en el Hospital de Esgueva, fundacion suya. Es de los más insignes españoles de su tiempo.

D. Juan Perez de Orduña.—Cítale la crónica del rey D. Pedro como su capellan mayor y testigo en el casamiento con doña María de Padilla, cuando en las Córtes tenidas en Sevilla, año de 1362, declaró la prioridad de aquel matrimonio y nulidad consiguiente del celebrado con doña Blanca de Borbon.—La Relacion citada, pág. 208, dice

[1] Escritura núm. 12 del Libro de privilegios y donaciones.

[2] Memorial histórico español, tomo VI.—Notas á los Hechos de D. Alonso de Monroy, clavero de Alcántara.

[3] Ilustraciones á la Crónica de D. Fernando IV, por el Excmo. Sr. D. Antonio Benavides.

que era abad antes del 1353, mas no cita en qué autoridad ó documento lo funda.

Siglo XV.

D. Juan García.—Consta en un privilegio del rey D. Juan II, fechado en Medina del Campo á 12 de Diciembre de 1410, [1] decidiendo á favor del abad una querella contra varios usurpadores de propiedades y derechos de la abadía.

Doctor Pero Lopez de Miranda.—Consta en la crónica de D. Juan II, año de 1431.—Capellan mayor del rey, con cuyo título le dirige varias cartas en su epistolario el famoso bachiller y médico Fernan Gomez de Cibdareal.

D. García Lasso de Mendoza.—Consta de una informacion hecha por el cardenal Pacheco, primer arzobispo de Búrgos, en 9 de Octubre de 1577, segun la cual poseia al propio tiempo la abadía de Santillana.—Los catálogos de esta le traen ocupando su prelacía desde el año de 1486 al de 1496. [2] Fué señor de Junquera, hijo tercero de D. Diego Hurtado de Mendoza, primer duque del Infantado, nieto por consiguiente del célebre marqués de Santillana. [3]

[1] Escritura núm. 21 del Libro de privilegios y donaciones.

[2] Vease el Apéndice núm. 2.

[3] Nuñez de Castro.—Historia de Guadalajara.

Siglo XVI.

D. Juan de Ortega. [1]—Era á la vez abad de Foncéa (año de 1506) en la catedral de Búrgos, su pátria; [2] fué primer obispo de Almería, conservando su título abacial, y murió en 1515. [3]

D. Martin de Mendoza.—Consta de la informacion del cardenal Pacheco, antes citada, como ocupante de las dos sillas de Santander y Santillana.—Los catálogos de esta le traen ya en 1509. Hemos visto que Ortega retuvo el título de la de Santander hasta 1515; túvola por consecuencia Mendoza desde esta fecha hasta un tiempo difícil de señalar, pues uno de los catálogos de Santillana lleva su prelacía hasta 1535, y la Relacion de Santander no le da sucesor hasta el de 1538.—Nuñez de Castro, ó más bien el jesuita Pecha, puesto que aquel no hizo sino copiarlo, menciona un D. Martin de Mendoza, arcediano de Guadalajara, hijo bastardo de D. Diego, tercer duque del Infantado: probablemente este fué el abad de Santander.

D. Pedro Gonzalez de Mendoza.—Arcediano tambien de Guadalajara y Talavera é hijo legítimo

[1] Consta en la Relacion citada, de la cual tomamos ya los nombres de los sucesivos abades, procurando en lo posible suplir las noticias y el órden de que carece.

[2] Gil Gonzalez.—Teatro eclesiástico.

[3] Florez.—Tomo XXVII.

de un duque del Infantado, regía ambas abadías en 1560, cuando fué elegido para la episcopal de Salamanca, de la cual tomó posesion á 5 de Agosto.[1] Segun Gil Gonzalez Dávila, murió en Guadalajara á 10 de Setiembre de 1574.

D. ALONSO DE LA TORRE.—Colegial mayor de San Bartolomé (de Salamanca), caballero del hábito de Calatrava y consejero de Órdenes.—Tuvo la abadía cortísimo tiempo. (1560 á 1561.)

D. JUAN SUAREZ DE CARVAJAL.—Natural de Talavera, abad de Santillana, dimisionario de la mitra de Lugo, comisario general de Cruzada, rigió la iglesia de Santillana hasta 1577, segun sus catálogos, y murió en 1584, segun la Relacion de Santander.—De su prelacía datan, como dijimos, pág. 238, las primeras instancias para la creacion del obispado de Santander.

Siglo XVII.

D. SEBASTIAN QUINTERO.—Fué obispo de Gallipolli, *in partibus infidelium,* y murió en 1606.[2]

D. JUAN BAUTISTA DE ACEVEDO.—Freyle de Santiago y abad de Santander en 1608. Fué sucesivamente canónigo de Leon y de Toledo, inquisidor en Sevilla y en el consejo de la Suprema, obispo de

[1] Dorado.—Compendio histórico de la ciudad de Salamanca.

[2] Quedan, como dijimos, á cargo de la Relacion repetidas veces citada, las noticias cuya autoridad no ha sido hacedero compulsar.

Osma, arzobispo de Búrgos y presidente de Castilla.

D. Diego de Guzman.—Capellan del rey D. Felipe III.—Renunció la abadía en 1625, por haber sido promovido al arzobispado de Sevilla. Fué Patriarca de las Indias, comisario general de Cruzada y Cardenal de la Santa Iglesia Romana.—Murió en 1631 en Ancona (Estados Pontificios).

D. Fray Antonio de Sotomayor.—Inquisidor general, confesor del rey D. Felipe IV.—Tomó la abadía desde el año 1626 hasta el de 1632 en que le dieron la de Alcalá la Real.

D. Cristóbal de Benavente.—Que murió en 1633.

D. Gil de Albornoz.—Colegial de Oviedo en Salamanca, oidor en Valladolid y Granada, regente del Consejo de Navarra, arcediano de Valpuesta.—Fué gobernador de Milan, embajador en Roma, hecho cardenal y arzobispo de Taranto. —Murió en Roma en Diciembre de 1649.

D. Pedro Luis Manso y Zúñiga.—Fué obispo de Turen, *in partibus infidelium,* y murió en 16 de Diciembre de 1669.—Hizo la obra del coro de la iglesia donde está sepultado.

D. Miguel Fernandez de Orozco.—Magistral de Calahorra, pasó de la silla de Santander á la de Alfaro.

D. José de Gandarillas.—Tomó posesion en 4 de Setiembre de 1692.

D. Manuel Francisco Navarrete Ladron de Guevara.—Colegial mayor de Santa Cruz de Valladolid y magistral de Palencia. Tuvo la abadía des-

de 1693 hasta 1699, en que fué consagrado obispo de Mondoñedo, y en 1705 arzobispo de Búrgos.—Hizo la obra del Presbiterio como dijimos oportunamente.

Siglo XVIII.

D. GABRIEL PANTOJA.—Colegial de San Ildefonso en Alcalá, catedrático de Teología en su universidad. Tomó posesion en el año de 1700.

D. BERNARDO GIMENEZ DE CASCANTE.—Colegial del mismo colegio, penitenciario de Calahorra, pasó de esta abadía al obispado de Barcelona en 1725. [1] Murió en 1730, siendo arzobispo de Tarragona.

D. JOSÉ SANCHO GRANADO.—Natural de Arganda, colegial del Mayor de San Ildefonso de Alcalá, magistral de Toledo. Tuvo la abadía poco más de cuatro años, siendo promovido á la episcopal de Salamanca, de que tomó posesion en 1730.—Fué varon doctísimo: murió en 1748. [2]

D. LUCAS GUARTAS.—Consejero de S. M., inquisidor de Llerena.—Ocupó la silla abacial hasta 1735, en que fué nombrado obispo de Huesca.

D. FRANCISCO DEL CASTILLO Y VINTIMILLA; Marqués de Cropani y del Peñon.—No llegó á tomar posesion de la abadía, por haber sido electo de Barcelona, y posteriormente de Jaen.

[1] Villanueva.—Viage literario.—Tomo XVIII.

[2] Dorado.—Obra citada.

D. Francisco Xavier de Arriaza.—Canónigo de Málaga, tomó posesion de la abadía en 19 de Octubre del referido año de 1735.—Erigido el nuevo obispado de Santander en virtud de la bula de Benedicto XIV, expedida en Roma á 12 de Diciembre de 1754, confirióse la dignidad episcopal al abad Arriaza, que fué el primer prelado de la nueva diócesis.

APÉNDICE NÚM. 2.

ABADES DE LA IGLESIA DE SANTILLANA. [1]

Siglo IX.

D. PEDRO SEGUNDEZ ó SESGUDEZ. Año de 843.—D. ALVARO. Año de 843.

Siglo X.

D. JUAN. Año de 938.—D. SONNA (?).—D. ALVARO. Año de 962.—D. MARTIN. Año de 987.—D. INDULFO. Años de 990 á 1001.

Siglo XI.

D. PEDRO. Año de 1018.—D. JUAN. Años de 1018 y 1019.—D. MARTIN. Año de 1021.—D. JUAN. Años de 1022 á 1026.—D. PEDRO. Año de 1028.—D. GONZALO....:—D. JUAN. Año de 1035.—DON PEDRO. Año

[1] De los varios catálogos que he visto es el más completo el que vá aquí inserto, contenido entre los papeles existentes en la librería de la casa de Barreda, reunidos como dijimos por uno de sus poseedores para la historia de la villa y su abadía.

de 1039.—D. JUAN. Año de 1045.—D. ANTOLIN. Año de 1056.—D. PEDRO. Años de 1073 á 1076.—DON MARTIN. Año de 1078.—D. PEDRO SEGUSTIZ. Años de 1084 á 1098.

Siglo XII.

D. MARTIN. Años de 1111 y 1112.—D. PEDRO IBAÑEZ. Años de 1122 á 1127.—D. MARTIN. Años de 1130 á 1154.—D. PEDRO. Años de 1175 y 1176.—D. FERNANDO GONZALEZ. Años de 1196 á 1198.

Siglo XIII.

D. PEDRO. Años de 1201 á 1211.—D. RODRIGO RODRIGUEZ. Año de 1220.—D. DOMINGO. Años de 1223 á 1247.—D. SANCHO, infante de Castilla, abad de Santander. Año de 1253.—D. FERNANDO. Año de 1255.—D. RUY GARCÍA. Años de 1259 á 1268.—D. FERRAN GARCÍA, capellan del rey D. Alonso X, arcediano de Niebla y despues de Búrgos. Años de 1269 á 1285.—D. RUY PEREZ, capellan del rey DON Sancho IV. Años de 1291 á 1299.

Siglo XIV.

D. ALFONSO PEREZ. Años de 1300 á 1328.—DON SANCHO GONZALEZ DE GUEVARA. Años de 1330 á 1339.—D. RODRIGO ALVAREZ. Años de 1350 á 1355.—D. APARICIO MARTINEZ, tesorero mayor del infante D. Sancho (?). Año de 1369.—D. JUAN MARTINEZ DE MENDOZA. Años de 13..... á 1400.

Siglo XV.

D. Domingo Ferrandez de Pradoluengo, capellan del rey D. Enrique III. Años de 1401 á 1406.—Don Alfonso Niño de la Vega, capellan del rey Don Juan II. Años de 1407 á 1417. [1]—D. Juan Martinez de Mendoza. Año de 1420.—D. Juan Sanchez Sevilla.....—D. Juan Sanchez Ferramillori. Años de 1459 á 1467.—D. García de Mendoza. Años de 1486 á 1496.

Siglo XVI.

D. Martin de Mendoza. Año de 1535.—D. Garcilaso de la Vega.....—D. Pedro Gonzalez de Mendoza y Aragon, abad de Santander y arcediano de Guadalajara. Años de 1540 á 1560.—D. Juan Suarez de Carvajal, abad de Santander. Años de 1561 á 1577.—D. Gregorio Deza.

Siglo XVII.

D. García de Sarmiento y Acuña, consejero de Castilla, capellan del rey, inquisidor de Zaragoza y y Valladolid. Años de 1605 á 1607.—D. Martin de Peñarrieta. Años de 1615 á 1622.[2]—D. Gerónimo

[1] Fué hermano del célebre conde de Buelna, Pero Niño.

[2] Restableció la residencia en su iglesia abandonada desde luengos tiempos.

DE PALACIOS Y ARREDONDO, capellàn de honor, receptor de la Real Capilla. Año de 1647.—D. JUAN DE LA LAGUNA ALVEAR. Años de 1647 á 1663.—D. JOSÉ DE MESONES VELASCO, del hábito de Alcántara. Años de 1675 á 1682.—D. BERNARDO DE VICUÑA Y ZUAZO, inquisidor. Años de 1682 á 1692.—D. PEDRO GARCÍA DE OVALLE, oidor de Méjico y Valladolid. Años de 1692 á 1693.

Siglo XVIII.

D. MARCOS DE VIEIRA Y OTERO, inquisidor de Santiago y de Toledo. Murió á 25 de Junio de 1715.—D. LOPE DE SIERRA, CIENFUEGOS Y OSORIO, colegial mayor de Santa Cruz de Valladolid, visitador general de Toledo y vicario de Madrid. Murió en 16 de Febrero de 1722.—D. JOSÉ DE URIARTE É INSUNZA, colegial en el de San Bartolomé de Salamanca, catedrático de Prima de Cánones, consejero de Castilla, electo en 1722. Murió en 13 de Febrero de 1741.—D. GASPAR DE AMAYA Y LANZAROTE, capellan de honor, consejero de Hacienda. Tomó posesion en 14 de Junio de 1741, renunció en 1754.

Erigida en catedral la abadía de Santander, quedó unida á sus obispos la dignidad abacial de Santillana, con sus derechos y acciones, por Real cédula del año de 1756.

APÉNDICE NÚM. 3.

FUERO DE SANTANDER. [1]

Tam presentibus quam futuris notum sit ac manifestum quod ego Adefonsus, dei gratia, rex Castellae, et Toleti, una cum uxore mea Alienor regina, libenti animo facio cartam donationis et institutionis, fororum et consuetudinum, vobis concilio villae Sancti Emetherii presenti et futuro valituram. Dono itaque vobis et concedo villam Sancti Emetherii in habitationen, cum ingressu et exitu suo tam per terras quam per mare vobis et posteris vestris iure hereditario in perpetuum possidendam. In primis dono vobis, et concedo pro bono et laudabili

(1) Tomado de la Escritura núm. 1 del libro de Privilegios y donaciones de su Iglesia.—D. Juan Antonio Llorente publicó en el tomo IV de sus Noticias históricas de las tres Provincias Vascongadas, y con el número 173, una copia de este fuero, tomándole de la coleccion del Sr. Jovellanos. En ella está el texto abreviado, corregido y aun interpretado en ciertos pasages; por lo cual preferimos su leccion original y ruda.

foro, ut omnes sub uno et equali iure et foro vivatis. Nullum habeatis dominum in villa, nisi tantum abbatem Santi Emetherii, vel quem vice sui vobis dederit in dominum cum in villa non fuerit. Omnis nobilis, et alius quislibet dignitatis habitans in domo suâ vel aliena in villa Sancti Emetherii idem forum habeat et non aliud quod vicinus villae. Qui prendiderit, vel emerit in villa aliquod solare, solvat abbati unum solidum, et saioni duos denarios. Et si unum solare divisum fuerit inter homines per sortes aut per venditionem, dent singulos censos; et quot solares vel portiones simul coadunatae fuerint, ita quod divisio aliqua de vestra vel aliena hereditate intereas non sit, dent unum censum. Si quis in domibus vestris per vim hospitare voluerit, dominus domus ejiciat eum foras cum viciniis suis, et si egredi non voluerit, et ibi percusus fuerit, non pectetur pro eo calumnia. Merinus villae sit unus et sit vicinus villae, et vasallus abbatis, et habeat casam in villa et instituatur per manum abbatis, et concesione concilii. Dominus villae, abbas scilicet, accipiat de unoquoque solari unum solidum annuatim pro censu, et qui censum collegerit incipiat eum colligere quindecim diebus post festum Natalis Domini, et accipiat pignus ab unoquoque in duplum; et si dominus pignoris non extranxerit pignus suum, exquo vox praeconis omnes universaliter monuerit usque ad unum mensem, perdat pignus. Omnes homines villae vendant panem et vinum libere et siceram et quaecumque vendere voluerint, quando et qualiter voluerint recta mensura. Qui vicinus in villa non fuerit, mercaturam pannorum quam per mare attulerit, non vendat

adetal nisi hominibus villae, et si extraneo vendiderit, pectet X solidos. Qui per vim domum alienam irrumperit, pectet sexaginta solidos abbati; et alios sexaginta domino domus, et praeter haec, damnum et livores quos fecerit. Merinus, vel sagio non intret in domum alicujus accipere pignus si dominus domus fiadorem receptivum presentaverit; et si Merinus vel sagio fiadorem respuerit, et pignus volens accipere, fuerit ibi percussus, nulla pectetur pro eo calumnia. Si vero dominus domus fiadorem non presentaverit, Merinus vel sagio det duos testes super hoc adminus, et in crastino accipiat abeo quinque solidos. Qui debitum creditori recognoverit presente Merino vel saione, aut statim reddat, aut pignus quaerulo quod tantumdem valeat. Merinus vel sagio non quaerant livores neque pensiones aliquas nisi eis vox data fuerit, excepta morte et persecutione ad mortem, quae possit quoeri per se secundum forum villae. Homicida manifestus pectet trecentos solidos. Traditor probatus et fur cognitus sit in judicio Merini, et concilii, et omnia bona illorum sint abbatis, sed de rebus latronis prius restituantur furta quae fecerat illi qui furatus fuerat. Qui arma traxerit contra vicinum suum pectet abbati sexaginta solidos; si multa aduxerint arma, unus pro omnibus det fiadorem in quinque solidos, et convictus pectet sexaginta solidos abbati. Si vicinus a vicino domumper judicium quaesierint, dent fiadores ambo, unusquisque in sexaginta solidos, et qui ex eis juditio victus fuerit, pectetillos abbati. Si aliquis deforaneus domum quaesierit ab habitatore villae, det abbati fiadorem et sexaginta solidos, et domino do-

mus in duplo de tali casa; et si ille qui quaerit, victus fuerit, pectet sexaginta solidos abbati, et domino domus det aliam talem in tali loco in ipsa villa. Omne juditium quod inter deforaneum et habitatorem villae judicandum fuerit super pignus, iudicetur in villa, et foras villam non exeant pro illo. Qui falsam inquisitionem dixerit, amplius non sit legalis; et pectet abbati sexaginta solidos, et dominus vocis tornet ad vocem suam et repetat eam ut habeat jus suum. Homines villae non eant in expeditione nisi pro Rege obseso; nec dent portaticum ullum in villa sua, neque in portu maris, de quacumque parte veniant per terram, vel per mare. Ubicunque rumperint terras et eas coluerint infra tres leguas prope villam, et plantaverint vineas et fecerint ortos et prata et molendina et columbaria, habeant omnia ista pro hereditate et faciant de eis quidquid voluerint, et serviant eis ubicunque fuerint, dando censum pro domibus suis. Pro morte illius qui in seditione mortuus fuerit intra villam, proximiores parentes eligant, pro homicidia illorum qui eum persecuerunt per rectam inquisitionem, et si interfectorem per inquisitionem non invenerint, salvet se per iuramentum per semetipsum solum ille quem suspectum habuerint, et ibi non sit Torna Treguae autem villae sint tales ex utraque parte seditionis, dent fiadores in mille solidos, et amputetur dexter pignus [1] illi qui eas fregerit; de istis mille solidis, accipiat abbas quingentos solidos et concilium quadrigentos, et percusus centum; et pignus sit in potestate

[1] Pugnus?

concilii. Qui pignus iactaverit proeter hereditatem, et usque ad caput annum pignus non redemerit, perdat illud. Si aliquis homo villae homicidium vel livores fecerit defendendo rem suam, nihil proinde pectet. Si homines villae in juditio vel pleito, vel fiadura aliqua, inter se concordare non poterint, eant ad villam Sancti Facundi et faciant quantum eis mandaverint homines villae Sancti Facundi. Si aliqua navis veniens ad villam Sancti Emetherii, periclitata et fracta fuerit, quidquid dominis suis de rebus quas navis continebat, poterint invenire, nullus eis aufferat, nec vim eis inferre presumat. Si quis vero hanc cartam infringere, vel diminuere presumpserit, iram dei omnipotentis plenarie incurrat, regie parti mille libras auri purissimi in cauto persolvat, et damnum quod ibi intulerit, duplicatum restituat.—Facta charta apud Burgis, ERA MCCXXV, quinto idus Julii [1].—Et ego Rex *A*. regnans in Castella et Toleto hanc chartam manu propria roboro et confirmo. ✠.—Gundisalvus, Toletanae ecclesiae archiepiscopus, et Hispaniarum primas confirmat.—Martinus, Burgensis episcopus, confirmat.—Ardericus, Palentinus episcopus, confirmat.—Martinus, Segontinus episcopus, confirmat.—Rodericus, Calagurrensis episcopus, confirmat.—Gundisalvus, Segoviensis episcopus, confirmat.—Dominicus, Abulensis episcopus, confirmat.—Comes Petrus, confirmat.—Comes Ferdinandus, Alferiz regis, confirmat.—Rodericus Gutierrez, maiordomus curiae regis, confirmat.—Didacus Ximenez, confirmat.—Gomez Gar-

[1] 11 de Julio de 1187.

cia, confirmat.—Petrus Ferrandi, confirmat.—Alvarus Roderici, confirmat.—Ordonius Garcíae, confirmat.—Gundisalvus Quepellini, confirmat.—Petrus Roderici de Guzman, confirmat.—Lope Diaz, merinus regis in Castella, confirmat.—Signum Aldefonsi regis Castellae.—Magister Michael regis notarius, Guterio Roderici existente cancelario, scripsi.

APÉNDICE NÚM. 4.

Carta de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, á la villa de Santander, sobre elecciones municipales. [1]

Don Fernando e *doña Isabel* por la gracia de Dios rey é reyna de Castilla de Leon, de aragon, de Secilia, de granada, de Toledo, de Valencia, de galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Cordova, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar e de las islas de Canaria, conde e condessa de Barcelona, e señores de Vizcaya, e de Molina duques de Atenas e de Neopatria, condes de Ruisellon, Marqueses de Oristan et de Goziano, á vos el concejo, corregidor Justicia, regidores, Cavalleros, escuderos, oficiales e ombres buenos de la villa de Santander assi á los que ahora son como los que seran de aqui adelante e a cada uno e cualquier de vos a quien esta mi carta fuere mostrada ó el traslado

[1] Tomada de unas informaciones de nobleza hechas en el siglo XVII.

della signado de escrivano publico=salud y gracia: Sepades que por que nos fué fha relazioñ que á causa del proveer de los oficios de la dha villa de Santander en cada un año avia algunos escandalos e inconvenientes, que la dha villa no estaba bien rexida ni gobernada por que los oficios de ella se ponian por favor en personas no tan hábiles ni suficientes como convenia para el bien é pró comun e buena gobernacion de la dha villa, nos mandamos dar é dimos una nuestra Carta para el nuestro corregidor de la dha villa por la cual le mandamos que enviasse ante nos al nuestro Consejo las ordenanzas que la dha villa teñia de como se habian de elixir é habian elijido fasta aqui los oficios de ella y que oficios de rejimiento e otros oficios habia en la dicha villa, de que calidad eran para que todo visto en el nuestro Consejo ficiesse lo que fuese justicia, segun que esto y otras cossas mas largamente en la dha nuestra carta se contiene. Por virtud de la qual el dicho nuestro Correjidor ubo la dha informacion e la embió ante nos al nuestro Consejo segun que por nos le fué mandado la qual en él vista por quanto por ella parescia que en los tiempos passados habia algunos debates e deferencias e quistiones en la dicha villa entre los becinos de la puebla nueva (1) sobre á quien pertenescia la eleccion e nombramiento de los alcaldes e rexidores e procurador general e fieles de la dicha villa e sobre la forma e manera que en ello se habia de tener e que sobre ello estaba pleyto pendiente ante Don Pedro Manrique Adelantado del reyno de Leon por poder que para ello tenia del Señor Rey Don Juan ntro padre de glorio-

sa memoria, e que estando assi el dho pleyto pendiente ânte el dho adelantado ciertas personas e procuradores de las dha puebla vieja e nueva (este dha parece indicar que arriba (x) falta añadir *y vieja* segun pide el sentido y razon del instrumento). en nombre de todos los otros vecinos de las dhas pueblas comprometieron el dho pleyto e debate en manos del dho adelantado e por él visto dió una sentencia en que mandó que se pusiesse en la dha villa en cada un año seis rejidores e dos alcaldes e dos fieles y un procurador y que estos se pusiesen en esta manera: que los vecinos de la puebla vieja pusiesen un alcalde e dos rejidores e un fiel, e los vecinos de la puebla nueva pusiesen cuatro rejidores e el otro alcalde, e un fiel y el procurador le pusiesen un año la una Puebla y el otro la otra e que los dhos oficiales se pussiesen á consentimiento de todo el consejo e fuessen los mas honrados e hábiles, e suficientes, e acendados que hubiesse en la dha villa segun que esto y otras cossas mas largamente en dha sentencia que en el nuestro consejo fué vista se contiene, e que despues acá contra el tenor e forma de la dicha sentencia e con quebrantamiento de ella é sin temor de las penas en ella contenidas diz que para elejir y nombrar los dhos oficiales se Juntan en el dia de navidad de cada un año tres linaxes que hay en cada una de las dhas pueblas é que sin saber la una de la otra e sin consentimiento de la República elijen e nombran cada una de las dhas pueblas e que assi elejidos e nombrados van al concexo e los declaran e presentan e que aunque algunos de los vecinos de la dha

villa contradicen que algunas de las tales personas que assi declaran é presentan no tengan los oficios para que fueron elejidos porque no son habiles ni pertenecientes para ellos, diz que no les aprovecha nada e dicen que aquellos han de ser aunque les pesse, de lo cual á Nos se recrece mucho deservicio, e la dha villa no es bien rejida ni gobernada porque segun parece por la dha informacion las personas que assi elijen e nombran á sus parientes e amigos e por parentelas e bandos e parcialidades aunque sean personas ínhábiles e incapaces para ello e aunque no sean acendadas segun que en la dha sentencia se contiene de manera que para se mantener hande robar e cohechar los vecinos de la dha villa e facer todo lo que quisieren las personas que así los ponen e nombran e que assi elejidos e nombrados los dichos Regidores, si algunos de ellos. se van fuera de la dha villa á entender en cosas que les cumple, que el que assi se vá deja otro sostituto en su lugar del mismo linage é parentela que era él, e aún que aconteze que el tal sostituto se va tambien fuera de la dha villa deja otro de su linage e parentela é otrosí parece por la dha informacion que aunque esten juntos á concejo el Correjidor, Rejidores e procurador de la dha villa, si falta algun rejidor de la Puebla viexa e los que asisten juntos hacen e ordenan alguna cossa que cumple á nuestro gobierno e al bien e pro comun de la dha villa los vecinos de la puebla vieja dicen que por falta del tal regidor, que aquellos que allí están no facen concejo é que no consienten en ello y que á las tales personas no les viene bien de lo que se face é ordena, á causa de lo qual

ño se despachan ni ordenan las cosas que cumplen á ntro servicio e al bien de la dha villa, lo otrosí por la dha informacion parece que el dia. del Corpus Christi de cada un año acostumbran llevar las varas del palio que vá encima del cuerpo de ntro Sr. Jesuchristo seis hombres honrados de la villa, é que sobre el llevar de las tales varas hay muchos escándalos e qüestiones entre los vecinos della diciendo cada uno que á él pertenece llevar las dhas varas por linaje ó parentela e en otras maneras, e porque todo lo susodho. es en ntro. deservicio e en daño de la república de la dha villa, en el ntro consejo visto, fué acordado que devian de proveer sobre todo en la forma siguiente; é nos tuvimoslo por bien por que nos mandamos que veades la sentencia dada por el dho don Pedro Manrique adelantado de Leon, de que de suso se hace mencion en quanto á la eleccion e nombramiento de los dhos oficios de Alcalde, rejidores, e fieles, e procurador de esa dha villa, la guardedes e cumplades e fagades guardar e cumplir, e ejecutar en todo e por todo segun que en ella se contiene=e en quanto á las personas que para los dhos oficios se hubiesen de elejir e nombrar e á la forma que se ha de tener en la eleccion e nombramiento dellos e de las personas que los han de elejir e nombrar nos mandamos que aora e de aqui adelante tengades e guardedes, e fagades tener e guardar la forma e órden siguiente:=

Que en cada un año que en el dia de año nuevo en el monasterio de San Francisco de dha villa despues de dichas missas se junten los dos alcaldes, seis rejidores é un procurador e dos fieles que hubiesen sido

el año pasado e que delante de todos los que ende (ó alli) estoviesen los dhos alcaldes e rejidores é procurador é fieles echen suertes entre si qual de todos elejirá quatro electores de yusso contenidos aquellos cuatro á quien cupiese la suerte queden por electores e fagan luego juramento en el altar mayor de la Iglesia del dho Monasterio que nombrarán bien é fielmente sin parcialidad alguna á todo su entender quatro personas aquellas que segun Dios e sus conciencias les pareciere que son de los mas llanos é abonados e de buena conciencia para elegir e nombrar oficiales, y estos tales á quien cupiere la suerte nombren luego las dhas quatro personas, y estos cuatro assi nombrados hagan é tengan poder de elegir é nombrar los oficios para aquel año que entra, los cuales nombren luego en esta órden:=Que cada uno de estos quatro fagan luego allí juramento en la forma sobredicha de elegir é nombrar los dhos oficiales aquellos que segun Dios y sus conciencias les pareciese que son más hábiles é suficientes para tener é administrar los tales oficios, sin lo comunicar uno con otro ni con otros, e que no sean los dhos oficiales de los que dos años próximos pasados hayan tenido los dhos oficios: esto fho cada uno de los dhos quatro electores se aparten á su parte en la dha Iglesia e sin fablar ni comunicar con persona e nombren dos alcaldes uno de la dha puebla vieja é otro de la dha puebla nueva é seis regidores, los cuatro dellos y un fiel de la dha puebla nueva, los otros dos rexidores y el otro fiel de la dha puebla vieja y un procurador cada año, cada una de las dichas pueblas su año, y pongan cada uno de estos por quatro por escrito á

cada uno de los que assí nombraren para cada uno de los dhos oficios de la calidad que dho és en un papelexo; que sean once papelexos los que cada uno ha de facer: é luego echen en un cántaro por ante el escribano del concejo de la dha villa cada uno dos papelejos de los que nombraren alcaldes, de manera que han de ser ocho papelejos, é que un niño saque de aquel cántaro dos papelejos, e los dos que primero salieren que sea el uno de la dha puebla vieja é otro de la puebla nueva queden por alcaldes de aquel año; e los otros seis papelexos que sobraren los saquen del dho cántaro e los quemen e rompan luego allí, e sin que persona los vea e sacando los dhos alcaldes, echen luego cada uno en dho cántaro seis papelejos, é los seis primeros que saliesen que sean dos de la dha puebla vieja é quatro de la dha puebla nueva queden por regidores de aquel año, y los otros diez y ocho papelejos que quedaren sean quemados ó rompidos en la manera susodha é luego echen otros quatro papelexos cada uno un papelexo del que nombrase por procurador siendo las personas á quien nombrase de la puebla á quien este año cupiese el nombramiento de procurador.=é el dho niño saque del dho cántaro donde los echaren un papelexo, é el que primero saliere quede aquel año por procurador e los otros sean quemados en la manera susodha: é assimismo echen en dho cántaro otros ocho papelejos de los que nombraren por fieles los quales sean quatro de la puebla nueva é otros quatro de la puebla vieja, é que el dho niño saque del dho cántaro dos papelejos, é los dos que primero saliesen, uno de la dicha puebla vieja é otro de la pue-

bla nueva queden por fieles é los otros papelejos que quedaren sean quemados segun que los otros: los quales dhos oficiales que asi quedaren elegidos e nombrados para servir los dhos oficios del dho año, fagan luego alli el juramento que en tal casò se acostumbra facer, e demas que juren que en sus oficios no guardarán parcialidad ni bandería ni habrán respeto á ello ni cossa alguna, é que el año siguiente quando espiraren los dhos oficios, guardarán en elegir e nombrar los dhos oficiales para esa dha villa esta misma forma é no otra alguna. E assi dende adelante en cada un año para siempre jamás se elijan los dhos oficios. E si los dhos alcaldes é regidores é procurador é fieles de otra guissa fuesen puestos que no valga su nombramiento, ni los tales oficiales acepten los oficios, ni puedan usar, ni usen de ellos, ni valga lo que ficieren ni sean habidos por tales oficiales, e sean habidos por personas privadas é cayan é incurran en las penas en que caen las personas privadas que usan de oficios publicos, sin tener poder ni facultad para ello:=e asi elegidos é nombrados é puestas personas para los dhos oficios segun e por la tal forma é manera que de susso dho es, mandamos é defendemos que ninguna de las personas que assí fueren puestas é nombradas para los dhos oficios de Regimientos no pongan por sí sostituto alguno en el dho oficio estando en dha villa, ni fuera de ella, ni en otra manera alguna, é que si los pusieren no vala el nombramiénto que ficieren de los tales sostitutos, ni el concejo de la dha villa lo resciba, ni acoja, ni consienta que esté presente á ninguna de las cosas que en el dho con-

cejo se hubieren de hacer é ordenar é mandar, é otrosí mandamos é ordenamos que cada é quando en la dha villa se ficieren concejos é ayuntamientos é otras cosas, para que sean menester de se juntar los regidores de ella, que todos los regidores que en dha villa se hallaren, vayan al tal concejo e ayuntamiento todos los dias que se suelan acostumbrar facer concejo é cabildo sin ser para ello llamados ni amonestados, é assimismo vayan á los otros concejos e ayuntamientos que fueren necesarios de se hacer siendo para ella llamados por su portero, sopena de un real de plata por cada una vez que no fueren la cual dha pena mandamos que sea para los propios de la dha villa, salvo si tuviere justa causa é impedimiento por donde no pueda ir á los tales concejos e ayuntamientos, imbiándose á escusar por ello á el concejo e ayuntamiento: que assí lo ficieren e nunca otra manera.=otrosí mandamos que si los dias señalados para concejo algunos de los regidores que en la dha villa estuvieren no vinieren al dho concejo, e assimismo quando otros dias se hubiese de hacer é ordenar algunas cosas que cumplan al bien de la villa los dhos regidores seyendo llamados por su portero como dho es no vinieren al tal ayuntamiento, que el corregidor con los regidores que se hallaren fagan el tal cabildo é ayuntamiento e puedan facer é ordenar é mandar qualesquier cosa que en la dha villa fueren necesarias, e vieren que cumplen al nuestro servicio, é al bien é pró comun de la dha villa y vecinos della, sin esperar otros más regidores, con tanto que los regidores que en el tal cabildo se hallaren sean la mayor parte de los regidores de la

dha. Villa sin haber respeto ni consideracion que los dhos regidores sean de la puebla vieja ni nueva=é otrosí mandamos que ahora ni de aquí adelante en el dia del Corpus Christi de cada un año quando en la dha Villa se hiciere procesion en que vaya el cuerpo de nuestro Señor, que los dos Alcaldes de la dha Villa é los quatro Regidores más ancianos lleven las varas del palio que fuere encima del cuerpo de ntro Señor, é los otros dos Regidores gobiernen é rijan la procesion é la gente que en ella fuese. No embargante que alguna ó algunas personas digan que les pertenecen llevar las dhas varas por linage ó parentela ó en otra cualquier manera contra el tenor é forma desta ntra carta ni de cosa alguna ni parte de lo en ella contenido no bayades, ni passedes, ni consintieredes ir ni passar en tiempo alguno ni por alguna manera, é los unos ni los otros no fagades ni fagan ende al por alguna manera sopena de la ntra merced é de diez mil mrs. para la nuestra Cámara, é demás mandamos al ome que vos esta ntra carta mostrare que vos emplace que parezcais ante nos en la ntra córte do quier que nos seamos del dia que vos emplazare fasta quince dias primeros siguientes soó la dha pena só la qual mandamos á qualquier escribano público que para esto fuese llamado que dé ende al que vos la mostrare testimonio signado con signo porque nos sepamos en como se cumple ntro mandato.=dada en la Villa de Madrid á treynta dias del mes de Henero, año del nascimiento de ntro Sr. Jesuchristo de mill e quatrocientos é nobenta y ocho años.—Yo el Rey.=Yo la Reina.=Yo Gaspar de Gricio Secretario del Rey

y de la Reyna, ntros Señores la fice escrebir por su mandado.—Juan, episcopus Asturicensis.=Andrea doctor.=Gundisalvus, licenciatus.=Joannes, Licenciatus.=Rexistrada.=Baccalarius de Herrera.= Francisco Diaz, Chanciller.

—Aprobada y confirmada por Felipe 2.º en Toledo á 2 de Mayo de 1560.

APÉNDICE NUM. 5.

Voto y capitulacion que esta Villa de Santander y los Sres. Prior y Cabildo de ella hicieron á honra del Apóstol San Matías Abogado de la pestilencia, año de 1503. [1]

En la Noble y Leal Villa de Santander, Domingo 12 dias del mes de Noviembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos tres años, estando en la Iglesia de los Cuerpos Santos de la dicha villa por campana tañida, y general llamamiento, estando ende los Sres. Venerables, Velasco de Pallares Prior en la dicha Iglesia, el tesorero Sancho Ruiz de Escalante, y el Provisor Pedro Gutierrez de Secadura y Diego Gonzalez Pacheco y Juan Gutierrez de Santiago y Diego Sanchez Escalante y Juan Martinez de Cabuerniga y Balderrama y Diego de la Carrera Canonigos de la dicha Iglesia é Juan de la Llanilla, é el Bachiller Gonzalo Ruiz de Bolado é Juan Fernandez de S. Martin, é Toribio Ruiz de Hermosa, é Juan de Obregon, é García Gutierrez de Ore-

[1] Copia de la escritura existente en el Archivo municipal.

jo, Racioneros en la dicha Iglesia, é Ruy Gutierrez de Cayon Capellanes de la dicha Iglesia. Estando ende el honrado Bachiller García Sanchez de la Torre, Alcalde en la dha Villa por el noble caballero D. Cárlos Enriquez de Cisneros, Corregidor por sus Altezas en estas cuatro Villas de la Costa de la Mar; y el Bachiller Rodrigo de Barcenilla, é Pedro Frnz Calderon, é Diego Ruiz de Arce, é Juan Frnz de Liencres, é Pedro Gonzalez de Villanueva, Regidores de la dicha villa, é Juan Gutierrez de Santiago mayor Procurador general de la dicha Villa; y estando ende casi todo el pueblo de la dicha villa, asi hombres como mugeres, y en presencia de mi, Juan de Obregon, Clerigo Escribano é notario publicó por la autoridad apostolica, y escribano de los dichos fechos Sres Prior y Cabildo, y en presencia de mi Pedro de Escalante Escribano é notario ppco de nro Sr. el Rey en Santander y en la su Corte y en todos sus reynós é señoríos y Escribano del núm.º de la dicha Villa. E todos juntos los susodichos Sres Prior y Cabildo é Justicia, é regimiento, é el dicho pueblo de un acuerdo é voluntad, estando de rodillas hincados delante del altar mayor de la dicha Iglesia dijeron que por cuanto en esta dicha Villa por los pecados del pueblo habia de continuo grande pestilencia de manera que si fuere adelante, que toda la villa seria despoblada é perdida, é que rogaban á Nro. Sr. Jesucristo que por la su inmensa bondad tubiese compasion de este pueblo é no mirase sus pecados, ni usase con él de su justicia, é que se recordase de su testamento y de como los habia redimido en la cruz con la su preciosa sangre, y de la misericordia

que habia prometido á los que á él se tornasen y se arrepintiesen de sus pecados, y que dijese al Angel que cesase de mas ferir, é que él cesase la su ira ó pestilencia de sobre el dicho pueblo, é que porque mas se dignase de oir y conceder, que rogaban á los doce Apostoles suyos que le rogasen é fuesen intercesores entre él y el dicho pueblo. E luego tomaron doce candelas de cera por peso y medida y encendidas cada una de ellas en igual, é doctada é nombrada cada una á cada uno de los dichos doce Apostoles, é la que postrera quedase encendida que aquel Apostol á quien se habia nombrado la tal candela, que aquel querian tomar é tomaban por su Patrono é Amparador, é defensor, é guardador del dicho pueblo, é de sus alquerias é vecindad, para agora é para siempre jamas, para que la guarde de todo mal y en especial de pestilencia. E asi estando todos de rodillas oyendo la misa mayor que se decia á honor de los dichos Apostoles, é las dichas doce candelas, acabada la misa, acabaronse de quemar las diez de ellas, é quedaron las dos un rato encendidas, las cuales á vista del pueblo, no pensaban que serian aquellas las postreras; y estando en esto todos en oracion rogando á Nro. Sr. que se quisiese servir de este Pueblo, é aquella candela que quedase de las dos á la postre encendida, que aquel Apostol á quien era dirigida, que le mandase que guardase este Pueblo de todo mal y pestilencia, é le oyese cada vez que le llamasen; y estando en esta oracion, se acabó de quemar la una bela encendida de las dichas dos candelas, y quedó la otra sola encendida un rato; y des que se acabo de quemar, fueron á saber á cual Apos-

tol era dirigida, é fallaron que era el nombre del Glorioso y bien aventurado Apostol S. Matias, é luego los dhos Sres. Prior y Cabildo é Justicia, é Regimiento é pueblo dijeron que eran muy contentos con el Apostol que por suerte habia sido uno de los doce Apostoles de Jesucristo, é que desde allí adelante por si é por sus sucesores por agora é para siempre jamas le tomaban por su defensor é guardador de todos males é pestilencia. E luego los dhos Sres. Prior e Cabildo é Pueblo fueron al altar donde estaba la imagen del dho glorioso Apostol, é dijeron una antifona con su oracion, é dijeron que de allí adelante se guardase lo siguiente:

Primeramente que luego se faga una imagen de bulto á honor del dicho Apostol, é se ponga en un altar donde acordaren los dhos Prior e Cabildo é Justicia é Regimiento, é se noblezca el citado Altar.

Itt. que se guarde y honre en la dha villa é su jurisdiccion el dia del dho Apostol, como dia de pascua, y si cayere en tiempo que se coma carne, que su dia se corran dos toros, como dia de San Juan, y si cayese en cuaresma que á honra del dicho Apostol se corran los dhos dos toros el domingo postrero de Carna é que los Sres. de el Regimiento puedan gastar doscientos maravedis en colacion de los Propios de la villa.

Itt. que el dia del dho Apostol se haga procesion general por la villa é traigan en la procesion la imagen del dho Apostol con las reliquias de la dha Iglesia con gran veneracion y que todo el pueblo y vecinos de la dicha villa é su jurisdiccion sean obligados de ir á la dicha procesion, y los que pudieren

con candelas encendidas, y los niños delante de la Cruz diciendo «Glorioso Apostol ruega por nos» y que toda la dicha gente sea obligada de oir la misa mayor.

Itt. que las visperas del dho Apostol que todos los que pudieren vayan á oirlas á la dha Iglesia, é á lo menos que las oiga la Justicia e Regimiento é Procurador de la dha Villa con sendas candelas encendidas rogando á Dios por todo el pueblo.

Itt. que la dha Villa sea tenida de dar para las dhas visperas y para decir su dia la misa toda la cera que fuere menester asi para los dhos Oficiales de Concejo como para el altar.

Itt. que el dia del dho. Apostol, que todos los vecinos de la Villa y sus Arrabales sean obligados ellos y sus mujeres de ir á comer á la dha Iglesia y lleven consigo á hijos y criados, si querian, faciendo la fiesta que pudieren porque este dia del dho. Apostol sea honrado y el pueblo alegre, é los niños hayan memoria de ello.

Itt. que los dhos. Sres Prior y Cabildo por sí y por sus sucesores para agora y para siempre jamas, doctan y dan de su mesa Capitular doscientos maravedís, y los dhos. Justicia é Regimiento é pueblo por sí é por sus sucesores para agora é para siempre jamas, doctan é dán por censo perpetuo otros doscientos maravedís, los cuales dichos cuatrocientos maravedís hayan y gocen los clerigos Beneficiados de la dha Iglesia que estuvieren á las visperas y maitines, é procesion é misa del dia del dho. Apostol: las visperas se entienda á las del dia antes del dho. Apostol, y no hayan parte ni gocen de ellos los

Beneficiados que no estubieren á las dhas horas, é procesion é misa; que el tal censo sea pagado otro dia siguiente del dia del dho Apostol.

Itt. que el Procurador de la dha Villa sea obligado en cada un año á buscar á costa de la dha Villa un Predicador que predique el dia del dicho Apostol en la dha Iglesia, si acaso fuere que los dhos señores Prior y Cabildo no tuvieren Predicador en la dicha Iglesia; y si le tuvieren, que esté obligado á predicar aquel dia sin costeo de la Villa; é que estos dichos capitulos sean leydos en cada un año en el pulpito de la dicha Iglesia el dho dia del dho Apostol, porque ninguno no pretenda ignorancia. Lo cual todo susodicho, los dhos Sres Prior y Cabildo, Justicia y Regimiento é Procurador, todos juntos de un acuerdo é voluntad, dijeron que votaban ó hacian voto solemne por si é por sus subcesores para agora é para siempre jamas de guardar é cumplir lo susodicho, é cualquier cosa é parte de ello, é pedian é pedieron al Sr. Obispo de Burgos, é á sus Provisores, é al Corregidor é Teniente de Alcalde de Justicia que fueren de esta dicha Villa, asi á los que agora son, como á los que seran de aquí adelante para siempre jamas, que los fagan así tener é guardar é cumplir por toda censura eclesiastica, Justicia Real, e que lo pidan.=Signado año dicho.=Los dhos Escribanos.

APÉNDICE NÚM. 6.

Carta de Francisco Carreño de Santander de la venida de la Reyna Ntra. Sra. [1]

†

Illustre Señor.

Acordandome de lo mucho que devo a esa ynsigne academia y ayuntamiento illustre del colegio de vuestra merced e determinado de dar aviso á vuestra merced de la desenbarcada de la Reina nuestra Se-

[1] Papeles varios de Jesuitas.—Tomo 115, Academia de la Historia.—Est.e 15, gr.a 4.a, fólio 189 de la paginacion antigua.—Es una curiosa relacion del recibimiento y fiestas que se hicieron en Santander á la reina doña Ana,—sobrina y cuarta mujer del rei don Felipe II, hija del emperador Maximiliano II, y doña María, hija del rei y emperador Cárlos V.,—cuando desembarcó el martes 3 de Octubre de 1570. Habian salido á recibirla en nombre del rei Felipe, y la esperaban en Laredo don Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, cardenal arzobispo de Sevilla, y don Francisco de Zúñiga y Sotomayor, duque de Béjar.

Con esta relacion se corrige lo que Luis Cabrera de Córdoba escribió—y otros escritores repitieron siguién-

ñora en esta villa y puerto de Santander donde al presente yo estoi enbarcando este trigo de la cibdad, y fue ansi.————

martes tres dias deste mes de Otubre dos oras antes que anocheciese con un rezio tiempo de aguas y viento paresçieron sobre este puerto como treinta naos grandes muy hermosas todas todas pintadas de colorado y blanco y entraron en el puerto la Capitana donde venia la Reina delante y el tiempo era tan rezio que aunque el puerto de laredo donde la estaban esperando El Cardenal y el duque estaba sinco leguas de aquí no se atrevieron á yr á El y llegada la Capitana á la boca del puerto luego fueron unas pinasas alla y en vna pinasa del duque de bejar desembarcó la Reina bajaronla de la urca en que venia en una plancha de una tabla y avia tanta mar y viento y truxeronla a la villa. los Regidores, como no estaban apercibidos quitaron un doçel de terciopelo negro que estaba delante de un cruçifijo en la yglesia y hizieron de el un palio con seis varas de palo rebueltos en ella unos tafetanes amarillos y fueron los canonigos y frailes de san francisco con sus cruzes cantando te deun laudamus y llevaronla de la mar á su posada que fué una casa de un vezino la primera

dole—en su *Felipe II*, *Rey de España*, Libro IX, cap. XIX, año de 1570, pág. 661, col. primera, donde se lee: «Para prevenir el recibimiento i viage estaban alli (en Santander) don Gaspar de Zúñiga i Avellaneda» &. Y se ve por esta carta de Francisco Carreño que el cardenal y el duque estaban en Laredo, y no fueron á Santander hasta el sábado 7, al cuarto dia despues que desembarcó la reina.

que estaba junto a donde desembarcó. Ella venia debajo del palio vestida con una basquiñá de terçiopelo negro guarnesida con una bordadura de plata es hermosa muy blanca y colorada y El labio baxo de la boca un poquito caido como su aguelo muy agraçiada alegre y de grande entendimiento segun dizen sus criados traia dentro del palio delante de si dos hermanos suyos chiquitos como de dies años á doze. y dizen que entre estos dos principes y otros tres sus hermanos ovo grande conpetençia sobre que cada uno queria venir con la Reina y El padre hizo que con unos dados se jugàsen y cayo la suerte en estos y ansi vinieron. Venian con la Reina que la traian á cargo El prior de San Juan hijo del duque de Alva y luis vanegas y venia alli tanbien el almirante que es general de la armada que es el conde de buso [1] y elcondede aranbergues [2] y otros caballeros. llegada a laposada le buscaron que senar y fue menester juntar unos platillos de plata que tenia aquí un burgales que esta por los consules de burgos para en que cenase y otro dia á prima noche el Regimiento hizo yr una dança que avian sacado el dia de corpus xpi. que bailaron debajo de las ventanas de la Reina y Ella gusto mucho y se Rio mucho de vellos y queriendo se yr les mando que bailasen mas y otro dia hizieron una dança de espadas con la misma librea de la otra dança y fueron le a bailar delante y se holgo mucho de verlos. estuvieron las naves tres dias con tormenta de mar y viento des-

[1] Boussu.
[2] Aremberg.

pues de desenbarcada que no pudieron sacar hato ni desenbarcar caballos que hán traido los mas hermosos quartagos del mundo de los quales de buena gana yo compraria un par dellos si los vendieran y an salido todos maltratados. truxo el prior solo sesenta quartagos muy escojidos.

El cardenal y el duque de bejar como tenian en laredo aparejado el rescibimiento sintieron mucho que la Reina no oviese querido yr alla y estuvieron hasta oy çabado a la oracion en venir a ver la Reina con estar sinco leguas de aqui y la Reina estaba mohina de ver como se tardaban tanto estando tan serca y enviaron dos dias antes al alcalde hortis a suplicar a la Reina que oviese por bien de se yr a laredo porque alli tenian aparejado todo lo nesesario representando el Alcalde que el duque tenia gastados mas de docientos mill ducados para servirle la Reina dizen que dixo que su padre le avia dado con que pudiese gastar hasta yr a ver a su tio y que no tenia nesceçidad de la hacienda de nadie. A la ora que la Reina llego escribio luego al Rei con un criado del prior y la carta yba escrito el sobreescrito de buena letra escolastiga de su mano y dezia Al Rei mi Señor y no otra cosa ensima. al fin çabado en la tarde fueron una dozena de bateles y zabras a traer al duque y al cardenal que estaban desotra parte deste puerto que ay media legua de mar con grandes toldos de brocado y muchos trompetas y menestriles y truxeron al cardenal y al duque y a todos sus caballeros y señores que con ellos benian y llegando a las naos todas las naos de la Reina tenian puesta la ynfanteria de dos mill balones arcabuze-

ros que traen puesto en ordenança con sus arcabuzes y como llegaron los señores comensaronles a salbar con grande carga de arcabuzeria sin soltar pieça grande ninguna y ansi pasaron adelante y fueron rodeando doze naos biscainas que estan aqui cargadas de sacas de lanas cuyos eran los bateles en que venian estos señores y soltaron muy grande artilleria hizieron buena salva y ellos anduvieron pavoneando la Ria del puerto un rato esperando la marea que llegase al muelle donde avian de desembarcar a donde los estaban esperando el prior de San Juan y luis banegas y el almirante Conde de busu y el Conde de arambergue y tardaronse un rato en desenbarcar y salieron juntos el Cardenal y el Duque y abrasaronse alli en la ribera con el prior y luis banegas El duque venia de camino con un herreruelo negro y El cardenal de colorado con un sombrero de tafetan morado, y traia El Cardenal doze honbres vestidos con unos capotines colorados y un benablo cada uno en la mano como monteros por su guardia honbres desta tierra de la montaña. fueron estos Señores todos juntos a la posada de la Reina y entrando en su aposento Ella estaba asentada en su estrado muy ricamente tocada de grande copia de cabello Rubio y argenteria y como entro el Cardenal y el Duque levantose en pie a Ellos y llegó el Cardenal delante y hinco la rodilla y beso la mano y Ella se la dio de buena gana. y luego El duque hizo lo mesmo y luego el conde de miranda y otros diex ó doze caballeros y señores de los quales El cardenal dezía á la Reina quien era cada uno y estuvo ansi en pie hasta que todos le besaron la mano mas

blanca que un alabastro y luego se despidieron y ella se sento y cada uno se fue a su posada. Otro dia domingo como mançebo mas loçano El Conde de miranda puso en la yglesia mayor su estrado y doçel de un grande y rico paño de braco [1] y dos cojines y vino a misa y sentose El y un hermano suyo moço de rodillas ambos en el dozel venian cabalgando en sus quartagos con las gualdrapas de terciopelo negro guarnescidas venia El Conde vestido de terçiopelo negro con muchos botones de oro tenia dos blandones de plata puestos en El altar mayor abajo con dos hachas de çera amarilla y seis pajes que servianlos dos dellos con otras dos hachas de sera en el altar. trae sus pajes y lacayos vestidos con sayetes de terciopelo negro y calsas y jubones de terçiopelo carmesi y raso carmesi y con medias de seda carmesi de punto Este solo vino a misa de mañana.————

y algo ya tarde vino El Cardenal a misa a la yglesia mayor con sus criados y monteros y sin traer ✠ delante anda [2] su librea es los pajes vestidos de terçiopelo carmesi sayetes guarnesidos de lo mesmo calça y jubon de terçiopelo carmesi y raso carmesi capeletes de tafetan carmesi capotes de grana guarnesidos de carmesi. los lacayos vestidos de sayetes y capas españolas de escarlatin con fajas de lo mesmo y sus calças de lo mesmo con tafetanes colorados. y trae doze monteros con sus venablos en las manos y unas casaquetas de Escarlatin colorado guarnesidas con terciopelo carmesi y en piernas que

[1] ¿Brocado?
[2] ¿Alzada?

son hombres de la montaña y tres o quatro sabuesos atados.————

El duque fue a misa a San Francisco acompañaronle muchos çaballeros borgoñones. trae su librea los pajes sayetes de terçiopelo negro guarneçidos de terciopelo carmesi y pardo y unas sejias de raso blanco.————

Viene por mayordomo de la Reina dende alemaña don Francisco Laso. Vienen con ella dos mill soldados balones arcabuzeros y el Cápitan Mondragon por Coronel dellos.—Estan esperando a ver si su magestad—manda que se vayan á granada ó á flandes—Esto es lo que hasta agora pasa lo que oviere de oy de mas avisare a vuestra merced dello.————

La Reina de ynglaterra enbio diez galeones muy armados a la canal que salieron a esperar a la Reina y le ynbio en presente a la Reina nuestra señora siertas joyas y le ofresçio su Reyno y lo que tenía y eran los galeones los mas poderosos y armados que se an visto y mandoles que acompañasen a la Reina hasta España y ella los despidio a la salida de la canal a cabo de tres dias que la aconpañaron y dio a cada Capitan una cadena de oro enpresente y de alli se despidieron con terrible salba de artilleria y se bolvieron á ynglaterra— agora estamos esperando la partida de la Reina como sea y quando avisare dello y de todo lo que pasare a vuestra merced, la letra entiendo que se leéra mal porque la escribo con grande priesa questa de partida este barco que ba contrigo y por Eso va mal hordenada sin pies ni cabesa, yo hare despacio otra copia que ynbiare a vuestra merced cuya ylustre persona dios nuestro

Señor de salud y guarde con aumento de mayor casa en su serviçio—de Santander ocho de otubre

A todos esos Señores del ayuntamiento suplico a vuestra merced mande dar mis besamanos. besa las manos de vuestra merced muchas vezes

Su servidor francisco Carreño

Agora estando comiendo an pasado por mi posada seis pajes del Cardenal con servicios de melones y frutas para el prior de san juan, no se entiende sino en bever y comer.

APÉNDICE NÚM. 7.

Treslado de una carta del arçobpo de Burdeos general de la armada francesa que escrivio a D. Lope de Hoçes general de Una esquadra del Reyno de Spaña que assiste en la Coruña. [1]

MUY ILLUSTRE S.r

Si mi suerte me pusiera prisionero en manos de VS. lo tendria a fortuna no del todo adversa: y si a lo contrario lo estimara mas que ser Pontifice de Romanos en lo temporal para estimar á V. S y regalarle con todo mi posible y lo haria el Cristianisimo con el suyo = y p.a aver admiracion tan de ambos Reyes deseada, segun vemos, supp.co a VS. que como caballero que es y somos ambos escoxa salir de navio á navio, ó de tantos á tantos ó de poder á poder en Batalla nabal pues tiene la bentaja que se ve, e en caso de naufragio el salir a su tierra e yo á la suya. = He detenido a Collarte ingles esperando saliese VS. y los suyos y pensando y (q.e) a lo q.e veo que esperaria este mi aviso pues sin el siempre su nacion está desadbertida = dios de a VS. contra

[1] Biblioteca nacional.—MS.—H. 6.

infieles y a la religion catholica sucesso prospero y pues me tiene en esta mar de Spaña p.ª honrra de Francia no se escusse de falta de prebencion desta playa y baya de la Coruña en españa a Uista de VS. a los 16 del sexto mes de junio dia miercoles de 1639.

Muy servi.or y su afficionado q.e desea Vessar su m.o

El arzobispo de Burdeos.

Respuesta a la carta del Illmo. y Rmo. Sr. Arçobispo de Burdeos.

ILLMO. Y RMO. SR.

Si como estimo la mrd que VS. yllma. me haze con su carta pudiera executar lo que me manda no fuera pereçoso en obedecer á VS. Illma, pero sin horden de mi rey no me es posible; ora vencido ora vencedor siempre yo quedava ufano y ganancioso a los pies de VS. Illma, y aunque con tanto menores fuerzas no rehusara un momento la batalla (ora) de uno á uno (ora) de tantos á tantos (ora) de poder á poder=mi nacion Sr. illmo, siempre estubo y esta desadvertida para ofender a los de su rreligion (y lo haze a mas no poder) No por falta sino por sobra de valor y generosidad de que VS. es el mejor testigo en lo de Fuenteravia que se viene a la memoria por fresco olvidando cossas antiguas que VS. Illma. no ignora y toda Europa tiene bien reconocidas, y pues segun su carta de VS. Illma. no tiene horden limi-

tada y puede deçir y hacer, escusados son desafios de palabra donde las obras pueden ser mas ciertos jueces y yo si bien tengo atadas las manos para desafios las desataré para no faltar al servicio de mi rey y gusto de VS. Illma. cuya Persona g^de^ dios los años de su desseo desta esquadra y a vista de VS. yll^ma^ junio 20 de 1639.

Vesa la m^o^ de VS. Illma

D. Lope de Hoçes. [1]

[1] Era gobernador de la plaza el Ms. de Valparaiso, y Sargento mayor del exército (14.000 hombres) tal de Bahamonde.—El valeroso Hoces pereció heróicamente en uno de los célebres combates de las Dunas, sostenidos por Oquendo contra los Holandeses en los últimos dias de Setiembre del año 1639.—Hé aquí como cuentan el caso las Gacetas del tiempo:—«quemóse con sentimiento general de todos el galeon Santa Teresa, y aviendo peleado con sumo valor y echado á pique cuatro galeones y aferrado con la almiranta del enemigo, y ganádola asta el arbol, volándose aquellos pérfidos, se quemó sin poderlo remediar. Iba en ella Don Lope de Hozes que animando á los soldados, y embraçado con una rodela le llevó un braço una pieça y aviendo peleado mas de una ora con aquella penalidad, murió acrecentando Cordova sus glorias, madre ilustre de tantos héroes.....»—Biblioteca nacional.—MS.—H. 72. —169.

APÉNDICE NÚM. 8.

Lo que sucedió en la villa de Laredo y costa dé España con la armada francesa, y gen.l el Arcc.o de Burdeos año de 1639. [1]

La villa de Laredo es una de las quatro de la costa de la mar de Castilla donde ordinariamente residen los corregidores y sus tenientes generales que de presente son: D. JUAN REXON DE SILBA Y SOTOMAYOR cauallero de la orden de Calatraua y el licenciado D. NICOLÁS DE ALMAÇÁN LEON.—Está fundada en ladera y falda de tres montañas grandes que la cercan abregandola del norte, leste y sur, y se alla solo descubierta por la parte del oeste, por la qual la baña el mar oceano que entra por la abra y puerto que forman una de estas tres montañas que llaman el atalaya y la peña santonia tan celebrada y conocida por su grandeza y ser el mayor abrigo y defensa que en todas las costas de España tienen las armadas, y á la falda de este monte eminentisimo esta sita la villa que tomando del el nombre se llama puerto de Santoña tiene setenta besinos y dista de Laredo una legua de mar y corre

(1) Biblioteca Nacional.—M.S.—H. 72.—101.

por junto á ella una canal fondable y capaz para surjir navios de mil toneladas sus becinos abian labrado este berano una plataforma o reducto con seis piezas.—La villa de Laredo se allaba con diez y ocho mosquetes y arcabuzes tantos como uezinos que de armas tomar se allauan con la gente de los barrios 300.—y porbora aunque mala la necesaria para ellos la artelleria estaba repartida en esta manera en el castillo de la brochela antiguo dos piezas de bronce e la torre de la cárcel otra en los muelles 4 y para plantar en la puerta de la villa. Y en un castillo que se auia fabricado en la atalaya con nombre de San Micolas y a corte de la m.ª (marina?) abia ocho piezas de fierro y una medio colubrina Real de calibo de trece libras y 32 bozaduras (?) que se jusgava que alcançaua á Santona y que con ella solo estaua defendida la entrada a qualquier enemigo.—Estando estas cosas en el estado referido domingo de ag.to de 639. salió de Portugalete el general don NICOLÁS JUDICE FIESCO, caballero del auito de Santiago con dos navios capitana y almiranta de los quatro que fabricó este año en la villa de bilbao el secretario don FRANCISCO DE QUINCOCES, del auito de alcantara y pudiendo el general JUDICI correr adelante con el mismo tiempo que este mismo dia salió de Santander el almirante GERÓNIMO de GUADALUPE, con otros cinco navios y juntarse todos siete y irse a la coruña con los demas que allí tenian don LOPE DE HOCES y MIGUEL DE HORNA, como su mag.d se lo auia hordenado GUADALUPE no quiso esperar por no llenar superior y JUDICE tomó el puerto por consejo de DOMINGO DE SANTANDER piloto mayor de altura que co-

mo natural de Laredo quiso goçar de la ocasion de ver su casa.

El jueves siguiente once de Agosto a las diez oras de la noche escrebió un papel el cap.[an] don JUAN DE MARCHENA que se allava en la uy.[a] (villa?) de puerto de Santoña disponiendo su fortificacion y defensa al correg.[or] de laredo en que le dijo que aquella tarde se avian descubierto 20 navios grandes sobre Quejo la vuelta del norueste.

El correjidor llamó luego á su teniente general al procurador general de la vi.[a] y algunos rejidores que acen oficio de capitanes de las compañias de los vecinos della y entre todos se acordó dar aviso al general JUDICE para que se hiciese a la vela con aquellos dos galeones antes que el enemigo le descubriera y otras cosas en horden a prevenir la defensa de la villa.

Otro dia viernes por la mañana bolvió á escrivir el mismo capp.[an] MARCHENA que el aviso que avia dado no era cierto antes avia entendido que la armada del rey de Francia estaba en belisla[1] desaparejada con lo qual cesaron las prebenciones si bien se despacharon ordenes á los lugares circunbecinos p.[ra] que tuviessen la gente pronta y debajo de sus banderas para marchar al primer aviso pero como el mal siempre es cierto a las quatro de la tarde vino (aviso?) de que en el mismo paraje, ocho leguas á la mar se beian muchas belas con las proas al nordeste excepto dos que benian delante encaminadas a Santoña.—El corregidor despachó luego por la gente circunbecina de

[1] Belle-isle.—Belleîle sur mer.

liendo gurieço colindres, linpias y anpuero, junta de parajas (?) cesto y boto soba y ruesga y pidió socorro al S.or don FERNANDO DE LA CERDA del consejo de su Mag.d que se allaua en Santander con comision particular para la defensa de estas quatro villas y sus costas, y á don PEDRO DE CANTELICES GUEBARA, alcalde maior de la de Castro y ansi mismo despachó correos al Correjidor de las siete merindades de castilla vieja y a la villa de medina de pumar y al valle de mena pidiendo gente y socorro á toda priesa y embió una chalupa abordo de la capitana a dar noticia.. al general JUDICE de lo que pasava para saber si queria voluerse acia portugalete con el mismo viento que el enemigo venia o entrarse mas al puerto, y FIESCO con el boto del SANTANDER su pilo(to) elijió el entrarse y pidió algunas chalupas para que con la punta de la marea y corriente de la canal conboyasen los galeones hasta la villa de *puerto* y luego salió toda la gente de Laredo en sus chalupas y metieron la capitana y por faltar la marea y no haber biento se dejaron la almiranta mas afuera en que se ocuparon toda la noche sin descansar.=El general despachó una pinaça que traiya con *14* hombres a reconocer las dos belas que se acercauan a santoña y con banderas flamencas y los de la pinacça, jusgando que eran de *Dunquerque* se allegaron a ellos y fueron presos aquella misma tarde para informarse de donde estavan los navios del rey y de la defensa con que se allauan *laredo* y *puerto* que fue la causa de la destruccion de ambas villas—

El sabado á las 9 de la mañana se escribió (descubrió?) y reconoció claramente la armada del ene-

migo seis leguas de santoña y el corregidor bolvió á embiar la gente de mar de laredo en las chalupas a rretirar la almiranta con la marea y lo hicieron aunque con dificultad y la pusieron en el surgidero de puerto más arriba de la capitana que estaba enfrente del castillo de aquella villa, la ria enmedio y tambien bolvió á despachar por gente y pedir socorro á las mismas partes y solamente vinieron asta *700* hombres de liendo, gurieço, colindrés, limpias y ampuero; ruesga y la parte de parajas (pasages?) y los que vinieron de los de cesto y siete villas fueron a puerto, el balle de soba no acudió ni santander, castro, mena, medina ni billarcayo asta despues de la ocasion.

El mismo dia sabado *14*, á las tres oras de la tarde entró la armada del rey de Francia por el puerto de santoña con *33* nabios de mas de a *600* toneladas y *20* de asta *300*. ocho fragatas, siete nabios de fuego, muchas pinaças lanchas y chalupas que pasavan de *120*, y la capitana de mil toneladas donde benia el arçobispo de burdeos y el conde de *tonerre* capitan general de esta armada: traya *260* hombres voluntarios *700* abentureros y entre ellos *200* del avito de ssan juan: surjieron los navios grandes cerca de la peña y los demas mas adentro y tres fragatas, dos nabios olandeses ligeros algunas lanchas y chalupas corrieron asta el arenal de enfrente de laredo donde dieron fondo sin temor de la artelería (artillería) de los castillos de la rochela y san necolas que se començó a jugar con mucha continuacion desde que emparejaron con ellos pero como la abra tiene una legua de distancia y la polbora no era buena,

ni las pieças fuera de la colubrina del alcance necesario llegaban las balas sin fuerza.—

Los vecinos de laredo se allavan fatigados de haver remado *24* oras sin comer dormir ni descansar, aemitiendo (remitiendo?) los galeones de su majestad, y de *300* que son faltavan mas de cinquenta que se sacaron para marineros destos navios, los *100.* se ocupaban en el manejo de las *18* piezas de artellería, y los 150 restantes tomaron los muelles y la puerta principal de la villa. Encargó el corregidor el gobierno y disposicion de la gente de los lugares a DON FELIPE DE LA MAÇA soldado de esperiencia militar y la dispuso en esta manera, la de liendo y colindres que eran *160.* bien el (al?) arenal para impedir el desembarcadero y *260* de ruesga y parajas más acia colindres para el mismo efecto, la de limpias ampuero con hos de marron al paso de la subida de las eminencias que eran *180.* y *100* de gurieço en la del peso (paso?) que llaman de las casillas.—

El enemigo reconoció los puestos y se volvió a recoger a santoña, con la capitana y demas bajeles resguardandose con tanta atencion de la artillería que no recibió daño de la de laredo ni de la de puerto y capp.[na] que se le despara demasiadamente.—

Con esto entró la noche y el corregidor volvió á despachar á *santander* y a *castro* á pedir socorro y dió quenta á su mag.[d] del estado en que se allava en su consejo de guerra y al que reside en *Bitoria,* comunicose con el general JUDICE que se tratase de echar al enemigo algun nabio de fuego ofreció azerlo aquella noche embiandole materiales para ello que se juntaron en laredo y por en medio del enemigo los llevo

a la capitana en una chalupa BARTOLOMÉ DE URO rex.or con tan grande balor como atrebimiento que si bien no aprobechó ni el fuego se dispuso.—

Domingo *14* de agosto á las once oras del medio dia estando la villa con la poca gente de ella y el campo dispuesto como queda referido sin otro socorro ni favor umano al instante que començo la creciente del mar començó el enemigo á dar belas y entrarse por la canal de puerto y la artillería de todas partes á impedírselo dando algunas balas en los nabios y una en particular en la capitana pero sin embargo pasaron al mismo sitio que el dia antecedente y con los barcos y chalupas echaron *650* hombres en tierra y en un instante se dividieron en tres esquadrones formados y compuestos y otro se hiço de nueve navios y a un mismo tiempo començaron á marchar contra laredo encaminándose los navios á los muelles y el cuerpo del ejército que era el maior de los esquadrones donde iba el general y arçobispo caminó por el sable y camino real de Colindres á la puerta de la villa los otros dos bolantes subieron las eminencias el uno por lo mas alto dellas que llaman la *cruz de la acha* y el otro por mas bajo y ambos fueron á juntarse al *molino del biento* y entrada de *San lorenço.* Estaba a este tiempo el corregidor dentro de la villa con sola la gente de ella que como queda referido eran *150* h. fuera de los *100* que estavan en los castillos y se allavan repartidos en tres artes (partes?) peligrosas, *muelles puerta de S. Lorenço,* y *en* la principal de la villa donde iba á entrar el exército. reconocióse la pérdida inescusable y que el enemigo abia libremente ganado las subidas de las

montañas que señorean y cercan la villa, que su gente benia marchando debajo de la artillería de cuatro fragatas de a doce pieças que desde el sitio en donde saltó en tierra fueron navegando en arco á la lengua de la agua asta la cabeça del muelle, por cuia causa la gente de los lugares desampararon los que tenian.

La de la villa se resolvió á morir desesperadamente biendose vencidos sin socorro ayuda ni remedio sin hallar otro á su desdicha de maior consuelo. El corregidor les esforzaba á ello quando bajó el padre fray JUAN DE MUNDACA guardian del convento de san fran.co y dijo: "Señores, perdidos somos, el enemigo biene triunfando y tiene ganada la villa por la parte superior, y nos tiene cogidos por las espaldas este otro escuadron que viene a esta puerta trae mas de tres mil hombres aquí no beo cinqüenta—los que están en los muelles no pueden reparar la batería de los navíos que da en ellos y en las cassas que ellos solos nos an de hacer pedaços, la artillería de nros castillos no descubre este puesto ni alcança por esta parte a ofender al enemigo. El esperarle es resolucion temeraria y el morir á sus manos no es valentia sino es desesperacion que redunda en ofensa de dios y del rey—Sr. corregidor, v. m. se retire, retírese v. m." repitiéndolo muchas veces, pero el corregidor y los demas Reinos (regidores?) insistian en que allí abian de morir.—

El teniente general que estaba con la misma resolucion oyendo al guardian dijo que ya que se moria que se vendiesen bien las vidas, que esto no se podia hazer en aquel sitio que era estrecho y cubierto de

cassas, que se tomase otro desde donde se pudiese pelear y se biese la cara al enemigo insistiendo en que se retirasen a lo alto de la Iglesia o a san lorençо donde avia puesto dos pieças de artillería porque desde allí se podia acer mucho daño á los que benian por la parte baja del camino real y rrostro á los esquadrones bolantes y tampoco bastó esto para mover al corregidor (y?) vecinos de su resolucion y ultimamente volvieron á decir el teniente general y el guardian al corregidor que advirtiesse que el dejarse prender ó matar de aquel modo era hazer mayor la vitoria al enemigo y detenerse allí con aquella poca gente ayudarse la á matar y que dios y el rey le arian cargo de ello y otras cosas mediante las quales y el berse en el último trance y cercado por mar y tierra y sin remedio se retiró con su gente por otra puerta y se fué á colindres que esta un quarto legua de laredo sobre la misma baya y canal de puerto para recoger la gente y estar allí á la bista de la armada. El enemigo se apoderó de la villa y saqueó en cantidad de mas de *100,000* ducados respeto de que con la brevedad del suceso y necesidad de la defensa no pudieron los becinos salbar nada considerable ni se les consintió creyendo que primero se habia el enemigo de cebar en tomar ó quemar los dos galeones y a la villa de puerto.

El lunes *15* dia de la asuncion de ntra. sra. estubo en *laredo* sin azer nada, visitó el arçobispo la iglesia parroquial y el conbento de san Fran.co donde se quedó el guardian con otros quatro frayles, hiço poner guardas para que no urtasen nada de ellos los erejes que traya, dijo misa un espucheno (capuchino?)

que venia con el general: y otro compañero suyo, dos teatinos y otros dos recoletos de san agustin jataronse mucho de que el rey nuestro señor no tenia armada que se les opusiese afirmando que no querian tener paces. con su mag.ᵈ ni les combenia y que estas guerras las hacian solo por la banidad y pundonor del rey de francia, mostravanse muy debotos y piadosos dando limosna á los pobres viejos y enfermos que cogieron, corteses con algunas mugeres que prendieron y con un sacerdote beneficiado de la misma parroquial muy umanos y comedidos excepto los erejes que goçaban de su ocasion quando podian escondidamente, al que mata español fuera del conflito de la batalla ó al que en ella se da a buena guerra rindiendo las armas lo aorcan

Trataron de quemar la villa—tallar los naranjales y viñas y demoler los muelles pero el guardian i frailes pudieron con el arçobispo que no se hiciese que fue gran pecado, si bien se cree que le moberia sola su congruencia y raçon de estado.—Quemaron el castillo de san nicolas y el de la rochela las planadas de la artilleria, de los muelles quitaron la cadena del bocal los balcones y rejas y se llebaron las pieças de bronce y tres de fierro y las demas las dejaron caer a la mar, dentro de las casas rompieron las puertas y bentanas arcas y escritorios, derramaron gran cantidad de bino blanco y tinto y en todo lo que no fue robar las iglesias quemar las casas y todos los heredamientos hicieron grande y lastimoso destrozo.—

Ultimamente martes á las tres de la tarde pegaron fuego á las casas del consistorio y dejaron la

villa por no atreverse a estar mas en ella respeto de ser abierta y fácil de ganar por los padrastos que la cercan y sojusgan no obstante que para dos noches que durmieron dentro la atrincheraron y fortalezieron con notable trabajo y rezelo.—

La gente de la villa que se allava a la vista acudió luego y apagaron el fuego de las casas delayuntamiento y cerraron las de algunos vezinos porque los naturales no acabasen de robar si algo dejaban los estrangeros.—

El enemigo estemo (mismo!) dia y al mismo tiempo que salió de laredo acometió a colindres a puerto y a los dos galeones—en colindres le resistieron y mataron un monsiur pariente del arçobispo y otra gente.

En puerto se defendieron otro gran rato matandolo otro gran numero pero fue tan excesibo el que salió en tierra que les fue forçoso retirarse a la montaña y dejar la villa al enemigo que la saqueó quemó sin dejar mas que la Iglesia y las casas que se pudieron remediar por ser las postreras a que echaron fuego los navios dispararon su artillería y biendose zercados de los del enemigo y de tres de fuego que les echo solo dieron (ardieron?) ellos y la almiranta ardio pero la capitana no se emprendió por tres beces que se lo echaron y pudo el enemigo apartar sus nabios y tomarla sin ningun daño.

El miercoles *17* intento entrar en la merindad de trasmiera por el lugar de treto donde está el barco del pasage y estuvo batiendo la torre que alli tiene el S.or condestable de castilla desde las cinco de la tarde asta que fue de noche y por la mañana jueves

asta las nueve que desistió del intento y se volvió á Santoña conperdida de alguna gente, la de las juntas de zesto y boto que acudió á la defensa de aquel sitio con don P.º DE EL G.º ALBARADO su capitan.

Recojiose toda la armada y se estuvo surta en santoña asta el sabado 27 de agosto que al amanecer çarpo y se yço á la bela á la buelta del norte temiose que iba a santander o castro pero no se a buelto a descubrir asta oy 4 de setiembre de 639.—

Fuese la buelta de francia y tomo el puerto de belisla donde dio fondo.

El lunes por la mañana 15 de agosto en amaneciendo començaron los franceses á salir de laredo á pecorea en quadrillas de a *20* y *30* acia los valles de liendo y de gurieço y lugares de seña y tarrueca y los robaban obligandoles a sacar su ropa y mugeres a aquellas montañas para cuyo reparo el teniente general acudio con *300* hombres de los mismos lugares y villa de laredo y los puso en emboscadas en lo alto de la sierra de liendo a un quarto de legua de laredo tomando todos los caminos y salidas de la villa y a los que salian della los prendia y matava arcabuzeandose unos con otros y les hicieron tanto daño que se recogieron y despues el guardian de San Francisco dixo que fue causa para pensar el arc.po que se juntava gente y temer que le embistiesen por aquella parte de noche y le obligasen a dexar la villa y assi se atrincheraron aquella y otro dia a las diez de la mañana se salieron de laredo sin atreverse á estar alli mas tiempo.

ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.

DE LAREDO Á SANTANDER.

SANTANDER.

DE SANTANDER Á TORRELAVEGA.

TORANZO.

Páginas.

LA CUENCA DEL BESAYA.

CAMINO DE SANTILLANA.

SANTILLANA.

ENTRE AMBAS ASTURIAS.

RECTIFICACIONES.

Pág. 385.—«Gonzalo Ruiz moria sin hijos:» es error.—Gonzalo Ruiz de la Vega dejó una hija legítima, Doña Teresa, casada con Pero Ruiz de Villegas. Con consentimiento de estos herederos, los testamentarios de Gonzalo Ruiz hicieron venta y cesion de los bienes de Asturias de Santillana á Garcilaso, su hermano, segun carta extendida en Villadiego á 19 de Marzo de 1351, é inserta en el Memorial del pleito de los valles.—De esta escritura es la cláusula original «Desde la hoja del monte á la piedra del rio, etc.» que en la pág. 354 se atribuye equivocadamente á una donacion de Doña Leonor de la Vega al monasterio de Santa Catalina de Monte Corban.

Pág. 427.—Los Villegas no ponen conchas ó veneras, como allí se dice, en los cantones de su escudo, sino calderas dobles.

Pág. 450.—En la nota se confunden las fechas de la fundacion de las iglesias allí citadas y la de su agregacion á Santillana.—Esta, como se lee en la pág. 570, tuvo lugar en los dias de D. Ramiro I (842-850).—La fundacion, en los de su padre Alfonso el Casto (801-842).

ERRATAS.

Pág.ª	Linea.	Dice.	Léase.
22	XIII	roelas	roeles
41	XVII	alejase	alejasen
53	IX	XIII—XIV	XIV—XV
58	XII	Urdemales	Urdemalas
68	XXI	andas	ondas
73	XX	los	las
182	XXV	y de mis	y mis
198	XXI	al	el
219	XII	1695—1692	1693—1699
220	XIX	Anunciacion	Asuncion
223	XIV	vestido	vestida
232	XIV	Fernando VI	Fernando IV
245	XVIII	le	la
262	X	censuraba	censuraban
281	XXIV	marítime	marítima
287	X	córranse	córrase
287	XI	hallarán	hallará
291	XXIV	lo	la
301	XI	Gutierrez	Gutierre
301	XIV	al	el
302	XXI	tren.	traen
304	XVIII	Margarita	Ana María
320	XVII	saber	sabor
321	I	haberlo	haberla
350	XXIV	Havero	Hanero
387	XIV	por oro	por el oro
400	XXIV	EN EL	QUE DIOS PERDONE
432	XIV	La	Lo
444	XI	Eutrambas mestas . .	Entrambas mestas
451	XX	Alfonso III el Magno .	Alfonso II, el Casto
496	XVI	ECCESIAM	ECCLESIAM
496	XVI	LAURENTH	LAURENTII
606	X	particular.	capitular
657	V	1852 (era DCCXC) . . .	1252 (era MCCXC)

